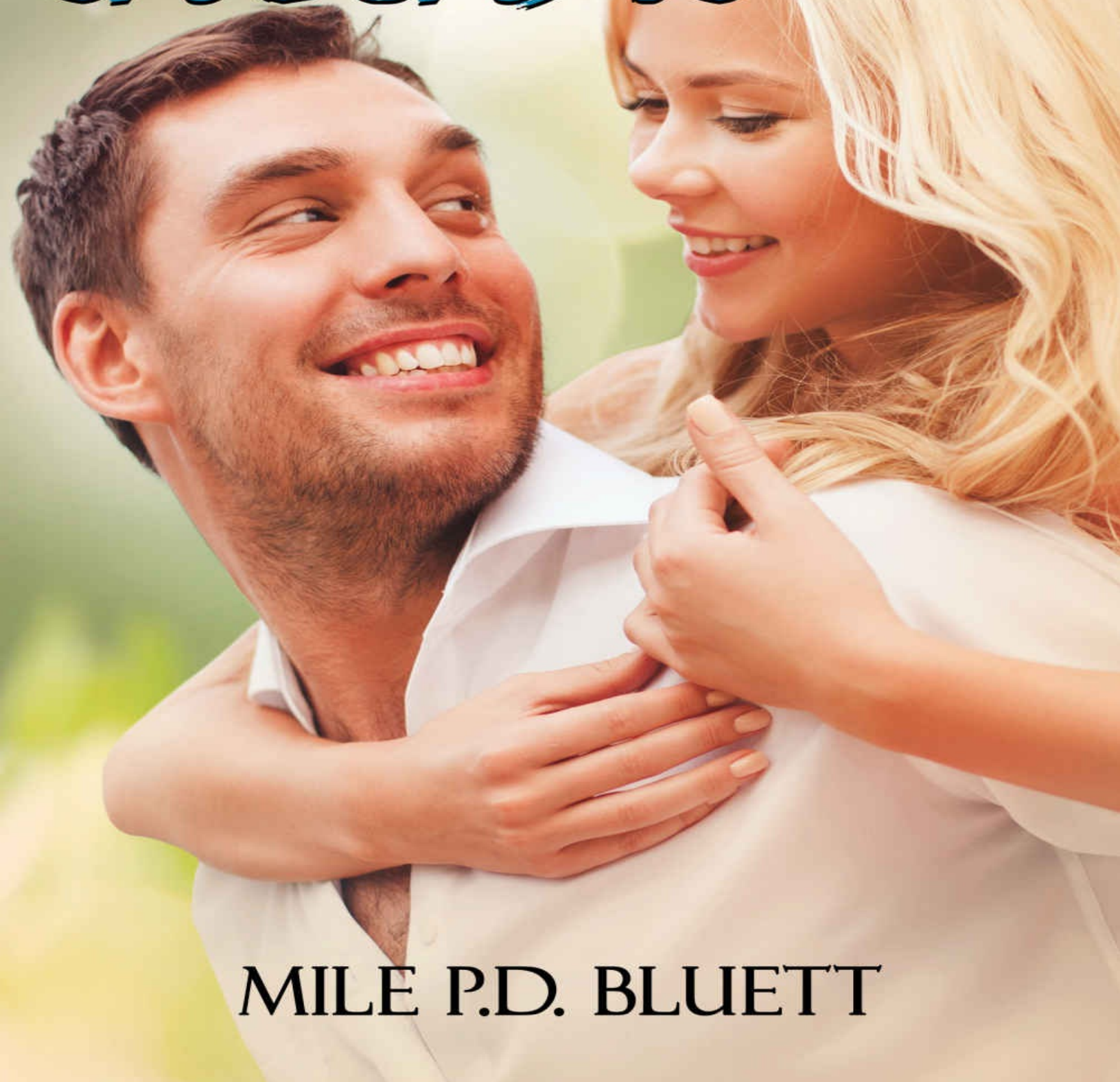


BUSCÁNDOME  
TE  
*encontre*



MILE P.D. BLUETT

BUSCÁNDOME  
TE  
*encontre*

MILE P.D. BLUETT

Título: Buscándome te encontré.

Autora: Mile P. D. Bluett

Primera edición: Julio, 2017.

©Mile P. D. Bluett, 2017

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de Portada y maquetación: China Yanly's Design

Info: [chinayanlydesing@gmail.com](mailto:chinayanlydesing@gmail.com)

Corrección Cecilia Pérez [ceciliap10@gmail.com](mailto:ceciliap10@gmail.com)

[mileposdata@gmail.com](mailto:mileposdata@gmail.com)

Instagram: @milep.d.bluett

Twitter: @MilePDBluett

Facebook: Mile P. D. Bluett

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y la divulgación de la misma por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor.

CAPÍTULO 1

CECILIA

CAPÍTULO 2

ALEX

CAPÍTULO 3

CECILIA

CAPÍTULO 4

ALEX

CAPÍTULO 5

CECILIA

CAPÍTULO 6

ALEX

CAPÍTULO 7

CECILIA

CAPÍTULO 8

ALEX

CAPÍTULO 9

CECILIA

CAPÍTULO 10

ALEX

CAPÍTULO 11

CECILIA

CAPÍTULO 12

ALEX

CAPÍTULO 13

CECILIA.

CAPÍTULO 14

ALEX

CAPÍTULO 15

CECILIA

CAPÍTULO 16

ALEX

CAPÍTULO 17

CECILIA

CAPÍTULO 18

ALEX  
CAPÍTULO 19  
CECILIA  
CAPÍTULO 20  
ALEX  
CAPÍTULO 21  
CECILIA  
CAPÍTULO 22  
ALEX  
CAPÍTULO 23  
CECILIA  
CAPÍTULO 24  
ALEX  
CAPÍTULO 25  
CECILIA  
CAPÍTULO 26  
ALEX  
CAPÍTULO 27  
CECILIA  
CAPÍTULO 28  
ALEX  
CAPÍTULO 29  
CECILIA  
CAPÍTULO 30  
ALEX  
CAPÍTULO 31  
CECILIA  
CAPÍTULO 32  
ALEX  
CAPÍTULO 33  
CECILIA  
CAPÍTULO 34  
ALEX  
CAPÍTULO 35  
CECILIA  
CAPÍTULO 36

ALEX

CAPÍTULO 37

CECILIA

CAPÍTULO 38

ALEX

CAPÍTULO 39

CECILIA

CAPÍTULO 40

ALEX

AGRADECIMIENTOS

*Para las mujeres,  
porque para nada somos el sexo débil.  
Eso ni los hombres se lo creen.*

# CAPÍTULO 1

## Cecilia

Llegó el día de iniciar la terapia con un psicólogo recomendado por la madre de mi mejor amiga. La señora me dio suficientes referencias que me dejaron claro que era el mejor en su área. Mi problema no era apabullante, pero estaba a punto de caerme en un abismo que conduciría mi vida al desastre, si no buscaba ayuda urgente. Fue un día de esos extraños, donde te van sucediendo cosas que te disuaden para abortar el plan. Primero, me quedé sin gasolina y tuve que desviarme para recargar; cuando fui a pagar, me di cuenta que había dejado la cartera en casa y tuve que pedir ayuda para que mi amiga viniera al rescate. Por último, se me pinchó un neumático con un maldito clavo y conduje así hasta dos cuadras antes de mi destino. Ni siquiera eso me hizo desistir. Arribé diez minutos tarde, pero llegué.

No había nadie en el recibidor y entré de largo. Encontré al doctor Huxley dentro de su consultorio, con su ‘secretaria’, una chica de unos veinte años, muy *fashion*, eso sí. Intercambiaron unas miradas que parecían palabras y ella se retiró cerrando la puerta. Nos quedamos a solas. El psicólogo era verdaderamente joven, mucho más de lo que creí, de esos que no querrías



tener de terapeuta ni en un millón de años. Y no lo decía por su juventud. Digo, si cohíbe soltarle tu vida a un recién conocido, a un chico como él... ¡Por Dios! Era realmente sensual. Aunque no dijera nada, emanaba una vibra muy diferente a la que yo había venido a buscar. Este hombre no podría ser mi terapeuta jamás. Lo mejor era decirle que desistía de la terapia e invitarlo a tomar un trago. Era lo que me apetecía. Pero no supe cómo escaparme. Ya estaba ahí, así que respiré. Intenté justificar mi retraso, le conté mi odisea para llegar y se mostró receptivo.

—Cecilia, te escucho —me dijo el guapo terapeuta al fin, luego de la introducción.

—Antes necesito que leas este contrato de confidencialidad y lo firmes —dije.

—¿Qué? Todos los psicólogos tenemos la confidencialidad dentro de nuestros requisitos fundamentales, no es necesario...

—Por favor. Es por mi trabajo. Preciso tener la certeza de que lo que hablemos aquí, se quedará entre nosotros—. Lo vi estudiar el documento y firmarlo. Así me sentí más relajada, es lo que viene aparejado con la fama.

—¿A qué te dedicas?

—Soy bloguera y *youtuber*.

—¿En serio? ¿Vives de eso?

—Completamente. Fui de las primeras. Corrí con ventaja.

—No recuerdo tu nombre de las redes sociales.

—Es que uso un seudónimo, Sisi Shine.

—Parece divertido.

—Esconderte todo el tiempo para pasar desapercibida y que los fans no te detengan en plena calle, le quita la magia.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Es que no sé, no puedo casarme con esta duda. Uno se casa con la

esperanza de que dure toda la vida. Siento que mi prometido y yo conectamos en todo menos en eso —quise explicarme, pero no sé si fui muy clara. Trataba de concentrarme, pero él tenía unos ojos increíblemente azules, que echaban chispas en el buen sentido. Me desconcentraban, era difícil presentarle mi caso cuando me miraba directo a los ojos y se quedaba en esa pose de total escucha, concentrado.

—¿A qué te refieres con ‘eso’?

—Ya sabe, doc. Estoy aquí porque necesito hablar con alguien sobre sexo. Específicamente, me preocupa el sexo con mi novio Eric.

—¿Cómo es tener sexo con Eric?

—Con él no puedo liberarme. Estamos a punto de casarnos y no sé si debo seguir adelante.

—¿Me pregunto a qué vienen estas dudas? ¿Has probado el sexo con otro?

—¡Dios mío! ¿Tengo que responder a eso? No llevo aquí ni quince minutos y ya entramos a esos temas. Después de mi amiga, eres al único que se lo confieso. Sí. Hubo un chico y fue completamente diferente, pero con él solo congeniaba en la cama—. Lo vi tomando notas en una libreta y me puso nerviosa, así que hice hincapié, no quería quedar como una zorra en la primera consulta—. No le fui infiel a Eric, fue una de las veces que terminamos por un período de un par de meses.

—No estás aquí para ser juzgada, así que no te preocupes.

—Amo a Eric, quiero casarme con él —dije y él muy sórdido solo me escuchó sin anotar en su libreta ni una palabra, así que le reclamé—: Toma notas, por favor, que esto es importante. Quiero que quede muy claro.

—Te creo.

—Solo quería aclararlo.

—Anotado y con tres asteriscos, ‘amas a tu novio’. ¿Cuánto tiempo

llevan juntos?

—Muchísimos años, ya perdí la cuenta. Entrando a la universidad comenzamos a salir y ya tengo veintiocho años.

—¿Y qué tal? ¿La situación por la que vienes a consulta es reciente? ¿Hace cuántos meses se ha presentado?

—Siempre ha sido así. Al principio pensaba que era normal.

—¿Tu primera experiencia sexual fue con Eric?

—Sí. Hasta que hubo alguien más, noté que era diferente.

—¿Qué pasa con Eric y el sexo?

—Con él no puedo ser yo.

—¿Y quién eres?

La campana sonó y me sentí salvada. Él me miró receptivo, intentó darme a entender que podía continuar, pero yo no tenía idea de lo que iba a responder, así que le dije:

—Uff, parece que el tiempo se ha acabado. Está bien para ser la primera consulta.

# CAPÍTULO 2

## Alex

*¿Y ahora qué carajo iba a hacer?*, pensé de inmediato cuando la paciente se retiró. Me había metido en un lío muy grueso. Y más si Cecilia tenía un montón de seguidores. Tenía la esperanza de que no fuera así. Si el santurrón de mi hermano se enteraba, no solo iba a revocar mis prácticas, sino que tendría que lidiar con ello toda la vida. El peor defecto de Christopher era que fungía como una especie de conciencia o de súper yo en mi vida, que no me dejaba olvidar mis desaciertos hasta que estos eran corregidos, llevándose mi vergüenza por delante.

Comencemos de nuevo. Me presento. Soy Alex, y no soy terapeuta, soy el hermano del terapeuta y estoy estudiando para ser psicólogo. En mi favor diré que me falta un año para graduarme y que me he sentido muy presionado últimamente. Mi hermano, Christopher Huxley, es uno de los psicoterapeutas más reconocidos en su área, con doctorado y un sinfín de posgrados, esos que cuelga en su consultorio. Básicamente, él era quien tendría que haber atendido a la paciente.

¿Y por qué atendí a Cecilia y me hice pasar por terapeuta? No fue mi intención; saben cuándo una mentira lleva a otra, y así sucesivamente se van encadenando hasta acabar sumergiéndote en una piscina de mierda. Pues eso fue la combinación de mentira, casualidad y de una equivocación por parte de la paciente.

Mi hermano mayor siempre ha fungido como una especie de mentor para mí, no porque yo se lo haya pedido, él cree que tiene un compromiso moral, no sé si con mis padres o con la humanidad. El caso es que desde que tengo uso de razón recuerdo a mi madre decirme que tenía que agradecerle a Christopher el haber nacido. Gracias a su insistencia y a sus enormes deseos de tener un hermanito, mi madre tuvo que volver a abrir la fábrica y realizar junto a papá a este angelito que ven aquí. Christopher fue maduro desde niño y como nos llevábamos algunos años, lidió conmigo en los terribles dos, también a los siete, ‘la edad de la peseta’, me encaminó para encontrar la luz en la rebelde adolescencia, me ayudó a entender el sexo en mis primeras experiencias y contribuyó a dilucidar mi proyecto de vida. Por eso cuando supo que quería estudiar Psicología me acogió en su departamento y se encargó de mi educación superior. Eso le dio derechos y a mí me impuso deberes. Trabajaba con él y aprovechaba para hacer prácticas de una asignatura en su clínica, donde daba en renta consultorios para un grupo de profesionistas de la salud. Aprobar o reprobar la materia dependía de la calificación que me iba a dar Christopher, y él era muy exigente. No le iba a importar suspenderme si creía que hacía lo correcto.

Yo tenía funciones muy delimitadas, entre ellas tenía un grupo de niños en terapia grupal para mejorar sus habilidades sociales, daba pláticas a adolescentes sobre los temas usuales que los jovencitos necesitan saber, tenía que encargarme de la recepción en el horario de almuerzo de la secretaria, etcétera. Lo malo de trabajar para tu hermano, era que no sopesaba el límite

familia-relación laboral, y siempre había algo en lo que necesitaba mi ayuda. La verdad, me sentía agradecido porque pagaba mis estudios. Nunca le decía que no, pero reconozco que me sentía un poco asfixiado. Al punto que terminé por meterme en este embrollo.

Un día antes, en el horario en que me tocó cubrir a la secretaria, Christopher intentó hablarme. Yo estaba muy entretenido con Lucy, mi amiga y compañera de estudios, a la que Christopher también había aceptado como practicante. Así que mi hermano tuvo que llamar mi atención y añadió:

—Alex, mañana tengo una paciente para las dos de la tarde. Comunícate con ella y reprogramala, es la primera vez que viene. Dile, por favor, que no podré atenderla en ese horario. Me ha surgido algo importante y tendré que cubrirlo de hoy en adelante de dos a cuatro todos los días.

—De acuerdo —dije, pero seguía embobado con Lucy, aunque sí lo había escuchado.

Un día después, justo a la hora del almuerzo de la secretaria, mientras yo estaba haciéndome cargo de la recepción, decidí entrar al consultorio de Christopher para buscar unas pruebas psicométricas que me había pedido calificar. Lucy estaba conmigo cuando la paciente llegó y no sé por qué decidió asomarse a la puerta del consultorio. Lucy y yo nos quedamos con cara de idiotas. Lucy me dio a entender con la mirada que la atendiera y cerró la puerta tras de sí, dejándome con tal enredo. Ambos sabíamos que Christopher se exasperaría si se enteraba de mi despiste, odiaba dejar plantado a un paciente.

—Buenas tardes, disculpe, soy Cecilia, la de la cita de las dos. He llegado con diez minutos de retraso, pero aquí estoy. ¿He perdido mi cita? Por favor, no me diga que sí porque estoy desesperada. Tengo un ultimátum para poner fecha a los preparativos de mi boda y no sé si casarme sea lo mejor para mí. Tal vez son los nervios por la petición de matrimonio. No lo sé.

Al ver a la paciente, pensé: *Trágame tierra. ¿Cómo es posible que se me haya olvidado posponer la cita. Gracias a Dios Christopher no está aquí o de lo contrario, no me quitaría de encima su perorata por quién sabe cuánto tiempo?*

—Doctor Christopher, ¿me escucha? —insistió ella.

—Disculpe, estaba...

—¿Puedo sentarme? —dijo y comenzó a hablar de forma arrolladora—. Ha sido difícil llegar hasta aquí, digo, no es fácil decidirse a soltarle la sopa a un extraño, por muchos títulos que tenga. Usted parece que se dedica a coleccionarlos, son muchos.

—No me hable de usted, no es necesario. ¿Cómo le explico esto? Ha habido una confusión... —dije resuelto a aclarar la situación.

—¿He confundido mi horario? ¡Dios mío! Revisaré mi agenda, lo que me falta, una crisis repentina de Alzheimer. ¡Y con lo que me ha costado llegar! Se me pinchó un neumático en el trayecto y he conducido con la llanta baja de aire hasta llegar aquí.

—Pero eso puede ser fatal para su vehículo.

—Es que no quería llegar tarde o faltar a mi primera cita, eso sería imperdonable. Saliendo de aquí, me comunicaré con mi mecánico y veré qué puede hacer por mí. Espero no tener que cambiar el neumático yo misma, no tengo idea de por dónde empezar.

—Pues sí que ha sido muy difícil para usted llegar y...

—Pero no me hables de usted, seamos recíprocos.

—Toma asiento, Cecilia —dije inhalando hasta saturar mis pulmones, porque no podía hacer que el día de ella fuera peor. Su caso parecía simple, solo tenía pánico ante el compromiso que recién asumía. Posiblemente con una sesión iba a ser suficiente y no la vería nunca más. Y no es que me molestara seguir viéndola, era preciosa, de esas mujeres que no deseas tener de

pacientes ni en un millón de años, era por Christopher. Mi hermano tenía un saco casi lleno, donde acumulaba todos mis errores y la última vez le había prometido enmendarme.

Lucy me sacudió de mis recuerdos y me dijo:

—Hey, ¿hay alguien?

—¿Qué te pasa, Lucy?

—Estás como ido.

—¿Te parece poco? ¿Cómo se te ocurre encerrarme con la paciente en el consultorio de Christopher?

—Solo quise ahorrarte un problemón con tu hermano. Él está insufrible últimamente.

La secretaria volvió de su hora de almuerzo y me hizo dar un brinco como si hubiese visto un fantasma. Llegó a escasos minutos de atraparme *in fraganti*. Lucy se quedó tan campante como si nada, le dijo alguna tontería a Martha y se fue a continuar con sus pendientes. Miré mi reloj, justo a tiempo, diez minutos antes y Martha habría encontrado a la paciente.

—¿Pero qué susto te he dado, Alex? ¿Qué estabas haciendo?

—Nada, Martha. Estaba concentrado.

—Alex, ya estás libre de la recepción, vuelve a lo tuyo. Tus niños llegarán en treinta minutos. ¿Tuviste tiempo de comer algo? —me dijo.

—Tomé un café y unas galletas. No pude hacer más con tanto trabajo, dije agitando las pruebas en el aire. Son cincuenta pruebas de Orientación Vocacional, que Christopher voluntariamente ha administrado a una sociedad benefactora, que orienta a jóvenes que viven en disfunción familiar. ¿Adivina a quién le tocará calificar la donación en especie del señor doctor?

—No te quejes. Tú también estarás contribuyendo a esa buena obra.



Traje algo para ti —dijo y me mostró un sándwich.

Le sonreí y le dije:

—¿Me lo guardas un rato más? Enseguida regreso.

—¿Pero a dónde vas?

—Ayudaré a una amiga, se le ha pinchado una llanta con un clavo. Es cerca de aquí.

# CAPÍTULO 3

## Cecilia

Ahí estaba yo, en una calle aledaña a la clínica del doctor Huxley, en mi ciudad natal, Los Ángeles, observando el tráfico infernal y desesperada. Los Ángeles es la segunda ciudad más poblada del país, así que me sentía como un merengue en la puerta de un colegio. Con un fan que me descubriera sería suficiente para que se esparciera la noticia en las redes sociales. Tendría que correr calle arriba como posesa para librarme o las cosas se pondrían muy locas. Revisé la lista de contactos en el celular para buscar asistencia vial urgente. Pero era casi una tortura hacerlo con mis enormes gafas negras y mi sombrero preferido para camuflarme. Miré la llanta sin aire mientras analizaba por dónde empezar. El mecánico tardaría dos horas en venir. Ni de broma le hablaría a Eric, me preguntaría qué hacía por ese rumbo y yo no le había comentado acerca de mi decisión de ir a terapia. Me agaché y palpé el lugar donde el clavo había hecho estragos. Un desastre. Una voz, ahora conocida, me disuadió por detrás:

—Tú puedes cambiar la llanta, no necesitas ayuda.

—¿Eso crees? —dije aún cercana al piso y apreciando al terapeuta en todo su esplendor. Me tendió una mano y me ayudó a incorporarme. ¡Dios mío, me iba a dar un infarto! ¿Qué hacía ese hombre ahí parado? Deseaba que se fuera o no respondería de mí.

—De paso, puedes grabar un *vlog* sobre cómo cambiar una llanta y subirla a *YouTube*.

—No soy de ese tipo, no hago *vlogs*, ni documento mi vida. No soy la estrella. Mi canal y mi blog están destinados a promover el talento. Así como lo oyes. Promuevo a músicos, cantantes, escritores, pintores, escultores. Los entrevisto, muevo sus obras. También ofrezco otros servicios para darlos a conocer en las redes. Digamos que no solo soy yo, somos cuatro personas involucradas en esto. Colaboramos y así.

—Interesante.

—¿Qué haces aquí? No soy experta en la materia, pero qué tiene que ver esto con la terapia.

—Te vi angustiada por la llanta y decidí enseñarte a cambiarla, es muy fácil, puedes hacerlo. Así no tendrás que pedirle ayuda a nadie en el futuro.

—¡Oh, no, no! Yo no soy de las que cambian llantas, no tengo habilidad para eso. ¿Y si termino causando un caos mayor? Le hablaré a mi novio, él no tardará en llegar. Siempre está para mí cuando lo necesito —dije convencida, si era necesario llamaría a Eric.

—Estaré aquí para guiarte, si la cosa se sale de control te echo una mano.

—¿Y tus demás pacientes? No quiero ser una molestia.

—Tengo media hora. ¿Lo tomas o esperas a que venga el príncipe azul y te rescate? —dijo y comenzó a remangarse la camisa por encima de los codos, y de veras quería convencerme, porque comenzó a jugar y a entonar una musiquita de esas de los shows solo para mujeres—. ¿Aceptas el reto?

—Vale —dije sin parar de reírme—. Si me bailas así no podré decirte que no.

Jamás hubiese imaginado que un terapeuta iba a ser tan divertido, la imagen mental que yo tenía de un psicólogo era la de un viejo con anteojos, súper serio, con ropa anticuada y con cara de aburrimiento. Cuando la madre de mi amiga me dijo que el doctor era joven, me imaginé la misma descripción, pero cambiando la palabra ‘viejo’ por ‘joven’. Y este doctor Christopher era joven, sexy, con perfecta visión, con tremendo sentido del humor y bastante orientado en cuanto al sentido de la moda. Rompió por completo mis estereotipos. De inmediato me sentí en confianza.

—¿Qué tal si te ocurre algo así y te encuentras en medio de la nada? Imagina que no tienes señal de teléfono. ¿Qué es lo primero que harías?

—Buscaría en Internet cómo cambiar una llanta.

—No tienes señal.

—Es cierto. Me rindo.

—Podrías usar la intuición y la lógica. Sería bueno que empieces por ver qué herramientas traes.

—Por supuesto.

Caminó con gracia y abrió la cajuela del auto. Comenzó a nombrar cada una de las herramientas y a explicar su función. Después de eso me puso a trabajar. Efectivamente me sobraban habilidades para cambiar una llanta. En veinte minutos estaba lista para arrancar y perderme en la carretera.

—Muchas gracias. ¿Este tipo de servicios también lo brindan los psicólogos? —le dije.

—Crear seguridad en mis pacientes es una de mis metas.

—¿No parezco lo suficiente segura? —lo reté.

—No quise decir eso.

—¡Uhhmm! ¿Cómo lo corriges entonces, doc?

—No tienes que llamarme así.

—¿Qué es lo apropiado entonces, doctor, psicólogo?

—Puedes llamarme Alex.

—¿Alex? Pero te llamas Christopher ¿no? ¿O es tu segundo nombre y no me di cuenta? —dije verdaderamente sorprendida.

—Alex... es mi seudónimo.

—¿Necesitas uno? Lo pregunto porque en la tarjeta de presentación dice doctor Christopher Huxley.

—Soy músico en mis ratos libres.

—¡Ah! Ya veo por dónde vienes. ¿Y te gusta que te llamen por tu seudónimo?

—Ahora estoy tratando con la bloguera, no con la paciente.

—Sí que eres raro. Lo siento. No fue mi intención decir que eres ‘raro’. Solo que acabas de romper con las expectativas que tenía de cualquier profesionalista de la salud mental.

—Lo mismo me acaba de suceder contigo, nunca había tratado con una bloguera y menos con una *youtuber*.

—Tendrás que mostrarme algún demo. No me puedo quitar ahora la curiosidad de conocer el color de tu voz.

—No soy cantante, toco un instrumento.

—Y muero por saber cuál.

—Batería —respondió riendo.

—¡Ohhhh! Eres rudo. Batería, me sorprendiste.

—¡Por Dios! Al paso que vamos te voy a perder como cliente y creo que tú ganarás uno.

—Ja, ja, ja, ja. Suelo ser convincente.

# CAPÍTULO 4

## Alex

*¿Qué estupideces estás haciendo, Alex? Llámame Alex. ¿Pero en qué momento me olvidé que esto es una farsa que tiene que terminar ya,* me dije mientras regresaba a la clínica y me encerraba en el consultorio asignado, donde pronto llegaría la pandilla más curiosa de todas con las que me había tocado trabajar. Martha llegó en breve y me extendió el sándwich.

—¿Qué tienes, Alex? ¿Te sientes bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Nunca te demoras tanto para devorar uno de mis emparedados.

Lo tomé y le di una gran mordida para despejar sus dudas, al tiempo que no podía disimular el placer que me causaba. Martha era la mejor cocinera que conocía y el pan con lo que sea se le daba excelente.

—Está delicioso. Gracias.

—¿Sabes qué pasó con la paciente que tenía cita hoy a las dos? Me dijo tu hermano que ibas a cambiarle el día, pero sigo viendo su nombre en el mismo sitio.

—Me comuniqué con ella y canceló, ya no vendrá ni siquiera otro día.

Olvidé borrarla.

—¡Qué extraño! Cuando habló me sonó desesperada.

—A veces eso ocurre, están en crisis en el momento, pero en un par de días o más logran tranquilizarse y analizar la situación desde otro punto de vista, uno más consciente.

—¿Quién lo diría? Estás hecho todo un psicólogo. Anhele ver que te recibas. Muchacho, has dado tantas vueltas, hasta que al fin encontraste lo que en verdad te gusta. Pensé que estabas perdido y me enorgullece ver que encontraste el camino.

—Eso parece.

—¿Lo estás dudando? —me dijo Martha—. Por favor, Alex, no me gusta esa mirada, no empieces todo de nuevo. Administración de Empresas, Veterinaria y ahora Psicología, la tercera tiene que ser la vencida.

—Calla, Martha. Nada más falta que entre Chris, te escuche y me arme una buena, que no he dicho nada. Seré psicólogo y punto.

—¿Eso te hará feliz?

—Me gusta. Es una linda profesión.

—Deberías aplicarte una de esas pruebas de orientación vocacional para ver qué te sale.

—Ya lo hice una vez, justo antes de decidirme por Administración de Empresas.

—¿Y qué salió?

—No me lo preguntes, hoy no, por favor. Ya bastante extremo ha sido mi día.

—¿Ves que sí te pasa algo? ¿Me dejarás con la intriga?

—Salió música, pero Chris y mis padres creyeron que no era lo suficientemente serio.

Justo en ese momento comenzaron a llegar los niños que atendía y

zanjamos el asunto. Me dispuse a saludar a cada uno de los chicos y pasamos al salón, a nuestro arduo trabajo.

*Siguiente semana, una de la tarde.*

Christopher salió a su nueva diligencia. Yo recién llegaba de la universidad y me colé en su oficina, revisé que no hubiera moros en la costa y con esto no me refería a otras personas, sino a pequeños detalles que me delataran, como el portarretratos de Christopher en uno de los muebles, etcétera. Me colé en su baño y me cepillé los dientes, me lavé la cara y me puse un poco de la colonia de mi hermano. Lancé la más *sexy* de las miradas al espejo, ensayé mi cara de preocupación, de escucha atenta, también mi sonrisa cordial. Martha entró para retirar la última taza de café que Christopher había dejado en su escritorio y me hizo dar un brinco.

—¿Y tú para quién te pones tan guapo? Ya lo sé, es para Lucy.

—Martha, no estaría mal llamar a la puerta del consultorio cuando hay alguien dentro.

—La puerta del baño se hizo para cerrarse.

—Solo me estoy lavando las manos. ¿No irás a almorzar hoy? Faltan quince minutos para las dos, es tu hora.

—¿Me estás echando, Alex?

—Martha, solo estoy viendo que se respeten tus derechos laborales. Tu hora de almuerzo es sagrada.

Martha me lanzó una mirada no muy convencida y se fue. Yo tenía exactamente cincuenta minutos para atender a Cecilia y dejaba otros de margen, para que mi paciente se fuera mucho antes del regreso de la secretaria. Y todo salió perfecto, justo a las dos de la tarde, llegó Cecilia Marcel. Lucy me cubrió en la recepción. La condujo al consultorio y la invitó a sentarse:



—¿No tienen otra secretaria o recepcionista? La primera vez que pedí cita me contestó una mujer y van dos veces que vengo y no la veo, su voz era de una señora de unos cincuenta años. Quería agradecerle por darme la cita lo antes posible.

—Te refieres a Martha. Es su hora de almuerzo.

—Precisamente es una hora complicada. Estaba pensando en cambiar mi horario para la siguiente semana.

—Lo lamento, no hay disponibilidad. Estoy saturado.

—Entiendo.

—¿Y bien, quién eres, Cecilia? Recuerdo que nos quedamos en esa pregunta la sesión pasada —le dije y la enfoqué con discreción.

—Pensé que después de tu baile *sexy* y de cambiar la llanta no me lo preguntarías. ¿No estás más interesado en mis servicios profesionales?

—Si es lo que deseas.

La vi respirar profundamente y ponerse seria para decir:

—De acuerdo. Creo que ahora me es más fácil abrirme. Ya veo que no muerdes, eres un simple mortal.

—Si tú lo dices.

—Yo vine a terapia, necesito tomar una decisión y pronto.

—Según entendí la sesión pasada, el compromiso ya está fijado —le dije y señalé el anillo en su dedo.

—Así es. Y lo quiero, doc, pero, ¿por qué no soy feliz en la cama con Eric?

—Te refieres a que no te gusta el sexo con él.

—No es que no me guste, me agrada, pero algo pasa en algún punto y se rompe la magia, la conexión... ¿Debo casarme con Eric si tenemos problemas para entendernos cuando hacemos el amor?

—Esa respuesta solo te corresponde a ti. ¿Qué dices?

—Por eso estoy aquí. No tengo ni p... idea.

—¿Eric ha manifestado que le ocurre lo mismo?

—¿Él? No lo ha dicho con todas sus letras, pero tiene que darse cuenta que algo no funciona, al menos ahora.

—¿Funcionó en el algún momento?

—Lo creía, cuando no tenía punto de comparación.

—¿Lo amas?

—¿Lo preguntas en serio? Creí que lo habías anotado en tu libreta con tres asteriscos, estoy enamorada. ¿Quién no podría amarlo?

—¿Te gusta físicamente?

—No creo que exista una mujer inmune a Eric, es casi estadísticamente imposible.

—Por lo que dices intuyo que es bien parecido.

—Es guapísimo. Cuando me invitó a salir la primera vez, no lo podía creer. Además, tiene un don, me lee el pensamiento.

—Pero no en el sexo —confronté.

—¿Tu trabajo es ser un aguafiestas? Lo digo porque por un momento creí recuperar las mariposas al recordar nuestros inicios y ya lo echaste a perder.

—No fue mi intención, continúa.

—Yo amo a Eric, tenemos problemas de la puerta de la habitación para adentro y nada más.

—¿Has intentado hablar con él? Podrían tomar terapia de pareja.

—No. Eric no podría recuperarse de eso.

—¿Problemas de comunicación?

—La autoestima de Eric es como una montaña, cualquier comentario que pueda lastimarlo destrozaría su ego.

La miré y me olvidé de Eric, ella no quería meterlo en esto y tal vez

tenía razón. El problema podría ser solo de Cecilia. Y por el temor que tenía a abrirse con el guapetón de Eric intuí que la autoestima de este era más bien como una montaña rusa.

—Pensé por un tiempo que no funcionaba. Cuando Eric y yo nos separamos por alrededor de un par de meses, terminé enredada con alguien más, casi la totalidad del tiempo que estuve separada de Eric y no eché en falta mi dificultad para concentrarme a la hora de...

—¿Lo dices porque probaste con el otro y ahí sentiste diferente?

—Sí. El otro ni siquiera era tan listo y atento como Eric, pero todo fluía. De esos hombres que mientras tuviera los labios sellados u ocupados devorándome, todo funcionaba, pero cuando decidía sacar sus ideas a la luz, me invitaba a tomar mi ropa y desaparecer a kilómetros de él. No era para mí. Con este no congeniaba más que en la cama, lo demás era aburrido.

—Lo lamento. ¿Te consideras exigente?

—Lo normal, quizás. No lo había pensado.

—¿Cómo fue tu primera vez? ¿Fue con Eric? ¿Lo recuerdas?

—Sí. Fue...

—Espera —la interrumpí—. Enseguida regreso.

Me puse de pie y caminé a la puerta del baño, disimulé lo mejor que pude mi nerviosismo. Mis pies se enredaron y estuve a punto de dar un tropezón que dejaría en evidencia lo que se estaba cocinando en mi interior, pero pude mantener el equilibrio. Cerré la puerta tras de mí, y me dije: *¿Qué haces, Alex? Tienes que inventarte algo de una vez y salirte de este enredo. No eres su terapeuta, ni es correcto lo que estás haciendo. Christopher me va a matar. ¿Qué hago?*

# CAPÍTULO 5

## Cecilia

Lo vi regresar del baño justo en medio de mi respuesta. Tomó asiento frente a mí y continué:

—Conozco a Eric de toda la vida, es el hijo del mejor amigo de mi padre. Te podrás imaginar que siendo Eric un hijo modelo, bueno en los estudios, luego en los negocios; mi padre se quedó maravillado cuando Eric dio muestras de su interés en mí. Él es diez años mayor que yo y crecí escuchando a las chicas de nuestro círculo desvivirse por él. Hermoso, deseado por todas, exitoso, perfecto. Al principio, él ni siquiera me volteaba a ver, en algún punto de mi adolescencia, tal vez a mis diecisiete años, su forma de verme cambió y comenzó a ser más atento. Mi padre me alentó más de la cuenta. Mamá estuvo de acuerdo porque era lo que yo quería. Mis amigas, uff, casi me obligan a decirle que sí cuando me invitó a salir. Yo tenía diecinueve, y desde los diecisiete no tuve oportunidad de salir con otros chicos, Eric siempre estaba ahí, bloqueándolos. Él lo reconoce, no me iba a dejar escapar. Estuvimos saliendo todo ese año y él, enamorándose lentamente. Me tardé todo un año en aceptar ser su novia, ya tenía el blog y eso me absorbía por

completo, luego abrí el canal, la escuela por otro lado. Ya sabes. Nos hicimos novios y Eric comenzó a insistir para que diéramos el siguiente paso. Sus besos, su toque, todo me ponía en llamas y caí en sus brazos. Fue en su casa, él vivía solo y mis padres no ponían objeción en que lo visitara, sin importar la hora. Preparó una cena para los dos, algo de música y en un abrir y cerrar de ojos ya me tenía en su habitación. Me ablandó con sus besos, no descuidó ni un pequeño trozo de la piel de mi cuerpo, puso especial énfasis en mis senos, a los que les hizo un culto y luego en mi centro de placer, hasta que ya no pude más y le dije que me hiciera suya. Él me hizo rogar un poco más y luego se introdujo en mí, robándome la virginidad y el resto de mi inocencia. Empezó muy lento y después muy rápido. Quedé entre extasiada y sorprendida al ver su rostro cambiar ante la euforia que le provocó el orgasmo. Nunca había tenido un pene tan cerca de mí, ni a un hombre completamente desnudo, al que podía tocar, morder, besar. Se volvió una obsesión para mí darle placer y verlo a los ojos cuando lo llevaba al éxtasis.

—¿Y qué pasó con tu propio placer? ¿Hasta dónde llegaste?

—Yo creía que ése era el placer hasta que tuve la oportunidad de probar lo que era el sexo con otro. Entonces me sentí estafada. Eric me había convencido de que eso era hacer el amor y no volvió a ser tan atento como la primera vez. Se volvió demandante, quería todo y lo quería en el momento que él lo pidiese. Me sentí usada, en la cama y en la vida, comencé a ver un lado de él que no había percibido. El sexo con Eric mejoró después de haberme acostado con el otro. Al menos ya tengo idea de qué pedirle, pero Eric no siempre está dispuesto a ceder ante mis deseos, no está dispuesto a negociar y yo no tengo el valor para encararlo, porque si lo hago, él se pone a la defensiva. No quiero perderlo; lo quiero, aunque para alguien sea reprochable, pero no puedo continuar buscando el placer en otra parte.

—¿En otra parte?

—El otro joven es mi amante, no hemos terminado. Me siento la peor del mundo, pero con él me siento libre en la cama. No lo amo, es solo sexo. Ni siquiera hablamos sobre nuestro vínculo, pero entiende los deseos de mi piel. Y a Eric lo amo, no lo quiero perder, pero no nos podemos casar así.

Terminé llorando hasta que mi rostro quedó completamente empapado por un mar de lágrimas. Alex me cedió una caja de *kleenex* e intenté aplacar mi desesperación. Reparé en la hora, justo había consumido hasta el último minuto y el terapeuta solo me miraba con absoluta solidaridad. Ya no me importaba quedar como una zorra ante él, porque me daba la confianza suficiente para saber que todo lo que yo dijera se iba a quedar entre nosotros, en un pacto absoluto de confidencialidad. Me puse de pie y le dije:

—¿Nos vemos la siguiente semana? ¿Mismo día a la misma hora?

—Por supuesto. ¿Cómo te sientes? Acabó la hora, pero no te estoy echando.

—Me siento mal, muy mal porque me he dado cuenta que a veces termino por creerme mis mentiras, tanto que pasan los días y olvido que he sido infiel, y creo que soy la tierna chica sin secretos que Eric ve en mí.

Me despedí antes que tuviera que soltarle todo y mi proceso terapéutico transcurriera en un solo día. Pedí a la chica de la recepción que me cargara la sesión a la tarjeta de crédito y me fui. Esto apenas era el principio. Lloré durante todo el trayecto en el auto.

Arribé al departamento, o más bien al estudio donde estaba instalada actualmente. Rain Lilly, mi chihuahueña corrió a pedirme que la alzara en brazos. Se dio cuenta que había llorado y me lamió la mejilla. Ahí vivía sola, tenía todo el material para mantener actualizado mi blog y grabar mis videos. Cuando me hartaba podía refugiarme en la casa de mis padres o con Eric, pero la mayor parte del tiempo estaba feliz en el estudio. Mis amigos, con los que

grababa, se habían convertido en parte de mi familia. Ashley era mi amiga de la carrera, quien me había apoyado desde los inicios cuando comencé a grabar con un celular y poco a poco fue subiendo la barra de seguidores. Su novio, David, era otro de mis amigos. Se enamoraron en mi estudio mientras trabajábamos y creo que ahí tuvieron sus primeros encuentros candentes, de los cuales le he prohibido a Ashley compartirme los detalles, porque en el estudio solo hay una cama, la mía. Cosas que solo se les perdonan a las amigas. Y el otro, Dios, era mi ‘amante’. ¿Está bien decirlo así? Era mi amigo Peter, quien había tenido el tacto para darse cuenta cuánta pasión le faltaba a mi vida y la delicadeza de hacerme sentir una mujer en toda la extensión de la palabra.

De un momento a otro llegaría el resto de mi equipo, íbamos a grabar un nuevo video. Ashley, mi mejor amiga fue la primera en llegar. Todos tenían llave, así que llegaban a la hora que les parecía y entraban. Ashley se acercó para darme un beso mientras terminaba de prepararme un té, le ofrecí una taza y aceptó gustosa. Rain Lilly como siempre, quiso toda la atención, así que Ashley tuvo que alzarla para que nos dejara conversar.

—¿Qué tal, Cecy? Estás muy calladita hoy.

—Vine de la terapia. Dale gracias a tu madre por recomendar al terapeuta, es un sol. Por cierto, es muy joven y muy, muy, muy lindo.

—¿Sí?

—Es un bombón. ¿No lo sabías?

—Con razón el tratamiento de mi madre nunca termina y siempre está tan relajada. Pobre de mi padre, tan ajeno.

Nos reímos sin parar durante unos minutos hasta que Ashley me exigió una descripción detallada del terapeuta.

—Si te digo te voy a asustar. ¿Estás segura?

—Dale, suéltalo.

—Físicamente. Es alto, bastante. Es delgado, pero no demasiado, tiene brazos bien torneados. Se nota que hace ejercicio, tiene bonitos músculos, discretos, nada exagerados, pero es muy *sexy*. Tiene el cabello castaño claro y los ojos, Ash, nunca he visto unos ojos como esos, azules e inmensos. Sus cejas y pestañas los enmarcan de una manera que hacen que su mirada sea irresistible.

—Parece que me estuvieras describiendo a un modelo de *Calvin Klein*. Ja, ja, ja. Doctor Tentación.

—¿Cómo lo llamaste? Le viene como anillo al dedo. Y se mantiene muy joven, pareciera más joven que nosotras.

—Esta madre mía me había dicho que era joven y simpático, pero no fue específica, es tremenda.

—Desde que lo vi me olvidé de la terapia. No lo negaré, me gustó de un modo impresionante. Ese hombre me hace sentir algo... Es como si hubiese encontrado la respuesta a todas mis preguntas. ¿Por qué no puedo casarme con Eric? Porque no siento lo que el terapeuta me hace sentir. Mírame, no puedo dejar de sonreír. Así quiero sentirme el día de mi boda, y si un hombre no me hace sentir algo idéntico a esto, no debería estar pensando en unir mi vida para siempre con él.

—¿Pero estás loca, mujer? Si le conoces hace nada. ¿Y el terapeuta? ¿Estás sola en esto o él también fue flechado por Cupido?

—Es amable. Cuando estoy con él, las manecillas del reloj dejan de marchar.

—¿Y ahora? ¿Y el pobre Peter?

—Yo no amo a Peter.

—Pero él se está involucrando.

—Peter y yo tenemos las cosas muy claras entre nosotros. Lo del terapeuta es algo platónico, no llegará más allá, es un suspiro, un alivio que he



encontrado en medio de Eric, el Dios del amor; y Peter, el Dios del sexo.

—Cecy, estás jugado con fuego.

—Tiene unos ojos que incitan al pecado. Debería haber una prohibición para que los hombres guapos no puedan ejercer como psicólogos, y para las mujeres también. Digo, ¿cómo te concentras cuando te clava la mirada? Pero no tienes de qué preocuparte. Es muy respetuoso, correcto, con tremendo sentido del humor. Me enseñó a cambiar la llanta de mi auto.

—¿Y eso?

—Supongo que es buena persona.

—Espera, calla. Regresemos varias oraciones atrás. Es que aún no me recupero de lo que dijiste. Mencionaste que ese hombre te hace sentir algo, que es como si hubieses encontrado la respuesta a todas tus preguntas. ¿Por qué no puedes casarte con Eric? Porque no sientes lo que el terapeuta te hace sentir. Si no estás enamorada de Eric, y me consta porque te conozco, Cecy, si lo que sentías por Eric ya no existe, si el fuego se apagó ¿por qué insistes en seguir adelante con esta boda? Desde que me contaste lo de Peter, creí que algún día la sogá iba a reventar y te ibas a dar cuenta que lo tuyo con lo Eric está muerto desde hace mucho, si no es que desde el principio. Si no es Peter, ni el terapeuta, puedes probar un tiempo sola, pero...

—Basta, Ashley. No de nuevo lo mismo. Lo que sea lo descubriré y lo decidiré yo.

—¿Descubrir? No te veo confundida, más bien obstinada. No sé cómo soportas a Eric. Es hermoso pero asfixiante. Por eso prefieres vivir en este estudio que, con él en su departamento, pero cuando se casen tendrás que mudarte definitivamente a su lado. No te cases con él porque es el pretendiente que tu padre eligió. ¿En qué siglo estamos? Y si el terapeuta te mueve el tapete no sigas yendo con él, no servirá de nada.

—Me ayuda la terapia, es bueno en lo que hace y logró hacerme

pensar.

La puerta se abrió y aparecieron Peter y el novio de Ashley, así que cambiamos el tema. Ashley corrió a colgarse del cuello de David, como siempre hacía y Peter se me acercó silencioso. Me besó en el cuello y me hizo sentir muchas cosquillas. Me empujó con delicadeza a la habitación.

—Ahora no, Peter, vamos a grabar.

—¿Y eso cuándo te ha importado? —me dijo sin parar de besarme.

—Ellos están aquí.

—Esperaremos. Cuando terminemos de grabar y se vayan. ¿Qué dices, mi querida amiga? Hoy nos toca, hace una semana que me evades.

—Ya sabes que esto es ocasional y ahora no me apetece.

—Solo te vi un poco tensa y pensé que no nos vendría mal.

—Peter, me voy a casar y lo sabes. Tal vez deberíamos parar.

—Eso llevas diciéndolo desde que empezamos. Cecy, como quieras. Cuando te interese me buscas.

El sonido de mi celular me sacó de la bruma en que me dejaron las palabras de Peter. Contesté con algún monosílabo, era Eric para confirmar los planes para la noche. Casi lo había olvidado así que corrí a alistarme. Esa noche iríamos a *Boulevard3*, uno de los clubes favoritos de Eric. Él lo frecuentaba desde antes de conocerme y le daban un trato especial. Por lo general, solíamos disfrutar del ambiente y pocas veces era sorprendida por los seguidores del canal. Tuve tiempo suficiente para vestirme y maquillarme, era mágico hacerlo, me tranquilizaba. Me coloqué un vestido blanco ajustado que llegaba hasta debajo de las rodillas, la parte de arriba parecía un *corset* con unos tirantes muy finos, que solo estaban de adorno, porque no servían para sostener el *top* superior. Era simple pero exquisito y el toque de elegancia lo aportaban el corte y la tela con textura a relieve. Ondulé un poco mi cabello y

me hice un moño con caída hacia uno de los lados. Elegir el perfume era toda una odisea porque era mi debilidad, esta vez me coloqué un poco de *Good Girl* de Carolina Herrera. Mis zapatos lucían exactamente como la botella del perfume.

A las diez de la noche, Eric subió a buscarme a la puerta del estudio, como siempre hacía, me elogió y se cercioró de que el anillo, enlace de nuestra unión, luciera radiante en mi dedo. Partimos hacia el club y ya adentro nos topamos con Maggie, una amiga que había conocido en el mismo sitio, luego de un par de años frecuentándolo. Ella era hermana de uno de los *DJ*, también mi amigo, y nunca faltaba.

—Hola, Mag —la saludé—. Estaremos en la mesa de siempre, ¿pasas un rato?

—En un momento. Estoy esperando a un chico.

No tuvo que dar detalles, la conocía y sabía que era una cita. Le hice una seña con pulgares arriba. Ella no podía disimular lo emocionada que estaba. Estuvimos un rato hablando y de ahí, Eric y yo seguimos a nuestra mesa.

Apenas nos habían traído las bebidas cuando Eric tocó el tema de la boda, quería fijar la fecha. Tomé mi Martini y le di un largo sorbo.

—Cecilia, aún no me has contestado. ¿Para cuándo vamos a fijar la fecha? Mis padres están desesperados. Se han emocionado mucho y los tuyos también. Tengo treinta y ocho ya, si seguimos esperando pareceré el abuelo de mis hijos.

—¿Ya estás pensando en niños?

—¿Tú no quieres?

—Claro que deseo ser madre, algún día, pero ahora tengo suficiente solo con pensar en la boda.

—Creo que es hora de que cierres el canal, sigue con el blog o busca

otra manera de alcanzar tu realización personal. O ten el canal, pero dale un giro diferente. Cada vez que invitas a esos artistas, bandas, cantantes, escritores eróticos, por Dios. Es poco serio. Me gusta cuando invitas a gente con más carácter.

—Al paso que vas, serás el abuelo de tus hijos, pero sin importar la edad que tengas. El mundo está lleno de tristeza, ¿por qué no puedo brindar un espacio solo de entretenimiento y de echar relajo, qué tiene? Además, yo ayudo a promocionar artistas. Los ayudo a cumplir sus sueños. Es un ganar-ganar. Nos apoyamos los unos a los otros.

—No me amargaré la noche pensando en eso. Pero mis hijos estarán lejos de ese mundillo.

—No era mi intención hacerlo diferente.

Lo llamaron al celular en el momento que menos me imaginé. Era algo que solía ocurrir con frecuencia, más últimamente. Se retiró de la mesa y se aproximó al bar para hablar con tranquilidad. Lo vi afanarse en una discusión que parecía no tener fin. Tomé otro trago y me acerqué a él, antes de que hiciéramos contacto, colgó de golpe, dejando a la persona con la palabra en la boca.

—Tengo que salir.

—Acabamos de llegar.

—Será máximo una hora, no tardaré.

—¿Qué sucede?

—Problemas, lo de siempre. Situaciones urgentes que solo puedo resolver yo. ¿Me esperas aquí?

—De nuevo no. La última vez que vinimos fue lo mismo, al menos vinimos con Ashley y David, pero ahora estoy sola.

—Tienes a Mag, esa amiga tuya. Dile que te acompañe un rato.

Lo vi marcharse con su traje impecable y aquella forma de caminar que

derretiría a cualquier chica, a todas menos a mí y no podía entenderlo ¿por qué? Ni siquiera fui en busca de Maggie, ella tenía una cita y yo no quería ser mal tercio. Quise probar qué se sentía ser soltera otra vez. A veces temía enfrentarlo, me daba pavor dejar ir a Eric, lastimarlo y arrepentirme. Tal vez la costumbre no me dejaba ver que era el hombre de mi vida. Me terminé el trago, pedí otro y me apresuré a tomarlo, me puse de pie y me aproximé a la pista, bailé como hacía tiempo no lo hacía, sola. Me fui soltando y me sentí segura. Cuando el primer chico *sexy* me invitó a acompañarle, entré en pánico, terminé por rechazarlo y volví a refugiarme en mi mesa.

Mientras reflexionaba sobre mi audacia y mi cobardía al final, Maggie vino acompañada de dos hombres. Los rostros de los chicos fueron tomando forma y un rostro familiar me sorprendió. Era el doctor Huxley. Palidecí y comencé a ponerme nerviosa. Sin su atuendo de consultorio se veía muy distinto. El *outfit* de ‘noche de club’ le sentaba estupendamente. Pantalón y camisa negra, chaqueta de piel del mismo color. Todo un *sex symbol* y la mirada matadora para acabar de darme el tiro de gracia. Recordé la emoción de Mag y su alusión a su cita. Mi corazón dio un salto al imaginar que fuera él. Me descubrí celosa y traté de calmarme. ¿Qué me estaba pasando?

—¿Por qué tan solita? ¿A dónde fue Eric? —preguntó Maggie.

—Le hablaron de la compañía, tuvo que salir con urgencia, pero regresará.

—Son las doce de la noche. ¿Quién trabaja a esta hora? —dijo mi amiga. Sonreí forzada porque él estaba presente, de lo contrario le hubiera dado toda la razón a Mag. Me habría desahogado y hubiera soltado bastantes impropiedades en contra de Eric—. Te presento a Ralph y a Alex.

—Buenas noches, Alex. Mucho gusto, Ralph.

—¿Se conocen?

—Algo así —dije para no dar explicaciones, no me fascinaba la idea

de decir que tomaba terapia. Él se limitó a saludarme y Ralph hizo lo mismo.

—Chicos, no podemos dejar a una dama en apuros. La acompañaremos un rato, hasta que regrese Eric.

—Claro, pueden sentarse —les invité.

—Alex tuvo similar suerte a la tuya, también lo dejó plantado su cita. Así que ya somos cuatro. Pidamos algo de tomar y animemos la noche.

Las palabras de Mag me dejaron claras las cosas, Ralph era su cita y Alex y yo estábamos ‘plantados’ en esta rara situación. Mag y Ralph no se callaban, había química entre ellos. Alex y yo habíamos perdido la voz. Cuando sonó la canción favorita de Mag y decidió sacar a bailar a Ralph, sentí los calores invadirme el cuerpo. Nos íbamos a quedar solos los dos, por el momento, no habíamos intercambiado más que el saludo. Lo que no sospechaba era que eso habría sido lo de menos, Mag nos arrastró literalmente a la pista de baile, a pesar de nuestros intentos por resistirnos.

¿Y ahora qué iba a hacer delante de ese hombre? Mis músculos se habían quedado rígidos.

—¿Te sientes incómoda? —él me leyó la mente.

—Ni sé qué decir. Esto es raro. Al menos podré ver en qué termina tu bailecito *sexy* de la otra vez —intenté bromear para relajarme.

—No me retes, que no respondo. El baile es lo mío. Le entro a lo que sea.

—Si presumes, tendrás que demostrarlo.

—¿Y qué pasa si llega tu novio? ¿Es celoso?

—Te contaré que la última vez que vine con él me hizo exactamente lo mismo. Por suerte me acompañaron dos amigos y me fui con ellos a la casa. Ni sé por qué te digo esto. Mejor bailemos.

Y mis palabras fueron mi propia sentencia. La música cesó y dio paso a una más suave y sensual. Él me extendió la mano y aun temblando, se la

tomé. Colocó su mano en mi espalda baja mientras las oleadas de calor me recorrían. Su aroma me invadió por completo, la calidez de su cuerpo, la suavidad de su voz cercana a mi oído. ¿De qué me hablaba? Por un momento lo olvidé. Una canción después, me había olvidado de Eric, me sentía soltera de nuevo, con aquella sensación electrizante que te invade cuando sales de fiesta y conoces un chico guapo, que, aunque lo disimule, no puede negar que tú también le gustas. Sus ojos tenían algo que me hechizaban, y sus labios me provocaban robarle un beso, si los abría para decir lo que fuera, yo me estremecía. Esa sensación de enamorar y dejarse enamorar, es como una droga que recorre el cuerpo, no tiene par.

*¿Y si lo beso? ¡Dios mío! ¿Qué me pasa? A lo mejor todo está en mi mente y él solo es amable conmigo. Lo mejor que puedo hacer es regresar a la mesa y revisar el celular, si Eric llega, se dará cuenta que me estoy derritiendo por el psicólogo. ¡Qué patética soy!, pensé. Alex no se quedó solo en la pista y me acompañó. Tomé el móvil, tenía varias llamadas perdidas de Eric, revisé los mensajes y había uno en el que pedía que lo llamase. Ni siquiera tuve que hacerlo, otra llamada entró y la recibí:*

—¿Qué pasa, Eric?

—¿Por qué no respondes?

—Estaba con Mag en la pista de baile. ¿A qué hora llegas?

—Princesa, no me puedo escapar.

—Es la una de la madrugada, ¿quién trabaja a esta hora?

—Tu prometido.

—Ni que fueras médico. No entiendo qué es tan urgente que no puede esperar a mañana.

—Mandaré al chofer por ti, lo siento.

—Eric, esto solo me causa fastidio. ¿Sabes? No es necesario que envíes por mí. Mag ya se iba, le diré que me lleve.

—No te enojas, por favor. Entiende que estoy expandiendo el negocio y hay cosas que...

—No te esfuerces en justificarte. En serio me da igual.

Colgamos. Alex no dejaba de mirarme, pero fingió muy bien no haberme escuchado. Pidió una botella de whisky y se relajó en la mesa, se cambió de asiento a uno más cercano al mío. Me invitó a un trago y acepté.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?

—Cuéntame algo sobre ti. Dime sobre tu pasión por la música. ¿Qué tal? ¿Te puedo promocionar?

—No lo creo. Estoy dedicado a la psicología. La música es solo una medicina para el alma.

—Me encantaría oírte tocar.

—Y a mí, ver tus programas.

—Eso no es nada difícil.

Para cuando Mag y Ralph regresaron, ya estaban desesperados por irse. Mag se sorprendió por la falta de Eric y me dijo:

—¿Te llevo a tu casa? Llevaré a Ralph —dijo sin poder aguantar las carcajadas que le produjo mencionarlo—, pero antes te puedo dejar en tu estudio.

—Puedes ir en mi auto, si quieres —se adelantó Alex y terminé por aceptar.

No sé qué pasó por mi cabeza cuando salí escoltada por aquel semental. El deseo flotaba en el azul de su mirada. Conducía y hacía rugir el motor en la quietud de la madrugada sin dejar de asediarme. Sus ojos me rondaban como animal en celo. No entiendo por qué me subí al vehículo, ni por qué cuando se detuvo frente a la puerta del edificio, dejé que el fuego que ardía en mi pecho lo reclamara como mío, al menos, esa noche. Se lanzó por



mi boca y yo me quedé como una gacela temblorosa que iba a desfallecer si no lo tenía, si no lo invitaba a subir conmigo. Apenas rozó mis labios, se detuvo, respiró con fuerzas, exhaló y casi en un suspiro me dijo:

—Esto está mal. Perdóname. No puedo.

Guardé mi vergüenza y mi deseo, me escurrí dentro del edificio.

# CAPÍTULO 6

## Alex

Llegó la hora de la sesión número tres. Estaba nervioso. Lucy apareció para cubrirme en la recepción. Se había vuelto mi cómplice desde que cerró la puerta del consultorio y me dejó encerrado con Cecilia la primera vez que aquella acudió a terapia. No me cansaba de mirar el reloj, esperaba la hora en que Martha desapareciera para poder quedarme solo, antes que llegara Cecilia. Las manecillas del reloj se apresuraban descontroladas y Martha no tenía intenciones de moverse. Me le acerqué y le dije:

—Martha, tu hora de comer está por caducar. ¿Harás horas extras?

—¿Y eso cuándo te ha molestado? Últimamente te preocupas mucho por mi hora de comida. Hoy no saldré. Traje unos emparedados, uno es para ti y otro para Lucy.

—¡Oh! —exclamé, estaba en problemas.

—Te arreglas mucho más últimamente. Y esa colonia huele exquisita. ¿Cuánto gastaste en ella? Hace unos días parecías un mamarracho, pero un mamarracho con clase. Ahora le haces competencia a tu hermano.

Aquello me pegó de golpe. Estaba Martha en lo cierto. Ahora me preocupaba cómo lucía, y no era para solventar el teatro con Cecilia. Yo lo sabía, quería impresionarla. Eso era lo que más me frustraba, estaba traspasando todos los límites éticos de una profesión que no había terminado de estudiar.

—Martha, sería más lindo que comieras tu delicioso sándwich en el parque, admirando los árboles, las aves —le dije ante la risa burlona de Lucy.

—Me he quedado por una razón especial. Una mujer habló ayer por teléfono al consultorio. Quiere saber por qué no le han llegado las facturas de sus dos sesiones pasadas.

—¿De qué estás hablando?

—Cecilia, ¿te suena? La de la cita que me dijiste que fue cancelada. Me he quedado para ver qué está ocurriendo.

—Martha, yo puedo explicarte.

—Creo que tendrás que explicárselo a Christopher. La señorita Cecilia me dijo que tenía cita hoy y me sorprendió porque no la vi en la agenda. No le dije nada, imaginé que tú tenías una respuesta.

—¿Y esperaste hasta ahora para decirme? ¿Me estabas vigilando para descubrir cualquier paso en falso? ¿Le irás con el chisme a mi hermano?

—Respétame, Alex. No soy una chismosa y sí, velo por mi trabajo. Sabes cómo es Christopher de exigente. Aquí no solo rodará tu cabeza.

—Discúlpame. Chris me pidió que cambiara la cita y lo olvidé por completo. Llegó la paciente y me confundió con el terapeuta, creí que era un caso sencillo, que resolvería en unas cinco o seis sesiones. Pensé que mi hermano no se iba a dar cuenta.

—Es mi culpa —salió Lucy en mi defensa—. Me consta que no quería, pero terminé de convencerlo. Su hermano es un poco asfixiante. A veces no deja otra salida.

—Ven acá, ni, aunque quisiera puedo acusarte —dijo Martha y me abrazó. Me enteré en su pecho y me dejé mimar.

Conocía a Martha desde hacía muchísimo tiempo. Primero había sido la secretaria de mis padres, dos prestigiosos médicos ya jubilados, papá psiquiatra y mamá neuróloga. Cuando mi padre cerró su consultorio, Christopher contrató a Martha, quien, para ese entonces, tenía cincuenta años y era experta en su trabajo. Ella siempre había estado ahí para nosotros, principalmente para mí. Mis padres habían trabajado incansablemente, día, tarde y noche y muchas veces terminaba siendo Martha quien nos consentía, compraba nuestros obsequios de cumpleaños, y pasaba el tiempo con nosotros.

—Tendrás que hablar con Christopher —sentenció Martha.

—Pero... Dijiste que no me acusarías —intenté articular algo más y ella no me dejó.

—Quisiera, pero no puedo seguir malcriándote. Ya eres adulto. Por difícil que sea, será lo mejor. Christopher buscará una solución.

—No me hagas esto, dame un par de semanas —supliqué.

—Martha, si quieres ayudarlo no lo lances a la boca del lobo —intervino Lucy.

—Lucy —le dijo Martha—, si tu consejo no es productivo, mejor resérvatelo. Es lo menos que necesita. Luego se volvió a mí y añadió—: Resuélvelo hoy, Alex, libera a la paciente, dile que no podrás seguir atendiéndola, busca una excusa y reembólsale su dinero.

—No hay dinero, Martha. No le he cobrado. No soy un cínico —argumenté.

—Solo te doy hoy, o yo misma hablo con tu hermano.

—De acuerdo.

Cecilia apareció por la puerta de la clínica y parecía una estrella de cine. Me eclipsó con su entrada. De seguro por eso tenía tantos seguidores en Internet, solo verla merecía los *clicks* y las suscripciones. Martha reparó en ella y me lanzó una mirada asesina, de seguro ahora entendía muchas cosas. Saludé a la paciente y me fui directo al consultorio. Cecilia pasó con Martha, de seguro a hablar de esas facturas que no existían y yo la esperé mientras buscaba las palabras idóneas para resolver este embrollo.

La vi introducirse en cámara lenta, tomó asiento y me dijo con esa voz que ya podía reconocer entre miles:

—¿Y ahora qué sigue, doc?

Me quedé mudo, como un tonto. Las palabras se esfumaron, mi voz se mudó a otro planeta y vino un silencio que se tornó incómodo. Ella aguardó, solo abrió más los ojos para dar a entender que estaba esperando. Me recobré de mí mismo; las palabras de Martha presionándome para que resolviera mi metedura de pata, me carcomían las neuronas.

—Hola, Cecilia. ¿Cómo has estado?

—Viviendo en una especie de caos.

—Lo sucedido esa noche fue tan inapropiado. Me disculpo nuevamente. Lo más sensato es que terminemos el trato profesional. No quiero interferir en tu relación. Puedo recomendarte a un colega.

—No eres mi mayor problema en este momento. Yo también me disculpo. Creo que todo se juntó, el alcohol, el que nos dejaran plantados. Prefiero avanzar y olvidarlo, somos civilizados, puedo con esto. Ahora quiero centrarme en Peter y en Eric, en salir de ese juego.

—¿Estás segura? ¿Pues entonces, dime cómo te sientes?

—Más pensativa que nunca. He conseguido que Peter se enoje, pero lo he parado. Varias veces lo he frenado, él termina buscándome y yo caigo. Me siento terriblemente mal, nada justifica lo que le he hecho a Eric. A mi favor

diré que, aunque Eric me ama, siempre da todo por sentado, cree que debo amarlo, que debo cuidarlo, que debo besar el suelo que camina. Ya no es tan cariñoso, la relación se ha vuelto plana. Peter se esfuerza más. Sabe que tiene que batallar para que yo caiga rendida y lo hace hasta que termina por convencerme de seguirlo al fin del mundo. Solo que la magia termina cuando las hormonas se contentan.

—Veo que has reflexionado bastante.

—Es liberador poder decirlo sin sentirme juzgada. Hasta ahora solo lo saben Ashley y su novio. Él no me dice nada y Ashley no es que se ponga del lado de Eric, de hecho, no es santo de su devoción y viceversa, pero me reclama por ilusionar a Peter y porque asegura que no soy feliz con Eric.

—¿Y eres feliz con tu novio?

—Tenemos momentos.

—¿Me podrías dar un ejemplo?

—Cuando me pidió matrimonio... bueno no, ése mejor no, terminó por generarme esta angustia. Tengo otro, una vez hace tres años hicimos un viaje a Hawai, lo pasamos muy bien.

—¿Y qué tal el sexo en Hawai? Estaban en otro ambiente. ¿Pudieron sentirse mejor?

—Un poco, tengo que reconocerlo. Lejos de todo y de todos, no me quejaba. Tal vez también porque no tenía punto de comparación. No fue como con Peter, pero como aún lo mío con Peter no había sucedido no me sentía tan frustrada. Mi primera vez también fue un momento feliz, así como los primeros meses en que Eric y yo hacíamos el amor. Yo disfrutaba las nuevas sensaciones. Eric se esforzaba más, era más complaciente, me escuchaba.

—¿Cuáles son tus metas del proceso terapéutico?

—Sanar mi relación con Eric.

—¿Específicamente qué deseas cambiar?

—Deseo que tengamos conexión en el sexo. O más bien que yo pueda conectarme con él. Eric se ve que lo disfruta, pero yo no tanto, en determinado momento me pierdo y la excitación se va.

—¿Qué te hace perder la atención en las sensaciones placenteras?

—Yo deseo ir por un lado y Eric insiste ir por otro. Eric quiere llegar y entrar, a mí me gustan los juegos preliminares. A Eric le gusta el sexo fuerte, a mí me gusta ir lento al principio.

—Sí que has estado reflexionando. La primera sesión no estabas segura de lo que querías. Veo que ya se va clarificando. Ustedes se beneficiarían mucho de una terapia sexual juntos. Los problemas que tienen, aquejan a muchas parejas, pero no todos se atreven a buscar ayuda profesional. Mientras más rápido lo hagan es lo mejor, tienen que resolverlo antes que las frustraciones se lleven el amor. Si de verdad quieres salvar tu relación con Eric, busquen ayuda profesional los dos. Si sigue pasando el tiempo, a lo mejor cuando lleguen a terapia ya están en una fase de separación irremediable.

—Doc... Será difícil hablar con él. ¿Tendré que contarle lo de Peter? Eric no me lo perdonará. No le puedo decir. ¿Cómo le explico a Eric que tenemos un problema? Si le digo que no me siento bien con él en el sexo, dirá que la culpa es mía, lo conozco. No puedo decirle que he probado con otro y que salgo bastante satisfecha, de hecho, mucho. ¿Cómo le digo que el sexo no funciona con él específicamente? Eric no me perdonará una traición y de veras lo amo.

—Cecy, en terapia sexual se trata a la pareja como una unidad, suponiendo, por ejemplo, que llegue una pareja donde el hombre tenga disfunción eréctil, el tratamiento y las tareas serán para la pareja en conjunto. ¿Te has masturbado?

—¿Qué? —dijo y noté que la pregunta la descolocó un poco.

—¿Has hecho el amor contigo misma?

—Sí —dijo reponiéndose y llenándose de confianza.

—Eso le puedes decir, que cuando te has dado placer a ti misma todo funciona.

—Pero es distinto, ahí yo llevo el control. Solo me satisfago a mí. Eric lo pondrá como objeción. Además, nunca lo hice antes de Peter, después de Peter supe qué esperar del sexo y quise experimentar.

—¿Y lo querías a todas horas?

—Quería explorarme constantemente, conocerme y ha sido fantástico. Mejoró todo con Peter, pero con Eric hay una barrera, algo que no puedo enfrentar.

—¿Pero lo quieres?

—Sí.

—¿A Peter no lo amas?

—Definitivamente no. Peter ha sido un soplo de aire para poder enfrentar mi vida junto a Eric, un alivio, un desahogo para sentirme viva como mujer, pero jamás podría renunciar a Eric. Todos mis planes a futuro incluyen a mi novio.

—Eric y tú pueden resolver el conflicto con terapia de pareja y sobre todo con terapia sexual.

—¿Tendré que hablar con él?

—Es tu decisión. ¿Te vuelvo a preguntar qué quieres conseguir al venir a terapia?

—Quiero resolver la duda que me agobia, saber si podemos hacer el amor sin obstáculos, poder entregarme a él por completo, saber si él puede ser más receptivo y puede entender que si me quiere a su lado, tiene también que pensar en mi deseo.

—¿Le has hablado a Eric de tu deseo, de lo que ocurre?



—He intentado, pero no me atrevo.

—¿Quieres sacarte la duda? ¿Quieres comprobar si tú y Eric pueden tener coito placentero para los dos?

—Placentero es, pero no es suficiente, no acabo totalmente sin fuerzas y con cada terminación nerviosa de mi cuerpo dando gracias, no como con Peter.

—Si quieres salvar tu relación con Eric es necesario que te concentres en él. Peter se lleva demasiada atención de tu parte.

—Ya terminé con Peter.

—¿Será definitivo?

—Ya dije que sí.

—¿Quieres la terapia para Eric y para ti? ¿Quieres intentarlo?

—Lo haré.

—Perfecto, les irá bien, confía. Te daré los datos de uno de mis colegas, es sexólogo, puedes pasar con Martha, ella te contactará con él y te concertará una cita. Está ubicado en otra clínica, al otro extremo de la ciudad.

—¿Tú... no nos atenderás?

—No.

—Pero... no quiero cambiar de terapeuta. He logrado abrirme contigo y no creo que lo pueda hacer con otro. Esto es muy difícil para mí, sin ti no podré lograrlo. ¿Hice algo mal? ¿Por qué me estás echando?

—¿Echando, Cecilia? Para nada. Te estoy canalizando con un excelente sexólogo que puede ayudarles a resolver la situación y apoyarles para que lleguen listos al matrimonio.

—¿Pero acaso no tienes un posgrado en Sexología? ¿Por qué no puedes darnos tú la terapia? —dijo señalando a uno de los muchos diplomas de mi hermano Christopher, el que permanecía colgado en una de las paredes.

—Sería injusto para Eric, tú ya tienes ventaja. No quiero tomar

partido.

—Eres un profesional, para eso estás preparado. Tienes que ser neutral.

—Cecilia, disculpa, tienes razón, no quise darte una mala impresión. Es que tengo problemas y necesito salir de la ciudad, no podré volver a atenderte.

—No quieres atenderme, que no es lo mismo. ¿Piensas que no puedes ser objetivo?

—De veras necesito salir, no te haré ningún cargo, por ninguna de las sesiones. Fue algo repentino.

—¿Te gusto, doc?

—Claro que me agradas, eres una buena persona.

—Me refiero a si te atraigo como mujer. ¿Es por eso que me quieres dar calle?

—¿Qué dices?

—¿Por eso has perdido tu objetividad?

—Cecilia, eres una mujer hermosa, pero no te veo con esos ojos.

—¡Claro! Y las zanahorias vuelan. Sé darme cuenta cuando le gusto a un hombre. No te culpo, Alex, pero es algo que tú debes resolver, eres el psicólogo. Sacarme sin haber terminado la terapia se me hace absurdo.

—Cecilia, creo que nos estamos yendo por el mal camino.

Entonces, Cecilia hizo lo que nunca imaginé, menos después de su acalorada decisión de salvar su relación con Eric. Se aproximó a mí, mientras yo temblaba y me acarició el rostro, mi barba estaba recién salida porque no me había afeitado a propósito desde hacía dos días. Sus dedos rozaron también el puente de mi nariz y no pude contener el suspiro. Cecilia se acercó lentamente mientras yo me quedé congelado por fuera pero en llamas por dentro, se detuvo cuando sus labios quedaron frente a los míos y nuestras

respiraciones se cruzaron. Un par de segundos y la tortura crecía, otro suspiro de mi parte y sentía que iba a explotar de deseo. Cerré los ojos y quise enfocarme en las imágenes más ridículas para tranquilizar todas las reacciones físicas que amenazaban con delatarme, pero no pude, con los ojos cerrados la seguía viendo. Abrí los ojos, y aún teniéndola cerca le dije:

—¿Qué haces?

—Comprobando si es cierto lo que dices, que no te atraigo ni un poco.

—¿Podrías regresarte a tu lugar, por favor?

—Puedes besarme si así lo quieres.

—Definitivamente, no. Es innecesario que me pongas a prueba, pero si insistes, descubrirás que pierdes el tiempo. ¿Ya estás contenta?

—Sí —dijo y regresó a su silla. Comenzó a reír y las carcajadas llenaron la habitación—. Soy una tonta, discúlpame. A veces soy desafiante. Solo quería estar segura. Tener un psicólogo morboso es lo último que desearía, pero pasaste el examen muy bien. Eres todo un profesional. Ya me da cuenta que no te atraigo nada.

—Lo que hiciste es inapropiado. Amerita cancelar nuestra relación profesional. Cruzaste los límites.

—Relájate, Alex. No pasó nada. Solo quería estar segura de que puedo confiar en ti y sacaste sobresaliente. Pero si no quieres tratarnos a Eric y a mí, estás en tu derecho. No tienes que devolverme el importe de las sesiones. Cada centavo gastado ha valido la pena, me has ayudado mucho. Te agradezco haberme enseñado el camino, lucharé por Eric, nos lo merecemos. Tengo que darle un voto de confianza, no puedo echar todos los años de relación a la basura. Dame ese número, el de tu colega. Yo misma sacaré la cita.

—No es necesario. Te acompañaré en ese proceso —mencioné lleno de orgullo, poseído por una extraña voluntad de no dejarme manipular por su sarcasmo, y ya me estaba arrepintiéndome.

—¿Pero tu viaje?

—Me las arreglaré.

—No quiero ser un problema.

—Insisto. ¿Te parece bien dentro de una semana, mismo día, misma hora?

—De acuerdo, pero si cambias de opinión, solo mándame el número de tu colega.

—Hecho.

# CAPÍTULO 7

## Cecilia

*¡Qué día de locos! No sé cómo pude contenerme para no robarle un beso a Alex, pero no, sería el colmo de la desfachatez y la locura. Alex es mi psicólogo, me está ayudando a salvar mi relación con Eric y tuvo el suficiente autocontrol para no dejar que una noche de copas nos arruinara. Ahora, no contenta con un Peter en mi vida, ¿voy a sumar un Alex? Tremendo. Peter es mi colega de trabajo, súper complicado. Más, cuando Eric va al estudio y se le queda mirando como si sospechara algo y me pongo a tartamudear. Gracias a Dios que no nos ha atrapado in fraganti. A veces se me olvida que Eric también tiene llave de mi estudio, a estas alturas, ¿quién no? Sumar un Alex a mi conflicto de tres y convertirlo en locura de cuatro, sería demasiado. ¿Es que no dejaré hombres en la faz de la tierra para otras mujeres? No son todos míos, tiene que entrarme en la cabeza, pensé mientras me subía al auto y desaparecía a toda velocidad.*

Bajé la temperatura del auto, quería enfriarme y dejar de pensar en los ojos de Alex, sus labios, su piel, su barba de tres días, su olor. Tal vez tenía razón y era hora de que exigiera el número de su colega para alejarme de él.

¡Dios mío! Quiero un psicólogo según mi idea preconcebida, necesito uno viejo, nada *sexy*, aburrido y con cara de amargura, algo que yo pueda repeler sexualmente. Algo así me haría concentrar en la terapia. Es que la madre de Ashley definitivamente era una inconsciente. ¿Cómo se le ocurrió sugerirme a su terapeuta y condenarme a encerrarme con semejante bombón una hora una vez por semana? Por supuesto que la morbosa era yo y claro que no iba a besarlo, no soy tan atrevida, creo, pero si él me hubiese besado, si él hubiese roto la barrera yo no lo habría detenido. No quería ‘probarlo’, quería saborearlo, lo cual es distinto, aunque claro, monté el numerito ridículo de ponerlo a prueba porque era menos vergonzoso que soltarle la verdad, y porque me gustaba el drama, tengo que admitirlo. Encontré la excusa perfecta para escabullirme con honor si me rechazaba, como lo hizo.

No fui directo al estudio y sí al departamento de mi prometido. Él no había llegado. Así que aproveché para darme una ducha, ponerme algo cómodo y recorrer la que sería mi casa si seguíamos adelante y nos casábamos. Trataba de imaginarme cómo iba a ser mi vida después del matrimonio. Viviría aquí, cuatro veces por semana, tomaría mi auto directo al estudio. Regresaría a casa y dormiría todas las noches con Eric, todas las noches.

Eric me sacó de las reflexiones al entrar y me descubrió acurrucada en el sillón. Le dio gusto verme.

—Hola, princesa. Llegas temprano, pensé que no te vería hasta el fin de semana.

—Te extrañaba —le dije.

—¿Y eso?

Me acerqué y lo besé, cerré los ojos y puse de mi parte. ¿Y si lo intentaba, y si el problema se resolvía entre nosotros sin necesidad de terapia y dejaba todo atrás? Me concentré en el rostro de Eric, él no me siguió el

ritmo, quiso frenarme:

—Cálmate, Cecy, acabo de llegar de trabajar. Estoy cansado.

Dejé caer mi negligé a propósito y desabotoné su camisa, lo besé con lujuria e intenté que se perdiera en el suave contacto de mis labios sobre sus pectorales, su cuello, su boca. Eric me miró a los ojos, comenzó a encenderse para mí, y me pidió sexo oral. Fui complaciente. Lo disfruté y ese día especialmente, porque quería encontrar la fórmula que me acercara a él. Íbamos a casarnos y yo añoraba que congeniáramos en todo, en el amor y en la cama. Lo vi crecer en mi boca, cada vez más, hasta que ardió de deseos, quería poseerme. Ni siquiera me llevó al cuarto, quiso entrar a toda velocidad en mi interior, y como mi deseo provenía más de la premisa de ‘querer hacerlo y que funcionara’, fue difícil; yo estaba seca y fría, a él no le importó, hizo un gesto de desagrado y me culpó por ello, profanó mi cuerpo antes de tiempo y comenzó a moverse a su ritmo, sin importarle el mío. Me palmeó el rostro al verme ida y volví a concentrarme en el hombre que tenía encima de mí. Eric se movía rápido, por un momento logré conectar y disfrutarlo. Lo besé en los labios, eso me hacía involucrarme emocionalmente y cuando creí que me iba a gustar, él cambió la posición a una que me resultaba incómoda, traté de decirlo y me pidió callar. Si fuera un experimento y alguien nos estuviera observando justo ahora, parecíamos una pareja normal que disfrutaba del sexo, pero no. Yo solo trataba de anestesiarme para no frenarlo, él alargaba su orgasmo porque creía que así me daba más placer y para mí era una tortura. Le insté para que acabara y fui condescendiente. Le diría que había tenido no uno, mil orgasmos, con tal de ponerle fin a aquel encuentro. Pero haría lo de siempre, opté por tomar el control, giramos sobre nuestros cuerpos y yo quedé arriba, así podría moverme de la forma en que yo lo sentía delicioso. Cerré los ojos y todo mi cerebro se puso en función de mis terminaciones nerviosas, en disfrutar. Comencé a lograrlo, me gustaba, hasta que la voz de Eric comenzó a

presionarme para tener un orgasmo. Comprendí sus intenciones, quería que yo llegara al clímax para luego ordenarme moverme a su antojo, porque como otras veces, dejaba claro que como a mí me gustaba, a él no. Mis lágrimas se escaparon de mis ojos, él ni siquiera lo notó e hice lo que menos me imaginé, me separé de su cuerpo y le dije:

—¡Suéltame! ¿Acaso no te das cuenta que no me agrada?

—¿Qué te sucede, mi amor?

—Es que quiero más, quiero encenderme cuando me toques, quiero que te esfuerces un poco más como yo lo hago y que te intereses en mi placer.

—Me esfuerzo, Cecy. ¿Y ahora resulta que no te gusta? ¿Y eso desde cuándo? Nunca me habías dicho nada.

—Lo he intentado, pero ya no me escuchas. Te amo, Eric, pero ya no lo soporto.

—¡Cálmate! Podemos arreglarlo.

—Escúchame entonces. ¿Y si volvemos a empezar? ¿Y si te voy diciendo lo que me gusta y lo que no?

—Todo es porque querías moverte de esa forma, pero así no logro mantener la erección.

—Entonces tenemos un problema.

—Por supuesto que no.

—Eric, como a mí me gusta a ti no y viceversa. ¿Y si buscamos ayuda de un terapeuta sexual?

—No seas ridícula. Tú debes moverte como a mí me gusta, yo tengo que mantener el pene erecto, tú solo tienes que abrir las piernas, no es tan difícil.

—Sacaré una cita con un terapeuta, creo que nos podría ayudar.

—Ni de broma lo hagas, si tú tienes un problema, consulta tú. Ninguna mujer se ha quejado jamás de mí, todas han salido muy satisfechas, incluso



piden más.

—¿Sí? ¿Hace cuántos años de la última vez que te acostaste con otra? ¿O no me digas que me has sido infiel?

—¡Carajo, Cecilia! ¿Quieres pelear? Porque últimamente buscas cualquier pretexto para hacerlo. ¿Por eso viniste hoy a mi casa? ¿Querías hacerlo conmigo para probarme? He caído como un tonto. No deseabas hacerme el amor, querías buscar un motivo para reclamarme.

—Vamos a la cita, por favor. Quiero ser feliz por completo a tu lado.

—¿Por qué tengo que ir yo si el problema es tuyo?

—Puedes ir a apoyarme. Tal vez el problema es mío, pero ayúdame a salir de esto.

—Cecy, no hagas aspavientos, no hagas más grande algo que solo está en tu cabeza. No nos pasa nada, solo estás histérica por la boda. Es una racha. Saldremos adelante, no necesitamos ir al psicólogo.

Me puse de pie, me vestí, tomé mi auto y me fui a refugiarme al estudio.

Lloré durante todo el trayecto. Por suerte no había nadie en el estudio, porque necesitaba estar sola. Me senté ante una de las cámaras y comencé a grabarme.

—Hola, mundo. ¿Les gustaría saber qué hay detrás de esta cara bonita que les sonrío cada lunes, miércoles y viernes? Ahora verán, hoy no habrá entrevistas. Hoy conocerán un poco más de mí. Me llamo Cecilia, ése es mi nombre real, no todo el tiempo soy tan alegre como parece en los videos. Mi madre es un sol, cariñosa y comprensiva, solo que no le gusta contrariar a papá. Mi padre, uff. Lo adoro, pero no nos soportamos, es la verdad. Él es muy conservador y me tiene muy presionada, lo que es ridículo a mi edad. Se mete en todo, mamá no dice nada, aunque sé que en el fondo está de acuerdo conmigo. ¿Qué opina mi padre de mi carrera en las redes sociales? Que es una

pérdida de tiempo, que me expone, que es lo peor que se me ha podido ocurrir, lo reprueba y se siente desilusionado. Mientras más éxito tengo, más cara de amargado pone, él querría que todo se fuera al demonio para que yo tuviera una vida normal. ¿Soltera o casada? Comprometida, con un tipo de infarto. Si lo vieran, a más de una se le caerían las bragas. Es guapo, exitoso. ¿Soy feliz? Ja, ja, ja, ja. Siempre que no tenga que terminar en su cama, tenemos un problemita que aún no hemos podido resolver. Pero tengo una solución para ello, solo tengo que tomar mi celular y mandarle a Peter un mensaje de *S.O.S*, ok, listo —lo hice en ese momento—. Vamos a contar cuántos minutos tarda Peter en aparecer y... ¡Atención! ¿Cómo va a venir Peter? Es un chico que sabe esforzarse —puse el cronómetro y comencé a medir el tiempo mientras no podía cerrar la boca—. Me encanta cuando Peter llega, recién bañadito con un acondicionador para el cuerpo que huele a chocolate. Desde que le dije que me gustaba, no lo pasa por alto. Peter debió ir a una escuela de sexo porque es especialista en seducir. Encenderá velas aromáticas, pondrá una música romántica, graduará la luz, comenzará a besarme desde la punta del pie hasta mis cabellos, y se olvidará del tiempo... Peter sabe complacer a una mujer, sabe dónde está el clítoris y cómo consentirlo, sabe dónde está el punto G, sabe cómo moverse en la cama y ni siquiera tengo que decírselo, sabe darme no un orgasmo, sino múltiples. ¡Oh, Peter! Debería ser el próximo entrevistado, a muchos hombres les vendría bien. Ya me imagino una entrevista formal entre Eric y Peter, con cualquier otra conductora de por medio. «¿Eric, qué vuelve loca a una mujer en la cama?», preguntaría la conductora y antes de que Eric abriera la boca sonaría el pito espantoso de la opción incorrecta. «Error, estás perdido, Eric. Ja, ja, ja, ja. Te regalaremos un mapa al clítoris y al punto G al terminar el programa. Mejor indagemos a su contrincante. ¿Peter, cuál es tu secreto para darle placer a una mujer?», preguntaría la conductora. «Ja, ja, ja, ja», respondería Peter. ¿Entrevistar a

Peter? ¿Y qué más me podría ofrecer Peter? Llegará el día en que nos cansemos de aparearnos como conejos, ¿y entonces? ¿Qué más me atrae de él? Nada.

Escuché unos aplausos en dirección a la puerta que permanecía abierta. Sobresaltada apagué la cámara y me puse de pie. Peter me miró desilusionado, corrí a él y me le abracé. Peter no solo era mi compañero sexual, era mi amigo y lastimarlo no estaba en mis planes. Él continuaba con los brazos a lo largo de su cuerpo.

—Lo siento, Peter. No quise decir eso. Sabes que te quiero —le susurré al oído mientras me llenaba por completo su aroma a chocolate, su cabello aún estaba húmedo y su piel era deliciosa al tacto.

—Es lo que piensas. No te arrepientas por ser sincera contigo misma. Es una pena que haya escuchado, tal vez debí tocar.

—Perdóname.

—Cecy, te diré cuál es mi secreto. No solo era sexo, te hacía el amor. Amaba cada trozo de tu piel y lo consentía porque no sabía si tendría la dicha de volver a tenerlo. Era mío, mientras durara y yo te deseaba tanto, solo me dejaba guiar por mi deseo. Ni soy experto en mujeres ni me he acostado con muchas. Estoy enamorado de ti. Pensé que tarde o temprano te hartarías de Eric, que tal vez me ibas a ver como yo te veía, pero acabas de decirlo, además del sexo, no nos une nada. Tendré que renunciar a nuestro trato profesional. Lo siento.

—No te vayas, Peter, por favor —lo abracé con todas mis fuerzas. Me dolía renunciar al amigo. Los momentos bonitos de camaradería desfilaron por mi memoria.

—Tal vez, regrese un día, ahora necesito distancia. Te deseo lo mejor. Y así fue como el chico de chocolate salió de mi vida.

# CAPÍTULO 8

## Alex

Martha negaba con la cabeza y yo le suplicaba. Hablábamos en voz baja, porque Christopher y algunos de sus colegas estaban en sus consultorios. Daban las seis de la tarde.

—Te dije que te cubría si lo cortabas de raíz. ¿Ahora me pides que me haga ciega para el siguiente miércoles a las dos de la tarde? ¡Maldito miércoles, siempre atravesado! —dijo Martha.

Lucy que aún estaba presente intentó defenderme.

—Por favor, Martha. Christopher no tiene que saberlo. Si le dices, estarás traicionando a Alex. ¿Es que nunca cometiste un error?

—Lucy, con todo respeto, déjanos a solas. Esta conversación es entre Alex y yo.

—Te lo suplico, he logrado grandes avances con la paciente. En la siguiente cita vendrá con su prometido. Unas cinco sesiones y problema resuelto —imploré mientras Lucy se alejaba de mal humor.

—¡No seas ingenuo! Y no sigas involucrando gente en esta comedia. Tu hermano terminará por despedirme.

—Por supuesto que no, él te quiere. En todo caso se desquitará conmigo y ya estoy acostumbrado. Eso, en caso de que lo descubra.

—Lo va a descubrir. Si no lo hace él, podrá hacerlo alguno de sus colegas. ¿Y si alguno viene mientras estás pasando a la paciente al consultorio? ¿Y si te hablan por tu nombre delante de ella?

—Por eso no te preocupes, le dije que me llamo Alex, que es mi nombre artístico.

—¿Serás idiota? Es un juego muy peligroso. Christopher es un perro celoso de su trabajo, de la respetabilidad de su clínica. Si nos metemos en un escándalo perderíamos las rentas de los consultorios. Todo por lo que ha trabajado tu hermano. Ya sabes que los doctores van al último sitio de moda. Ahora estamos en una buena racha. Todos los especialistas tienen sus agendas abarrotadas. Resuelve ese problema, Alex. Y si no puedes, habla con Christopher, él tiene una solución para todo.

—¿Solución para qué? —dijo mi hermano que apareció de pronto.

Le abrí los ojos a Martha y ella en esa fase de conciencia, abrió la boca para decir:

—Es hora, Alex. Dile de una vez.

—¿Qué tienes que decirme, Alex? Espero que no sea que hayas reprobado una asignatura. ¿No me digas que comienza todo otra vez?

—No es eso, Chris. Desde que estudió psicología me está yendo bien. Todo lo contrario.

—¿Entonces qué sucede?

—Hermano, ya no estoy tan seguro de querer seguir adelante con esto.

—¿De qué estás hablando?

—Me gusta, vale, pero no me llena —Martha negó con la cabeza mientras Christopher no pudo disimular su descontento—. No quiero hablar de eso ahora.

—Te falta un año para graduarte y ya tienes veinticinco. ¿Qué quieres hacer? ¿Renunciar por tercera vez? Termina la carrera, si después quieres dedicarte a...

—No tendré esta conversación ahora. No he dicho que no voy a continuar. Es mejor que me vaya, necesito pensar.

—No cuentes conmigo si decides renunciar.

Salí y observé la edificación de la clínica a distancia. Todo por lo que mi hermano había trabajado. Desde pequeño, Christopher se sentía cómodo en el ambiente en que laboraban nuestros padres, médicos con sus batas blancas desfilando por pasillos, agendas ocupadas, llamadas a medianoche, universidades, cursos de posgrado. Nuestros progenitores habían sido muy exitosos y teníamos un excelente nivel de vida, no nos faltaba nada. Porque no bastaba con tener una profesión, mis padres eran los mejores en sus respectivas especialidades, viajaban a todas partes del mundo para capacitarse o para impartir seminarios, lo que sumaba muchas ausencias en nuestras vidas. Ahí entraba Martha, ella siempre había estado al tanto de nuestra educación, de las reuniones escolares, de las tareas. Habíamos hecho clic con ella desde muy temprana edad, porque nunca tuvimos una nana que permaneciera demasiado tiempo con nosotros, luego de dos o tres años, buscaban otro empleo. Al principio me dolía cuando una niñera se iba, luego me acostumbré. Martha siempre estaba para salvar el día cuando mis padres no podían llegar a casa o cuando tenían que salir corriendo. Christopher siempre tuvo la responsabilidad de velar por mí, de ayudarme con las tareas escolares cuando Martha no podía, de guiarme o prepararme un *snack* en lo que esperaba la cena. Por eso Christopher se sentía responsable por mí, aún a mis veinticinco años. Se acostumbró a tener mi peso sobre sus hombros.

A mi edad ya Christopher había logrado varias metas profesionales, había heredado esa capacidad de nuestros padres para sumergirse en el ámbito

laboral y olvidarse de sus necesidades humanas. Actualmente, tenía una próspera carrera, podía incluso vivir sin trabajar, la clínica tenía cien salones entre cafeterías, usos múltiples, consultorios, laboratorios. Teníamos de todo, neurólogos, psiquiatras, nutriólogos, psicólogos, inmunólogos, por mencionar algunos. Christopher daba clases en diversas universidades, tal cual lo habían hecho nuestros padres. Les había seguido los pasos y los había superado. Mis padres se sentían orgullosos de él. A pesar de esa ajetreada vida profesional, dejaba un espacio en su vida para su familia. Su esposa trabajaba pocas horas y lo hacía desde su hogar, mientras las niñas de tres y cinco años, estaban en la escuela. Todo lo había planeado Christopher a la perfección, incluso superó a mis padres porque mis sobrinas se veían más felices de lo que lo fuimos él y yo en nuestra infancia. Solo se le había pasado por alto algo, que, aunque la madre estuviera involucrada en la crianza de las hijas, él no estaba presente la mayor parte del tiempo y algún día las niñas le iban a pasar la factura.

Una llamada entró a mi celular y me sacó de mis reflexiones. Era Lucy, me estaba reclamando por irme y no despedirme de ella. Lucy era mi ligue, mi compañera de estudios, una rebelde como yo. Habíamos congeniado desde el primer día de clases porque a los dos nos fascinaba la música y con eso me había ganado. Pero me molestaba que se creyera con derechos. Habíamos quedado en algo y constantemente cruzaba los límites. Le había explicado qué esperar de mí, compañía, sexo, amistad, pero sin ataduras, sin compromisos y sin exigencias. Lucy sabía que no era mi novia pero me molestaba que cada día se comportara como una. Me recordó una tarea que teníamos que entregar al otro día y me reclamó por eso. No quise pelear, ni siquiera le recordé que se estaba pasando. Me pidió verla en su departamento, así que tomé el auto y me fui directo. Ella ya había llegado.

Cuando abrió la puerta, Lucy me saltó encima, cruzó las piernas detrás de mi espalda y me dio un beso de esos que revivirían un muerto.

—Ahora no —dije.

—Estamos solos —mencionó e intentó jalarme hacia su habitación—.

Mis compañeras no están. ¿En qué quedaste con Martha?

—Olvídalo, no quiero hablar ni de Martha ni de Cecilia.

—¿Se tutean?

—Es joven. Es para que fluya la terapia. ¿Cuándo eso te ha molestado?

Tengo prisa, hagamos la tarea de una vez.

—¿Qué tienes que hacer? Nunca estás tan apurado.

—Linda, no quiero que confundas las cosas —dije con dulzura para no lastimarla; si no le ponía un alto me terminaría convirtiendo en su ‘novio’ y cuando ya no aguantara, que lo veía venir y le rompiera el corazón, el canalla iba a ser yo—. Quedamos en algo y siempre terminas en lo mismo. Si no puedes llevarlo como acordamos, dímelo y por el bien de los dos...

—¿De qué estás hablando? Si tienes un mal día no te desquites conmigo. Siempre estás más que dispuesto.

—No pasa nada. Recuerda que solo somos amigos.

—Cuando te da la gana y ya me estoy cansando de eso. No somos amigos ni un carajo, Alex. Un amigo no me haría esta basura. Fuimos amigos, ahora te aprovechas de mí.

—¿Me aprovecho? Podría pensar lo mismo de ti. Cuando te acercaste a mí ¿lo hiciste buscando amistad o algo más? Porque si estabas pensando meterme mano, tampoco fuiste honesta.

—¡Lárgate! No voy a permitir que me hables así.

—Discúlpame, Lucy, soy un idiota y lo sabes.

La abracé, tampoco quería perderla. ¿Qué más tenía? Lucy era divertida, cariñosa, se preocupaba por mí y me dejaba apoderarme de todos los rincones de su cuerpo, sin timidez y sin condiciones. Yo no quería perder lo que teníamos, pero tampoco estaba dispuesto a dar el siguiente paso. No



quería relaciones, ni exigencias todavía. No me gustaban. No pensaba como Eric a futuro, ni en la novia, ni en la esposa, ni en los hijos. Nada de eso. Ni siquiera tenía claro qué iba a hacer conmigo mismo. La besé en los labios y terminó por ceder. La alcé en mis brazos hasta depositarla en su cama. Lucy tenía veintidós años, un cabello negro extremadamente largo, era delgada pero firme y tenía una cara de muñeca que volvía loco a más de uno en la escuela. Yo no la celaba, ni le pedía exclusividad, pero ella no había aceptado a ninguno de los que se le habían lanzado. Estábamos juntos desde el primer año de universidad, sin ataduras ni compromisos, algo que ella olvidaba a menudo. No quería casarme con ella ni con ninguna, pero disfrutaba de su compañía. Besé sus labios rojos y la miré de esa forma que ella ya conocía, deseaba hacerla mía, aunque después no me quedara a dormir. Ella me miraba diferente, quería ser dueña de mi cuerpo y de mi vida. Lucy no podía disimular los deseos de posesión que la dominaban, lograba descolocarme cuando ponía todo su empeño en hacer que vibrara hasta la fibra más insensible de mi piel. El recuerdo de Cecilia se me coló de pronto en la habitación con los dos. Sus problemas con Eric y su insatisfacción inundaron mi mente. Deseé una oportunidad con esa mujer. ¿Podría hacerla sentir o solo Peter poseía los atributos para llevarla al éxtasis? Cerré los ojos y deseé a Cecilia en el cuerpo de Lucy. Abrí los ojos y dejé de ver el rostro de Lucy, solo me concentré en su torso desnudo, en sus senos, en sus hombros. Me volví como loco y quise adorar cada centímetro de su cuerpo, quise besarla y tocarla, hasta que admitiera que yo era el rey del placer, hasta que me implorara que la poseyera como un salvaje. Me introduje en su cuerpo y gemí de placer mientras imaginaba que por fin la hacía mía. Recordé sus palabras, me había dicho que le gustaba lento al inicio y me moví según sus designios. La dejé disfrutar, tener el control y me concentré en el vaivén de sus muslos. Le hice el amor como nunca y ella gritó hasta convencerme de que la había dejado

complacida y exhausta. Entonces me recobré de mí mismo, respiré hondo mientras ella no entendía por qué mi pene seguía gigante. Sonrió pensando que era la erección post orgasmo, pero no fue eso. Justo en el momento en que iba a acabar en su interior, sus gritos me recordaron que no era la mujer que yo deseaba y eso me paralizó.

—Ya me convenciste que no quieres que te eche de aquí. Podríamos enojarnos más a menudo si este es el resultado —me dijo.

—Me tengo que ir —susurré y la besé en la frente. No quise darle explicaciones.

—¿Ahora? ¿Y la tarea?

—La haremos cada uno por su lado. Te dije que tenía prisa.

# CAPÍTULO 9

## Cecilia

Siguiente miércoles.

Casi llego tarde a la cita con el terapeuta. La secretaria esta vez también estaba ahí, la saludé con cortesía, aunque su cara era de espanto. A lo mejor la pobre se sentía mal. La chica guapa que siempre me recibía, me saludó. Alex me esperaba dentro, lo primero que hizo después de saludarme fue preguntarme por mi pareja.

—¿Vendrá Eric?

—Hablé con él y se puso difícil. Terminamos enojados. Ha estado de mal humor toda la semana. Le dejé un mensaje en su móvil con la dirección, el día y la hora, pero no ha llegado, así que no creo que aparezca. Eric considera que el problema es mío y que yo tendré que resolverlo.

—¿Eso cómo te hace sentir?

—Sola. Quería que él me brindara su solidaridad.

—Tranquila, no te agobies. Es complicado para él entenderlo, dale tiempo. Seguro que en otra ocasión vendrá.

Comencé a llorar. Aquello me desarmó. Comprendí que más que el

sexo, la laguna que existía entre Eric y yo era emocional. La relación entre dos humanos es lo más complejo del mundo. Por eso yo huía del compromiso. Alex me brindó una caja de *kleenex* para que me limpiara la cara y me lancé a sus brazos robándole las palabras. Se quedó mudo, pero no me rechazó. Me abracé a él como a un amigo, buscando apoyo y lloré. Me dejó desahogarme y poco a poco me rodeó, mientras yo temblaba.

—Lo siento, no he tenido una buena semana. Me siento vulnerable —revelé.

—Entiendo. Son rachas. Vendrán tiempos mejores.

—También tuve problemas con Peter. Me oyó decir que solo nos unía el sexo y que lo quiero como amigo. Reaccionó con bastante madurez, pero rompió los nexos profesionales conmigo. Me duele haber corrompido nuestra amistad. Yo me refugié en sus brazos, él quería algo más, dijo que me amaba.

—¿Cómo te hizo sentir saberlo?

—Muy mal. No quería lastimarlo. Pensé que estábamos en sintonía, que sentíamos lo mismo. ¿Por qué tiene que ser tan duro? ¿Por qué no llega un hombre a mi vida que me ofrezca todo, amor, amistad, pasión?

—¿Crees que la vida es injusta contigo?

—No —dije y emití unas tristes carcajadas que me indicaron que el momento de separar nuestros cuerpos se estaba acercando.

—Alguien me enseñó desde pequeño que cuando me abrazaran, como lo estás haciendo, no fuera el primero en soltar, así que esperaré a que estés lista.

Me puse de pie y caminé por el salón rumbo a la ventana que daba a un jardín interior. Me siguió a un metro de distancia, le pregunté:

—¿Qué pasaría si nos hubiésemos conocido en otra situación?

—No entiendo tu pregunta.

—Si nos hubiésemos conocido el mismo día, pero sin cita ni consulta

de por medio. Imagínate que yo me encontraba tratando de cambiar la llanta y tú aparecías como buen samaritano a darme una mano. ¿Qué habría sucedido después?

—No lo sé. No puedo saber qué habría pasado.

—Tal vez hubiésemos intercambiado tarjetas. Me habría asombrado al saber que eres terapeuta y tú te habrías quedado con la boca abierta cuando te hubiese confesado a lo que me dedico, pero nos hubiésemos llevado bien.

—¿A qué viene esto?

—Hubiera querido conocerte en cualquier otro lugar.

—Estás en todo tu derecho a desear, pero la realidad es diferente.

—¿Me aceptarías una invitación a cenar?

—No.

—¿Te gustaría conocer mi estudio? Podría ayudarte a impulsar tu carrera en la música.

—No, gracias.

Lo miré despechada. Me dolieron cada uno de sus ‘no’, directos al corazón, pero seguir con esta terapia sería un agobio. Era imposible, había una química que no podía detener. La sentí desde el momento que lo conocí, me pegó de frente en el rostro y no pude frenarla. Pensé que aminoraría con el tiempo y la costumbre. Ya había dicho que Alex era guapo y que impactaba verlo. Su mirada no pasaba desapercibida y ya había mencionado que debería estar prohibido un terapeuta así. Digo. ¿Quién puede concentrarse si te mira directo a los ojos, con ese gesto que parece que va a desnudarte el alma? Termina siendo un problema mayor. Cada día creció mi curiosidad por estudiar sus rasgos, al punto de memorizarlos y pasarme los minutos de la terapia haciendo un mapa en la mente que recordaba al salir, en el camino de regreso a casa.

—Alex, Christopher o el nombre que más seriedad le dé a esto. Te

aviso que se acabó, no regresaré. Te agradezco tu interés en apoyarme, pero no tengo remedio. Menos si te tengo delante, te seré honesta, me dificultas la terapia. No puedo concentrarme ni en Eric ni en mis problemas, tú eres mi nuevo conflicto, cuando salgo por esa puerta no puedo dejar de pensar en ti — solté y me sentí aliviada. Fui sincera.

Él intentó disimular la sorpresa, aunque creo que la sorprendida fui yo, porque lo que sospeché desde un inicio me pareció una certeza. Creo que yo también le gustaba y se esforzaba en negarlo. Si a un hombre no le gusto me aparto, respeto su decisión, pero si me lanza una mirada pidiendo clemencia, no puedo resistirme. Él estaba conmovido, yo no le era indiferente.

—Cecilia, entiendo y respeto tus sentimientos. Si consideras necesario finalizar la terapia puedo canalizarte con alguien más —dijo.

—Ahora que nuestra relación ‘profesional’ ha terminado, ¿podrías aceptarme la invitación a cenar?

—No —dijo con firmeza—. Puedes pasar con Martha, ella te dará la tarjeta de un colega.

—¡Al diablo con la tarjeta! ¿Acaso te crees que eres la única fuente de información? No te necesito para conseguir un psicólogo. Ni siquiera me interesa porque lo que deseaba solucionar ya está resuelto. Ya entendí por qué lo mío con Eric no funciona y creo que te diste cuenta desde el primer momento. Lo que me enoja es que seas tan cobarde de no admitir tus sentimientos. Jugaste desde el inicio y ahora lo niegas.

—Perdóname si dije o hice algo que...

—Calla, me desespera tu falsa paciencia.

No pude más y acorté la distancia entre los dos, mis labios quedaron a escasos milímetros de los suyos y él no hizo nada por detenerme, solo suspiró y me observó cercana a su rostro.

—¿Lo ves? Tú también me deseas —le susurré.

—Estás equivocada —tuvo el descaro de decir.

—Entonces retírate.

—Eso haré ahora mismo —dijo, pero no se movió.

—No puedes, no quieres.

—Por supuesto que...

Intentó decir y no lo dejé terminar la frase, me lancé a sus labios y su sabor me desbordó por dentro, estaban tibios, pero se negó a abrir la boca y a dejarme probar más allá. Me abrazó con fuerza y despegó nuestros labios, enterró su rostro en mi cuello. Volvió a suspirar y me susurró:

—¿Por qué haces esto? Estás confundida.

—No, Alex, lo hago porque estoy segura. Confundida estaba antes de conocerte. Es hora de que me sueltes, yo abracé primero. Sé que llegué aquí con un Eric y un Peter, pero en ninguno encontré lo que busco, tú podrías ser el indicado. Estoy dispuesta a que seas el único si lo deseas, quiero conocerte más, fuera de aquí.

—Cecilia, eres hermosa, cualquier hombre se sentiría halagado al escucharte, pero no soy la persona que crees. No puedes sentir absolutamente nada por mí porque ni siquiera me conoces, es un espejismo y los espejismos me aterrorizan. Odio las expectativas y más cuando son falsas. Lo que sientes no es por mí, es algo que se salió de control en la terapia.

—No. Desde que me senté en esta silla por primera vez no pude verte como terapeuta, me agradaste desde el primer día.

—Lo siento.

—Ya fui sincera, te dije que me gustas. Tú tienes todos mis datos, así que si algún día decides aceptar mi invitación a cenar solo tienes que llamarme. Espero que nos volvamos a ver.

Me vio marcharme y no dijo absolutamente nada.

# CAPÍTULO 10

## Alex

Me repetía para mis adentros que esto no estaba sucediendo. Me esforcé para quedarme neutral pero su aroma se había colado por mis fosas nasales e hizo realidad mi fantasía más anhelada, la había tenido muy cerca, pegada a mi piel. Me di cuenta que yo también sentía algo muy fuerte, la necesidad había crecido. Me cayó el veinte de lo que estaba sucediendo. Traté de tener un brote de conciencia, pero su invitación a vernos en otro sitio me tentaba. No sé de dónde saqué fuerzas para no besarla.

Abandoné el consultorio y me le acerqué a Martha buscando consuelo. La abracé y le dije:

—No me sueltes.

—Jamás lo haría —me dijo—. Te enseñé que cuando alguien te abraza hay que dejarlo soltar primero. ¿Qué tienes, corazón?

—Martha, la he cagado.

—Alex, número uno, cuida ese lenguaje; número dos, todo tiene solución. ¿Y ahora qué sucedió?

—Es mejor que no sepas, no quiero involucrarte más.



—Te gusta esa mujer, no puedes disimularlo.

—¡Por Dios, Martha! A veces me asusta que me conozcas tanto —le dije y me separé. Tomé asiento—. Necesito hablar con alguien, Chris siempre sabe qué hacer en este tipo de situaciones. Pero si le digo se enojará por lo que le omití desde el principio.

—Habla con Chris antes que la bola de nieve siga creciendo, muchacho. Se va a enojar, es cierto, pero cuando se controle se ayudarán el uno al otro para salir juntos de esto.

Lucy apareció de pronto y estaba pálida como nunca la había visto. Yo seguí lamentándome en mi infinito egoísmo cuando Martha, que lo que no sabe lo sospecha y lo que no, lo adivina, dijo:

—¿Lucy, nos escuchaste hablar?

—Eres un maldito, Alex, un maldito —gritó Lucy y se alejó de nosotros.

Corrí detrás de ella y traté de contenerla. Se encerró en el consultorio que usábamos para nuestras prácticas y comenzó a alistar sus cosas con la intención de irse. Intenté explicarme.

—Lucy, no sé qué oíste, pero no es lo que estás pensando.

—¿Besaste a esa mujer? ¿Te acostaste con ella? ¿Te gusta o qué pasa? ¿Por qué le dijiste a Martha que la cagaste? ¿Qué hiciste?

—No hice nada, Lucy. No podría. Me conoces. Respeto la profesión y más este lugar.

—No te creo.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Entonces por qué te lamentabas?

—Creo que me gusta Cecilia.

—Te gusta, miserable. ¿Cómo me puedes hacer esto? Por eso tu interés en recordarme y dejarme claro que no tenemos nada. Ni siquiera tengo

derecho a reclamarte.

—Desde nuestro acuerdo no he andado con nadie más.

—Yo tampoco. ¿Ahora me presumes fidelidad? ¿Tengo que celebrártelo?

—Ya está terminado. No regresará. Buscará otro terapeuta.

—¿Se lo dijiste? ¿Le dijiste que te atrae?

—No. No soy idiota, pero ella siente algo por mí. Fue sincera conmigo y aproveché para canalizarla con otro, le dije que así no podemos seguir. Problema resuelto.

—¿Problema resuelto? En cuatro años de universidad traté de llamar tu atención. Solo la tuve cuando querías tener sexo o cuando necesitabas que te escucharan hablar acerca de tus frustraciones. Nunca me has mirado como la viste hoy a ella cuando llegó al consultorio.

La abracé con fuerza, intenté ponerle empeño al abrazo y me repelió.

—Lucy, no tiene importancia.

—Eso ni tú te lo crees. Cuatro años he desperdiciado contigo.

—¿De qué hablas? No somos novios. Carajo, solo te he dicho que me llamó la atención y te alteras como si te hubiese sido infiel. Por eso no quería nada serio. Me dijiste que estabas de acuerdo con una relación abierta. Ahora pareces poseída porque te he sido sincero para evitar que el embrollo sea mayor.

—Preferiría que te hubieses acostado con esa mujer, si eso no hubiese significado nada para ti, que ver la cara de imbécil con la que te ha dejado.

—No renuncies. Me gusta lo que tenemos.

—Si quieres seguir conmigo, ofréceme algo que valga la pena. Te escucho.

No pude decir nada, parecía que me había tragado la lengua. No podía prometerle lo que me costaría mucho cumplir; por otro lado, no quería

perderla. Era la mejor compañía que había tenido hasta ahora. Comprendí que Lucy tenía razón, solo la buscaba por dos razones, por sexo y por compañía, pero no la amaba, jamás lo había hecho. Lucy terminó de juntar sus cosas y se fue, después de amenazarme con no continuar sus prácticas en la clínica.

Fui al único sitio que podía calmarme en ese momento. Conduje hacia la casa de mis padres. La morada llevaba desierta unos cinco años. Mis padres tras su jubilación se marcharon a vivir al extranjero y me dejaron ahí solo, en aquel inmenso caserón, el cual amenazaron con poner a la venta. Recordaba que siendo un niño había visto la primera batería de juguete en una tienda, me llamó la atención y la pedí para navidad. Llegó de manos de Santa Claus. Un año después les pedí a mis padres que quería estudiar música y me llevaron a una escuela local, la más cercana. Se convirtió en mi clase extracurricular en las tardes. Comencé a probar con varios instrumentos. Ese mismo año, el maestro les comunicó a mis padres que tenía el potencial para dedicarme a la música y que si deseaban potenciar mis aptitudes me llevaran a un conservatorio, y así lo hicieron.

Yo me decanté de inmediato por la batería, pero a mis padres no les agradó. Me instaron a tocar piano, guitarra, violín. Así que para que pagaran mis estudios como baterista, tuve que hacer un trato con ellos. Guitarra y batería. Uno por ellos y uno por mí. Todo transcurrió bien, mis calificaciones escolares no eran brillantes, pero sí buenas y todos estábamos en paz. Me mostraban como un trofeo en todas las reuniones familiares o con amigos. Lo que al principio fue un orgullo para mis padres, se convirtió en un disgusto al arribar a la adolescencia. La hora de elegir una carrera se convirtió en una pesadilla. Ellos tenían expectativas discordantes a las mías. Querían que estudiara una carrera convencional como ellos o como Christopher. Yo me sentí desfallecer. Al final, no sé cómo me convencieron, tal vez con la

promesa de que si terminaba la universidad me dejarían dedicarme a lo que en realidad me apasionaba. Mi primera carrera fue un fracaso, no pasé del primer año. Ahí vino la primera crisis familiar. Christopher seguía creciendo en su profesión y yo estaba devastado, confundido. Mis padres me negaron afecto, dinero, dejaron de pagarme mis estudios superiores de música. Adolescente perdido y solitario, me sentí como un perro con la cola entre las patas cuando les pedí a mis padres una segunda oportunidad. Traté de elegir una carrera que convergiera en algún punto con la música, pero mis padres se negaron a pagarla. Me dieron opciones entre las que para ellos tenían más futuro. Elegí al azar y ahí vino mi segundo fracaso. La crisis familiar fue mayor, coincidió con la jubilación de mis padres y decidieron irse, dejar de mantenerme.

A los veinte años decidí buscarme un trabajo en lo primero que encontré, fue difícil al inicio. Mis padres ya no estaban y vivía en una casa en venta. En resumen, me querían sacar. En breve, me quitaron las llaves y no me dejaron sacar ni la batería, ni la guitarra, ni el auto que me regalaron al inicio de la primera carrera. Solo pude llevarme algo de ropa. Tuve que rentarme un cuarto, pagar la renta, mi comida y demás. Fue muy duro. Christopher no pudo más al ver que mi futuro no llegaba a ninguna parte, así que me tendió la mano. Me llevó a vivir a su casa. Trató de orientarme hacia mi futuro profesional, así fue como terminé en la Facultad de Psicología. En el segundo año de universidad, mis padres comprobaron que yo me había ‘encaminado’, así que me dijeron que podía volver a la casa hasta que consiguieran comprador; me entregaron un juego de llaves y pude recuperar todas mis pertenencias.

Yo iba con regularidad para practicar la batería y también la guitarra, no había concluido mi formación en la escuela de arte, pero me defendía muy bien. Con mi trabajo y mis propios ahorros, fui transformando un área de la casa de mis padres en mi estudio.

Llegué al cuarto donde resguardaba la enorme batería que era mi

tesoro más valioso. Me senté, tomé las baquetas y toqué con la intención de aniquilar cada uno de los demonios que me atormentaban. Aumenté la velocidad y golpeé con furia cada uno de los timbales y tambores, no me detuve cuando el sudor comenzó a escurrirse por cada uno de mis poros, hasta hacerse más líquido y empaparme por completo. Toqué hasta desfallecer. Cuando el cansancio me impidió proseguir, me tumbé en un sillón con una botella de agua que vacié con desesperación, me quedé analizando mi vida. En algún momento me venció el sueño.

No reaccioné hasta el día siguiente a las diez de la mañana. Tenía varias llamadas perdidas de Mary, la esposa de Chris, y varios mensajes preguntándome dónde estaba. Le contesté a toda prisa que estaba bien, y le expliqué que había pasado la noche en la casa de mis padres. Tomé una ducha a toda prisa, me puse alguna ropa que quedaba en el closet, unos jeans que no sé ni cómo me entraron porque no los había usado en cuatro años, estaban roídos y desgastados, tomé una camisa azul y corrí a la universidad. Era un hecho que iba a llegar tarde. Recordé que la primera hora era de la materia donde tenía que entregar la tarea para la que me reuní con Lucy, la que no hice, la olvidé por completo. La asignatura era Ética y el maestro me detestaba. No sabía por qué su resentimiento, si hasta el momento me había esforzado para sacar buenas calificaciones, pero ninguno de los trabajos que entregaba eran dignos para él.

Corrí por los pasillos de la universidad, mientras iba tejiendo una excusa para mi retraso, cuando me tropecé con el doctor Wallace, el profesor de Ética.

—Se me hizo raro no verlo en la clase. No entregó la tarea y es parte fundamental de la calificación final. Si la trajo, aún puede dármela.

—Doctor Wallace, le pido disculpas, tuve un contratiempo y no pude llegar a su clase.

—¿La tarea? —me dijo extendiendo la mano.

—Lo siento, no la traje.

El maestro se alejó negando con la cabeza y haciéndome sentir un irresponsable. Entré al aula y cuando quise sentarme al lado de Lucy, como siempre hacía, ella colocó sus libros en el asiento, dándome a entender que no lo ocupara. Entendí que seguía enojada y que nada entre nosotros iba a sobrevivir, ni siquiera la ‘amistad’. Me senté en la última fila y traté de concentrarme en la lección.

# CAPÍTULO 11

## Cecilia

Llegué a mi estudio y me sentía más sola que nunca. Solo Rain Lilly me daba lengüetazos solidarios. Eric me había abandonado, de cierta forma lo hizo, cuando se rehusó a acompañarme a la terapia. El vacío iba creciendo en mi interior. Peter había desaparecido, no tenía noticias tuyas desde nuestro último desencuentro. Alex me había alejado para siempre.

Me di un baño rápido, tenía que grabar un video para dar el notición de a quién iba a entrevistar próximamente. No teníamos a Peter, así que iba a ser un caos. Si no volvía, iba a tener que buscar un reemplazo para el gran día. Me apuré secándome el cabello y me hice un maquillaje en diez minutos que superó mis expectativas. Mientras elegía el *outfit*, alguien llegó, me di cuenta al escuchar la cerradura. Para mi sorpresa no eran Ashley ni David, era Peter.

Mi impulso me hizo correr, abrazarlo y colgármele del cuello. Uno, porque a pesar de haberle roto el corazón estaba ahí para cumplir con nuestro trato profesional; dos, porque lo quería como un amigo; tres, porque necesitaba compañía y la suya no estaba nada mal. Me contuve para no darle falsas esperanzas. Tan solo le dije:

—Peter, gracias por venir.

—No les iba a fallar, te daré tiempo para conseguir un remplazo.

—¡Oh! Gracias. ¿Estarás para la entrevista con Hunter? Faltan pocos días y no creo conseguir a alguien tan rápido.

—De acuerdo. ¿Un mes es suficiente?

—Está muy bien.

Ashley y David aparecieron veinte minutos después. Ashley vio a Peter encargándose de las luces y las cámaras y se alzó de hombros. Corrió a maquillarse y le seguí detrás para apurarla. Ella no pudo mantener la boca cerrada.

—¿Peter regresó?

—¿No lo ves? ¿A qué viene la pregunta? —le respondí mientras me quedaba boquiabierta al verla maquillarse con una destreza que envidiaba.

—Pensé que no iba a estar aquí. Es tan tierno. No sé por qué no puedes quererlo.

—Lo quiero como amigo.

—Cecy, tienes una capacidad para atraer a los hombres que me sorprende. ¿Eric, Peter y Hunter? Ja, ja, ja. ¿Pensaste que no me había dado cuenta? Hunter te echó el ojo, por eso aceptó la entrevista.

—¿Hunter? No digas idioteces.

—¿No me digas que no te diste cuenta? Te coqueteó descaradamente.

—Hunter lo hace con todas. Me es indiferente. Las cosas están más candentes con Doctor Tentación.

—No inventes.

—Creo que le gusto. Terminamos enredados en una extraña ‘cita’.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Dudé en contártelo. En fin, te lo diré. Eric tuvo que salir de urgencia



del club la última vez que fuimos, exactamente como la otra vez. Me encontré con Mag y Alex estaba con ella.

—¿Pasó algo entre ustedes?

—¡No lo que imaginas! Pero hay cierta tensión entre nosotros. Después, en la consulta las cosas se pusieron intensas.

—¿Qué quieres decir?

—Me lancé a besarlo, él se quedó paralizado, pero sé que se moría de ganas.

—¡Ese Doctor Tentación! Te atrae en serio, se te ilumina el rostro cuando lo mencionas.

—Me quiso echar del tratamiento y terminé renunciando. Todo quedó en nada.

—Solo a ti te puede suceder algo así. Ven para acá. Te retocaré el maquillaje.

—No es necesario, ya estoy lista.

—De eso nada. Y mañana prepárate que nos vamos de compras.

—¿Y eso para qué?

—No a diario se entrevista al vocalista de *Black Dragons*. Ese día tenemos que parar el tránsito, causar paros cardíacos. Recuerda lo que te digo Cecy, Hunter nos abrirá más puertas. Ése es el 'día'. Tú súper linda y complaciente con él, eso sí, placer y negocios no se mezclan. No vayas a caer, porque queremos lazos profesionales a largo plazo. No algo que termine en una noche.

—Shhhh. Cállate, carajo —la regañé y miré en dirección a Peter y David—. No soy una cualquiera. Sigo comprometida

—No pongas palabras en mi boca. Hunter está tan bueno que, si se lanza conmigo, David me tendría que dar permiso.

—Estás más loca.

—Si no me lo diera sería un delito —dijo mi amiga con la cara de pícara que tenía.

David voló desde su sitio hasta donde estábamos. Le quitó la brocha de la mano a Ashley y se la besó. Casi me atropellan en su deseo insaciable que ya me daba náuseas. Es que llevaban como dos años y no se les agotaba la novedad, siempre parecía que se tragarían el uno al otro en cualquier momento.

—Nena, tienes mi permiso —le dijo David y aquello pareció encender la llama entre los dos. Volvieron al ataque—. Si es tu fantasía yo puedo cumplírtela.

—¿No estás hablando en serio, Dave? —me entrometí y no es que quisiera estar en medio de sus arrumacos, es que a ellos no les importó pasarme por encima.

—¿Por qué no? ¿Quién dice que está prohibido? Si el Hunter te quiere meter mano y tú a él, quién soy yo para impedirlo —dijo refiriéndose a su novia—. Quiero tu felicidad, mi amor. Y si quieres que yo te cumpla la fantasía, solo tienes que llamarme Hunter en la cama.

—¡Cállate, Dave! Me dará insomnio, no podré cerrar los ojos imaginando a Ashley llamándote Hunter mientras echan un polvo. Están pasados. Cálmense. Dense una ducha fría que ya vamos a grabar. Y, por favor, Ash, retócate el labial, el insaciable de tu novio se lo ha comido.

Peter lanzó una sonrisa desde el otro extremo y eso me reconfortó, me alivió saber que estaba de mejor humor.

Uno, dos, tres. Cámara... grabando.

—Amigos, estamos aquí para saludarlos y darles el notición del momento. En una semana tenemos entrevista con... —el retoque de tambores silenció a tiempo a Ashley.

—¿Hunter! —dije con mi voz de soprano—. Si quieres conocer al bombón del momento, no te pierdas la entrevista que le haremos en vivo en el nido *Top Secret*.

—¿Quieres saber dónde queda el nido *Top Secret* para acosar a Hunter y no dejar de apreciar sus inigualables atributos? Lo siento. La información es confidencial —reveló Ashley.

—Pero si quieres conocer qué oculta Hunter en su corazoncito déjanos tu pregunta en un comentario.

—Habrá sorteo y las preguntas serán seleccionadas al azar. Puedes hacer más de una. TODAS las preguntas participan.

—No te pierdas la entrevista. Las chispas saltarán y estará candente. Y si Hunter se niega a responder, habrá castigo —dije con mi voz más salvaje.

—Castigo número uno, besar a Ashley. Castigo número dos, besar a Cecy. Castigo número tres, besar a David. Castigo número cuatro, misterio.

—¿Qué castigo deseas? Vota en los comentarios.

—Nos vemos pronto.

Cuando apagaron las cámaras y me quité el micrófono. La cara de ángel y la voz dulce de mi personaje desaparecieron. Estallé en cólera.

—¿De qué estás hablando, Ashley? ¿Besar a Cecy? Y esa idea loca de dónde surgió. Ni de broma. Eric no tiene la mente abierta y no le gustan ese tipo cosas.

—¿Estás bromeando? Es un juego inocente —reclamó Ashley.

—Es solo un beso —enfaticó David. No se va a acabar el mundo por eso.

—¿No viste los comentarios? —dijo Peter que era el más lúcido de mis tres amigos—. Eso pidió la gente.

—No. No. No —dije—. Yo no tengo tiempo para leer los comentarios.

Tú estás a cargo de eso David. Tienes que llevar el control para que los seguidores no se aloquen demasiado.

—Disculpa, Cecy. No pensé que te iba a molestar —dijo David—. Cualquiera chica babearía por besar a Hunter. Es solo un juego y si me ponen a besar a Hunter, no por eso me voy a traumar. Habrá un montón de reproducciones y conseguiremos más patrocinadores.

—¡A la mierda los patrocinios! El público siempre me elige a mí para los castigos, si tiene que besar a alguien será a mí. Las cosas con Eric están pésimas y ustedes le echan leña al fuego. ¡Maldición, David! Si no estuvieras todo el día debajo de la falda de Ashley podrías hacer mejor tu trabajo.

—Bájale, Cecy —intervino Peter—. Lo resolveremos.

—Ya no se puede. Hicimos el maldito show en vivo. Por eso odio los programas que no se pueden editar.

Peter les hizo señas a los otros para que se marcharan. Así empezaba todo, la situación me volvía vulnerable, Peter se ponía cariñoso y yo terminaba en sus brazos. Ashley y David desaparecieron, y Peter deslizó su mano por mi espalda. Estaba enojada al punto de que en cualquier momento echaría rayos por los ojos, pero cuando Peter me tocaba así, algo dentro de mí se tranquilizaba. Se lanzó a mi boca y yo me dejé envolver por sus brazos. Algo comenzó a calentarse entre mis piernas y quise detenerlo.

—Para, por favor.

—Cierra los ojos —dijo y me abrió la blusa lentamente.

Me besó por el cuello y el calor de su boca se sentía divino sobre mi piel. Casi claudico, más cuando hundió la cabeza entre mis pechos. Hice lo que menos pensé, lo abracé y le pedí incorporarse.

—Yo no tengo nada que ofrecerte, Peter. ¿Para qué insistir? Al final, seré la perra que jugó con tus sentimientos y no es lo que pretendo. Comenzamos como amigos, luego tuvimos sexo, fue genial, pero yo tengo

novio y tú lo sabías desde el principio. Jamás te prometí algo, ni te dije que dejaría a Eric —le expuse, cuando lo tuve a la altura de mis ojos.

—Lo mandarás al demonio.

—No lo sé, Peter.

—Lo dejarás, pero no por mí, lo harás por ti. Creo que hace rato lo dejaste, pero no te has dado cuenta.

—No quiero perderte como amigo.

Peter se fue sin decir una palabra más, me dejó un beso en la mejilla y cerró la puerta antes de desaparecer. Él tampoco podía prometerme si nuestra amistad iba a sobrevivir al deseo, a la desilusión y al adiós.

Justo cuando tomaba una gran bocanada de aire para luego exhalar con fuerza todo mi agotamiento y pesar, la cerradura volvió a abrirse. Lo primero que pensé era que Peter había vuelto, tal vez para decirme lo que no se atrevió o porque había olvidado algo. Al ver al recién llegado, me di cuenta que estaba equivocada. Eric, con traje elegante y su porte casi perfecto me miró desde el recibidor. Suspiré de alivio al recordar lo que había ocurrido con Peter minutos antes. De la que me había salvado, casi me sorprende. ¿Para qué quería vivir con estos altibajos? Me reconfortó saber que había cortado con Peter justo a tiempo.

—No te quedes ahí de pie. Pasa adelante. Sabes que siempre eres bienvenido —le dije a mi novio.

—Acabo de tropezarme con Peter.

—¡Ah! Terminamos de grabar. Ashley y David salieron a toda prisa. Peter me ayudó a guardar las cámaras y las luces.

—Más bien parece que todos huyeron despavoridos. Peter se veía bastante afligido.

—Tienes razón, nos atrapaste. Discutimos. David y Ashley de un lado y yo del otro. Peter intentó mediar. Estamos preparando la entrevista de

Hunter, el vocalista de *Black Dragons* y como siempre, la gente elige tres castigos, porque uno siempre es el misterioso. Eligieron que Hunter bese a Ashley, a David o a mí.

—No veo cómo besarte sea un castigo para Hunter. Digo, eres una mujer bellísima. ¿Por qué lo permitiste?

—David está a cargo de mover a la gente y de desviar la opinión para que las cosas no se aloquen demasiado. Al final, a él se le hizo divertido. Sabes que está medio mal de la cabeza.

—¿A David no le importa que Hunter bese a su novia o a él mismo?

—No le preocupa. Él se siente seguro de Ashley y de sí mismo. Dice que solo es un juego.

—¿A David le vale un higo que su novia bese a un tipo como Hunter? Es un hombre bien parecido, popular y...

—Solo le interesa el *rating*, los *likes*, las reproducciones. No le recrimino. Desde que él llegó al proyecto, aumentó el número de seguidores en el canal, en el blog y en todas las redes sociales.

—Párale. No te diré qué hacer. No me gusta el canal y lo sabes. El blog es más discreto pero el canal te expone. Tienes que cuidar tu imagen pública. Nunca has caído tan bajo. No te andes besando con otro hombre solo por los *likes*.

—No lo haré.

—¿Me lo prometes?

—Estoy decidida a no hacerlo. Buscaré cómo zafarme.

—¿Cómo te fue en la terapia?

—No quiero hablar de eso. Fue y punto.

—No tenemos dificultades, pero si lo precisas, ve. No pondré objeción. Por mi parte, seguiré igual; no esperes que pierda mi tiempo en algo que no es útil. Solo le metes demasiada cabeza al asunto. Estás nerviosa por la

boda, es todo.

# CAPÍTULO 12

## Alex

—Hola, macho. Hasta que te dignas a aparecer a la hora de la cena — me dijo Christopher. Yo recién salía del baño. Él acababa de llegar del trabajo —. ¿Dónde dormiste anoche?

—Déjalo en paz —me defendió Mary—. Se te olvida que Alex es mayor de edad y sabe cuidarse.

—Otra cosa dijiste anoche, cuando daban las once de la noche y no aparecía. Incluso le hablaste a Lucy para averiguar si estaba con ella —le dijo Chris a su esposa, luego se volvió a mí—. Alex, eres adulto y puedes dormir fuera, pero debes tener respeto por esta casa y mínimo avisar para que no nos preocupemos. Mary estaba como loca, no contestabas el celular, Lucy no sabía nada de ti. Espero que no vuelva a suceder.

—Discúlpenme, me quedé en la casa de nuestros padres —mencioné.

—Déjalo tranquilo, Chris. Ya hablamos —zanjó el tema Mary.

Terminamos de cenar, luego las niñas acapararon mi atención y tuve que enfocarme en ellas. Siempre después de la cena, leíamos un cuento, tenía que escuchar su repertorio musical o escuchaba sus historias inventadas,



principalmente de *zombies*. Me preguntaba de dónde sacaban el vocabulario de terror tan extenso, vampiros, fantasmas, *zombies*, brujas, esqueletos. Luego, mientras compartía con ellas sus películas infantiles, todo cobraba sentido. Mientras Mary más les inculcaba las películas de princesas, Sarah, la mayor, más deseaba ver las historias más descabelladas para niños. Para Sarah todo el año era *Halloween*, salvo los últimos días de diciembre que se enfocaba en la navidad, por los regalos, claro. Sophie, la menor, repetía todo lo que su hermana mayor hacía.

Mary se estresaba y yo intentaba calmarla. Le explicaba que todos los niños eran diferentes y que las dejara ser. Después de un rato jugando, Mary las llevó a la cama y decidí ayudarla. Chris seguía presente, pero con la cabeza en su trabajo, haciendo algo en su *laptop* o conectado en su celular, perdiéndose esos hermosos momentos del desarrollo de sus hijas. Quería decirle algo a mi hermano, pero no me sentía con autoridad moral para ello. Proveníamos del mismo hogar disfuncional, con los padres aparentemente más funcionales que podrían existir. Dos profesionales cultos, inteligentes y enamorados, el uno del otro y de sus carreras. Matrimonio que tuvo como fruto dos hijos, como parte de la tradición o el deber, dos hijos que estuvieron ahí en un hogar de padres ausentes, la mayor parte del día. Christopher, tanto como yo, adoleció aquel abandono y creía que bastaba con que Mary estuviera presente para las niñas. Pensaba que así aventajaba a nuestros padres. Suponía que con llevar siempre a las niñas en sus vacaciones ya les ganaba a papá y mamá, yo consideraba que no.

Es verdad que las niñas no sufrieron el dolor de ver a sus padres desaparecer cada una de las vacaciones para tomar un respiro de su apretada agenda, incluso de la de ser padres. Christopher lo hacía mejor que ellos, pero le faltaba aún para alcanzar una relación auténtica con sus hijas. Porque muchas de las veces, aunque estuviera ahí, al lado de las niñas, su cabeza

estaba en una junta programada o en el siguiente proyecto.

Mary y yo acostamos a las pequeñas. Christopher se iría a su cuarto muy tarde, cuando terminara de revisar la lista de pendientes que cada día crecía. Me despedí de mi cuñada y me acosté con los ojos clavados en el techo, con un pensamiento fijo y recurrente: Cecilia. Me preguntaba qué estaría haciendo justo en ese momento y con quién.

# CAPÍTULO 13

## Cecilia.

Abrí los ojos la mañana de la entrevista y comencé a hacer el recuento de los daños. David y Ashley me pedían la cabeza, había sido imposible que entendieran mi punto, ni siquiera Ash, porque ella y David formaban un vínculo indestructible. Peter, herido y aún resentido, me hacía temblar. Me preocupaba que en un arranque decidiera abandonar el barco en el momento menos oportuno. Eric expectante miraba el reloj, daban las ocho y la entrevista sería a la una de la tarde. Sería en vivo, elegimos ese horario porque coincidía con la hora de comida para unos y con la noche para otros, según su ubicación geográfica. Como fuera, la gente iba a estar, siempre se las arreglaban para no perderse un programa de esta envergadura.

Me levanté casi corriendo, me di una ducha, tomé un café y comencé a revisar la lista de pendientes. Peter fue el primero en llegar, cuando abrió la puerta y el apartamento se inundó con su aroma a chocolate, tomé aire. *Gracias a Dios, llegó él primero*, me dije. Peter era el mejor en los aspectos técnicos.

—Hay café, ¿te apetece una taza? —le pregunté.

—No te detengas, yo me la sirvo. Ocúpate de tu vestuario, tu pelo y tu maquillaje. Ash se ha tardado y solo falta una hora para que llegue Hunter.

—No hay vestuario, Peter. Íbamos a ir de compras y como Ashley y David están... bueno, ya sabes, no volvimos a tocar el tema.

—Busca algo en el closet, algo debe servir. Si necesitas ayuda, me hablas. Yo sigo aquí preparando el *set*.

—¿Tienes las pistas de la banda?

—Obvio. Relájate. Todo está bajo control.

—Ash y Dave se han tardado.

—Es Dave, solo te está presionando para salirse con la suya. Él cree que el beso genera expectativas y habrá más reproducciones.

—Está demente.

—Te ves hermosa. ¿Cambiaste algo en tu *look*?

—Me pasé el día de ayer con mi estilista. El programa exige el sacrificio, ja, ja, ja. Cabello, uñas y piel impecable. Espero que Ashley haya hecho lo mismo.

—Ni te lo preguntes, ella lo hace hasta para tirarse a dormir la siesta y con Hunter presente, es una oportunidad que no va a perder. Hasta yo estoy celoso —hizo una broma que me puso los pelos de punta.

—Basta, Peter.

—¿Quieres un masaje para que te relajes? Sin compromisos. El de despedida.

—No —le dije coqueta al entender por dónde venía—. Mira el reloj, no hay tiempo para eso y ni, aunque lo hubiera.

—¿Sabes? Estuve reflexionando. Me gustaba lo que teníamos. Ustedes tres, a pesar de ser unos tercos, son mis mejores amigos. Las cosas están más que claras entre tú y yo. No me voy a pelear contigo por haberme involucrado, puedo controlarlo. Me dolería más perder tu amistad, con sexo o sin él.

Dejé lo que estaba haciendo y me acerqué a dónde él estaba. Lo abracé y le susurré al oído:

—Perdóname si no puedo ofrecerte lo que te mereces, eres bueno de verdad.

Ashley y David entraron por la puerta como un ciclón revolucionado. Ni siquiera les llamó la atención vernos abrazados. Ashley venía lista, con un *outfit* que paraba el tráfico, parecía una estrella de rock y David no se quedaba atrás. Me di cuenta que el programa era importante para los dos y ningún desacuerdo iba a poner en peligro el desarrollo del mismo.

—¿Qué hacen dándose cariñitos? Apúrense que estamos retrasados. ¡Cecy, por Dios! No es hora para que andes con esas fáchas. El cabello, nada mal, me gusta. Anoche le hablé a George, tu estilista y me comunicó que te dejó como una diosa. Toma —dijo Ashley y me extendió unas bolsas llenas de ropas de nuestra marca favorita.

—¿Fuiste de compras sin mí?

—Hice unas llamadas, nena. No hay tiempo para compras. Es parte del patrocinio, hay que poner el *link* a su marca. No eres nueva en esto, muévete. Vamos, te ayudo. Peter, hay algo para ti también, así que cámbiate.

—¿Para mí, por qué? Yo no salgo en cámara, eso es cosa tuya y de Cecy. Bueno, y de Dave cuando mete la cuchara.

—Hoy viene Hunter y no sabemos quién más le acompaña. Quiero que todos nos veamos profesionales.

Cuando Hunter entró con su séquito, nosotros cuatro parecíamos salidos de la revista *Rolling Stone* y el estudio estaba impecable. Si nuestra ubicación hubiese sido de dominio público, las calles habrían estado atestadas de gente. Sentí el nervio recorrerme todos los músculos. Ya nos habíamos conocido y hablado en varias ocasiones acerca de lo que queríamos en la

entrevista, pero tenerlo aquí era totalmente diferente. Su manager estaba con él, había sido al que habíamos dirigido nuestra solicitud y quien nos había dicho que sí antes de que Hunter siquiera tuviera idea de en lo que se estaba metiendo.

—Hola, muñeca —me dijo Hunter. El calificativo con que se había referido a mí en más de una ocasión no me hacía gracia, pero ahora que lo tenía comiendo de la palma de mi mano, no podía ponerle un alto. Lo dejé pasar—. ¿Están listas? Veo que sí, están impresionantes. No me importará besar a ninguna de las dos o a las dos a la vez, ¿qué dicen? Estoy pidiendo que ese sea el castigo misterioso; lo hemos acordado con mi manager, luego no se echen para atrás.

—Hunter, guarda tu lengua donde no le dé el sol, ya habrá tiempo para eso —le solté.

—Cecy, no seas aguafiestas ni grosera con nuestro invitado. Hunter si quieres comienzo a castigarte ahora —insinuó Ashley.

Hunter soltó unas cuantas carcajadas y le dijo a Ashley ante la sonrisa de David que no le importó para nada el chistecito de su novia.

—Tú sí sabes divertirte, Ashley. Un besito no vendría nada mal para encender los motores antes del programa, pero mejor dejémoslo para el final, no quiero arruinarte el labial.

—Se puede retocar —le dijo Ashley descarada, yo tuve que mirar directo a los ojos a David, porque no entendía que el comportamiento de su novia le diera tanta risa. Eran tal para cual.

No hubo beso ni nada, al parecer, yo estaba más desenfocada y Ashley sabía manejar mejor que yo la situación.

Estábamos en vivo transmitiendo por *Periscope*, *Facebook*, *YouNow* y teníamos un grupo de *nerds* de refuerzo contestando los comentarios de los

usuarios de las distintas redes. Ashley y yo salimos al aire y comenzamos a introducir el programa. Sin que Hunter se colocara delante de la cámara, las personas conectadas pasaban de cientos de miles. David, que estaba a cargo, nos hizo una seña con la mano por encima de su cabeza para darnos a entender que íbamos a tope. Eso sin contar las reproducciones que tendríamos cuando dejáramos colgado el video.

Redoble de tambores y entró Hunter con una frescura que me arrebató una sonrisa, de esas radiantes que parecen comercial de dentífrico. ¡Oh, sí! Hunter sabía hacer una entrada.

—Con nosotros, el vocalista de la popular banda *Black Dragons*. Agradecemos a cada uno de ustedes por las preguntas enviadas y aquí viene la primera. ¿Estás saliendo con alguien? Lo siento, esta no podía faltar —dije.

—Estoy solterito. Esperando por un nuevo amor —mencionó.

—No digas eso que vas a dejar a más de una sin oxígeno. ¿En qué te inspiraste para escribir tu última canción?

—En una mujer bonita. Fue una relación que me dejó el corazón hecho pedazos.

—Eso parece difícil de creer. En todo caso, de seguro tenemos a varias voluntarias para ayudarte a sanar. Chicas, dejen su comentario, Hunter está buscando enfermera.

—Ja, ja, ja —dijo Hunter con sarcasmo y luego añadió—, no estaría nada mal que tú me ayudaras. Me dijeron que tienes habilidades curativas.

—Uyyy. Sí que eres rápido.

—Me quedé eufórico cuando vi los castigos que ponían si me negaba a responder y vine dispuesto a que me sancionaran por cada pregunta. Luego me dijeron que la decisión depende de los seguidores y me dio un poco de terror. No tengo muchas ganas de besar a Dave.

—¿Cuáles son los nuevos proyectos que tiene la banda?

—Estamos planeando grabar un nuevo disco. Es mi parte favorita. Me fascina componer. Estamos creando canciones, escogiendo entre propuestas de diferentes autores. Fans del globo terráqueo, atentos. Les pedimos que entren a la página *web* oficial de *Black Dragons* y participen en el nuevo concurso. Queremos que este disco sea colaborativo, los fans pueden mandar canciones de su autoría, elegiremos una y la incluiremos en el material discográfico.

—Eso es estupendo. No hay que desperdiciar la oportunidad. ¿Cómo te llevas con el resto de los integrantes de la banda?

—¿De veras tengo que contestar a eso? Son unos patanes a los que tengo que soportar la mayor parte del tiempo, pero ellos me aguantan también a mí, así que creo que estamos a mano.

—Es el exceso de testosterona. ¿No han pensado en invitar a una mujer a la banda? —intervino Ashley y de ahí en adelante la dejé guiar la entrevista. A ella le tocaban las preguntas candentes.

—Ja, ja, ja. ¿Una manzana de la discordia? No sería buena idea. De por sí competimos por la atención, una chica no nos toleraría.

—¿Alguna vez has besado a un hombre en la boca?

—Me gustan más las preguntas de Sisi que las tuyas Ash, he visto el programa y eres lasciva, mujer. Ahí te va, a ver si puedes con esto. Sí, pero no en el sentido romántico. Perdí una apuesta y me tocó hacerlo.

—¿Qué bueno! Si te toca besar a Dave no será la primera vez. Temíamos que Dave robara la virginidad de tu boca en ese sentido. ¿Cuánto sueles durar en la cama?

—¿Estás hablando en serio? Te vetarán en *YouTube* si sigues por esa línea. No te has ensañado tanto con otros.

—¿Quieres castigo?

—Respondo. No suelo llevar la cuenta, pero si quieres para la próxima que lo hagamos ponemos el cronometro, nena.



—No tengo problemas en ayudarte para que las seguidoras despejen la duda. Pero eso depende de tu siguiente respuesta.

David hizo la seña que indicaba que era el programa en vivo más visto que habíamos tenido. Y eso nos relajó a todos. Hunter estaba entusiasmado con las palabras de Ashley, era el único que no se había sonrojado, así que Ashley siguió atacando para tratar de llevarlo al límite, él no se inmutaba, parecía muy cómodo. Estaba en su ambiente. La última pregunta era mía, era muy fácil y era la que solíamos hacer en este tipo de entrevistas. La habíamos pactado con su manager y él estaba obligado a responderla porque era parte de la promoción.

—¿Dónde será tu próxima presentación en vivo?

—¡Carajo, me voy a arriesgar! Quiero el castigo. No me iré sin que me reprendas, Sisi, así que no respondo y me quedo a merced del público.

Me quedé boquiabierta, el maldito se había negado a propósito. El manager negó, pero sin perder la paciencia, estaba acostumbrado, Hunter siempre se salía con la suya. Ashley me miró y vi un soplo de inquietud en su mirada, ella estaba con David, pero no quería contrariarme. Me sentí atrapada y no es que besar al cantante fuera precisamente indeseable. Era el arrogante más *sexy* que había conocido, pero Eric no iba a ser condescendiente conmigo. Jamás había besado a nadie en cámara. Mis juegos se habían limitado al diálogo subido de tono y nada más. Solté una risa para disimular mis nervios. Y me abandoné a las otras opciones. Tal vez elegían que besase a mi amiga, la hermosa Ashley, era muy popular, y preciosa; o, a lo mejor, por morbo o relajó le pedirían que uniese sus labios a los de David. No podía olvidar el castigo misterioso, a la gente les encantaba el suspenso y era una de las alternativas de más preferencia. Los comentarios se dispararon, los *nerds* no daban abasto. Los *likes* subieron a tope y no faltaron los *dislikes*.

El resultado, los malnacidos que veían el programa me habían puesto

en un aprieto. Hunter vio los números y ni siquiera pidió permiso, saltó de su asiento cual largo era y me robó un beso que logró subir mi temperatura. ¿Cómo te controlas cuando semejante hombre te eleva y te mete la lengua por sitios de tu boca que ni siquiera sabías que existían, mientras sabes que tu novio celoso está viendo la transmisión? Caos total y con las mejillas rosadas. No por la vergüenza, pero sí por el calor que revolucionó cada centímetro de mi piel.

—¿Tan amigos como siempre, Cecilia? —dijo Hunter detrás de cámaras dejando la euforia del momento y extendiéndome la mano.

—Sí, por supuesto —contesté.

—Por un momento pensé que estabas incómoda. ¿No beso bien?

—Besas divino, para nada. No sé por qué te dio esa impresión. Es solo trabajo.

—Bueno, me retiro. Un placer trabajar contigo, pero el show debe continuar. Tengo plazos que cumplir. Por cierto, el publicista de la banda te contactará para proponerte algo. No me adelanto. ¿Puedo darte un abrazo?

—Por supuesto, te agradezco por tan linda entrevista. Estuviste fabuloso.

Nos despedimos. Cuando Hunter y su séquito abandonaron el estudio, ninguno de mi equipo festejó por el éxito. Peter continuó guardando cables, así tenía un motivo para ignorarnos. Ashley no me quitaba la vista de encima, pero no decía nada, por primera vez estaba muda.

—Lo siento, Cecy. Ojalá comprendas que no fue mi idea. A veces el público es un monstruo que no puedes moldear. Lo intento, sabes que me esfuerzo. Si lo deseas, hablo con Eric, le explico que fue mi error. Los actores se besan en una película y no por eso hay un divorcio —se aventuró a decir David.

—Basta, David. Es mi vida, me hago cargo.

# CAPÍTULO 14

## Alex

La mañana en la escuela no pudo ir peor. Lucy continuaba fingiendo no conocerme. Para mi desgracia, el profesor de la asignatura de Ética, que también me impartía Psicoterapia, me citó en su oficina al término de las clases para hablar de mis prácticas supervisadas. Acudí a su oficina.

—Quiero el informe de tu trabajo en la clínica —me pidió sin que yo tuviera constancia de previo aviso.

—Disculpe, doctor Wallace, aún no lo tengo listo. Mi revisión es en cinco días.

—Muéstrame un avance. Algo debes tener en tu *laptop*.

—La información la tengo en la computadora de mi consultorio.

—¿Tu consultorio? ¿Acaso ya estas titulado para hablar con esa propiedad?

—Me refiero al espacio que me asignaron para desempeñar mis prácticas.

—No estuve de acuerdo con que practicaras en la clínica de tu hermano. No es lo idóneo.

—Lo recuerdo.

—Aunque claro, tu hermano habló con el decano y pasaron por alto mi autoridad.

—¿Sucede algo, doctor? ¿Tiene alguna queja de mi servicio?

—Tus calificaciones en mi materia hasta la fecha —dijo extendiéndome una hoja—, con el cero correspondiente por la tarea que no entregaste hoy. Te aviso para que intentes recuperarte, para que no tengas que traer a tu hermano a dialogar con el decano nuevamente si al finalizar el semestre repruebas la materia. Nadie interferirá con una nota otorgada por mí. Retírate.

Cerré la puerta tras de mí y desaparecí. Lo primero que sospeché fue que Lucy le había informado que ya no iba a realizar las prácticas en la clínica, y había pedido su reubicación, ocasionándome un problema.

El doctor Wallace había estudiado con mi hermano. Ambos tenían el grado de doctor y eran muy competitivos en sus respectivas áreas. Lo había conocido como el compañero de generación de Christopher y siempre había sido amable conmigo, hasta que mi hermano intervino para que yo me quedara en la clínica de su propiedad. Yo le había rogado a Chris para que no lo hiciera, pero a él se le hizo fácil, tenía los contactos. El decano de la facultad también había sido su compañero, en este caso, de estudios de posgrado.

Una llamada al celular me sacó de mis reflexiones, era Christopher para avisarme que el doctor Johnson, el Presidente de la Sociedad de Psicólogos, lo había invitado a cenar esa misma noche. Christopher me dijo que yo sería su acompañante. Era de esas reuniones que yo detestaba, se la pasarían alimentando más sus egos que sus estómagos, pero no encontré cómo zafarme.

Me apresuré, quería llegar a la clínica cuanto antes, necesitaba terminar temprano y prepararme para el compromiso que había adquirido gracias al vínculo de sangre. Al salir de la facultad, vi a un grupo de amigas observando un móvil y entusiasmadas. La curiosidad no me dejó pasar de largo y me acerqué para averiguar qué las tenía como locas. Daban la una y cuarto, aproximadamente. Me dejaron ver de cerca y entonces la vi, era Cecilia.

Mis entrañas se removieron al verla y al escuchar su voz. Miré la hora, estaba retrasado, pero mis pies se quedaron sembrados al suelo.

—¿Qué es tan interesante? —pregunté.

—Es la entrevista de Hunter.

—¿Esa *youtuber* lo va a entrevistar?

—No es esa *youtuber*, es la *youtuber*. ¿Acaso no sabes quién es ella?  
¿En qué mundo vives?

Miré el nombre del video y seguí hasta mi carro. En mi soledad, busqué el video en mi celular, lo sincronice en el auto y la melodiosa voz de Cecilia inundó mi nave. No podía disimular mi estupor. Detallé el número de suscriptores, diecinueve millones, ahora entendía el contrato de confidencialidad y los disfraces con los que llegaba al consultorio. La chica verdaderamente estaba pesada. Además, ¿cómo se le ocurría andar sola por la calle? Era un peligro, aunque se camuflara. Después de esta entrevista el acoso sería mayor. Como tenía prisa conduje sin dejar de escucharla. Se hacía gigante delante de una cámara, tenía un dominio impresionante del *set* y de la entrevista. Sus carcajadas eran sonoras y elevaban mi dopamina. Distaba mucho de la chica del consultorio, la de verdad, la que yo había tenido la oportunidad de conocer. Cada vez que ella intervenía me temblaban las manos al volante y desviaba la vista hacia el móvil. Más de una vez alguien me tocó el claxon porque estaba invadiendo el otro carril. Trataba de enfocarme en el

camino y de nuevo su rostro me hacía rodar en automático. Ella tenía toda mi atención. Se veía hermosa, hoy me recordaba a una diosa griega, se había hecho unas trenzas africanas en carriles, de la frente hacia atrás y a mitad de cabeza su cabello caía en una cascada violenta, como la crin de un caballo que huye a todo galope. Era atractiva, la más bella mujer que había conocido. La única que había logrado hacer infinito mi sentimiento. Cada segundo mi deseo por ella se hacía mayor, al punto de desbordarme, amenazarme con ahogarme y vencerme en una muerte súbita. Un claxon desgarrador me hizo meterle el pie al freno con toda mi fuerza. Estuve a punto de estamparme contra otro vehículo.

El conductor, cuyo automóvil seguía cerrándome el paso, se bajó indignado. Comenzó a insultarme e hice lo único que pude, me disculpé por mi descuido. No hubo daños, pudimos frenar antes que colisionáramos. El hombre se fue realmente enfadado y di gracias a Dios porque no había cerca ninguna patrulla, ni cámara. Busqué donde estacionarme para tomar aire después del susto, quise dejar a un lado el celular y olvidarme de la entrevista hasta que llegara al consultorio. Siempre podría ver la retransmisión, y cuando lo tomé en mis manos, me encontré a Cecilia dándole un beso despampanante a Hunter. Me quedé perplejo y dolido. Cuando se despegaron y Hunter comenzó a bromear acerca de lo sucedido, comprendí que se trataba de uno de los juegos del show. Sin embargo, noté que Cecilia no estaba serena como durante el resto de la entrevista.

# CAPÍTULO 15

## Cecilia

Deshice mis trenzas, me desmaquillé, me puse mi pijama de algodón más viejito, apagué las luces y cerré todas las cortinas. Quería oscuridad. Cuando teníamos un programa de este tipo, por lo general al final era que comenzaba realmente el trabajo. Había que atender los comentarios, compartir los *links*, lo reproducíamos y tomábamos nota de fortalezas y debilidades. Por último, celebrábamos casi hasta el siguiente día. Hoy fue diferente. Cada uno deseaba desaparecer. Lo bueno de trabajar *online* era que cada quien podía hacer lo suyo desde cualquier sitio y en eso quedamos. Por mi parte, me tiré en la cama y me alejé de todo lo que me recordara a la entrevista.

Sabía que Eric debía estar furioso, él ni siquiera veía mis videos, pero estaba segura que éste no se lo perdería, por lo del mentado beso que le había dicho que no daría y había terminado dando. A Eric le dolería más ese beso que una traición, porque ese beso había sido público y demasiado. No quería verlo, no deseaba escucharlo, pero si me tardaba en hablarle iba a entretejer una historia en su cerebro. Le mandé un texto para no tener que enfrentarlo.

*«Eric, la entrevista terminó. Las cosas se me salieron de las manos.»*



*No fue mi intención besarlo a nivel internacional. Es solo trabajo. Cuando salgas de la empresa si deseas márcame y voy a verte».*

Los íconos azules de visto se encendieron en la pantalla del móvil. La palabra escribiendo apareció y después nada. No me contestó. Eso era muy, ‘muy’ malo. Me lamenté, me metí debajo de la sábana e intenté dormir.

No había pasado media hora cuando en mi estado de duermevela escuché la puerta abrirse, era Eric. Se detuvo al llegar a los pies de la cama. Gateé a él, me levanté y me le prendí del cuello. Sus brazos quedaron a lo largo de su cuerpo. Su silencio era un castigo muy cruel. Intenté besarlo y me negó su boca. Sus ojos me laceraban. Estaba a punto de sacarlo del estudio. Mi paciencia se había agotado y estaba harta de que se creyera con derechos sobre mí. Pero era mi prometido y lo había lastimado. Nosotros no éramos como Ashley y David que no perdían el tiempo con celos absurdos. Le había hecho una promesa de amor a Eric y no la cumplí.

Detallé cada una de sus facciones. Era espléndido. Cada uno de sus años lo hacían más sensual. Comencé a desabotonarle la camisa y no opuso resistencia. Rocé la piel de su cuello y de sus pectorales con mis labios, se estremeció, pero también me apartó. Jamás me había demostrado amor y odio, y no pude resistirme. Lo deseé más de lo que lo había hecho en los últimos años. A lo mejor necesitábamos una pelea o algo que sacudiera nuestra relación para que el fuego nos avivara. Me tomó con fuerza, se deshizo de mi ropa, rompió mis bragas y quiso introducirse con violencia. Así no. Lo frené, no se lo iba a permitir. No de nuevo, Eric era un chico malo y tenía que aprender de una vez cómo tratar a una mujer. Estaba segura que sabía llevar a una mujer a la luna, porque la primera vez que habíamos hecho el amor me había seducido con sus caricias hasta que yo sola le imploré que me hiciera suya. Ahora estaba enojado y quería desquitarse con sexo. Lo conocía y sabía cómo calmarlo. No podía negar mis labios eternamente y saqué mi as bajo la

manga. Eric era muy débil cuando le practicaba el sexo oral, no iba a rechazar mis labios si le ofrecía consentirlo. No le pedí permiso, me lancé a su entrepierna, quiso resistirse, tomó mi cabeza para apartarme, pero terminó relajando sus manos y todo su cuerpo. Aunque lo hice con énfasis y le saqué hasta la última gota de placer, no me sentí como en otras ocasiones en que hacerlo llegar al clímax era una necesidad.

Cuando se dejó caer en la cama, extenuado y temblando de goce, me acosté a su lado también agotada. ¿Se preocupó Eric por hacerme sentir algo? Por supuesto que no, como otras veces. Que yo le diera placer oral lo complacía, lo dejaba agotado, pero él olvidaba que yo también era humana. Ahora mi culpabilidad me despojaba del derecho de réplica. Vi en su mirada aún el reproche. Intenté no darle importancia hasta que olvidara a Hunter.

—Cerraremos el estudio —dijo y casi me caigo de la cama al ver la seguridad con que se atrevió a pronunciarlo.

—¿De qué estás hablando?

—Tendrás que trabajar mucho para ganarte mi perdón. Adiós estudio, adiós canal, puedes dejárselo a tus amigos. El blog, me es indiferente, puedes quedártelo. Tu padre está de acuerdo conmigo. Ya no eres una chiquilla, es hora de madurar. Nos vamos a casar y vamos a darle vuelta a la página. Recoge tus cosas, te vienes conmigo.

—¿Estás loco? Tengo veintiocho años.

—Por eso mismo. ¿No pensarás dedicarte a esto para siempre? ¿Has pensado que algún día tendrás hijos? ¿Qué pensarán cuando vean a su madre besuquearse con cualquiera? Ahora fue un beso. Dime, Cecilia, ¿qué sigue? Tal vez el próximo castigo sea ponerle mermelada a un pene y tal vez, ¡oh, sorpresa!, tú seas la elegida por el público para comértela.

—Jamás haríamos algo así. No vendemos sexo. No solemos hacer este tipo de juegos en el programa. Fue ocasional, más porque conseguimos a

alguien del calibre de Hunter.

—¿Ahora es tu amigo que lo llamas por su nombre de pila? Hasta ayer era el vocalista de los *Black Dragons*. Nos vamos a la casa, tienes que respetarme como marido. Y cuento con el apoyo absoluto de tu padre. Yo estaba trabajando tranquilo, confié en que no ibas a traspasar los límites. Ni siquiera perdí el tiempo viendo el show. Tu padre me habló para mostrarme el video y exigirme que te obligue a comportarte como mi futura esposa.

—¿Mi padre? Claro. El mismo al que me compraste desde que era una adolescente.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre cree que tú me puedes hacer feliz, yo ya no estoy tan segura. Que te quede claro, Eric. Soy mayor de edad y gano mucho dinero haciendo lo que me gusta, no voy a renunciar a mi pasión, ni a mi estudio, ni a mis amigos, por más berrinches que hagas. La puerta está abierta. Puedes irte. Ni siquiera te estoy dando la opción, quiero que desaparezcas de mi vida. Estoy harta de ti, de tu frialdad, de tu egoísmo, de tu machismo. Óyelo bien, no me haces feliz en la cama y el amor que aún queda, te estás encargando de pisotearlo, así que espero que pronto se extinga. ¡Lárgate! Ya no me gobiernas más. Soy libre.

—¿Cecilia? Las cosas no tienen que terminar así.

—¡Vete!

—Me voy, pero me llevaré todo lo mío.

—Aquí no hay nada tuyo.

Entonces le lanzó una mirada a Rain Lilly. La chihuahueña comenzó a temblar y se refugió en mis brazos. No imaginé que sería tan desalmado, su chantaje terminó por avivar mi rencor, el que había permanecido enterrado.

—Es mi perra. Yo la compré, tengo la factura que pagué por ella —amenazó.

—No te atrevas, Eric. Rain Lilly se moriría de tristeza lejos de mí, no seas cruel.

—Seremos dos sufriendo, la perra y yo.

—¡Maldito! Esto no es un divorcio y no estamos peleando por la custodia de un hijo. Es un animalito, tú me lo regalaste.

—Ya lo dijiste, es un animal. ¿Lo quieres? El canal a cambio de Rain Lilly. Estará en mi casa. Y no te preocupes por ir a intentar sacarla cuando yo no esté, cambiaré la cerradura. ¡Qué te vaya bien!

Me abracé a Rain Lilly y él me la terminó de arrebatarse. Tuve que soltarla, si nos poníamos a forcejear, mi pequeña iba a terminar lastimada. Con ojos tristes la vi partir.

Aún desnuda y enojada corrí al baño a cepillarme los dientes con ímpetu. Me di un baño con agua casi hirviendo y me tallé el cuerpo varias veces con jabón, quería borrar de mi cuerpo toda huella de ese desgraciado. Salí y elegí un camisón de dormir suave, que tenía años conmigo. Con el rostro cubierto de lágrimas me serví una copa de vino. Tomé el teléfono en las manos para llamar a alguien. Me debatía en si llamar a Ashley o a Peter. Decidí por la primera. Necesitaba hablar con mi amiga. Si Peter llegaba, íbamos a terminar enredados entre las sábanas. Y no era ese tipo de apoyo el que estaba buscando. Me sentía susceptible y Peter tenía la facilidad para hacerme perder la cabeza. Antes de buscar en la lista de contactos el nombre de mi mejor amiga, el teléfono comenzó a sonar. Era un remitente desconocido.

—¿Señorita Cecilia? Buenas noches. Soy el doctor Wallace, miembro de la Sociedad de Psicólogos. Le hablo porque me han reportado una mala práctica por parte de mi colega Christopher Huxley, del cual usted es paciente.

—No sé de qué está hablando, por favor, hableme en otro momento.

Estoy ocupada.

—¿Está usted llorando?

—No —mentí—. Lo siento, voy a colgar, no le conozco.

—Señorita, esto es serio. El doctor Huxley no puede seguir ejerciendo si traspasó los límites profesionales paciente-terapeuta. Usted fue la víctima, pero si se queda callada y no lo acusa, otras personas pueden salir perjudicadas también.

—Señor, no sé quién es usted, ni qué motivos tiene para querer joderle la vida al doctor Huxley. Escúcheme bien antes de que cuelgue. El doctor ya no es mi terapeuta. Terminamos la relación profesional y su trato fue muy respetuoso en todo momento. Por favor, no me moleste más, no sé cómo obtuvo este número, pero si me sigue acosando seré yo quien lo demande a usted.

# CAPÍTULO 16

## Alex

Christopher tenía el don de involucrarme en cenas aburridas para las que aún no estaba preparado. Una cosa era que estuviera estudiando Psicología, otra que me interesara codearme con la crema y nata de la profesión. Christopher y yo teníamos una forma muy distinta de encontrar la realización profesional. Él consideraba urgente que estuviera bien conectado. Lo peor fue que allí también me encontré con el doctor Wallace, mi profesor. Incluso se atrevió a preguntarme delante de los colegas de mi hermano sobre mis avances en mis prácticas. Solo sonreí, mientras Christopher me instaba para que me pavoneara, algo que no me motivaba. Todos los ojos estaban sobre mí. No tuve más remedio que relatar el trabajo con el grupo de niños para darles algo. En medio de mi discurso, el móvil comenzó a vibrar y de modo estruendoso se comenzó a escuchar la canción *Crazy* de *Aerosmith*, justo en la parte que decía:

*Esa clase de amor convierte a un hombre esclavo.*

*Esa clase de amor envía a un hombre directo a su tumba.*

*Me vuelvo loco, loco, nena, me vuelvo loco.*

Comencé a titubear, y más cuando vi de quién se trataba, había memorizado ese número mientras me decidía si llamarle o no en los días anteriores. Todos se me quedaron mirando mientras yo me había quedado con las palabras atoradas sobre mis prácticas de campo. El doctor Johnson hizo el esfuerzo por desatascarme con un tono burlón.

—¿No contestarás? Tal vez es tu chica. No la dejes esperando. ¿Quién fuera joven otra vez para trepar por las paredes de tanta pasión? Las hormonas del amor.

Todos rieron, se mofaron de mí y del contenido de la letra de la canción. Christopher hizo un gesto para indicarme que contestara de una vez.

En primer lugar, no sé por qué respondí la llamada; en segundo, no sé por qué abandoné la reunión y corrí a la dirección que me había dado. Cuando la vi con una ridícula camiseta de los pitufos, desgastada por el uso, solo unos centímetros por debajo del trasero y que dejaba entrever unas mini bragas azul neón, me convencí que no era una cita, de lo contrario no se habría puesto lo primero que encontró en el closet. Noté la botella de vino casi gastada y me percaté de su risa medio borracha, aunque *sexy*, no podía negarlo. Era un desastre total, recordé el show en vivo y pensé que así había quedado del *after party*. No lo sé. La saludé y esperé a que hablara primero.

—No te hice venir por mí. Sé que parezco que tengo un mal día, pero es casualidad. Te llamé por otro asunto.

—Aquí estoy. Vine porque me dijiste que era muy importante. Puedo esperar a que te vistas. Digo, sin ofender, estás en tu casa, sino te importa no es problema para mí.

—¡Oh! ¡Carajo! Creo que se me pasaron las copas. ¿Me veo tan mal?

—No quise decir eso.

—Es mi camiseta de la suerte y ya casi iba a dormir, solo que recibí una llamada y por eso te pedí que vinieras. Por favor, toma asiento. ¿Te ofrezco algo de beber, una copa de vino, una cerveza?

—Alcohol no, gracias.

—¡Qué reprimido! No te vendrían mal unos tragos, lo que te diré es una bomba. ¿Un café?

—No es una visita social y ya me estás preocupando. ¿Es aquí el lugar *Top Secret* donde grabas y vives?

—Sí. ¿Te gusta?

—Está *cool*.

—Ni siquiera en tu expediente constaba esta dirección.

—Tengo que proteger mi privacidad. Suelo dar la de mis padres o la de Eric. ¿Conoces a un tal Wallace? Es un psicólogo.

—Uhhmmm, sí. ¿A qué viene esto?

—¿Te llevas bien con él o tiene motivos para odiarte?

—Tenemos una relación moderada, más profesional que otra cosa — mencioné por denominarla de alguna forma.

El doctor Wallace y Christopher estudiaron juntos, de ahí partía nuestro vínculo, la relación entre estos no era mala, sin embargo, había notado que mi profesor se ensañaba conmigo como estudiante. Siempre veía la forma de joderme y bajarme puntos sin razón, al menos que yo pudiera entender o conocer

—El tipo me contactó.

—¿Y qué te dijo? —mencioné mientras intentaba controlar mis nervios.

Mi mayor temor era que el doctor Wallace le soltara que yo no era quien pretendía. Y mientras me atormentaba con eso, mil preguntas surgían en mi interior: ¿Cómo podía ser que mi maestro supiera de Cecilia? ¿Con qué



intención la contactó? ¿Por qué lo hizo? Pocas personas sabían de mi trato con Cecilia. Martha, Lucy y nadie más. A no ser que Cecilia conociera al profesor de otro sitio y ella le hubiese hablado de mí.

—Me dijo que ponga una reclamación en tu contra en el órgano colegiado de los psicólogos.

—¿Qué mierda es ésta? —dije y casi me da un infarto.

—Me explicó que si me siento afectada puedo demandarte. Usó el término ‘amor de transferencia’ y también el de ‘contratransferencia’. Dice que no debiste alentarme y me ofreció sus servicios profesionales.

Quedé pálido. Hasta hacía menos de una hora el doctor Wallace estaba sentado en la misma mesa que mi hermano y yo, cenando con nosotros y demás miembros de la Sociedad de Psicólogos. Ahora sí que no entendía nada. Mi cabeza solo reparaba en una cosa, yo no la había tocado y suspiraba de alivio por eso. Rectifiqué en mi mente y recordé que le había sugerido buscar otro terapeuta en el momento adecuado.

—Necesito un trago. Ahora sí te lo acepto —dije.

—¿Vino o cerveza?

—¿Tienes algo más fuerte?

—Aquí hay de todo, solo pide.

—Whisky en las rocas.

—Vamos, acompáñame al bar. Es de los chicos que trabajan conmigo. Les encanta hacer fiestas aquí, siempre hay algo que celebrar. No vayas a creer que es mío.

—No tengo intención de juzgarte. ¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Ya lo estoy haciendo, ponerte sobre aviso. Creo que ese hombre está demente o muy resentido contigo. Quiso manipularme para perjudicarte. ¡Qué fuerte! Pensé que entre psicólogos no se hacían este tipo de bajezas. ¿Dónde quedó la puta autoridad moral?

—Te agradezco por hablarme. No sé qué sucede ni por qué lo hace. Estoy desayunándome esto ahora, estoy muy asombrado. Tomaré las medidas pertinentes.

—¿Qué es el amor de transferencia?

—Ahora no, estoy que me lleva... —dejé la frase a medias para dar un sorbo de la bebida y ya no tuve deseos de terminarla.

—Es solo curiosidad.

—Viene del psicoanálisis. La transferencia es deseable en el proceso terapéutico. El amor de transferencia no, es cuando el paciente se enamora del terapeuta. Es algo que si se sale de control podría derivar en obsesión para el paciente.

—O sea yo. Todo un problema. Ja, ja ja. Si llego a saberlo renuncio a la cita desde el primer día que te vi. Te soy honesta —comenzó a decir y ella seguía con el vino—, jamás pude verte como terapeuta. Me gustaste antes de tomar asiento en la primera cita. Sería injusto culparte por ello.

—Agradezco tu sinceridad, pero no es el momento para hablar de eso, con lo de Wallace tengo la cabeza a punto de explotar.

—Jamás haría nada que te perjudicara. Y no estoy enamorada de ti, ni de transferencia ni nada, acabo de conocerte. Me agradas y eres más sensual de lo que deberías, pero no me desquiciaré por ti.

—Me alegra saberlo.

—¿Qué es la contratransferencia?

—Es cuando el psicólogo proyecta sus sentimientos o pensamientos en el paciente. Digamos que lo que el doctor Wallace quiso decir es que estoy enamorado de ti. Lo que, por supuesto no es verdad, jamás podría. Rectifico, te sobran cualidades para ser amada, pero te respeto y no te veo de esa forma.

—Tranquilízate y deja de mover las manos. Te dará algo. Estás muy nervioso.

—¿Crees que puedo manejar esta conversación ahora?

—¿En serio no te parezco atractiva? Estamos fuera del consultorio y ya no soy tu paciente.

—Después de lo que acabas de decirme de Wallace no puedo responderte nada. Estoy embotado y pocas veces me sucede.

—¿Y si es al revés? ¿Si es el terapeuta quien se enamora de la paciente qué sucede? —preguntó. De seguro vio mi cara de pocos amigos y se tragó su interrogante, pero no pudo aguantar las carcajadas. Para ella era gracioso, para mí un infierno, porque me sucedió justo como a Cecilia, quedé hechizado desde que la conocí.

—Investígalo. No estoy de humor para explicarlo ahora.

—Hay algo más que debes saber. ¿Conoces al grupo *Black Dragons*?

—Por supuesto, ¿quién no? —dije y su beso con Hunter regresó a mi memoria dándome un puñetazo en el estómago.

—Buscan baterista.

—¿Para qué me dices eso? Ni siquiera me has oído tocar.

—Harán una audición. ¿No te interesa? Cualquier baterista estaría alucinando de tener la posibilidad.

—Tengo una carrera, la música es solo un pasatiempo.

—En breve grabaré un programa con el grupo y haremos pública la audición, solo quería que lo supieras primero.

—¡Felicidades! ¡Qué les vaya excelente!

Vacíé el whisky dispuesto a marcharme, pero ella me detuvo.

—Espera. ¿Por qué te enojas? Tienes las mejillas encendidas.

—Lo del doctor Wallace —me defendí.

Y claro que era eso, pero el apasionado beso que se dio con Hunter seguía pateándome en el estómago. Eric, Peter, Hunter. ¡Por Dios! Bendito contrato de confidencialidad. No pude seguir tragándome la bilis, había

cambiado mi tono del *iPhone* al conocerla y cada vez que sonaba mi celular, me volvía a sorprender la frase: «*Esa clase de amor convierte a un hombre esclavo*». Andaba suspirando por ella, tragándome mis deseos, soportando que me coqueteara abiertamente sin poder corresponderle y demostrarle qué tan hombre me hacía sentir. Estaba viviendo un infierno entre un título que estaba por tocar con la punta de los dedos y la pasión que me devoraba en carne viva. Mientras, ella no se cansaba de tejer su telaraña, donde cada vez atraía a un nuevo insecto.

—¿A todos tus hombres les haces firmar un contrato? —pregunté.

—¿Mis hombres? ¿Acaso soy una zorra?

—Eric, Peter, Hunter —solté la evidencia antes de morderme la lengua, aunque en realidad quería decirle que más que una zorra era una araña chupa sangre, un pulpo cuyos tentáculos estaban dispuestos a atrapar a su próxima víctima.

—Lo que me faltaba, viste la entrevista. ¿Estás celoso? —preguntó asombrada.

—No tengo motivos para estarlo.

—Con nadie más que contigo tengo un contrato.

—¡Qué honor!

—La relación que tengo con cada uno es diferente. Eric ha sido mi novio desde que era una adolescente, Peter es un amigo muy especial y lo de Hunter fue trabajo. Debiste ver el detrás de cámaras.

—Me lo imagino, sexo salvaje.

—Estás loco, ¿sabías? Fue solo trabajo, al terminar el show, nos dimos la mano y como si nunca nos hubiésemos besado. No sé por qué te doy explicaciones.

—No te las estoy pidiendo. Como sea, gracias por advertirme del ataque del cabrón de Wallace y más aún por no prestarte a su juego —dije,

hice un alto y respiré profundamente. No sabía si era el alcohol, el miedo por la acusación de Wallace o mi impotencia. Recapacité a tiempo—. Discúlpame, no quise ofenderte. Estoy tenso. De nuevo, gracias.

—Lo que necesites, no dejaré que ese estirado te meta en problemas. Confío en ti, más allá del terapeuta, no puedo dejar de ver la estupenda persona que eres y que me encantaría conocer, aunque insistes en mantenerte a kilómetros de distancia. Ojalá las cosas se hubieran dado distintas, que nos hubiésemos conocido en un parque, me habría acercado a ti sin dudarlo para preguntarte cualquier cosa, tú me habrías pedido mi número, habríamos ido a cenar o tomar un helado y entonces... —dijo y me acarició el rostro. Su forma de modular las palabras, su rostro casi perfecto muy cerca del mío, las penumbras, la deliciosa temperatura. La admiré. Sus ojos lograban embrujarme. Más cuando sin dejar de observar mi boca, metió un dedo en su copa de vino y empapado lo pasó por mis labios. Tuve que detenerla a medio camino y ordenarle a mi campeón mantenerse quieto, hacía rato se había espabilado y comenzaba a palpar dentro de mis bóxers.

—Detente, ¿qué haces? —suspiré—. Tengo a un tipo amenazando mi carrera, tú eres la supuesta ‘víctima’. Entiéndelo, no nos conocimos en otra circunstancia y nada pasará jamás entre nosotros. Eres linda y ya estuvo, puedo vivir con eso. Pasará. Tú lo dijiste, no estás enamorada ni de transferencia ni de nada, acabas de conocerme y de todo lo que me has dicho es la idea más madura que ha salido de tus labios.

—¿Y por qué lo dices así, con ese tono de voz? Parece que me estuvieras implorando que te haga el amor.

—¿Quieres otro macho para tu harem? Mujer, no te conformas. ¿Sabías que la gula es pecado?

—Y tú sabías que está mal ser un aguafiestas. Relájate un poco o terminarás amargado como el doctor Macabro. Se te terminará cayendo el

pene si lo sigues sometiendo a la tortura continua. La falta de uso te pasará factura. ¿Acaso estás preparándote para el celibato?

—¿Quién te ha dicho que no lo uso y que mi cama no está caliente cada vez que lo deseo?

—¡Oh! Macho tenías que ser. ¿Tienes pareja?

—Supones demasiadas cosas, Cecilia. Cuídate. Gracias de todo corazón. ¡Qué te vaya bien!

# CAPÍTULO 17

## Cecilia

Desperté al otro día con un fuerte dolor de cabeza. Lo primero que eché de menos fue a mi pequeña alarma matutina, Rain Lilly. Salí de la habitación y sorpresa, no estaba sola. Todos habían llegado, Peter, David y Ashley. Estaban trabajando muy calladitos, preparando material para futuros videos y sobre todo el show con los *Black Dragons*. Hasta ese minuto no había reparado en mi *outfit*, el mismo de la noche anterior, las diminutas bragas azul neón y la blusa del pijama de los pitufos que al menos me cubría el trasero.

—¡Oh, por Dios! Creo que comenzaré a pedir las llaves de vuelta. Ya ni avisan. ¿Qué hacen tan temprano y tan cautelosos? Ni me di cuenta que habían llegado —mencioné.

Ashley señaló la botella de vino vacía, el vaso de whisky, la copa manchada e hizo alusión a la falta de mi mascota.

—¿Dónde está Rain?

—Eric se la llevó.

—¿Se la llevó de paseo y cómo, por qué? ¿Desde cuándo lo hace?

—Me la quitó, está enojado y me castiga apartándome de Rain.

El drama no tardó en instalarse. Si había algo con lo que no se podían meter en el estudio era con mi enana. David no daba crédito, cuando me aseguró que Eric iba a entender lo del beso, lo decía convencido.

—¿Y eso que el cabrón no sabe de tu trato ultra secreto con Peter? ¿Te quitó el perro por un beso? ¿Por un beso de ficción, parte de un show?

—Ni tan ficción, que no estábamos en el país de la fantasía. Yo estaba cerca y lo vi con claridad. Peter hizo un *close up* impresionante, así que Eric no perdió detalles. Hunter metió la lengua por todos los recovecos de su boca, lamió, succionó y mordió. Digamos que se lució —anotó un gol mi amiga.

—No son necesarios los pormenores —precisó Peter—. ¿Cómo podemos ayudarte, Cecy?

—No lo sé. Eric me pide que deje el canal. Es la condición, blog sí, canal no. Me rehúso a ceder, pero pienso en Rain Lilly y me tiemblan las piernas.

—Lo lamento —Ashley se acercó y me abrazó.

—¡Maldito hijo de puta! Peter y yo deberíamos ir y darle una golpiza para que aprenda a no meterse con la mini *dog* —dijo Hunter.

—Si lo hacen, le dan una buena patada en los testículos de mi parte. Voy a darme un baño y a ponerme algo decente, demasiado azul —dije.

Me quité la ropa y me metí debajo del chorro de agua. Peter no tardó en colarse en mi baño.

—¿Te ayudo? —dijo señalando la esponja justo cuando la pasaba por mi espalda.

—Mejor no.

—¿Terminaron?

—Eso parece, no quiero hablar.



—Tienes que hacerlo, sacarlo de tu sistema.

—¿Ahora eres psicólogo?

—Solo tu amigo. ¿Están en guerra?

—Cruel y despiadada. Eric no está acostumbrado a perder. Lo de Rain Lilly es solo el principio. Su amor conoce perfectamente el polo opuesto.

—No dejaré que te lastime.

—No es tu problema, no te metas. Si al final este circo termina y todo vuelve a la normalidad, no quiero que salgas lastimado por el fuego cruzado.

—¿Estás pensando volver? ¿Eso quiere decir que si Eric desiste y no te exige que cierres el canal lo perdonarías? ¿Después de que te chantajeó vilmente con la mini *dog*? Es ridículo.

—Entre marido y mujer nadie se debe meter. ¿No te lo enseñaron en tu casa?

—Parece que ya me metí demasiado.

—No, Peter. No me molestan tus comentarios, es solo que ahora no tengo las respuestas y no las quiero tener. Me concentraré en el trabajo y en el show con los *Black Dragons*. Si fue una locura con Hunter, no quiero pensar cómo será tener a la banda. Tenemos que tomar precauciones y exigirles que las tomen también. Les encanta el escándalo. Ellos vienen con su personal de seguridad y nuestro ‘Nido’ tiene que permanecer encubierto, como siempre. No queremos que centenares de fans del programa o del grupo hagan guardia en los bajos del edificio. Sería para volverse locos. Encárgaselo a David y dile que esta vez despierte. De lo contrario, será mejor llevar el canal a territorio de los dragones.

—No sería mala idea. Hace rato que no grabamos fuera del estudio. Ya que no necesitas ayuda para restregarte el cuerpo, me retiro, voy a ver mis pendientes.

—Me parece excelente idea.



# CAPÍTULO 18

## Alex

Estaba por comenzar la clase del doctor Wallace, esta vez, como la mayoría de las veces, estuve puntual. El profesor para mi sorpresa estaba retrasado, así que aproveché para acercarme con sutileza a Lucy.

—Hola, linda. ¿Tienes un par de minutos para mí?

—Para ti no tengo nada, quítate del medio, me estorbas.

—Estás muy enojada, pareces una perrita rabiosa y no sé qué he hecho para sacar lo peor de ti. Lo de la paciente, Cecilia, también fue idea tuya, ¿le fuiste con el chisme a alguien?

—Lo que has hecho es verme la cara de idiota por casi cuatro años, te di mi amistad y solo te interesaba tener sexo conmigo.

—Creo recordar que yo también te di mi amistad y que tú estabas muy interesada en llevarme a la cama, tanto que me reiteraste en ocasiones que odiabas los compromisos y que podíamos disfrutar de nuestra amistad con derechos, mientras durara.

—Eres un maldito.

—Un maldito del que al parecer te enamoraste. Si te place saberlo

también te quería, incluso te extraño.

—¿De qué estás hablando?

—Lo nuestro pudo haber funcionado. Justo ayer pensaba buscarte, quería hablar e intentar salvar las cosas contigo. La magia se perdió en cuanto supe que Wallace pide mi cabeza. Júrame que no fuiste tú. Mírame a los ojos y dime que en un arranque de inmadurez no fue más fuerte el deseo de vengarte.

No tuvo que abrir la boca, sus ojos solo reflejaron tristeza, a veces el arrepentimiento no ayuda. Hicimos silencio cuando el doctor Wallace entró con parsimonia y se sentó en su escritorio. Miró a Lucy y luego a mí, volví a mi sitio y ya no le pregunté nuevamente. Tuve que soportar la mirada intransigente del profesor el resto de la clase, me ponía nervioso. Pensé que al final de la sesión, iba a llamarme a su oficina como la otra vez, pero nada, solo me miró directo a los ojos, largamente. No pude quedarme en la universidad, no pude tomar las demás asignaturas. Salí disparado al estacionamiento, al auto y conduje de prisa.

Llegué a la clínica, pensé entrar a mi consultorio para analizar la situación. ¿Qué iba a hacer? No encontraba otra solución más factible que confesarle a mi hermano mi terrible error. Cuando puse un pie en el recibidor, vi a Martha y le pregunté nervioso:

—¿Sabes si Christopher está desocupado?

Martha me lanzó una mirada de advertencia, de ésas que solía mostrar cuando mi hermano mayor estaba hecho una furia por alguna falta cometida por mí.

—¡Alex! —escuché la voz de Christopher en un tono más elevado de lo habitual—. ¡A mi consultorio!

Su voz era gutural y dejaba traslucir enojo. Relacioné la conversación,

de anoche con Cecilia, con la ira de Christopher. Me dio mala espina. Tal vez debí decirle de inmediato al regresar a la casa, pero el cabrón miedo a enfrentarlo me había dejado paralizado. Entré como cordero al matadero, sin atreverme a emitir ni el más leve sonido. Christopher comenzó a maldecir, la situación era grave, porque pocas veces lo hacía.

—Toma asiento, pedazo de inconsciente —ordenó.

Me tiró un sobre en el rostro, cerré los ojos al contacto y lo recuperé con urgencia.

—¡Lee! —me desafió.

El sobre estaba abierto, saqué el contenido, un par de hojas dobladas, eran del Presidente de la Sociedad de Psicólogos a la que pertenecía mi hermano. Era una demanda. Cuando examiné el texto palidecí aún más.

—¿Qué explicación tienes para esto?

—No fue mi intención.

—Explicame por qué estoy demandado por mala práctica, por atender a una paciente que ni siquiera conozco.

—Lo siento. Quise decírtelo ayer.

—¿Lo sabías ayer? ¿Y cómo cojones pudiste dormir? ¿Por qué carajo no me previniste?

Christopher perdió los estribos, me tomó de la solapa y me levantó de un tirón de la silla. Jamás me había golpeado, ni siquiera cuando éramos niños. Lo desconocí. No pude enfrentarlo como lo hubiese hecho con otro contrincante, era mi hermano mayor, quien siempre me había apoyado y a quien yo había traicionado por una estupidez. Crucé mis brazos sobre mi rostro cuando lo vi abalanzarse sobre mí gravemente dominado por la ira. Me soltó un puñetazo en la cara y me tiró al piso. El estruendo fue grande e hizo que Martha llegara corriendo.

—¿Pero qué está pasando aquí? ¿Christopher, te has vuelto loco? Me

obligarás a llamar a seguridad.

—Martha, regresa a tu lugar. No lo sigas protegiendo que no es un crío, es un hombre y tiene que responder por sus errores.

—Pero así no se resuelven las cosas. Ustedes son los hermanos mejor llevados que jamás he conocido.

—Wallace está detrás de esto —dije atento a su embestida, para defenderme de ser necesario.

—¿Wallace? ¿Wallace? Nadie tendría que estar detrás si tú no hubieras ensuciado mi nombre. ¡Usaste mi nombre, maldito! Porque no acusan a Alexander Huxley, estudiante mediocre de Psicología. Me demandan a mí.

—Hablaré con Cecilia. Ella me aseguró que no le seguiría el juego a Wallace.

—Hazlo. Ojalá sirva para algo. El novio de ella es quien puso la queja contra mí. Cuando el Presidente de la Sociedad me habló desconcertado para hacerme partícipe pensé que era una confusión. Yo jamás he atendido a una Cecilia Marcel. Llamé a Martha para analizar el asunto y ella terminó confesando antes que me volviera loco.

—¡Pobre Martha! No la emprendas contra ella. Soy el único responsable. No quise enfrentar mi falta y la bola de nieve continuó creciendo. Hablaré con el doctor Johnson y aceptaré mi culpa. No pagarás por mis caídas.

—No lo harás. Si lo haces, mancharás tu currículum, idiota, y aunque logres recibirme no levantarás cabeza. Ese tipo de faltas como estudiante te marcan. Yo me ocuparé de todo, como siempre —terminó de decir y lo vi controlarse, al fin, aunque era mejor no retarlo.

Martha ya había ido al baño y vuelto con una toalla de papel para limpiarme el ligero corte en el rostro ocasionado por la violencia de mi hermano. Christopher era zurdo y la mano con que me había golpeado tenía su

anillo de bodas y el de graduado. Martha me obligó a sentarme, fue al botiquín de primeros auxilios y me suturó con dos puntos de mariposa con venda adhesiva. Respiré suplicando para mis adentros no desatar la bestia dentro de Christopher y le dije en voz baja pero firme:

—No quiero que respondas por mí. Limpiaré tu nombre primero y luego el mío. Admitiré que te suplanté, pero nada ha ocurrido con Cecilia. Ella me comunicó que le agrado y le propuse terminar la relación profesional.

—Martha dice que estás enamorado. ¿Es eso cierto? —preguntó dándome una palmada en la mejilla sana, no llegó a ser agresivo, pero se notaba que hacía un esfuerzo muy grande para no arrancarme del asiento y molerme a palos.

—Me gusta.

—Eres un estúpido. Debí suponer que no servías para esto.

—No tiene nada que ver con la terapia. Desde la primera vez que la vi quedé prendado. Es demasiado hermosa y no se calla, se te va metiendo dentro.

—No sigas hablando, infeliz. Aléjate de esa mujer por tu bien y no hagas una estupidez. Su novio armó un revuelo bárbaro. Asegura que yo la he trastocado. Alude que dejó su relación de años por mi causa. De seguro fue azuzado por Wallace. Siempre me ha visto como un rival y tiene una obsesión enfermiza por verme caer.

—¿Dejó a Eric?

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? No hables de ellos como si fueran tus conocidos. El tipo defiende que lo dejó debido a la influencia que he ejercido sobre ella.

—Tengo que aclarar este asunto. Diré la verdad.

—¿Cómo lo supo Wallace?

—Lucy le dijo. Wallace sabe que soy yo quien atendió a Cecilia, se

aprovecha de la situación para perjudicarte.

—No digas nada. Eso quiere Wallace, que admitas la verdad para hundir aún más mi reputación y la de la clínica. Soy tu supervisor. Nadie querrá atenderse en una clínica donde un profesionalista de la salud mental fue suplantado, menos si es el dueño de la clínica.

—Perdóname. Todo lo que has hecho es ayudarme y yo no te he correspondido. Parece que tengo la capacidad de encontrar problemas debajo de cada piedra.

—No es azar, es el resultado de tus decisiones.

Christopher salió molesto de la clínica con el peso sobre los hombros de limpiar mi desastre. Imaginé que iba a encontrarse con el doctor Johnson. Después de él salí yo. Fui rumbo al departamento, las niñas estaban aún en la escuela. Entré sigiloso, directo a mi habitación y me encerré, no quería tropezarme con Mary y que me pidiera explicaciones por la lesión en la cara. Bajé las maletas del closet y guardé la mayor parte de mis pertenencias, las que podía sacar en ese momento.

Al terminar, me senté en mi escritorio y redacté dos cartas, una dirigida a mi hermano, para pedirle perdón y darle las gracias por haberme guiado siempre. La segunda era para el doctor Johnson, el Presidente de la Sociedad de Psicología. Relaté lo ocurrido desde el día en que Christopher me pidió cambiar la cita hasta cuando terminé mi relación profesional con Cecilia. Dejé en claro que jamás habíamos tenido una relación sentimental ni carnal. Tampoco di detalles, me lo prohibía la confidencialidad y el contrato firmado a petición de Cecilia. No dije por qué concluimos la terapia. Me dediqué a dar testimonio de mi error, el haber suplantado a mi hermano. Pedí disculpas a la comunidad de psicólogos y presenté mi renuncia formal a continuar mis estudios o a recibirme.



Cuando terminé de escribir estaba temblando. Era la tercera carrera de la que desertaba, la vencida. Dejé las maletas escondidas y fui a la cocina por un vaso de agua, ahí me encontré con mi cuñada. Su expresión de desconcierto fue enorme al notar mi herida. Jamás había llegado a la casa en ese estado, no solía involucrarme en eventos violentos.

—¿Qué te sucedió? ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Tuviste un accidente? —dijo Mary.

—No fue nada, fue una tontería, parece más de lo que en realidad es. Martha me suturó con curita y da la impresión que es algo mayor. Tropecé con un mueble.

—¿Y qué venías haciendo? Me cuesta creerte.

—Venía entretenido con el *iPhone*.

—¿Cómo te ocurre algo así?

¿Cómo despedirme sin hacer evidente que estaba huyendo? Ella no me lo iba a permitir. ¿Y las niñas? Era lo que más me rompía el corazón, llorarían al saberlo. Me consoló saber que era algo que haría más temprano que tarde. De hecho, ya me estaba preparando para abandonar el hogar que conformábamos. Chris y su familia me dieron el calor que nunca tuve con mis padres y me recibieron luego de mi primer fiasco, tratando de vivir solo sin profesión ni el apoyo de mis progenitores. Mi hermano me había rescatado y me había retenido más de lo necesario, hacía tiempo que intentaba reclamar mi independencia. Christopher quería que egresara y que me fuera con un futuro mejor logrado. Su deseo era que trabajara en la clínica con él, ya tenía un consultorio para mí.

Sacudí mis emociones y le dije a Mary:

—Soy un cabrón con suerte.

—¿Y eso?

—Chris, tú y las niñas son la mejor compañía que he tenido.

—No te pongas meloso que me sacas las lágrimas.

—Te quiero, Mary. Gracias por recibirme en tu casa y por no quejarte por tener que aguantarme en el paquete.

—Tú eres como mi hijo mayor. Recuerdo cuando Chris y yo comenzamos a salir, tenías apenas diez años. Me enamoré de tus ojos y de tu ternura. Ya nunca podré librarme de ti. Si algún día te marchas no sabré qué hacer con tu espacio vacío.

—Podrían buscar al varoncito o tener la biblioteca que siempre has querido.

—Déjalo, así estamos bien. Las niñas te echarían de menos—. Me besó en la frente y me dio una palmada en el trasero—. Estás muy misterioso. ¿Novia nueva?

—Me he dado cuenta de que estoy muy viejo para continuar viviendo aquí.

—Es eso. Tienes una chica y seguro quieres pasar más tiempo con ella. Como desees, corazón. Haz lo que te haga feliz. Pero si te trata mal y quieres regresar no olvides que esta es tu casa.

—Chris no sabe nada.

—Y si te amenaza con no cubrir los pagos de la escuela yo hablo con él.

—Aprovecharé para irme ahora. Tenía que decirte. No podía escabullirme como un ladrón. Me iré ahora que las niñas están en la escuela.

—¡Dios mío! No pensé que fuera tan pronto.

La besé en la mejilla y me fui, la dejé estática sin poder reaccionar. Subí las maletas al auto y antes de encender el motor, Mary me estaba hablando al celular.

—¿Pasarás al rato a despedirte de las niñas?

—Intentaré hacerlo mañana.

—¿Te quedarás en la casa de tus padres o en la de tu chica?

—Te digo en cuanto me instale.

—¿No lo sabes? ¿Y a dónde vas con tanta prisa? ¿Alexander Huxley, hay algo que tenga qué saber?

—La cagué, Mary, como siempre. Christopher te dará los detalles.

—¿Por eso te estás yendo?

—Tengo que irme. Sobre mi escritorio hay una carta para mi hermano.

Apreté el acelerador rumbo a una mensajería con la intención enviar la carta certificada para que llegara ese mismo día. Christopher me había pedido no hacerlo, pero según mi apreciación, lo correcto era decir la verdad. Mi hermano temía que el doctor Wallace buscara desacreditar su próspero negocio y que, si salía a la luz que yo había suplantado a un terapeuta de la clínica, Wallace lograría su objetivo. Mi conclusión acerca del daño que quería causar ese doctor, era diferente; el maldito quería aprovecharse de mi metedura de pata para culpar a Christopher, seguro de que mi hermano no me delataría con el afán de protegerme. Así que envié la segunda carta a su destino, asumí mi responsabilidad y eximí a mi hermano.

Sabía que era el fin de mi carrera y de la relación con mi familia. Me sentí perdido. La bomba explotaría pronto. Había una cosa más que necesitaba hacer para sentirme completamente liberado. Tenía que decirle la verdad a Cecilia, antes que lo supiera por otra persona.

# CAPÍTULO 19

## Cecilia

Me estaba preparando para cenar. Todos habían desaparecido y me sentí muy sola. Prefería el estudio lleno, me sentía inmersa en un huracán de voces, manos, risas. Alguien había sugerido que ahora que estaba soltera podíamos rentar un estudio más amplio e irnos a vivir todos. Había dicho que sí, sin dudarlo y había consultado opciones sin ponerlos sobre aviso. No quería aislarme y estaría bien compartir con mis amigos el espacio. Sería fantástico, pero sopesaba si eso no complicaría las cosas con Peter. Habría sido perfecto si Rain Lilly estuviera para acompañarnos. Sus cosas todavía estaban esparcidas por doquier, su plato de comida, su cama, sus juguetes. ¿Cómo la estaría atendiendo Eric? Él ni siquiera me había mandado un mensaje de texto. No sabía qué tramaba. Aún lo quería, pero no podía dar mi brazo a torcer porque a su lado no era feliz. Eric no me hacía explotar de adentro hacia fuera, ni en un beso, ni en la cama, ni en el alma.

Alguien llamó a mi puerta desde los bajos del edificio y me asusté. Todos los que podían visitarme tenían llave, incluso Eric. Mi ubicación era secreta, mis padres nunca llegaban sin avisar y para la mayoría de amigos y

familiares mi domicilio oscilaba entre la dirección de mis padres o la de Eric. Para todo lo demás existía el móvil. Decidí preguntar por el *interphone* de quién se trataba, me dispuse a disimular la voz, pero no. Si uno de los fans descubría el nido *Top Secret* estábamos acabados y más en la víspera de la entrevista de los *Black Dragons*. Hablé con el vigilante por teléfono, un escuálido señor entrado en años que no podría defenderse ni a sí mismo, al que habían contratado el resto de los propietarios del inmueble. Cuando me dio el nombre de Alex Huxley, casi me caigo para atrás. Recordé su última visita y mi *outfit* de terror. Ahora estaba decente, totalmente producida por Ashley. Cabello, maquillaje y vestuario impecable. Usaba un vestido que se cerraba tipo kimono, a media pierna, de un tono de gris azulado, pero con unas líneas negras en el cuello alto que le daban un aire rockero. Habíamos grabado un promocional para la aparición de la banda. Respiré profundo y lo invité a subir.

Estábamos solos y esta vez totalmente sobria. Era muy distinto. Sentí un dolor a la altura del estómago y un temblor recorrerme todo el cuerpo. Era inevitable sentir el choque eléctrico que me producía su presencia. El hombre prohibido, más ahora con el doctor Macabro rondándonos y vigilando nuestros pasos. Ya era una mujer libre, no teníamos una relación profesional, pero él se cuidaba y huía de mí como de la peste. Saludó y se me quedó mirando, ahora era él quien aseguraba tener algo muy importante que decirme. Su mirada no era aguda, sus ojos no me veían en realidad, estaban perdidos dentro de sí mismos. Imaginé que el tema de conversación giraría en torno al doctor Wallace. Se veía afligido, confundido. Quise abrazarlo, protegerlo y decirle que ya olvidara ese asunto, que Wallace no podría hacer nada para perjudicarlo, si de mí dependía, porque jamás lo lastimaría. Fue como si me leyera la mente. Sus enormes ojos se volvieron a mí, me penetraron con la mirada, y casi me salta el corazón por la boca. La tersa piel de su rostro

resplandecía ante la luz y ni aquella pequeña herida sobre su mejilla, arruinaba el hermoso lienzo que tenía frente a mí.

—¿Qué te ha pasado? Espero que el tal Wallace haya quedado peor. ¿Le diste su merecido?

—¡Oh, no! Esto no tiene nada que ver con ese doctor, o sí, pero no fue él quien me dio el guantazo. Fue mi hermano. Me lo dio por idiota, por descuidarme y convertirme en un blanco fácil para Wallace.

—¿Pero qué son ustedes, una horda de salvajes guerreros? Wallace, tu hermano, parece una mafia. ¿Es necesaria tanta agresividad?

—Mi hermano es el dueño de la clínica. Sobre esto he venido a hablarte. Eric, tu exnovio —dijo y me quedé asombrada por su conocimiento de la separación—, está con Wallace en esto. Ha armado todo un embrollo en el que no solo afectó mi reputación, también la de mi hermano y su clínica.

—¿Que Eric hizo qué? Me dejas pasmada. No creo que se haya atrevido a tanto. No tiene derecho. Espera un momento, iré a buscar una botella de vino para procesar toda la información.

—Mejor trae tequila, esto se pondrá peor. Hay muchas cosas que necesito soltarte y mientras más rápido, mejor.

Seguí sus instrucciones sin explicarme la dimensión que habían tomado las cosas. ¿Qué tenía que ver Eric con Wallace? ¿Y cómo el doctor Macabro dio con él? Alex tomó un caballito de tequila hasta el fondo y yo le seguí.

—Dice Eric que soy responsable de tu rompimiento.

—Por supuesto que no. Tú sabes que esa relación agonizaba desde tiempo atrás. A su lado no me siento libre, no soy yo cuando estoy con Eric. Él es un hombre increíble, no sé cómo le hace para tener hasta el detalle más insignificante bajo control. Pero no es amor, me siento segura pero no auténtica.

—El caso es que todo se ha salido de control.

—Dios mío. Solo te he traído problemas.

Nos servimos un segundo trago de tequila y lo tomamos hasta el fondo.

—Renuncié a la carrera de Psicología y necesito desaparecer un tiempo.

—¿Qué? Eso no era necesario. Yo pondré a Eric en su lugar. El maldito se llevó mi perra. Debí saber que estaba dispuesto a lo que sea.

—¿Cómo que se llevó a tu perra? ¿Era de los dos?

—No. Hace cinco años me regaló a Rain Lilly por mi cumpleaños. Me está amenazando con mi perra, como ves, está desesperado. Pero tú dejar la Psicología y querer desaparecer, no. ¿Tan grave es? Es que no entiendo. Tú y yo no tenemos nada. ¿Estás hablando de no ser más psicólogo, dejar de ejercer?

—Eso iba a ocurrir de todos modos. Digamos que mi relación con la carrera era similar a la tuya con Eric, me sentía seguro, pero no era amor.

—Tu amor es la música. Lo vi en tus ojos cuando me dijiste que eras baterista. No entiendo por qué no quieres hacer la audición con los *Black Dragons* y menos por qué quieres desaparecer.

—Estoy roto por dentro, primero tengo que sanar. No sé lo que quiero. Estoy muy confundido. En un solo día me he quedado sin techo, sin carrera, sin planes. Vivía con mi hermano y me salí del piso. Tendré que pasar la noche en la casa de mis padres, ya mañana buscaré donde vivir. Mis padres están fuera del país, en cuanto sepan que renuncié a la carrera se pondrán como locos. Así que lo mejor será rentar un piso bien lejos, tomarme un tiempo y ordenar mis ideas.

—Puedes quedarte esta noche si lo deseas. Estás en un sitio seguro. Es el nido *Top Secret*. Indetectable. Ni tu hermano, ni tu padre, ni el doctor Wallace, alias Macabro, te encontrarán aquí. ¿Cuánto has tomado? Así no estás en condiciones para manejar.

—¡Oh, no! Esa no era mi intención. No quiero irme sin decirte toda la verdad. Solo vine a dejar las cosas claras entre nosotros, no quiero más engaños, ni confusiones. No creo que seas tan hospitalaria cuando sepas el cabrón bueno para nada que en verdad soy.

—Los cabrones son mi debilidad —le susurré.

Me lancé a sus labios. Habíamos hablado como nunca antes, habíamos desvestido el alma, sin coqueteos de una parte o de la otra, traté de continuar así, pero no lo conseguí. Sus labios me imploraban que los callase con un beso. Y no me había equivocado, porque Alex no se quedó paralizado como la última vez, el hombre salvaje que tenía dentro lo dominó por completo. Alargó sus brazos y me aprisionó contra su pecho, el choque de nuestros cuerpos se sintió como una oleada de adrenalina, yo era su manzana prohibida. No. Era Eva tentando a Adán con la manzana prohibida. Él se había defendido contra el apetito voraz, pero no pudo más, cayó rendido. Me tomó el rostro entre sus manos y me devoró con la mirada, su expresión de deseo avivó la flama en mí e hizo que mi corazón galopara como un caballo desbocado, bombeando sangre de forma urgente a mis centros de placer. Me dejó caer sobre mi espalda y con sutileza, tomó entre sus dientes la única cinta que amarraba mi atuendo y la jaló, dejando mi cuerpo reluciente casi desnudo ante sus ojos. Me quedé en ropa interior, el negro del encaje resaltó sobre los destellos de mi piel. No tuvo urgencia por arrebatarme la poca tela que lo separaba de mi desnudez. Desabotonó su camisa y mientras se la iba quitando, yo iba descubriendo debajo de la ropa, músculos definidos, piel deliciosamente dulce, tatuajes muy negros en los hombros y en los antebrazos. Me encendí aún más, desabroché con urgencia su cinturón, lo saqué de un tirón y toqué el único botón. Todo parecía más real ahora, temblé ante el sonido del clic que liberaba su cintura y me daba acceso a lo que guardaba dentro de su pantalón. Él seguía bebiéndose mis labios. Lo separé un poco, quería admirar su



abdomen y su pelvis mientras bajaba su cremallera. El sonido del cierre hizo que se me erizara la piel de la nuca y la espalda. Me sobrecogí. Aún con los jeans puestos, Alex me arrebató del sofá y me subió encima de su cuerpo. Mis muslos sobre sus caderas, sus manos reconociendo mi cuerpo. Sus besos continuaron acelerando mi pulso, mis mejillas ardían, cada área sensible de mi piel latía, desde dentro hacia fuera. Yo aceleré, estaba desesperada por sentirlo en mi interior y traté de arrancarle la ropa que le quedaba.

—No estamos apurados —me susurró él.

—Te quiero adentro.

—No me convences. Todavía no estás lista. No como deseo tenerte.

—¿Te pone lo prohibido?

—No gastes saliva, bésame.

Y su beso era distinto a cualquier otro que había probado, se comía mis labios, me mordía suavemente la lengua, no tenía fronteras, los mordiscos se escapaban a mi mentón, a mis mejillas. Me despojaba de los fantasmas de antiguos amantes con un beso. Sus dedos de guitarrista volaban por encima de mis zonas erógenas, apretaban, acariciaban. Sus manos de baterista me sujetaban con fuerza los senos. Los mordió suavemente por encima del encaje mientras me liberaba del sostén y se lo colgaba en su cuello. Observó la forma natural de mi pecho y me susurró que era perfecto. Se deleitó en éste y yo en su forma de mimarme. Mis senos no eran inmensos, pero eran muy firmes y siempre me había sentido orgullosa de ello. No importaba si permanecía acostada, sentada o de pie, siempre mantenían su forma. Sus besos bajaron por mi torso hasta frenar ante mis bragas, comenzó a comerse mi pelvis por encima del encaje y reparé en mi sostén aún sobre su cuello. Tal vez Alex tenía un fetiche con la ropa interior de mujer, pero no me importó, se veía terriblemente sexy con mi *brassier* sobre el cuello, el negro resaltaba su piel de marfil. Sus gruesos labios rojos me transmitían un toque de humedad por

encima de la tela hasta hacerme estremecer. Era una dulce tortura, me hacía desear que tomara mis pequeñas bragas en sus manos y tirara de ellas hasta destrozarlas, para por fin sentir el calor directo de su boca sobre mi piel. Nuestros sentidos parecían sincronizados o una vez más me leyó la mente, porque cuando estuve a punto de explotar, eso fue exactamente lo que hizo. Y entonces lo sentí, cálido y trémulo. Sus manos tampoco se quedaron quietas, y su boca no dejó de moverse hasta que me robó un orgasmo. Casi me sentí culpable, había sido entrenada para dar placer más que para recibirlo, así que cuando demandé servirlo y me detuvo, ya no pude aguantar tanta atención sobre mi cuerpo, él siguió lamiéndome, besándome, mordiéndome con delicadeza, tocándome y volvió a llevarme al éxtasis. Vino en oleadas de placer, mi cuerpo succionaba desde adentro, pedía que me tomase. El primer orgasmo, a lo que estaba acostumbrada, se sintió pequeño frente a esta sensación desconocida para mí. Jamás había sucedido esto, dos orgasmos tan seguidos que parecían uno solo porque la sensación iba en ascenso, no parecía tener fin. Creí haber sido estafada toda mi vida. Más cuando noté la fuerza de mi libido aún despierta, inquieta, deseosa.

Me levantó por el aire y avanzó hacia la habitación, usó su sentido de orientación, no necesitó mis indicaciones. Bueno, ya me había dado cuenta que era excelente para encontrar el camino. Se dejó caer de espaldas en la cama, yo hubiese preferido al revés, para sentir el peso de su cuerpo sobre el mío, pero me dejó tener el control y era estupendo para ser la primera vez. Palmeó mi trasero. Aún no se quitaba el maldito pantalón, pero podía sentirlo. Nos apretamos uno contra el otro, como dos adolescentes vírgenes y fue increíble. Me sentí enamorada de nuevo, con ese juego preliminar que desordenaba mis hormonas. Nunca me había sentido tan húmeda ni tan ardiente. Suficiente martirio, quería a Alex, ahora. Coloqué mis manos sobre sus caderas y le dije con énfasis:

—Ahora es mi turno. Quiero verte, quiero sentirte.

Metí la mano dentro de su pantalón y mis ganas se revolcaron aún más dentro de mi cuerpo. El calor de su miembro en mi mano, su firmeza, él estaba extasiado, casi eufórico y yo me obsesioné de pronto con su cuerpo, quise poseerlo. Fantaseé que era mío, que él cumpliría mis caprichos y que yo haría realidad los suyos, que había venido para quedarse y que lo podría tener a la hora que quisiese. Tejé una historia en mi cabeza, mientras le hacía el amor como me daba la gana a ese hombre que me fascinaba, que me dejaba jugar a tener el control, fue el mejor afrodisíaco. Y él no estaba quieto, se movía a mi propio ritmo, hasta que me dijo con dulzura:

—Ya no puedo más, voy a terminar. ¿Te estás cuidando? —hizo la pregunta.

—Dejé de tomar la píldora hace unos días, pero creo que aún debe funcionar.

—No nos arriesguemos. Intentaré aguantar un poco más hasta que termines y entonces yo terminaré fuera. Pero ahora sí, apúrate, preciosa, sácalo todo, ya no puedo más.

—Quiero que acabemos juntos.

Apreté con fuerzas mis piernas entorno suyo y no me detuve. La hoguera de mi deseo demandaba ser satisfecha y mi pretensión era que cabalgáramos juntos hasta el final, como un solo cuerpo. La sensación de poder era un estimulante. Verlo estremecerse entre el vaivén de mis muslos, sentirlo agitarse debajo de mi cuerpo buscando satisfacer su propia necesidad me condujo al clímax. Gritó extático, culminábamos a la vez y me sentí una mujer libre, poderosa y dueña de mi sexualidad.

Terminamos derrotados. Mi cuerpo encima del suyo, sin separarnos, sin hacer el intento de movernos ni siquiera para tomar agua, ni para acomodarnos, ni para cubrirnos con una manta. Nos dormimos vencidos y

desnudos.

# CAPÍTULO 20

## Alex

Desperté. Me pegó un fuerte dolor de cabeza. Estaba cubierto por una manta y debajo de esta sentí mi cuerpo completamente desnudo. Me costó despegar los ojos. Las punzadas en la cabeza hacían que el más leve rayo de luz fuera insoportable. Recordé dónde estaba y lo ocurrido la noche anterior, el tequila y el sexo. Cecilia. Miré la cama desierta. A un costado, en el buró, había una botella de agua que bebí a largos sorbos. Me descubrí el torso hasta la mitad, miré a un lado, al otro y no encontré mi ropa por ninguna parte. Me alcé de hombros y terminé de destaparme. Me fui al baño y oriné como si no lo hubiese hecho en años. Mientras me lavaba las manos, encontré junto al lavabo varias toallas blancas dobladas. A un lado había cinco vasos relucientes de cristal, dentro de cada uno había un cepillo de dientes de distinto color, el quinto estaba sellado en su empaque original. Tenía un pequeño *sticker* que decía Alex. Así que lo tomé y me lavé la boca.

Me dejé guiar por el barullo de la sala. Encontré un chal de seda encima de un perchero abarrotado de bolsas, sombreros, bufandas y demás artículos de mujer y me lo amarré a la cintura. Me veía ridículo, ni siquiera me

llegaba a media pierna, pero no me importó. Asomé la cabeza por la puerta, no vi a nadie y seguí mi camino. Salí al exterior a buscar a Cecilia y poco a poco me di cuenta que el nido *Top Secret*, estaba ocupado por tres individuos. Como el espacio era abierto y las diferentes áreas no tenían divisiones, más que la habitación principal, pude ver a todos y ellos a mí. Esboqué una sonrisa forzada e intenté ser amable. Estudio de día, hogar de noche. Había dos hombres preparando el set y una chica muy guapa mirándome con cara divertida.

—Soy Ashley, la amiga y socia de Cecilia. ¿Eres Christopher Huxley? ¿El terapeuta de mi madre?

—No, no repitas eso jamás. Solo soy Alex.

—¿Tu seudónimo? Es mono. Ya me lo había comentado Cecy.

—Por favor, no le menciones a nadie el nombre Christopher Huxley. Y mucho menos a tu madre, no le digas que me viste aquí, me puedes meter en problemas. Más de los que ya tengo. Es Alex y punto.

—Tranquilo. No tienes que ponerte nervioso. Confidencialidad, sé de lo que se trata. Vivo con eso.

—¿Sabes dónde está Cecilia o dónde puso mi ropa? —dije sin alzar mucho la voz.

—Cuando llegué ya no estaba. No creo que tarde, hoy es el día—. Ella se volvió a uno de los jóvenes—. Peter, ¿viste a Cecilia?

—Bajó a lavar la ropa de Alex. Eso fue lo que me dijo. Hola, soy Peter —me saludó.

Cuando escuché el nombre, Peter, la reminiscencia de lo que significaba en la vida de Cecilia me pegó de golpe. Quise que la tierra me tragara allí mismo, pero no pude desaparecer, así que devolví el saludo y me presenté como Alex, el nombre que por cierto al parecer, Cecilia ya le había dado. Un ambiente muy civilizado, Peter no puso mala cara ni se mostró

incómodo, yo no tenía ningún problema con su presencia, así que respiré aliviado. Eso fue hasta que David se acercó a saludar y me dio un cariñoso saludo a lo bestia, me pegó en el estómago y casi me saca el aire.

—Hola, macho. ¿Anotaste un gol anoche? Mucho gusto en conocerte. Soy Dave, novio de esta preciosura y amigo de Cecy, también colega del trabajo —me dijo.

—El gusto es mío. Creo que iré a tomar una ducha en lo que mi ropa viene caminando, no creo que a Cecy le moleste que use su baño.

—Hombre, ya usaste su cama y tuvo la delicadeza de ir a lavar tu ropa. No creo que el baño sea problema, lo hemos usado más de uno. Relájate y disfruta de la ducha.

Me refugié debajo del agua caliente, intenté ordenar mis ideas. No quería invadir el espacio de Cecilia, pero estar en el estudio, aunque era raro, por la presencia de Peter y la parejita desequilibrada, me sacaba de un mundo del que yo quería escapar, me hacía no pensar en mis problemas y evadirme de mi realidad. Noc, noc. Sentí unos golpecitos en el cristal de la regadera.

—Buenos días —me dijo Cecilia. La vi a través del vidrio empañado. Cerré el grifo y deslicé la puerta. Ella me extendió una toalla.

—Hermoso día también para ti.

—¿Cómo amaneciste?

—Deshidratado y con dolor de cabeza.

—Buscaré algo para darte.

—Espera —la retuve y dejé de secarme. Anudé la toalla a mis caderas. Ella no despegaba la vista de mis ojos, le tomé las manos y le dije—: Hoy es un gran día para ti. No quiero estorbar. Creo que fue un atrevimiento quedarme anoche. Sé que lo hiciste porque había bebido más de la cuenta y te lo agradezco, pero...

—Si quieres irte, tu ropa está arriba de la cama. Nadie te retiene.

—No me gusta ser inoportuno. Vas a estar ocupada.

—Tú no molestas —noté la decepción en su voz, la misma que yo tenía en el alma si lo nuestro no pasaba de esa noche.

—No es que quiera irme, no deseo imponerte mi presencia. Si no tuvieras este compromiso te habría invitado a desayunar para hablar un poco. Ya sabes.

—Si lo deseas, podemos hacerlo aquí. Podrás disfrutar en exclusiva la entrevista de la banda.

—Si quieres que me quede, lo hago.

—Ja, ja, ja, ya armamos un trabalenguas. Quédate, me haría feliz.

—Moría de deseos por quedarme y no por la banda. Hubiese preferido que estuviéramos solos, pero no está mal. Será divertido. Peter fue educado.

—Peter es un encanto, te caerá bien. No tienes de qué preocuparte.

—Si tú estás bien con mi presencia, yo estoy encantado.

—Fíjate si tenía deseos de que te quedaras que lavé tu ropa, y no porque sea maniática de la limpieza. Lo hice porque hoy vienen los *Black Dragons* y quiero que te veas impecable. Si en serio dejarás la Psicología, que me cuesta creerlo porque pienso que es solo una fase, podrías conocer a los chicos a ver si te agradan. Ellos buscan un baterista y tú eres uno.

—No soy profesional. Lo estudio desde los seis años, pero por una cosa u otra no he podido concluirlo.

—¿Y crees que todos ellos son eruditos de las artes?

—No insistas. Para ir a una audición hay que tener una preparación previa y ese tipo de estrés es algo que no puedo enfrentar ahora. Se me viene una pelea fuerte con mis padres, con mi hermano.

—Exageras. Eres adulto. Tienes hasta doctorado. Mándalos a freír espárragos.

Recordé la mentira. Había ido para revelarle la verdad. Mi intuición



me decía que debía habérsela develado antes de quitarle la ropa y progresar en cuanto a intimidad, pero las cosas se dieron diferentes a como lo había planeado.

—Tengo que hablar contigo. Es muy importante.

—Te escucho, Alex.

—Ahora no. Cuando se vayan todos.

—De acuerdo.

—Me gustas demasiado y presiento que me romperás el corazón.

—Espero que no sea al revés, también me gustas y mucho.

La abracé y ella no perdió la oportunidad de robarme un beso. Nos prendimos, la toalla que había amarrado a mi cintura se aflojó y cayó al suelo. Cecilia tomó impulso y saltó, la sostuve y la apreté aún más hasta fundirla en mi piel, sin despegar nuestros labios.

—¡Por Dios! ¿Qué están haciendo? No hay tiempo para esto — mencionó Ashley quien entró con toda naturalidad al baño.

Cabe recalcar que la amiguita de Cecilia no se inmutó al verme desnudo, y que a Cecilia tampoco le importó. Así que el único agitado por correr a rescatar la toalla que había ido a parar al suelo, para cubrir mis partes pudendas, fui yo. También es necesario apuntar que Ashley, cuando dijo: «¡Por Dios! ¿Qué están haciendo? No hay tiempo para esto», a lo que se refería era que el reloj seguía avanzando y que ellas tenían prisa. Creo que fue bastante clara. Encontrarse al chico con que había dormido su amiga la noche anterior, con el pene colgando y con tremendas ganas de volver hacerle el amor a su amiguita, no le provocó ninguna reacción.

Ashley tomó el cepillo de dientes violeta y comenzó a ponerle el dentífrico.

—Acabo de desayunar y tengo que lavarme los dientes. Ya llegó el estilista, lo mandé a llamar porque hoy con toda la banda será una locura. No

tendré tiempo ni de hacerme el maquillaje. George será más rápido. Espero que tus uñas estén impecables, no hay tiempo para eso.

—Están exactamente igual que ayer —le dijo Cecilia.

—La ropa de la marca que patrocina ya llegó, escogí tu atuendo, lo dejé en tu habitación.

Como nadie me prestaba atención, colgué la toalla y salí caminando como Dios me trajo al mundo, directo a buscar mi ropa.

—Buena retaguardia, Alex —me dijo Ashley. Y solo levanté mi mano para darle las gracias por el cumplido.

Para mi sorpresa, la habitación también había sido invadida. David se estaba cambiando de ropas. Se quedó mirando mi desnudez y corrí a ponerme el bóxer y la camisa, recordé la propiedad con que me había dicho que Ashley era su novia. Pensé que no le había agradado verme así con su chica presente, de seguro oyó lo que ella mencionó acerca de mi trasero. Lo que me faltaba. Ya no sabía si ellos habían irrumpido mi privacidad o yo la de ellos, porque yo era el recién llegado.

—Tremendo aparato te cargas —me dijo—. Así hasta yo ando en cueros por todas partes. ¡Hombre, no andes así que hay mujeres!

—Discúlpame, Dave, no fue mi intención. Me estaba bañando, yo... —comencé a tartamudear. Las carcajadas de David me hicieron soltar de golpe el aire con el que me estaba atragantando.

—No me hagas caso, solo quería joderte. Yo tengo con qué defenderme —dijo e hizo una seña obscena para referirse al tamaño de su miembro.

Ashley y Cecilia salieron del baño mientras yo me apuraba para colocarme los jeans. Ashley me vio e hizo una mueca. Dio una orden tajante y me quedó claro que en cuanto a los *outfits*, ella era la jefa.

—Desvístete, Alex. Entre la ropa que traje para los chicos hay algo que te puede servir.

—¿Pero yo, por qué? No me pondré delante de la cámara.

—Peter tampoco sale, pero ya está preparado. Cuando grabamos en vivo hay que estar listos, nunca se sabe el giro que toman las cosas y a veces el guión sale sobrando.

—Hey, estoy aquí porque este es el nido *Top Secret*.

—Déjenlo en paz —intervino Cecilia—. Nos dan cinco minutos, por favor. Definitivamente cambiaremos la ubicación del nido. Necesitamos más espacio y privacidad, una habitación para cada uno sería genial.

—Yo estoy de acuerdo. A veces me siento culpable por usar tu cama —dijo David.

—¡Lárgate, Dave! No seas asqueroso —lo reprendí.

Ashley lo arrastró fuera del cuarto y antes de desaparecer le dijo a Cecilia:

—Convéncelo de ponerse esto.

Tomé las prendas sin chistar, no quería intervenir más en su dinámica, de todos modos, me iba a quedar en un rincón. Comencé a ponerme un pantalón negro de piel y una camiseta de igual color de mangas largas y cuello en V.

—Te ves *sexy*. Solo te falta el delineador negro. Toda una estrella de rock —me dijo Cecilia.

—No suelo usar maquillaje, soy más normalito. Me gusta el *look* natural para diario y a veces el clásico para alguna reunión, es todo.

—Uff. Es una locura aquí dentro ¿verdad? No siempre estamos tan desquiciados, es la entrevista. Ya habíamos pensado en cambiarnos a un estudio más grande, donde cada quien tenga su sitio. Pasamos mucho tiempo juntos y ya necesito rescatar mi intimidad. Son buenos chicos, espero que...

—No he dicho nada. Me agradan. Apenas los estoy conociendo.

Nos volvimos a enganchar en un beso. Me prendí al dulce néctar de sus

labios y la alcé un poco, porque era pequeña y quería sentirla pegada a mi pecho. Me habría perdido en sus brazos si no hubiera sido por la bola de gente y la locura que dominaba el lugar. Ella no tenía intenciones de despegarse, se abrazó a mi cuello y se perdió en mis labios. Unos aplausos y una voz chillona nos terminó de separar.

—Chicos preciosos, basta, suéltense. Eso no se hace delante de los que estamos en época de sequía. ¡Pero qué afortunada, mujer! Ya quisiera yo uno solo como los que te persiguen. Jum, jum, no digo más. Ya iba a meter la pata. Mucho gusto, Alex, soy George.

—Hola, encantado.

—¡Y qué educado! Nena, que suerte tienes de veras. Dame la receta. Yo con uno me conformo.

—¡George! ¿Qué va a pensar Alex? —regañó Cecilia al nuevo visitante que por el exceso de peines en la mano, la plancha de cabello y la secadora, supuse que era el mentado estilista.

—Nada. Eres un imán y él tiene que ponerse las pilas para no quedarse atrás. Eres hermosa y los hombres se vuelven locos contigo, así que despierta bombón, si la quieres tienes que apurarte.

—Alex y yo nos estamos conociendo apenas, no me lo espantes.

—Bueno, nena, no fue mi intención. Ja, ja, ja. Tantos hombres *sexies* que hay hoy en el estudio me revuelven las hormonas. Apúrate para terminar contigo de una vez que luego sigue Ashley y no me gusta trabajar bajo presión.

Yo no pude disimular más mis carcajadas. Los dejé y me fui a ayudar en lo que hiciera falta. El estudio era un maldito circo, ya había conocido a cuatro de las personas más locas que jamás había visto. Verdaderamente el ambiente me hacía olvidar mis problemas.

Cecilia y Ashley salieron de la habitación como unas artistas,

deslumbrantes. George salió repartiendo brochazos de polvo a Peter, a David e intentó hacerlo conmigo, pero le puse un alto. Tuve que convencerlo de que permanecería escondido en un rincón. Pero Ashley, la policía de la moda, lo mandó de nuevo al ataque. Tuve que dejarlo ponerme como a los otros chicos, una crema en el rostro, luego una prebase de la que me dio una cátedra.

—Esto sirve para afinar los poros y dejar la piel tersa. Aunque tú no tienes problemas con eso. Y un poquito de polvo translúcido. Con esos ojazos y esa piel de bebé no necesitas nada, pero la jefa manda. Ay, espérate, se me olvidaba un poco de brillo en los labios. Te ayudará a tenerlos muy hidratados.

—Gracias, George, pero como te dije, solo estoy de visita. Soy el amigo de Cecy, no tengo nada que ver con el show.

—Pero deberías, estás muy guapo, con todo respeto.

—Muchas gracias, tú también te ves muy bien.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué te mentiría?

—Eres un encanto.

La llegada de la banda se hizo sentir. Entraron los cinco hombres, casi todos de la misma estatura y con ellos su séquito de guardaespaldas y empleados, que hicieron ver el estudio más pequeño de lo que en realidad era. Todos saludaron y estaban como peces en el agua. Me senté en la barra de la cocina. Había un buffet de frutas, panes, carnes frías, quesos, vegetales, jugos, leches y yo me moría de hambre. Me serví un vaso de leche de almendras y me hice un enorme pan con tomate, lechuga, jamón de pavo y aceitunas. Justo antes de dar la primera mordida, Cecilia llegó hasta mí.

—¿Estás bien? Ahora que me perderé en la entrevista no quiero que te sientas incómodo. Toma lo que necesites, si te aburres puedes encerrarte con

llave en la habitación. Estás en tu casa. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Nada, preciosa. Te robaría un beso, pero tu labial está impecable.

—Ven, que no tenemos todo el día —llamó a alguien. Detrás de ella apareció Hunter, el vocalista y el líder de la banda.

—¿Qué prisa tienes, muñeca! ¿Qué necesitas? ¿Me quieres llevar a un rincón para hacerme cositas? Mira que no respondo de mí. El beso me dejó caliente —fueron las palabras de Hunter. Su sonrisa era amplia y se congeló en el rostro cuando observó mi brazo tras la cintura de Cecilia.

—Te presento a Alex, es baterista —le dijo ella.

—¿Es tu chico? Pensé que era un tal Eric, el dueño de la cadena de farmacias. Ni modo, tengo que actualizarme. ¡Qué sorpresa! Mucho gusto. Oye, Alex, disculpa los comentarios. Eran bromas, no sabía que ustedes... Así que baterista, casualmente estamos buscando uno. Bienvenido a la audición. ¿En qué grupo tocas? ¿O a qué te dedicas?

—El gusto es mío. Es una larga historia, Hunter. Cuando quieras respondo tus preguntas. Ahora los están llamando.

Ella no le aclaró si yo era su chico o no, si estábamos saliendo, o si solo era un ligue de una noche y por mi parte tampoco hice referencia a ese hecho. Prefería que el tal Hunter pensara que sí, que era su chico. Me limité a presentarme, a saludarlo. Se fueron corriendo al set mientras David contaba en reversa hasta quedar en vivo con los seguidores del show.

Me quedé en mi rincón devorando el bocadillo y deleitándome con Cecilia. Se veía hermosa, su voz era melodiosa y su risa llenaba todo el salón. Disfrutaba lo que hacía. Solo esperaba que sus besos no fueran un castigo esta vez, eso sería embaucarla. Sus besos eran un premio.

# CAPÍTULO 21

## Cecilia

Terminó la entrevista y yo estaba con la energía a tope. Grabar programas en vivo y con invitados de este calibre me ponían eufórica. La banda había sido muy *cool* y había hablado acerca de las audiciones que iniciarían pronto. David hizo la seña que indicaba que todo había salido según nuestras expectativas, genial. Y llegó la hora de celebrar. Corrí a los brazos de Alex y me le colgué del cuello. No tuve que pedirle un beso, él leyó en mis ojos mi deseo y nos prendimos en uno muy largo.

—Felicidades, preciosa. Ha sido una experiencia increíble y más verte tan plena haciendo lo que te gusta.

—Gracias. Salió genial. ¡Qué nervios! Pero ya está. Ahora a celebrar. ¿Te gustaría quedarte?

—Vale.

Hunter apareció y exigió atención.

—Muñeca, como siempre ha sido un gusto trabajar contigo. Los detalles arréglalos con nuestro manager. ¿Nos acompañas a la puerta? Los chicos quieren despedirse de ti —mencionó Hunter.

—Claro —dije y caminé a la salida. Mis dedos y los de Alex se rehusaron a despegarse, se fueron soltando poco a poco hasta que solo se tocaban las puntas.

—Alex —le gritó Hunter—. Te esperamos en la audición.

Me despedí con un abrazo de los integrantes de la banda, agradecí a cada uno de forma personal. Hunter quedó para el final. Me abrazó con calidez y me susurró cuando quedó cerca de mi oído:

—No quise decir esas cosas delante de tu chico. No soy un patán.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Me voy con el corazón destrozado. Ni siquiera pude disfrutar la noticia de tu soltería. Venía dispuesto a robarte otro beso.

No le dije nada. Cuando nos separamos miré en dirección a Alex, que me observaba con seriedad, hasta que al fin la banda y sus acompañantes se fueron. David y Peter estaban guardando el equipo utilizado, vi a Alex abandonar el asiento y ponerse a ayudarles. Ashley se me acercó, al fin solas las dos.

—¿Qué quieres hacer para celebrar? Reservó en algún sitio VIP —me dijo.

—No. Dile a David que prepare todo para cambiarnos de estudio, necesitamos uno más amplio que éste. Quiero cambiarme en una semana.

—Estás loca. En ese plazo no conseguiremos nada.

—Ya lo tengo.

—No inventes. ¿Por qué no nos habías dicho nada? Pero eso fue antes que tú y Eric terminaran.

—Lo tengo desde antes de tomar la terapia, fue lo primero que hice cuando Eric me propuso matrimonio.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Tenía mis reservas. No estaba segura, lo estaba pensando.



—¿Y Alex te aclaró las ideas?

—No lo hizo Alex, quien me ayudó a tomar la decisión fue Eric. Ya es hora de que el nido sea una incógnita también para él.

—¿Y hoy no habrá fiesta aquí?

—Yo quiero tener una, pero sin invitados.

—Ya entiendo. Nos estás echando.

—Bastante tolerante he sido.

—¿Y estás convencida de mudarnos todos juntos?

—Podemos probar. Si no funciona yo me quedo con el estudio y ustedes buscan otro sitio.

—Por supuesto que va a funcionar. Tampoco es para toda la vida.

Desaparecieron uno a uno. Alex se acercó y me rodeó con sus brazos. Nos miramos a los ojos. Era difícil explicar lo que sentía al observar su rostro, más aún cuando él hacía silencio y se concentraba en mi rostro. Era como si las palabras sobrasen y nuestro lenguaje se valiera de otros medios.

—Ahora me abrumba el silencio. Pensé que nunca volveríamos a estar juntos. ¿Qué se trae Hunter contigo?

—No lo sé. Le gusta jugar, pero no te preocupes no estoy interesada.

—¿Parezco preocupado?

—Preguntaste. Recuerdo que tenías algo muy importante que decirme.

—Sí —dijo y se humedeció los labios—. Tal vez no es lo que te esperabas, pero me gustó escuchar de la boca de Hunter que yo era tu chico. ¿Cómo lo ves?

—¿Cómo lo veo de qué?

—Mi última relación duró cuatro años, nunca fue mi novia, pero le fui fiel cada día. No teníamos compromisos, éramos amigos con derechos. Me cansé de eso. Me gustaría tener algo más. Tú eres lo que yo estaba esperando,

pero ahora me siento en seria desventaja. No tengo empleo ni nada que ofrecerte. No tengo idea ni de qué procurarme a mí mismo, no sé lo que quiero. Estoy pensando hacer un viaje con lo que queda de mis ahorros e intentar ordenar mis ideas. En medio de estos planes apareciste tú.

—No tienes que darme explicaciones.

—Quiero saber cómo se siente empezar en serio y lo quiero probar contigo. Antes tengo que resolver la maraña que tengo en la cabeza. A mi edad no puedo seguir así, sin un proyecto de vida. Tengo miedo de irme y encontrar el nido lleno a mi regreso. Hunter, Peter, Eric. Por eso quería pedirte que vinieras conmigo.

—¿Qué?

—Vámonos a un lugar perdido, donde nadie nos encuentre, donde solo estemos tú y yo, donde hagamos el amor hasta terminar derrotados, donde nadie nos invada un día después, ni se cuele en tu baño y...

—Tengo una mudanza en puerta, mi negocio nunca cierra, tengo que grabar, tengo que mantener actualizado el blog.

—Entiendo, soy yo quien está tirando todo por la borda. Tú amas lo que haces, tienes estupendos amigos. Entonces permíteme pedirte que me esperes.

—¿A dónde irás?

—No lo sé. Me echaré una mochila al hombro y me perderé en una playa de aguas cristalinas, donde el sol dure todo el año.

—Suena tentador y más si eres el compañero de viaje, pero de veras no puedo. Ashley me mataría. David me mataría. Y no podría estar tranquila sin saber de Rain Lilly.

—Tengo mi pasaporte. Mi equipaje me aguarda en el auto. Mañana partiré.

—Tómame el tiempo que requieras para liberarte de tus demonios. Tal

vez para tu regreso no estaré aquí, pero te enviaré la nueva dirección a tu celular.

—Entonces tengamos una despedida digna, quiero que me recuerdes cada segundo.

Se lanzó a mi cuerpo, me mordió suavemente los labios y me cargó. Me condujo a la habitación mientras yo me iba perdiendo en la cadencia de su paso. Sus manos fuertes sosteniéndome, eran suficiente estímulo para hacerme perder la razón.

—No, Alex. Sí, me vuelves loca, pero espera. Es necesario que hablemos. Anoche no usamos protección. Parece que soy una irresponsable, pero ahora estoy temblando.

—¿Qué te preocupa? —dijo mientras me depositaba en la cama.

—¿Estás seguro que deseas la enorme lista en este momento? —le dije entre beso y beso.

—Soy el tipo que les da charlas a los adolescentes para que se protejan y no se dejen llevar por las hormonas y ahora mírame, saltándome todas las reglas. Solo tuve una pareja en los últimos cuatro años y usábamos condón. ¿Y tú qué usabas con Peter?

—¿En serio me vas a preguntar eso?

—Sí, es bueno que nos comuniquemos en estos temas. No te guardes nada.

—Condón.

—¿Y con Eric?

—Ya te dije que la píldora.

—O sea que él es el único cabo suelto.

—¿De qué estás hablando?

—¿Estás segura de su fidelidad?

—Sí, Eric no sería capaz.

—Nada nos consta. Tomaremos medidas. Después del período de ventana nos haremos una prueba. Y ya no más locuras. Nos protegeremos con condón. Soy enemigo de los anticonceptivos orales. Te llenan el organismo de sustancias que no son necesarias. Prefiero un preservativo, te protege del embarazo y de infecciones. ¿Sabes lo que voy a hacer ahora?

—Si no me lo dices no tengo idea.

—Tomaré la llave de mi auto, iré a una de esas farmacias de Eric y voy a comprar un montón de condones para hacer feliz a su exnovia.

—¿Estás loco? No. Hay tantas farmacias.

—Él se llevó a Rain Lilly, ahora será mi nuevo proveedor de condones. ¿Me acompañas? Podemos dejarle un mensaje en las cámaras de seguridad.

—No. No puedo hacer eso. Sus empleados me conocen. Se formará el chisme y llegará a sus oídos. Aunque me encantaría ver su cara cuando llegue el rumor de que su exnovia fue a comprar una caja de condones con un chico muy guapo —dije para seguirle el juego.

—Una caja no será suficiente.

Entonces se puso de pie, me jaló sin dejar de besarme y así como dos niños que se preparan para la travesura de su vida nos fuimos a una de las farmacias de Eric, la más cercana.

Estando allí, luego de un beso de esos que dejan a los espectadores con la boca abierta, compramos los benditos condones sin poder parar de reírnos. La dependienta solo nos miraba como si fuésemos dos estúpidos, nosotros estábamos reviviendo nuestra adolescencia.

# CAPÍTULO 22

## Alex

Desde que había ‘abandonado’ mi vida y me había sumergido en el mundo de Cecilia, no como observador y sí como un sujeto más, no había recibido ni una sola llamada de Christopher. Era solo un día, pero me resultaba raro, muy raro. Él solía olvidar lo que enseñaba a sus pacientes y explotar ante mi comportamiento, cuando dejaba de portarme como su hijo. Cecilia era la primera mujer en mi vida a la que había tocado sin un condón. Difícil de creer tal vez a mis veinticinco años, pero Christopher me había aleccionado para ser un chico precavido. Aún no sé qué fuerza extraña se apoderó de mí que logré romper una de las reglas que más se me había instaurado dentro. Por eso ahora me domina la culpa. Yo sabía que la culpa y las emociones negativas son el peor aliado de la satisfacción sexual, lo había estudiado en la universidad, y eso era lo que me preocupaba, porque me estaba llenando de ambas.

Cecilia aún reía a carcajadas con las cajas de condones en una bolsa. Yo no podía mentirle, pero no quise arruinarle el momento. Me habría gustado que me hubiese puesto un alto y me hubiese exigido la protección, pero lo

hubiese preferido una noche antes. Ahora me debatía entre un embarazo no deseado y alguna infección de transmisión sexual, algo que me bajaba la libido. Ella me había contado de Peter, de Eric, Hunter la había besado y había estado muy ‘cariñoso’ con ella. Decía que era todo el arsenal en su experiencia sexual, pero yo sabía que con uno bastaba. Por ejemplo, Eric y alguna infidelidad serían suficientes.

Giré el volante con dirección a otro sitio, de paso compré unas cervezas y terminé llevándola a donde jamás me hubiese imaginado, la casa de mis padres.

—¿De quién es este sitio?

—La casa de tus futuros suegros —bromeé.

—No juegues con eso. Me pone los pelos de punta.

—¿Por ser la casa de mis padres o no te hizo gracia mi comentario?

—Tus padres no están, no es correcto que entremos sin que me inviten.

—La casa está en venta, pero aún guardo ahí algunas pertenencias.

Cuando la vendan tendré que llevarme todo si quiero conservarlo.

—¿Dónde están tus padres?

—En Inglaterra. Mi padre es inglés y vino de niño. Ahora le ha dado por querer redescubrir su cultura y han rentado un departamento en Londres.

—Interesante.

Justo en el gran salón nos tropezamos con una enorme foto donde estábamos los cuatro, mamá, papá, mi hermano y yo. La foto tenía cinco años y yo me veía algo más joven.

—¡Qué chulo te veías! ¿Qué edad tenías ahí como veinte o veintiuno?

—Sí.

—¡Dios mío! Casi no pasan los años por ti. ¿Hace cuándo tiempo fue? ¿Qué edad tienes en realidad?

—¿Qué edad crees que tengo?

—Pareces de veintiséis máximo, pero contando tus años de estudios, tus posgrados, etcétera, creo que unos veintinueve o treinta si estudiaste todo de corrido. Pero mirándote de cerca no pareces de treinta, si me dices que tienes veinticinco te creería.

—Tengo veinticinco años —dije y titubeé.

—¿Estás hablando en serio?

—No suelo quitarme la edad.

—¿Te apuraste en tus estudios? —preguntó y asentí—. ¡Qué raro se siente! Nunca había salido con alguien menor que yo.

—¿Te desilusiona?

—Solo me desconcierta. ¿Este es tu hermano? ¿Cómo se llama?

—Si sigues haciendo preguntas no podremos llegar hasta lo que quiero mostrarte.

—Perdón, no sabía que era información clasificada.

Caminamos hasta dónde guardaba mis dos grandes tesoros, la guitarra y la batería. Ella se entusiasmó mucho al verlas. La emoción de ver los instrumentos alejó las interrogantes de su mente.

—Cuando me dijiste que eras baterista no creí que tenías a la reina de las baterías. Es gigantesca. ¿Tú tocas a este monstruo?

—Lo intento.

—¿Cuándo prácticas?

—Si las cosas me salen bien, a diario. Unas tres horas. Y no dejes sin elogios a la guitarra. Mis padres hicieron un trueque conmigo cuando era niño, yo aprendía la guitarra y ellos me permitían tocar la batería. Al final también le tomé amor.

Comencé a encender todo.

—¿Con cuál empiezo? —le pregunté.

—La batería. No puedo esperar, quiero escucharte. ¿Puedo grabarte?

—Solo si me aseguras que ni de broma lo subirás a Internet.

—Eso es una frase muy equivocada, si quieres hermetismo no te dejes grabar sin que te firmen un contrato.

No seguí escuchándola. Tomé las baquetas; mi estilo, una versión mejorada del *Matched Grip*. Puse el pie en el pedal del bombo y me perdí en mi mundo mientras Cecilia grababa. Para calentar, comencé con una pequeña introducción de uno de los temas principales de *Black Dragons*, en el que, a mi parecer, la percusión se lucía más. Después reproduje un solo de Phil Collins. Hice lo mismo con un trozo del tema *Smell Like Teen Spirit* de Dave Grohl de *Nirvana*.

Para finalizar toqué mi mejor pieza, la que más conectaba con mis emociones y la que había practicado hasta desfallecer, mi propia creación. Puse la pista creada por mí ante la incredulidad de Cecilia. Los acordes de los otros instrumentos los había hecho a computadora, la guitarra que se escuchaba la había acoplado también, incluso la voz en la canción era mía, estaba lista y me permitía evadirme en lo que más me gustaba hacer, acariciar los platillos y los *toms* con las escobillas, a un ritmo frenético pero liviano a la vez, donde la fuerza, proveniente de mi cerebro se transformaba en energía, sacudía mis entrañas y viajaba a través de cada uno de mis músculos, haciendo consciente en cada golpe todo lo que mantenía reprimido y oculto en mi ser. En ese brote de claridad, yo me liberaba, me conocía y dejaba de sentirme perdido. Era yo desnudando mi alma, sin presiones ni internas ni externas, sin culpas, sin emociones podridas y estancadas en mi ser, como el rencor y el miedo. Emociones que se transformaron en sentimientos para no abandonarme y para poder perdurar en mi sistema, que dejaron una plaga echando raíces, de la cual solo me redimía al sentir las vibraciones en mis brazos, y al escuchar el viento salvaje azotarse y pulular en forma de música.



Mi ropa terminó empapada como siempre, Cecilia se acercó y me robó un beso, mi rostro estaba bañado de un sudor ligero como el agua. A Cecilia no le importó encharcarse junto conmigo y se fundió a mi cuerpo, yo intentaba recuperar el aliento.

—Eres increíble. No entiendo por qué lo tienes escondido en estas cuatro paredes.

—Tal vez porque mi familia me convenció toda la vida de que no valía la pena y terminé por creérmelo.

—Si tu familia no lo aprecia, están locos. Eres demasiado bueno en esto. ¿Puedo escucharte tocar la guitarra?

—Acabas de hacerlo, en la pista.

—No inventes. ¿Y quién cantaba? ¿Tienes una banda o algo así?

—¿No me reconociste? Es mi voz, no soy cantante ni nada, era solo para tener el tema completo, me gusta componer, hacer arreglos.

—¿Sabes que lo voy a subir a *YouTube*, verdad?

—No te atrevas. Confío en ti, es confidencial.

—No tendría que serlo, es...

La callé con un beso y ella se escurrió de mi cuerpo. Tomó las baquetas e hizo un escándalo de sonidos intensos pero arrítmicos que a ella le parecieron fabulosos. El estómago me dolía de tanto reírme, pero no podía evitarlo. Comenzó a golpear uno de los *toms* tan desquiciadamente que creí que lo perforaría. Cuando se cansó de ‘destruir’ la batería, quiso probar con la guitarra y le puse un alto.

—Basta. Soy muy celoso con mis instrumentos. Eres la que más cerca ha estado de ellos; suficiente, me pones los nervios de punta.

—¿Cómo me fue?

—Puedo decirte que te veías muy *sexy* y que estoy muy caliente. Ya tenemos condones, ¿por qué no hacemos algo más interesante?

—En la casa de tus padres no, por favor. Volvamos a mi estudio. ¿Qué te parece?

La volví a hacer presa de mis brazos. Me sentía fulminado por el cansancio, pero solo bastaba escucharla hablar o mirarla a los ojos y mi cuerpo se envalentonaba. Me esforcé para hacerle olvidar sus prejuicios. Comenzamos a desvestirnos a toda prisa cuando un carraspeo delató la presencia de alguien más en la habitación. Christopher me miraba con su cara de padre protector y enojado desde la puerta. Intenté cubrir a Cecilia lo suficiente para que terminara colocarse la ropa. Me puse la camiseta y entonces sí, más presentable, me volví a mi hermano. Como siempre, él habló primero.

—¿A qué estás jugando? ¡Te pierdes! ¡No llamas! Nos tenías muy angustiados. Papá está a punto de tomar un avión para venir.

—Por favor, dile que no lo haga —le dije.

—Podrías decírselo tú mismo.

—No le hablaré, ya me sé su discurso de memoria.

—¡No te reconozco! Cuatro años impecables y ahora esto.

—¿Ahora resulta que son impecables? Si mal no recuerdo nunca quitaste el dedo del reglón.

—Para que no terminaras como ahora. ¿Qué te sucede? ¿Acaso es una crisis existencial? Si tienes problemas haz lo que hace una persona sensata, toma terapia.

—Tal vez. Primero quiero poner en orden las cosas que no me gustan de mi vida. Para empezar, quiero que respeten mi independencia.

—¿Y cómo enfrentas los problemas? ¿Te escapas con esta chica? Evades tu responsabilidad.

—No la metas en esto. Respétala. Ni siquiera la conoces.

—¿Qué quieres que piense?

—¿El doctor Johnson no ha hablado contigo? Le escribí una carta. Le expliqué la verdad y te exoneré de cualquier queja a tu nombre.

—¿Qué hiciste qué? ¡No creo que seas tan estúpido! Te pedí que me dejaras encargarme. Has destruido todo por lo que me he esforzado.

—Hice lo que consideré correcto.

—¿Quién es ella? ¿Por qué la traes a la casa de nuestros padres?

—Es Cecilia.

—¿Esa Cecilia Marcel? ¿Has enloquecido? Tienes que alejarte de ella de inmediato.

—Solo estamos de paso. Ya nos íbamos.

—¡Alex! —intentó retenerme, me jaló de la camisa con tal fuerza que terminó rasgándola.

—¡Suéltame! —le dije apartándolo con la misma hosquedad que él empleó conmigo.

Tomé a Cecilia de la mano y desaparecimos.

# CAPÍTULO 23

## Cecilia

Alex estaba muy alterado, las manos le temblaban y entendía que era una pelea de las que te hacen perder el control, de esas que lastiman porque es con un ser muy allegado, pero su nivel de bloqueo me desconcertó.

—Dame las llaves —le dije.

—¿Para qué?

—Conduciré por ti, estás algo aturdido.

—Te pido disculpas, mi hermano no suele ser así. Es una racha, una muy mala racha.

—Casi se van a los golpes delante de mí. ¿Qué les pasa? Eres un psicólogo, no puedes actuar así. ¿Y el autocontrol? De todos modos, no tiene derecho a hablarte así, eres un hombre adulto, tienes carrera, eres un estupendo músico. Te habla como si fueras un adolescente inmaduro y rebelde. ¿Qué pasa entre ustedes?

—Creo que necesitaré quedarme esta noche en tu casa.

—Ni siquiera tienes que pedirlo.

Cuando llegamos al estudio él seguía con la vista perdida, subimos al ascensor y ni siquiera volteaba para mirarme. Estaba muy pensativo. Entró y fue directo a la ducha, se tardó más de lo habitual y salió con los ojos muy rojos, sospeché que había llorado y me conmovió. Se negó a cenar, se tiró en la cama muy pensativo.

—¿Por qué tu hermano está tan enojado contigo?

—Ya te lo dije, por el asunto de Wallace. Piensa que la queja en mi contra influirá en lo rentable de su negocio, en su respetabilidad como psicólogo.

—¡Oh! ¿Él también es psicólogo? Por eso no puedo entenderlo, ustedes deberían tener habilidades para dialogar sin volverse unos salvajes. ¿Qué iban a hacer? ¿Golpearse? Lo peor de todo es que tu hermano me detesta. ¿Cómo se llama?

—Cecilia, lo último que quiero ahora es mencionar su nombre. No hablemos más de él, ni de Wallace. Hablemos de nosotros, ¿te parece? — Volvimos a besarnos y sus labios eran tan dulces que terminaron por derretirme. El sonido de la llamada entrante en su celular nos interrumpió.

*Esa clase de amor convierte a un hombre esclavo.*

*Esa clase de amor envía a un hombre directo a su tumba.*

*Me vuelvo loco, loco, nena, me vuelvo loco.*

Me quedé sorprendida por la elección del tema *Crazy* de *Aerosmith*; no obstante, él ni se inmutó por contestar. Y la canción se extendió. Lo insté para que atendiera y solo me dijo:

—No lo haré, es mi padre.

—Si no contestas, estará llamando toda la noche.

Lo vi contestar con la cara alargada, buscó la privacidad de la sala y desde allí escuché sus reclamos, como los de un adolescente. No entendía

nada. No podía procesar que una persona de veinticinco años con estudios de posgrado a nivel doctorado y encima en Psicología, Psicoterapia y esos temas, no tuviera los argumentos para explicarles a sus familiares que necesitaba respirar, hacer un alto, tomar decisiones. Cualquiera pensaría que Alex no iba a renunciar por completo a su trabajo. ¿Estudiar tanto para luego decidir girar y retornar a buscar un sueño adolescente? Sin embargo, cuando alguien en esas circunstancias tiene la música como pasatiempo, asumes que debe ser medianamente hábil en lo que hace, pero no era el caso de Alex, él era realmente bueno. Entendía si estaba en una crisis existencial; tenía, por un lado, una formación académica prometedora y por otro, un talento impresionante. Alexander Huxley verdaderamente me impresionó cuando tocó los metales, fue algo que me dejó sin palabras.

Terminó la llamada y regresó arrastrando los pies, estaba más enojado que antes de tomarla. Se metió en la cama y se subió encima de mi cuerpo, comenzó a moverse buscando sentir placer al frotar su pelvis contra la mía, me fue desvistiendo de prisa, se quitó la ropa como un loco. Intenté complacerlo, lo deseaba y quería darle todo lo que me pidiera. Un beso y otro, que me dejó los labios ardiendo, uno más. Sus ojos ni siquiera reparaban en mí, aunque me veían. Sus lágrimas se asomaron, y con la voz desgarrada me suplicó.

—Fréname.

—¿Qué?

—Detenme.

—¿Por qué? Quiero ser tuya.

—No así, no le permitas a nadie que profane tu cuerpo. Es sagrado, entiéndelo.

Se levantó y me dejó allí comprendiendo sus palabras más de lo que hubiese deseado. Eric nunca respetó mi cuerpo. Yo no lo hice. Me puse de pie y le seguí detrás, lo encontré sirviéndose un trago de tequila. Me ofreció uno y

lo rechazé.

—Ya ha sido suficiente alcohol en estos días. ¿Qué piensas de mí? ¿Crees que no me respeto como mujer? —le pregunté.

—¿Estabas dispuesta a aceptar?

—Estos dos días parecían geniales, pero luego entraron en escena tu familia y tus conflictos. No lo sé, tal vez ha sido demasiada intimidad para tan poco tiempo.

—Tal vez mi hermano tiene razón y yo no sirvo para nada.

Lo abracé por la espalda. Le quité el vaso y lo dejé sobre el bar. Le besé las manos y le dije:

—¿Y si te preparo el sofá y duermes ahí?

—¿No te parece muy pronto para nuestra primera pelea?

—Tu pelea no es conmigo, Alex. Olvida si te gusto y me gustas. Olvida si llegamos más lejos. Tú necesitas una amiga que te brinde un sofá. Yo he decidido respetarme.

—Entiendo. Te felicito, preciosa, aprendes rápido.

—Mañana despertarás mejor, te irás a tu viaje y regresarás renovado.

—Me parece buena idea, necesito poner pausa y que todo vaya más lento. Pero no sé si me pueda tranquilizar sabiendo que estás a pocos pasos de mí.

—De acuerdo. Entonces no luchemos contra el insomnio. ¡Qué tal si yo me pongo a trabajar que las cuentas no se pagan solas y tú aprendes!

—¿Estás bromeando? Estoy en el infierno.

—El trabajo ennoblece al hombre, así subirás a la Tierra.

—¿Te pondrás a grabar ahora?

—No, haré trabajo de edición. Tú me ayudarás.

Así fue como nos perdimos en temas triviales, la introducción, la

despedida, todas las meteduras de pata que había que cortar y sus ojerás pronunciadas que indicaban que se estaba cayendo de sueño. Había tocado la batería como un poseso y ya era hora de que el sueño lo venciera como lo hizo. En una de éstas, cuando me giré para verlo, estaba con la cabeza recostada en el respaldo del sillón, las piernas casi desparramadas en el piso y los brazos acurrucados sobre su torso. Apagué la computadora, y lo llamé con sutileza para que diera los pasos necesarios para llegar a la cama. Lo arropé. Amé ver sus largas pestañas, su rostro relajado, sus labios tenaces. Traté de dormirme abrazada a la tentación encarnada en un hombre.

Al otro día nos despertó el ruido de mis amigos. Les abrí los ojos gigantes para que no hicieran ruido, no quería que despertaran a Alex, pero fue inútil.

—¡Dios mío! Devuélvenos a la mini *dog*. El nido sin esa molesta perra es un fastidio. Cada vez que abro la puerta y no me recibe con sus ladridos chillones mi día comienza mal —dijo David a todo pulmón.

—¡Calla, vas a despertar a Alex! —intenté ponerle un tapón en la boca.

—¿El muchachón se quedó también anoche? —dijo y su volumen fue en ascenso—. Pero ponle ropa, Cecy. Yo sé que es tu casa y que Alex tiene sus necesidades, pero pasearse con semejante pieza de colección delante de mi novia, no. El único que la puede tentar así soy yo.

—Si lo dices para provocarlo ya te debe haber oído. Te recuerdo que tu noviecita se metió en el baño y olvidó la regla básica de llamar a la puerta. A lo mejor ella es la que lo anda tentando, así que ponte las pilas. La oí elogiarle la retaguardia.

Alex se levantó, llevaba un bóxer y se paseó delante de ellos. Estaba



de travieso esa mañana y quiso seguirle el juego a David, así que le dijo:

—¿Cuál es el problema con mi ropa?

—Hombre, buenos días. El problema es que nunca te la pones. ¿Qué tal la nohecita? —le dijo David y empezó con sus estúpidas bromas morbosas.

—Cuéntame de la tuya, macho.

—Estás muy seguido por aquí. El día que venga y no te despierte ya se me va a hacer raro. Anda ve a vestirte que tienes a Cecy y a Ashley hipnotizadas. Eso es porque eres novedad, antes no dejaban de admirar mis carnes.

—No es por la novedad, es por la calidad de la carne —le dijo Ashley. A David le gustaba buscarle la lengua y cuando se la encontraba no había quién la parase. Eran tal para cual.

—Tranquila, Ashley, no te exasperes, que ya te vi arrimándote a Alex para cubrirlo con tu cuerpecito. ¡No vaya a ser que el niño se resfríe por quedarse tanto tiempo delante del refrigerador tan desabrigado!

—Yo no tengo la culpa. Solo me tomaré un vaso de leche de almendras y desaparezco de tu radio de acción. Pareces un radar, hombre. Deja a las chicas divertirse —bromeó Alex.

—¿Qué? Eso no es desayuno. Es más, te voy a chantajear con comida. Prepararé un señor desayuno. ¿Qué les apetece? —dijo David.

—Nada para mí, Dave. Gracias —contestó Alex—. Me daré una ducha y salgo. Hoy viajo y ni siquiera tengo boleto comprado.

—¿Y eso, para dónde vas?

—Si pudiera me iría a África, pero no tengo tanto tiempo ni presupuesto. Me voy a la tierra de los mayas y de ahí a La Habana. Quiero conocer otros ritmos de percusión distintos.

—No te hagas el intelectual, macho. Lo que quieres es irte de rumba

para el Caribe. Cancún, Riviera Maya, para La Habana. ¡Ay, mamá! Ya sé qué tipo de percusión tú estás buscando —siguió molestándome David y se puso a tararear—: *En mi vida conocí mujer igual a la flaca, coral negro de La Habana, tremendísima mulata.*

—Cien libras de piel y huesos, cuarenta kilos de salsa y en la cara dos soles que sin palabras hablan, que sin palabras hablan —se le unió Alex a la canción de Jarabe de palo, mientras simulaba tocar una tumbadora sobre la mesada. Los dos se emocionaron y ya no había quien los parara.

—¿Entonces ya te decidiste? —le dije poniéndome delante de Alex para que dejara de hacerse el tonto con David y me prestara atención.

—Sí, lo estuve meditando anoche, necesito desconectar —me dijo y volvió a unirse a David que había seguido con el tema—: *Por un beso de la flaca yo daría lo que fuera por un beso de ella, aunque solo uno fuera.*

—Pues muévete, que al paso que vas no vas a alcanzar vuelo para hoy. Pareciera que tuvieras un *jet* privado. Le dije con firmeza y dejaron de entonar la canción.

—¡Qué aguafiestas! No amaneciste de buen humor hoy —me soltó Alex.

—Y tú extrañamente estás muy animado, hasta donde recuerdo estabas en crisis existencial y ahora te vas al Caribe. Pedazo de descarado que me has salido y yo preocupada por todo tu drama.

—Préstame tu *laptop* para hacer la reservación por *Expedia*.

—Ni lo sueñes. Busca la tuya, si recuerdo bien creo que lleva como dos días encerrada en tu automóvil.

—No quiero meterme, pero bájale una rayita a la histeria, mujer, que el anillo que traes en el dedo es de otro —soltó Ashley—. Alguien está celosa del chico equivocado.

—Ven, Alex. Te presto mi computadora. Todo con tal de no verte

paseándote en paños menores. ¡Que conste que no quiero sembrar cizaña! Ni tampoco ando oponiéndome a los deseos de la jefa mayor —dijo David.

—Preciosa, ya te había invitado. Tú no quisiste ir. No querías acelerar las cosas, pero si cambias de opinión aún estamos a tiempo de comprar los boletos —Alex se acercó y me dijo con ternura.

—¿Todo este teatro que armaste era con la intención de ‘convencerme’ de acompañarte? ¿Y ustedes dos se prestan a los jueguitos de Alex? Reclamo mi derecho de antigüedad, a mí me conocieron primero —solté ofendida al darme cuenta que querían convencerme de volar al Caribe.

—Cecy, solo a ti se te ocurre dejar a estos dos hombres solos —dijo mi amiga—. Cuando les diste la espalda se pusieron de acuerdo para picarte. Alex te quiere llevar a toda costa, incluso sugirió que hasta puede cambiar el Caribe por lo que tú quieras.

—El destino es perfecto. ¿Es eso cierto, Alex? ¿Insistes en llevarme contigo?

Puso cara de angelito y se me acercó, aún en bóxers. Me alzó del suelo y quedé cercana a su rostro. Hizo el gesto de corderito rumbo al matadero y terminé por reírme a carcajadas en su rostro.

Mientras él observaba la disponibilidad de los boletos en mi portátil, abrí la aplicación de *Tripadvisor* en mi *iPhone* y comencé a fantasear con el viaje. A la par les iba dejando indicaciones a mis colegas.

—Les encargo la mudanza. Me tomaré unos diez días de vacaciones.

—¿Vacaciones? Pero ahora más que nunca tenemos que seguir grabando —Ashley hizo un gran aspaviento, no creyó que en verdad yo aceptaría y estaba atacada.

—Haremos *vlogs*. Yo de mi viaje, tú y David invéntense algo. Busquen a quien entrevistar. Podemos hacerlo por video llamada como hacíamos al

principio. Yo me encargaré del blog. David y tú se encargarán de las redes sociales. Pídanle apoyo a Peter. El negocio no cierra, pero yo estaré fuera unos días. Cuando regrese, espero que ya estemos instalados. Por cierto, ya elegí cuál será mi habitación, no se pasen de listos.

—¿Pero cuándo prepararás tu equipaje? No han tenido tiempo ni siquiera para planear el viaje.

—A veces lo más divertido es lo que se improvisa. Ayudaré a Alex con la reservación.

—Yo iré bajando tus maletas y ayudándote a guardar atuendos combinados, si grabarás *vlogs* tendrás que verte impecable.

Él agradeció mi ayuda. Comencé a elegir el destino, aeropuerto de Cancún, hotel.

—Ya casi está listo. Primer pasajero Cecilia Marcel y el segundo Christopher Huxley —dije mientras tecleaba y lo vi ponerse alerta como un cachorro cuando es llamado—. Listo. ¿Quieres revisar algo más? Antes de hacer el pago.

—Espera —me dijo sacándome de delante de la computadora—. Yo me haré cargo de aquí en adelante. Pondré los datos de mi tarjeta.

—No puedo permitirlo, acabas de quedarte sin trabajo.

—Tengo mis ahorros y otra fuente de ingresos. Cálmate. Déjame continuar. Mejor ve y ayúdale a Ashley con tu equipaje. Yo completo el pago.

Le hice caso, ya había elegido la aerolínea, la clase, el hotel, ¿qué más podía pasar? Una llamada me interrumpió. Era Eric, dudé si contestarle, pero al final me alejé de Alex para recibir su llamada.

—¿Andas con ese tipo? No lo puedo creer. Debí suponerlo. Todo ese valor que te brotó de pronto para dejarme, para enfrentarme. Me hiciste quedar como imbécil delante de mis empleados, está en la cámara de seguridad. Es la prueba que necesito para destruir su carrera.

—No creo que le puedas hacer daño, de eso se encargó él solo y ahora está muy feliz.

—Eres una tonta, nadie te amará como yo.

—¿Crees que no lo merezco? ¿No tengo las cualidades para ser querida por otra persona?

# CAPÍTULO 24

## Alex

Ufff. Estaba tan metido en esto que olvidé que para ella mi nombre era Christopher Huxley. A tiempo capté lo que estaba a punto de suceder y me encargué de distraerla para poder obtener los boletos. Saqué mi tarjeta, recordé que había estado reuniendo desde hacía dos años para mi titulación y me dispuse a gastarlo. Total, ya no quería graduarme. Irresponsable, tal vez. El dinero sería suficiente para tomarme un año sabático, viviendo con un bajo perfil y haciendo un trabajito aquí o allá para recuperar algo, vivir sin mucha presión y sin pensar en el mañana. Yo no era muy exigente, podía acoplarme. Eso quería, dejarme fluir. Las reglas a las que me había sometido toda mi vida me estaban asfixiando y desafiarlas era lo que necesitaba para expandir mis pulmones y respirar con libertad. Me sentí libre, como Simbad cuando rugió a todo pulmón en el peñasco.

Comencé a revisar lo que Cecilia había estado tecleando con sus dedos intrépidos en la computadora, cuando toda mi sensación de libertad colapsó delante de la pantalla. Observé el costo total del paquete y casi me caigo hacia atrás. Esta mujer me llevaría a la quiebra. Nada iba a quedar para

el año sabático, ni siquiera para tres meses. Mi tarjeta de crédito no tenía suficiente y de pronto imaginé a Christopher y a mi padre, parados delante de mí, muertos de la risa. Era lo que a lo mejor mis padres, Christopher o Cecilia podían pagarse, pero si yo lo hacía iba a quedar en la ruina. Necesitaba dejar un mínimo para rentar un departamento a mi regreso y subsistir, aunque sea el primer mes en lo que encontraba otro trabajo. Me di cuenta que solo de amor no vive el hombre. Algo se tenía que poder hacer. No me importó si tenía que renunciar a mi año sabático, pero intenté que el gasto me dejara dinero para disfrutar en las vacaciones y para vivir un mes al regreso. Comencé a revisar los gastos para aligerar y lo que me encontré fue sorprendente, así que hice los cambios pertinentes, mientras hablaba conmigo mismo.

*Aerolínea elegida por Cecilia, la peor opción, muy costosa y otras ofrecen lo mismo por igual precio. Primera clase para nada, es un lujo innecesario, nos iremos en clase turista. Las idas y regresos al aeropuerto, ni de broma. ¿Cómo íbamos a conocer el destino si no nos movíamos libremente? ¿Guía incluido y tours? Ni soñarlo, yo era un explorador innato. Seguro contra pérdida de equipaje, enfermedades, etcétera, etcétera. ¡Mierdas! No lo necesitábamos. Me la había pasado viajando toda mi niñez y adolescencia en primera clase, y jamás ninguno de esos seguros nos sirvió para nada, las maletas llegaban igual de magulladas y nosotros terminábamos igual de cansados. Vuelos listos. De nuestro destino a Cancún, de ahí a La Habana y de vuelta a casita. Aunque yo ni tenía a dónde regresar. Repasé los hoteles elegidos por Cecilia y entendí rápidamente el problema, quité la suite, la vista al mar, el *concierge*, y demás amenidades que no nos servirían para nada. Es más, lo pensé mejor y cambié los hoteles, la elección de Cecilia estaba muy bien, pero era costosa y no encajaba con mi idea de este viaje. Ya estaba aburrido de pasarme mis vacaciones de verano encerrado en un hotel, fantasía que te aísla del mundo real. Quería adentrarme*

en la cultura y absorber su esencia. Listo. Ahora sí podía teclear el número de mi tarjeta y dar clic sin que arruinara mi sueño de independencia.

Cuando Cecy salió con un hermoso vestido, tacones de más de diez centímetros y una enorme pamelita, casi me caigo de espaldas. Pero ya no había tiempo para sugerirle un cambio de atuendo más adecuado para nuestro itinerario. Menos, cuando Ashley y David aparecieron con infinidad de maletas de todos los tamaños, que nos dificultarían la travesía. Miré la hora, las maletas, los tacones y me apuré a decir:

—¡No, no, no! Tengo una mochila y un pequeño, pero muy pequeño bolso de mano donde guardo mis documentos y dinero. Tú elige una maleta y un bolso de mano. Será suficiente.

—Es imposible, son diez días.

—Cecilia, no me hagas sentirme en este viaje como cuando salgo de vacaciones con mi hermano, su esposa y sus niñas, que prácticamente tenemos que rentar transporte extra para nuestro equipaje. Es una aventura, no permitas que el exceso de equipaje lo arruine.

—Pero ya tienen que salir —indicó Ashley—. Nos quedan diez minutos. No puedo en diez minutos volver a poner los conjuntos para grabar.

—¡Relájense! Noto mucho estrés en esta sala —dije.

—¿Es en serio? ¿Qué tanto estrés me notas? ¿Tanto como para tomar terapia? —dijo Ashley a punto de armar un drama—. ¡Oh, por Dios! Desde que me abriste tus enormes ojos para obligarme a guardar silencio el día que te conocí, olvidé a lo que te dedicas. Dave, Alex es el terapeuta de mi madre.

—¿El que le dio los magníficos libros sobre el Tantra? Hombre, gracias a ti aprendí a distinguir entre orgasmo y eyaculación. No sabía que teníamos a un doctor en la familia. Cecy, que guardadito te lo tenías. No te conformaste con unas clasecitas, sino que secuestraste al maestro y lo obligaste a servirte en la cama —dijo Dave.



—¡Sigán con su ataque de último minuto! Pero les aviso que estamos a punto de llegar tarde para hacer el *check in*. Sin perder la calma. Me ocuparé de reorganizar tu equipaje para que quepa en una sola maleta. A ver, esto sí, esto también, esto para nada, ni tendrás tiempo de usarlo, esto tampoco, éste mucho menos. ¿Es que acaso no tienen sentido de lo que es la ropa práctica? Esto no es funcional, esto me da risa. Tacones y más tacones, botas. Cecilia, no llevas un maldito zapato que sirva para caminar.

—¿Cómo no, llevo los de hacer ejercicio? Así podremos ir al gimnasio cada mañana y regresar en forma.

—Tendrá que servir, si no te compraré algo decente.

—Llevaré estos dos para los *vlogs* —dijo rescatando dos tacones enormes de la pila que yo había desechado.

Cuando estuvimos a punto de cerrar la maleta, abrió una que habíamos dejado aparcada, una especie de neceser y sacó tres enormes bolsas *ziploc*, perfectamente clasificadas con maquillaje, cremas y productos de aseo personal.

—¿Qué haces? Ahora no podremos cerrar la maleta. Tienes que resumirlo en una bolsita.

—Con estas bolsas no te metas —dijo Cecilia. Parecía un rugido salido de sus entrañas, así que no me quedó más remedio que presionar la maleta para que se cerrara.

Nos despedimos de todos. Le di un abrazo a Ashley, la mano a Peter y cuando iba a hacer lo mismo con David, este me dijo en tono formal.

—Disculpe, doc. No sabía que era usted y creo que mi comportamiento...

—¡Cállate la boca, Dave! Ni se te ocurra volver a repetirlo. Si me vuelves a llamar doc, o haces otro chistecito sobre esto, me olvidaré de prestarte esos libros que te gusta leer.

Tomé a Cecilia del brazo, ya estábamos listos para partir, cuando ella me detuvo.

—Aguarda —dijo y se quitó el anillo de compromiso que hasta el momento había permanecido en su dedo, lo metió en un cajón del escritorio y nos fuimos.

Luego de dejar el auto en un parqueo, corrimos por el aeropuerto. Yo llevaba una enorme mochila a la espalda y la maleta con ruedas de Cecilia. Ella iba con un par de gafas que parecían un antifaz, su enorme pabela que sería un paraguas perfecto si nos sorprendía la lluvia y sus tacones de aguja. Por cada zancada de mi parte, Cecilia daba diez pasos y me desesperaba, no parecía avanzar. Comenzaron a llamar el vuelo, la última llamada y seguíamos corriendo. Yo la apuraba, ella se esforzaba y seguíamos estancados ante el tumulto. La voz del operador del aeropuerto, con su sonido característico, comenzó a llamarnos.

—Pasajeros del vuelo 6991 con destino a la Ciudad de Cancún, Cecilia Marcel y Alexander Huxley les hacemos la última llamada.

Terminé levantándola del suelo con el brazo que me quedaba libre y corriendo hasta la ventanilla del *check in* mientras ella me preguntaba:

—¿Te dijo Alexander Huxley?

—Dijo Christopher, escuchaste mal.

—No, escuché perfecto, dijo Alexander.

—No, yo oí Christopher. Ahora no me hagas seguir desperdiciando el aire, que contigo y nuestro equipaje encima tengo suficiente.

Llegamos a punto de que perdiéramos el vuelo. La cola era inmensa, pero llegamos hasta el principio, di nuestros apellidos y nos hicieron pasar de inmediato. Cuando dejamos el equipaje, corrimos directo a la puerta de embarque, solo faltábamos nosotros por abordar.

—Señorita, tiene que haber una confusión. Hice la reservación en primera clase —dijo Cecilia al ver nuestros asientos.

—Disculpe, su reservación es clase turista —le dijo la aeromoza y la mirada que Cecilia me lanzó casi me asesina.

—Tú eres el responsable —me dijo punzándome con el dedo índice.

# CAPÍTULO 25

## Cecilia

—¿Qué voy a hacer en clase turista? Nunca he viajado en clase turista —reclamé.

—¿Lo dices en serio? Yo he viajado en cualquier clase y te digo que sí, es diferente, pero al final no vale la pena la diferencia del costo. Si estuviéramos viajando a Europa tal vez, pero el viaje no será tan largo. Lo vamos a pasar increíble.

—Sin primera clase no sé lo que es siquiera pasarla...

—Respira, inhala y exhala, no hagas un drama. Me encargaré de que no extrañes el asiento espacioso de primera clase —me dijo y comenzó a besarme por el cuello, mientras el señor sentado a nuestra izquierda nos miraba con cara de «vaya par de idiotas me tocaron para compartir el vuelo».

—Es muy fácil pedirme calma, tú estás en crisis existencial y ésta es la odisea de tu vida. Tengo una vida perfecta, no necesito experimentar.

—¿Estás segura de lo que estás hablando? Eso no me fue lo que me dijiste cuando me conociste.

—¡Bah! Di lo que quieras.

—Disfruta de la ventanilla, serás la primera entre los dos que descubra el azul del mar, el cielo, las nubes.

—Eso si no me emborracho antes y me quedo anestesiada hasta que lleguemos a Cancún.

—¿Cuántas peleas ya llevamos desde que comenzamos a salir?

—¡Ah! ¿Estamos saliendo? No me había dado cuenta.

—Dime, ¿cuántas peleas? Llevamos juntos aproximadamente cuarenta y ocho horas, ¿cuántas hemos desperdiciado en tus berrinches? —El señor de nuestro lado no pudo disimular y abrió los ojos desmesuradamente al escuchar la mención al tiempo que Alex y yo llevábamos de ‘relación’.

—¿Solo mis pataletas, doctor en: ‘quiero tirar todo por la ventana’?

—Tienes razón, pero si seguimos como un par de niños malcriados no llegaremos a ninguna parte.

—Christopher, Alex o como prefieras que te llame, deja de jugar. Lo dices como si tuviéramos algo. Me encantó hacerlo contigo, me vuelve loca como me besas, como me tocas, pero no te hagas el modosito. ¿Dime que no has pensado desaparecerte de mi vida cuando arregles tus ideas y te aburras de tener sexo conmigo durante estos diez días?

—Una semana, corrijo. Diez días se me hizo demasiado, así que recorté el viaje a una semana —aclaró.

—Eres un maldito sinvergüenza, me invitas a este viaje al Caribe, me metes en un avión en clase turista y encima diez días se te hace demasiado tiempo para estar conmigo. ¿Qué te crees, no soy desechable? Debí suponerlo y no caer en tu jueguito. Llegando al aeropuerto de Cancún tomaré un vuelo de regreso y tú podrás disfrutar de tu aventura para mochileros, sin tenerme como una espina en tu trasero, durante lo que dure el viaje para encontrarte a ti mismo.

Me besó hasta hacerme perder el aliento e inclusive me hizo

retractarme de mis últimas palabras. Le daría una semana de mi tiempo o lo que quisiera, si volvía a besarme así.

—Eres la mejor espina que he tenido en el trasero, por eso insistí para traerte conmigo. Tenía la inmensa necesidad de desaparecer de la ciudad por unos días, pero si no me hubieses acompañado habría desistido. No me iba a poder ir tranquilo con Peter, Eric y Hunter rondando el estudio.

—No me los vuelvas a nombrar, ya parece costumbre. Te exijo respeto.

—Incluso si no existieran, no querría separarme de ti.

El señor de al lado hizo ‘ujum, ujum’ y comenzó a llamar a la aeromoza.

—Señorita, ¿podría cambiarme de asiento? Ya me hartó la telenovela, con todo respeto.

—¿Telenovela? ¿Más bien parece *Dorama*, *Young Adult* o cualquier otra bazofia para adolescentes. Con el debido respeto, jovencitos. Yo también quiero otro asiento, señorita —dijo el señor que ocupaba el asiento justo detrás de mí.

—En todo caso *New Adult*, dijo la chica detrás de Alex, recuerden que dijeron que ya lo ‘hicieron’, eso no entra dentro del género juvenil.

Alex y yo nos quedamos con los ojos como platos. Por suerte yo aún tenía mis gafas para camuflarme del posible encuentro con un seguidor o alguien que conociera el programa. Me enterré más en el asiento mientras Alex no podía aguantar la risa y soltó unas carcajadas atrevidas, que más vergüenza me dio.

—No hay sitio, estamos llenos —declaró la aeromoza.

—Ni modos, me tendré que aguantar —dijo el señor del lado y se cubrió el rostro con una revista.

—¡Qué exagerados! ¿A quién puede importunar el amor? Déjenlos que

se besen, que se toquen —dijo la chica que estaba sentada detrás de Alex y luego añadió en voz baja casi con la boca cerrada—. Más bien creo que vieron intercambio de saliva y les dio envidia. El mundo necesita amor.

—¿Amor? Amor fue lo que tuve yo con mi esposa en nuestros buenos tiempos —replicó nuestro vecino de viaje.

El de atrás también refunfuñó. Alex tuvo el descaro de ponerse de pie y calmar a los pasajeros que nos circundaban.

—Discúlpennos, no quisimos ofender. Nos estaremos tranquilitos lo que queda de viaje. Eso si mi chica no me sigue provocando y es que de solo verla me enciendo —dijo muerto de la risa, pero tratando de aguantarse y fue peor, cerró la boca y como no podía más, soltó una carcajada explosiva.

A la mayoría de los pasajeros se le hizo gracioso y empezaron a solidarizarse con ‘nuestra causa’. Los comentarios no tardaron en llegar y los señores que protestaron se molestaron más aún. Suficiente relajo, ¿qué le pasaba al señor doctor? ¿Por qué se comportaba como un maldito adolescente? Hasta de Dave lo podría esperar porque su inmadurez era de por vida, pero Alex, con todos sus títulos y estudios. ¡Por Dios! Menudo hombre me había sacado en la lotería.

Me puse de pie a su lado y traté de frenarlo.

—Ya cálmate, campeón. Parece que te hubieses tomado una botella de tequila antes de subir al avión. Siéntate de una vez —le dije en voz muy baja.

—Lo que tú digas.

—Te conozco —dijo la chica que estaba detrás de Alex—. ¿De dónde, de dónde?

—No lo creo, a lo mejor me confundes con alguien —le dije disimulando en una sonrisa mi temor, que me relacionara con el canal.

—Sí, te conozco. Hasta tu voz me suena familiar—. Traté de enterrarme en mi asiento, rescaté la pamelita que había dejado tirada y me

escondí—. Ya lo recuerdo. Eres Sisi Shine. La del programa de *YouTube*. ¡OH MY GOD! ¡Quiero una *selfie*!

—Me suelen confundir con ella, pero no, ya quisiera.

—¡Qué graciosa eres! No puedo creer que nos hayamos conocido. ¿Posas para la foto o te la robo tipo *paparazzi*?

—Vale, tomémonos la *selfie* de una vez.

—¿Y quién es el galán? ¿Es *Top Secret* como el nido?

Otros dos comenzaron a pedir una foto también y la aeromoza comenzó a exigir orden. A esa hora, hasta los que no conocían el programa y en su vida habían visto uno de mis videos querían una foto conmigo, que digo los que no habían visto mis videos, hasta los que ni sabían qué era *YouTube* comenzaron a aglomerarse. De pronto me vi entre el señor de junto con su cara de pocos amigos, una *hot mama* con su niño de un año babeándome el vestido, un grupito de adolescentes eufóricos, una señora de la tercera edad reclamando su turno y las aeromozas calmando el gentío.

La vergüenza tocó la cúspide cuando el capitán dijo por el altavoz:

—Estimados pasajeros, ya sabemos que Sisi Shine está abordo, ya sabemos que no viaja en primera clase y que desea que se suscriban a su canal, pero por favor, les exijo sentarse para llegar con bien a nuestro destino. Acósenla después de desembarcar.

Los pasajeros pararon las orejas y comenzaron a cuchichear al respecto.

—En menudo lío me has metido, Alex.

Mi mirada fue de hierro, ni siquiera se atrevió a rebatirme.



# CAPÍTULO 26

## Alex

Aeropuerto Internacional de Cancún, llegadas, tratábamos de desembarazarnos de los pasajeros que habían volado junto a nosotros. Cecilia estaba nerviosa, intentaba camuflarse sin éxito. Yo me esforzaba por alejar a los seguidores, ella no los rechazaba, les sonreía, pero descubrí en sus ojos el pánico. Temía como yo que todo se saliera de control.

—Trata de buscar el transporte que vendrá por nosotros y explícale la situación para que me ayude a salir con suma discreción —me pidió.

—No hay auto.

—¿Qué acabas de mencionar?

—Quité el servicio. Pensé que podíamos tomar un bus o un taxi.

—¿Estás loco?

Cecilia llamó a David para pedirle un consejo, lo puso en alta voz y ante sus palabras ella palideció.

—Mi consejo es que no abandonen el aeropuerto bajo ninguna circunstancia. Tomen otro vuelo a cualquier parte del mundo.

—Es inútil, la gente de adentro nos está siguiendo y transmitiendo en vivo con su celular.

—Afuera del aeropuerto será peor.

—No lo creo, estamos un poco lejos de la ciudad.

—La noticia es viral, están en *Twitter*, *Facebook*, *Instagram*.

Tomé mi celular y me puse a investigar. Era de locos, jamás había estado en una situación así. Mi rostro por un montón de sitios *web*. Los encabezados iban desde: «Sisi Shine y su guapo acompañante». «Famosa *youtuber* sorprendida *infraganti* en viaje de luna de miel con chico que conoce hace cuarenta y ocho horas», hasta, «Sisi Shine rompió con su novio de años por este galán de quien no sabemos nada».

Colgó el teléfono para que decidiéramos qué hacer cuando volvió a timbrar. Era su padre, no le quedó más remedio que contestar. Lo puso en altavoz.

—¿Cecilia Marcel, me puedes explicar qué haces en Cancún y con quién?

—¿Papá, por qué me hablas así? Soy una mujer adulta.

—No lo parece. ¿Dejaste a Eric por ese chico que ha sido fotografiado contigo?

—Mis problemas con Eric nada tienen que ver con mi acompañante.

—Viajas a Cancún y ni siquiera tienes la delicadeza de avisarnos. Somos tus padres y...

—Lo siento, papá, debí informarles. Ahora no puedo discutir sobre este asunto. Apenas acabamos de bajarnos del avión y el ambiente se está poniendo intenso.

—No salgas del aeropuerto. Mandaré mi *jet* a traerte a casa. No sé qué tan pronto pueda llegar, como si tienes que acampar ahí mismo, no se te ocurra traspasar la línea de salida.

—¡Por supuesto que no permitiré que mandes tu avión a buscarme! — dijo y la enfoqué de inmediato—. Lo siento, tendré que colgar.

—Cecilia, no seas necia.

Le pregunté:

—¿Tu padre tiene un jet? ¿Qué más me has ocultado?

—Yo no te he escondido nada, no se dio la ocasión, te dije que nunca había volado en clase turista. ¡Rayos! Salgamos de una vez.

Uno de los empleados de seguridad del aeropuerto se acercó a nosotros con un radio en la mano, se estaba comunicando con alguien y miraba en nuestra dirección.

—¿Usted es Sisi Shine? —le dijo.

—Sí.

—No puede salir del aeropuerto. Hay más de quinientas personas afuera aguardando por usted y siguen llegando.

—¿Qué vamos a hacer, Alex?

—¿Me preguntas a mí? ¿Qué sueles hacer en este tipo de situaciones?

—Es la primera vez que me sucede.

—¿La opción de David? ¿Y si cambiamos de destino?

—Ya nos tienen localizados, enviarán mensajes para avisar en qué vuelo vamos.

—¿Quieres utilizar la opción que te está dando tu padre?

—No, me lo cobrará toda la vida.

—Me ocuparé entonces. Quédate aquí.

Le pedí al oficial un número de alguna compañía de seguridad privada. El hombre se veía interesado en apoyarnos para librarse de nosotros y de la muchedumbre que había invadido las inmediaciones a la terminal. Utilicé otra

buena tajada de mis ahorros y cuatro horas después, estábamos saliendo en medio de una nube de brazos, piernas, jalones, saludos, abrazos, empujones, que verdaderamente acojonaba. Nos ayudaron a llegar al auto y a salir con rumbo a la reservación. Como algunos nos siguieron en autos o motos, tuvimos que dar varias vueltas hasta perdernos y escabullirnos.

Arribamos al hotel y parecía que la pesadilla había quedado atrás. Odiaba ver que su sonrisa había desaparecido. Intenté hacerla reír, ni siquiera se dio cuenta que el hotel era otro. Pidió en la recepción a su *concierge*.

—Disculpe, señorita. Su reservación no dispone de ese servicio.

—Imposible. Lo reservé, estoy segura.

Le expliqué, antes que por su frustración terminara tomándola en contra del recepcionista.

—El señor tiene razón, no lo hay.

—¿Cómo que no?

—Es otro de los detallitos que me di a la tarea de eliminar.

—Por favor, quiero hacer el cambio, aunque tenga que pagar cargos extras —pidió.

—Lo siento, no hay disponibilidad.

Le cayó como un balde de agua fría, pero no dijo nada, tampoco cuando vio que no teníamos una suite, ni vista al mar. La vi caer en la cama como si tuviera la mente en blanco. Intenté acurrucarme a su lado y me señaló el sillón.

—Preciosa, no me castigues. Yo sé que ha sido un día de locos, pero déjame compensarte.

—Deja de llamarme ‘preciosa’.

—¿No puedes vivir sin *concierge*?

—No me conoces lo suficiente para juzgarme.

—Podría decir lo mismo.

—Claro, porque te encanta hacer preguntas, pero cuando es al revés las esquivas.

—Pediré una cena para ambos en la habitación, no hemos comido bien.

—No deseo oler comida en la habitación. Así que, por favor, si vas a comer hazlo afuera.

—¿No tienes hambre?

—Tengo deseos de estar sola.

—Si es lo que deseas, pediré otra habitación para mí.

—Te deseo suerte con eso. Ya oíste al de la recepción, el hotel está a tope.

Salí mordiéndome la lengua para no escupirle mi resentimiento y empeorar la situación. Me refugié en el bar y allí me quedé varias horas. Cuando regresé al cuarto estaba rendida, le quité el móvil de la mano, de seguro estaba torturándose viendo las noticias sobre nosotros una y otra vez. Me acosté a su lado en silencio, sin atreverme a despertarla y que me mandara al sillón. Observé la línea de su espalda y sentí deseos de acurrucarme, tal vez así podría engañar al insomnio.

Al otro día no podía pararme. Cecilia a propósito encendió la secadora de cabello, puso la televisión e hizo todo el ruido con la intención de molestarte. No me quedó más remedio que abrir los ojos, aunque me encontraba en modo *zombie*.

—¿Bajamos a desayunar? —dije.

—Yo ya lo hice. Me lo han traído a la habitación.

—¿Pediste algo para mí?

—Sí —dijo después de pensárselo mucho.

—¿Te sientes mejor?

—Estoy bien.

—¿No esperabas ese recibimiento?

—Nunca me había sucedido. Debe ser por el programa con los *Black Dragons*, después de entrevistar a Hunter las suscripciones volvieron a dispararse.

—¿Tu vida ya no es perfecta?

—Lo es. Solo que dejé de estar enfocada y la verdad es que quiero regresarme. Este viaje es un desastre.

—Mejorará.

—Está mal desde el principio.

—No te ofusques. Te prometo que será el mejor viaje de tu vida. Esto pasará. No volveremos a ser imprudentes.

Me acerqué a su lado. Deposité un beso dulce en sus labios con la intención de que se recuperara. La abracé con afecto y ella recostó la cabeza sobre mi pecho.

—Antes nos moríamos de deseos y ahora solo sabemos pelear, meternos en problemas y saltar de un fiasco a otro.

—Tal vez es mi culpa, pero yo me sigo muriendo de ganas, solo que tú ahora te haces la difícil. Es como si estuvieras desquitándote conmigo y el castigo que usas es privarme de sexo.

—De mi cuerpo dirás, porque eres libre de correr a los brazos de otras mujeres.

—Te quiero a ti.

—Me dijiste que mi cuerpo era sagrado, así que decidiré cuándo y dónde.

—Como debe ser.

—Pues me he propuesto que esta semana no me apetece, ¿cómo ves?

—Te informo que tienes media hora para volver a meter tus cosas en la

maleta. Nos vamos.

—¡Ah! Ya sale tu verdadero yo. Te niego el sexo y se acaba el paseo. Te dije que estaba deseosa de regresar, así que me parece fantástico. Te digo, con Eric pasó casi un año para que me convenciera de llegar a la cama y no se largó por eso. Estuvo ahí, firme, hasta que nos conocimos lo suficiente y...

—Cecilia, te he dicho que me vuelves loco, ¿verdad? No me compares con ese hombre, él habrá esperado una eternidad, pero no logró tocarte. Tan solo se satisfizo a sí mismo y tú seguiste a su lado, frustrada, ahogando tus deseos hasta que no pudiste más y tuviste que buscar afuera lo que en tu noviazgo no tenías.

—¿Y tú sí? ¿Te consta?

—Sé que te gustó, no mientas.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo sé, puedo darme cuenta.

—Ningún título avala realmente lo que puede sentir una mujer.

—No juegues conmigo. Me esforcé en darte placer y me gustó más que con ninguna, prueba de ello es que desde ese día no me he podido separar de ti.

—Ahora tienes miedo de estar en el bando de Eric.

—Por supuesto, porque existe un Peter que sí ha logrado darte lo que querías. Yo no quiero que me ocultes nada. Si no te gustó, háblame, para eso estamos juntos. Podemos solucionarlo. Solo ha sido una vez. A lo mejor es que nos falta conocernos.

Me estaba matando por dentro. Ni todos los libros leídos, ni todos los cursos tomados me habían servido de nada. Lucy jamás se había quejado. Por supuesto que a Cecilia le gustó, solo estaba enojada y quería torturarme.

—No veo la hora de desaparecer —me castigó.

—Andando, ojalá muy pronto se te quite la soberbia. Yo no he dicho

que el viaje terminó, esto recién comienza.

—¿Y a dónde vamos? Te advierto que no te seguiré sin un itinerario.

Ya estoy harta de las sorpresas.

—La aventura está por comenzar.



# CAPÍTULO 27

## Cecilia

—No veo la hora de abandonar este sitio. Es totalmente aburrido.

—Primero, quítate esos tacones. A donde vamos no los necesitarás.

—¡Estás loco! Con la bola de *paparazzis* que ahora brotaron de la nada, tengo que estar lista por si me sorprende un *flash*. Tú también ponte algo decente.

—Eso sí no va a suceder. Estoy de vacaciones y voy a la playa.

—Vas a la playa un rato, luego sales, te secas y te vistes.

—¿Acaso estoy desnudo? Además, si pasamos por turistas convencionales no sabrán que somos nosotros.

Alex no insistió más. Mi temor, que era ver una horda de fans apostillados fuera del lobby, no se hizo realidad. Al parecer los guardias de seguridad fueron eficientes y nuestra ubicación no fue revelada. Abandonamos el hotel como si fuéramos dos bandidos, salimos totalmente disfrazados, a hurtadillas, porque ahora él también se escondía. Su atuendo, shorts, camiseta, gafas, gorra. El mío, vestido veraniego pero súper *fashion*, blanco con hombros descubiertos y mangas tres cuartos, tacones, gafas, pamelita, pañuelo.

Como nadie sabía de nuestro paradero, pudimos escaparnos. Un auto nos esperaba. El conductor era un joven de veintitantos años, con facha de mochilero que salió a recibirnos y le dio un cálido abrazo a Alex. El copiloto, era un chico de menos edad, originario del lugar.

—¿Te acuerdas de Ralph? Estudiamos juntos y él es su amigo Juan. Nos llevarán a conocer los sonidos del pueblo maya —me compartió Alex orgulloso.

—¿Ralph también está aquí?—. Lo recordaba, la cita de Maggie en el *Night Club*.

—Sí, lleva aquí un par de meses.

—¿Un show exclusivo o algo así? No quiero exponerme a sitios muy públicos.

—Similar pero menos glamoroso, asistiremos al ensayo de uno de los grupos que pisa los más grandes escenarios en la región.

—Suena emocionante. Ya tienes un punto. Es lo único acertado que has planeado en este viaje.

—Te dije que iba a mejorar. Esto es solo el comienzo. Ahora manda un *Tweet* diciendo que estás en la Zona Hotelera y que estarás todo el día disfrutando de la playa.

—No. No es un viaje de promoción, la idea era permanecer ocultos.

—Hazlo, es parte de mi plan. Ya no regresaremos a Cancún por hoy.

Terminé siguiendo sus recomendaciones. Hasta ahora sus planes habían sido un desastre, pero le di un voto de confianza. Me presenté con Ralph y Juan. Los saludé porque descortés no era. Nos condujeron al sitio, pero de privado no tenía nada. Llegamos a Playa del Carmen, donde la ciudad y el mar se fundían. La vista era impresionante. La amenaza de ser abordados por la muchedumbre estaba latente. La humedad era apabullante.

—Ni de broma me bajo, ya tuve suficiente —dije.

—Por favor, es nuestra primera parada —comenzó Alex a rogarme—. Aquí las calles están cerradas y no nos quedará más remedio que dar una larga caminata para llegar al sitio. Pero Ralph nos acercará lo más posible.

—Ni que estuviera demente. Hay muchísima gente y sin el auto cerca, quedaré completamente vulnerable.

—Recuerda que mandaste el *Tweet*. Juan nos llevará a ver un grupo que toca casi a la orilla del mar. Oirás los tambores, el murmullo del mar. Déjate enamorar por los sonidos prehispánicos.

—¿Y si sucede lo del aeropuerto? ¿Dónde me refugio en lo que vuelves a contratar a un equipo de seguridad?

—No ocurrirá porque estamos muy bien disfrazados. Mientras no le des absolutamente a nadie pistas de nuestra ubicación geográfica, la gente no sospechará.

—Todos saben que estoy en la región.

—Te hacen en Cancún. Solo respira y actúa con naturalidad. Ponte el cabello así, ni se te verá el rostro. Con tu súper sombrero alienígena y tus potentes gafas, estás que no te conozco. ¿Ves? Eres indetectable y sigues viéndote bonita.

—Solo un par de minutos y prométeme que no llamarás la atención. Cúbrete con la gorra, tu cara está en todas las redes sociales.

La Quinta Avenida estaba concurrida a más no poder, llena de comercios y turistas de todas partes del mundo. Mis tacones sobre el áspero asfalto, el sol derritiendo hasta mi alma y el alivio de la brisa que sopló de pronto refrescándome un poco. El viento suave que venía cargado de salitre de rebotar con las olas del mar, nos salvaba de no morir calcinados. Llegamos a tiempo para escuchar a uno de los músicos explicar la antigüedad de lo que íbamos a presenciar. Sonidos de sus antepasados que inundaron el sitio y nos remontaron en el tiempo. Las sonajas y los raspadores nos sumían en un

ambiente místico, sagrado. El aire oscilante por silbatos y flautas me erizó la piel. Alex estaba emocionado al máximo. Cuando los tambores retumbaron de forma ensordecedora, adueñándose hasta de nuestras almas, Alex me abrazó, me besó en la mejilla en un brote intimidad y me hizo sentir querida. Parecíamos dos enamorados. Él se comportaba como si lo fuéramos.

—Gracias, preciosa —me susurró al oído. Su aliento cálido y mentolado me erizó el cuello.

La percusión aceleró *in crescendo* y Alex parecía que iba a explotar de felicidad junto con ella, vibraba y se balanceaba exaltado, me apretaba contra su pecho con una mano y con la otra marcaba el ritmo del tambor. Estaba alucinado. Desde que lo conocí no lo había visto así, como si no existieran obstáculos que pudieran frenarlo. Poco a poco, también me relajé y me dejé llevar.

Antes que terminara el acto, Juan nos hizo señas para desaparecer. Notó a un chico fotografiándonos y mandando textos. Corrimos antes que la gente avisada nos siguiera la pista. Llegué al auto con el corazón en la mano mientras se gestaba la siguiente avalancha de seguidores.

—¡Alex, estuvimos a punto de quedar en la misma situación del aeropuerto! Casi me desmayo.

—No pasó nada. Lo resolvimos antes de que se saliera de control.

—Gracias, Juan, por estar atento. Tú en cambio, Alex, estabas en la luna.

—En la luna no, en el paraíso sí —volvió a besarme, pero en los labios.

—Les revelaré —dijo Ralph—, que el grupo que visitaremos ahora toca nada más y nada menos que en *Xcaret*. Son privilegiados de poder presenciar el ensayo y ahí sí no tendrán de qué preocuparse.

Fue lindo. Llegamos al sitio donde ensayaban y tomamos asiento. Ellos ya habían sido advertidos de nuestra visita y fueron muy hospitalarios. Ralph admiraba a Alex y se notó en su modo de presentarlo como a un gran percusionista. Después de escuchar el show sin intromisiones, como dos párvulos, nos dejaron ver el vestuario de cerca y los instrumentos musicales. Alex pudo tocarlos, golpearlos y palparlos; parecía poseído. Me acurruqué en una esquina mientras lo observaba. Cuando lo veía golpear el tambor, prestar atención a las indicaciones de los músicos, repetir el sonido casi idéntico al primer intento, me perdía. Abandonarme en él, en sus gestos, en sus movimientos, en su danza, en su energía desbordante y en sus gritos frenéticos, me tranquilizaba. Y no podía aseverar que Alex era mi remanso de paz, porque también tenía la particularidad de sacar lo peor de mí, el dragón que permanecía encadenado en mi interior, mi furia más salvaje. Él me provocaba las emociones más dispares, de la calma a la ira, del odio al amor.

Se me acercó con gotas de sudor resbalando por la frente y una enorme sonrisa.

—Ya tuvimos música, ahora quiero encamarme contigo por el próximo siglo.

—¿De qué estás hablando?

—Te vi sonreír, eso quiere decir que ya no estás enojada. ¿La penitencia de cero sexo ya terminó?

—No lo sé, tal vez. Eso depende de qué tienes preparado a continuación. Espero que continúes sorprendiéndome para bien.

Me besó y me abrazó como si fuera la última vez. Me dejó cautiva en sus brazos, como si quisiera en un abrazo absorber mi espíritu. Sentí un dolor inmenso en mis entrañas, el temor a perderlo algún día me dio un fuerte puñetazo en el estómago. No me gustó nada. Me estaba enamorando perdidamente y no sabía si después de este viaje, lo nuestro sobreviviría.

Creía que Alex se revelaba a su presente, pero que iba a reaccionar y valorar todo lo que estaba tirando por la ventana, su carrera, su familia, y tal vez eso lo iba a alejar de mí. Había sido el motivo de su renuncia, de las peleas con su hermano y con su padre, su perdición.

—Ya es hora de que me sueltes —le dije porque no quería seguir aferrándome a él como al único bote en el océano.

—El que abraza primero es el primero en soltar, recuérdalo —me volvió a retener mirándome a los ojos. Cuando nuestras miradas se cruzaban saltaban las chispas. Los temores volvieron a ocultarse en lo más remoto de mi inconsciente.

—Vamos a buscar esa cama.

Nos despedimos de todos y volvimos al auto con Ralph y Juan. Salimos a la carretera, Ralph conducía y Juan seguía a su lado. Los enamorados íbamos atrás, ya nos habíamos ganado ese mote por parte de Juan y nos daba una risa enorme escucharlo. Echamos relajo por todo el trayecto hasta llegar a un pueblito llamado *Kantunilkin* y de ahí al puerto de *Chiquilá*. Terminamos en un muelle, con nuestro equipaje a un lado, una despedida de los amigos y la renta de una lancha que nos introdujo mar adentro. El conductor de la lancha nos dijo que estuviéramos atentos, que a menudo se avistaban delfines. Esa nueva faceta de Alex avivando la flama y el misterio, le dieron otro punto. Arribamos a una de las playas más hermosas que había visto en mi vida, interminable, turquesa, impresionante. Alex señaló mis tacones con una carcajada.

—Te vas a enterrar en la arena.

—Por supuesto, se te ocurre traerme a una isla y ni siquiera me avisas.

—Te dije que te cambiaras de ropa, tú querías estar súper *fashion* por si te tomaban una fotografía.

Tomé mis tacones en una mano y salté de la lancha salpicando mi vestido blanco, inundando mis piernas y sintiendo la frescura del agua calmar mis pies magullados por la jornada. Fue una explosión de sensaciones y más al notar el matiz de azul que tomaron los ojos de Alex, al estar rodeado de tanto mar y tanto cielo.

—Esto es el paraíso. ¿Dónde estamos? —pregunté.

—Había suficientes letreros en el camino. ¿No te fijaste?

—Estuve distraída contigo y tus amigos todo el trayecto.

—No dejaste tu celular un segundo, solo estabas pendiente de los *Tweets* con nuestra foto en Playa del Carmen.

—No seas idiota. ¿Qué quieres, tener toda mi atención? Solo estaba informándome de las noticias, para saber en qué dirección correr en caso de tener que hacerlo. ¿Por qué los seguidores se ponen tan intensos? Me encanta convivir con ellos, pero en el aeropuerto de Cancún me entró pánico. ¿Viste las cosas que hacían? Era una locura.

—Sigue entrevistando a tipos *sexies* calienta bragas como Hunter.

—Uff. Ya te habías tardado. Supéralo. Fue solo un beso y que yo sepa tú y yo no somos novios, ¿o sí? —dije y se quedó mudo. Ni siquiera dejé que su silencio me lacerara, tomé aire, conté mentalmente hasta tres, me lamenté por presionar y hacer la pregunta equivocada. ¿A quién engañaba? A mi cuerpo y a mi mente no, así que para no estallar le dije con intolerancia—: ¿Me dirás dónde demonios estamos o tendré que averiguarlo por mí misma?

—Se llama *Holbox*.

# CAPÍTULO 28

## Alex

La vi pasar del paraíso al infierno, me gustaba demasiado, pero llevábamos con esta extraña mezcla de sentimientos muy poco tiempo como para dar ese gran paso. Se me puso la piel de gallina ante su pregunta inesperada. Me acojoné y cuando reaccioné, ya iba disparada como una flecha, dando tumbos con su enorme maleta, mientras intentaba que su sombrero alienígena no saliera volando, con el bolso de mano extrañamente colgado al cuello y los tacones en la otra mano. La vi rechazar el apoyo del conductor de la lancha, sabía que me iba a mandar al carajo, pero de todas formas me colgué mi mochila a la espalda y corrí para suplicarle que me dejara ayudarla. Su ‘no’ tajante me hizo maldecir para mis adentros. ¿Por qué me había quedado como un idiota cuando hizo la pregunta sobre si éramos novios, si en verdad me derretía por ella y no tenía intenciones de dejarla jamás?

No me gustaba el término ‘novia’. Con la única que había tenido una relación decente y por bastante tiempo había sido con Lucy y le había dejado los límites claramente definidos, amigos con derechos. Sin embargo, le había



sido fiel cada día de los cuatro años que estuvimos juntos, pero sin un concepto como noviazgo definiendo lo nuestro. Yo sabía amar, a Lucy la había querido mucho, por eso me había destrozado saber que fue ella quien me delató delante del doctor Wallace. Claro que con Lucy nunca había sentido lo que Cecilia me hacía sentir, la sensación de que mi alma abandonaría mi cuerpo y se iría con ella para no regresar jamás.

Al llegar ante la franja de hoteles de diversos estilos y tamaños, tuvo que hacer un alto.

—¿Cuál es el plan? ¿Quedarnos varados en esta isla? ¿Acampar en la arena? Porque ya arruinó las ruedas de mi maleta y la tengo metida hasta dentro de la ropa —parecía un toro bravo resoplando.

—Cálmate, nena —la hice desembarazarse de todas las cosas y la abracé hasta que terminó por esconder su rostro en mi pecho—. Escúchame, me encantas, mi siguiente plan es seguirte hasta el fin del mundo. Por eso me da igual si las vacaciones duran siete o diez días porque no tengo intenciones de dejarte. Si me aceptas, claro. Pero démonos tiempo, conozcámonos más, esto ha ido muy rápido. Andemos con calma, no demos un paso en falso que termine por lastimarnos más.

—Discúlpame, tienes razón, no sé por qué reaccioné, así como una chiquilla, o sí lo sé, pero no pude controlarme.

—Acabas de terminar con tu novio de muchísimos años, yo dejé a la chica con quien salía desde hace cuatro.

—¿Estabas con alguien? ¿Por cuatro años? ¿La terminaste antes de conocerme o después?

—Terminamos hace menos de un mes, así que ya te conocía.

—¿Y no dijiste nada?

—Terminamos antes de que tú y yo empezáramos.

—Me da celos solo de imaginarlo. ¿Aún la quieres? Es muy reciente.

—¿Y tú a Eric?

—¿Con tu pregunta me quieres decir que sí o que mejor no pregunte?

—Estamos juntos ahora, disfrutemos el paseo. ¿Te parece? Nos quedaremos en esta isla hasta que viajemos rumbo a La Habana. Tenemos una linda habitación con vista al mar, no hay *concierge*, pero podrás ver el amanecer desde la ventana y cuando salgas a la terraza, podrás enterrar los pies en la arena.

La habitación tenía un encanto particular, el hotel no era muy grande, de hecho, ninguno lo era en *Holbox*. Dejamos todo y la obligué a desvestirse.

—Fuera el disfraz de alienígena.

—¿Qué dices?

—Alienígena *sexy*, amor, tu sombrero parece un platillo volador — dijo y la palabra ‘amor’ hizo que mi corazón se perdiera en una arritmia.

—Es una pabela y me cubre del sol.

—No la necesitarás. La gente de este sitio es fenomenal, me dice Ralph que vienen muchos artistas y que pueden disfrutar con tranquilidad.

—No soy una artista.

—Pero estás de moda para determinado público.

Yo mismo le coloqué el traje de baño, mientras le iba dejando un camino de besos desde los labios hasta el ombligo. Su risa volvió a escucharse, apoderándose del cuarto y calmando mi corazón. Podía tomarla y hacerla mía pero no quería apurarlo. Esa noche sería perfecta, me lo había propuesto. Un pareo fue suficiente para cubrirla. Me coloqué un short, una camiseta de playa y salimos a conocer el edén. La isla tenía el encanto de un pueblo pesquero, las arenas más blancas y el agua más translúcida que había visto. La podías transitar completa en un carrito de golf en menos de una hora. La recomendación había sido de Ralph, no pudo ser mejor.

Recorrer la isla, sin disfraces, sin presiones, como dos enamorados, era un sueño que me alejaba de la realidad. Los problemas que me esperaban en casa intentaron quebrarme el ánimo, pero no se los permití. Después de conocer el sitio y saborear las delicias del mar observando las olas, nos fuimos a la orilla para ver el atardecer.

—Ha sido un día increíble. Había visto un atardecer en la playa, pero nunca en una isla, donde se puede apreciar en un radio mayor —me susurró y me sentí complacido.

Caminamos un poco y cuando pensé que no podíamos ser más felices la asaltaron las dudas, las normales al inicio de una relación.

—No entiendo cómo le hiciste para estudiar tu doctorado y tantos cursos con tan solo veinticinco años. ¿Qué edad tenías cuando terminaste tu carrera? ¿Y cómo le hiciste para estudiar además percusión y guitarra? ¡No tenías vida!

—Estudio música desde niño, lo demás se fue acoplando poco a poco.

—¿Sabes qué creo? Aunque el psicólogo eres tú, claro. Pienso que has estudiado tanto que terminaste quemándote. Por eso ahora estás harto de todo. Creo que retomarás tu profesión cuando las cosas se calmen, cuando el doctor Macabro deje de hostigarte y cuando tu hermano y tú hagan las paces.

—No lo sé. Podría ser. Me encanta la Psicología. No me harté por la presión de Wallace. Mi padre siempre me alejó de mis sueños, yo corría hacia la música y él me desviaba hacia otra dirección. Para él nada que no fuera una profesión típica era buena.

—¿Él quiso que fueras psicólogo?

—No. Ya tenía a... mi hermano —dije y me di cuenta que casi se me escapa su nombre—. Mi padre había soñado con que yo fuera administrador de empresas y que gestionara los bienes familiares. Mi padre financió la

clínica de mi hermano, pero éste ha multiplicado el dinero. Resultó ser todo un empresario. Creo que en él tiene el paquete completo.

—¿Y cómo se llama el mayor Huxley? Te lo había preguntado y me quedé esperando la respuesta.

Metí la mano en el agua y la salpiqué empapando su pareo. Se lo arrebaté, lo tiré en la arena y me la llevé mar adentro, nos zambullimos hasta quedar completamente mojados. Nadamos un poco y nos dejamos envolver por las olas. Pasado un rato intentó volver a la carga; por eso, antes que otra pregunta me pusiera a temblar, la besé y le dije para distraerla:

—¿Quieres hacer el amor en el agua?

—¿Estás hablando en serio? Hay gente cerca.

—Está oscureciendo, solo verán nuestra sombra.

—Me tientas.

—O podemos dejarlo para otra ocasión e irnos para la habitación. Tengo una sorpresa para ti.

—Eso no se le dice a una mujer, pues si hay sorpresa ya la quiero. Si se trata de una cena te digo que no sé si pueda comer. Hemos trastocado todo el horario de las comidas desde que nos embarcamos en esta aventura. No han pasado ni tres horas desde que almorzamos.

Mi apetito era voraz, pero de su piel, de sus besos. Llegó y se sorprendió al encontrar el dormitorio decorado con velas aromáticas, la cama tenía dosel y unas cortinas blancas sedosas que llenaban el ambiente de misticismo. Por la ventana se asomaba la luna, la tomé en mis brazos y la llevé hasta la bañera burbujeante, nos sumergimos y nos quitamos la sal del cuerpo. Mientras se secaba y se ponía algo mono para dormir, serví dos copas y me le acerqué con ambas. Ni siquiera me había molestado en vestirme, y más tardó ella en ponerse el negligé que yo en querer quitárselo. Se puso pudorosa y me

puso un alto cuando intenté sacárselo.

—Esfuérzate un poco. Quiero que te lo ganes —dijo.

—¿Y no podría ser al revés? —dije sin poder esconder la picardía de mi sonrisa—. Ustedes las mujeres terminan siendo más machistas que los hombres.

—No quieras escaparte por las ramas, si lo quieres, convénceme.

—Mmmm. ¿El viajecito al paraíso no te dice nada?

—Quiero que te vistas. Así no dejas nada a la imaginación y mis ojos solo pueden ir a un punto fijo. Me estás hipnotizando y me voy a atragantar si lo sigo mirando.

—Reconoce que se te antoja.

—Vístete —dijo y colocó esa música latina, que resultaba sensual y pegajosa—. Una vez me bailaste *sexy* en plena calle, otra vez en el *Night Club* me presumiste que eras bueno bailando y que le entrabas a lo que fuera.

—Y lo sostengo.

—Ponte esta ropa, quiero que me seduzcas y que te desvistas lentamente, como debe ser. Baila *sexy* para mí. La otra vez solo me provocaste, ahora es cuando tienes que hacerlo

—Te metiste con quien no debías. Dame un segundo y sube el volumen.

Mientras ella se divertía a mi costa, yo me lo tomé muy en serio. Lo que ella no sabía, era que ese era mi juego preferido. Con una camiseta azul y un pantalón de jersey negro empecé a moverme, jurándole que en otro momento iba a ser su turno. Comencé a bailar y ella se quedó con los ojos abiertos como platos, porque notó que yo iba en serio y que su desafío no era nada para mí. La primera vez que dejé de estudiar, y me cansé del primer trabajo esclavizante que amenazó con anularme por dentro, me uní con dos amigos e hicimos un trío de baile solo para mujeres, nos contrataban en

fiestas, principalmente despedidas de solteras. Ralph era uno de ellos. Mi hermano me sacó de ese mundo, antes de que mi padre se enterara.

Cecilia me hizo señas para indicarme que tenía mucha ropa. ¿Quién entiende a las mujeres? Primero que poca y ahora que mucha. Me saqué la camiseta lentamente, mientras me movía al compás de lo que estaba sonando. Continué con el resto de la ropa, sutilmente, sin descuidar la coreografía. Mis pasos reproducían la danza del sexo y ella quedó eufórica. Se le escapó un grito cuando reproduje los movimientos espasmódicos de un orgasmo. Tomé la copa de vino y la vacié sobre mis pectorales. El tinto resbaló por mi piel, llegando incluso hasta mi campeón y fue entonces cuando yo me puse exigente.

—Necesito que alguien se encargue de este desastre —dije y la señalé con el dedo.

—Eres un cínico. ¿Dónde aprendiste a bailar así?

—Hay cosas que la llevas en la sangre, pero a perfeccionar los pasos me ayudó Ralph, a eso se dedica, es bailarín profesional.

—¿Y cómo para qué o qué? ¿A quién le bailabas así?

—Fue un trabajito extra que tuvimos un tiempo.

—No inventes. Todo el tiempo me sorprendes. No termino de conocerte.

—Tenemos mucho tiempo para eso, ahora ven. No dejes que el vino se me seque encima.

—Es que...

—Haz silencio y ven, ya me calentaste, ahora no te quieras escapar.

Dejé el vino a un lado y me serví un trago de tequila. Le ofrecí uno porque la vi un poco pudorosa. Primero me exigía provocarla y luego se sentía cohibida, no puedo entender a las mujeres, me acusaba de no haberle revelado ese ‘pequeño’ detalle. Se lo había insinuado, aunque no con todas sus letras.

—Un trago para que te relajés.

Le insistí, no era lo mismo desinhibirse de los prejuicios morales totalmente embriagada y sucumbir ante las demandas de la carne, que hacerlo totalmente sobria. Le dio un sorbo y lo abandonó sobre la mesa.

—Suficiente. No quiero alcohol en mi cuerpo. Quiero sentirte completamente consciente.

—Entonces acércate. Estás muy lejos—. Y antes que sus pasos la llevaran hasta mí, la tomé en brazos y la alcé—. Eso me hace feliz, que no quieras obnubilarte con alcohol, nunca te entregues a un hombre porque creas que tienes que hacerlo. Hazlo porque tú lo deseas y porque estás completamente segura de que no quedará en una noche. Los seres humanos a veces no sabemos reconocer el amor.

Me dejé caer en la cama con ella en mis brazos, respiré el aroma de su cabello y supe que su cuerpo sería mi hogar de ese día en adelante. Intentó escaparse, la rodeé por la cintura y me lancé a sus labios, mi primera parada. Podría besarla toda la noche, si no fuera porque mi campeón latía y me exigía atención. Así que lo arrimé a su cuerpo lo suficiente para rozarla nada más, y eso fue peor, los latidos se aceleraron y las ganas me exigieron tomarla de inmediato para satisfacer el fuego que me quemaba por dentro. Yo sabía que si me concentraba podría extender el placer, si la hacía mía en ese momento y descargaba la necesidad que intentaba asfixiarme, lo iba a disfrutar, pero por qué conformarme con eso, si podíamos estar toda la noche sintiéndonos.

Respiré, esperé el momento y me concentré en llevarla a la locura, ahora estaba calmada y quería que se consumiera en el mismo fuego que yo. Saboreó la bebida sobre mi cuerpo y cuando llegó a la parte más sensible, e intentó comerme vivo, sentí que iba explotar. Respiré profundo y la subí hasta que quedara a la altura de mis ojos. Ya habíamos jugado lo suficiente y me estaba descontrolando. Mi cuerpo exigía ser sacudido por las más violentas sensaciones. Me concentré en los matices contrastantes, pero fue inútil. Todo

disparaba mi instinto sexual. El encaje blanco sobre su piel ahora dorada por el sol me ponía candente, tanta espera desde la última vez que la había tenido, me volvían impaciente. Me preguntaba si no estaba loco por haber dejado pasar tantas horas desde la única vez, y por qué no nos habíamos pasado cada minuto que habíamos estado conviviendo, así, devorándonos. Su piel no era suficiente, no me iba a conformar con tener de nuevo su cuerpo, quería enamorarla. Entonces, me propuse que esa noche el multiorgasmo no era mi objetivo, quería robarle el corazón, ese que casi tenía en la mano y que con un paso en falso podría perder.

La vez anterior me había ocupado de hacerla sentir, esta vez, la vi despertar y crecer, no necesitaba mi ayuda y la dejé recorrer el camino de su propio placer. Así que me concentré en el mío. Acaricié su sexo con mis labios y noté que no tuvo dificultad para humedecerse. Sin darme cuenta mientras la degustaba le robé un orgasmo, intenso, que me recordó mi punto R, y lo que lo deseaba. Nos fundimos en un viaje de pasión. Ella debajo y yo encima, pero sin entrar en su cuerpo, solo sintiéndonos, en esa postura que se me antojaba llamarle la posición del amor, porque quedábamos de frente, mirándonos. Era la más difícil de todas, porque tenía que medir mi fuerza para no aplastarla, tenía que regularme para que el exceso de control no me hiciera obviar su deseo y para no descuidar ninguna de sus zonas erógenas. Llevábamos inmersos en este mar de caricias y de besos casi una hora.

—¿Qué pasa por esa cabecita? —me susurró al fin.

—Tú, me vuelves loco.

—Tómame de una vez.

Entrar a su cuerpo me acercó al punto de no retorno y no quería eyacular aún, así que respiré profundo, lo suficiente para controlar que no saliera el semen y extender esa sensación a todas las áreas de mi anatomía. Mi cuerpo me regaló multiorgasmos, así como lo leen, porque los hombres



también podemos tenerlos, las pulsaciones deliciosas se extendieron desde de mi campeón a mi zona pélvica, subieron por mi cintura hacia todos mis músculos. Seguimos así, mientras ella también disfrutaba, incluso más que la otra vez. Me hice un juego mental, repetiría esa sensación por cada orgasmo que ella se obsequiara. Nuestros cuerpos sudorosos se aceleraron. Otro orgasmo placentero y largo en el tiempo, fue como tener alas y abandonar la tierra, como salir flotando y abandonar mi cuerpo. *Punto de no retorno quiero perderme*. Nos acercábamos al éxtasis y quería que fuera completo, con eyaculación incluida, la última explosión de aquella noche eterna y lo logramos juntos.

Terminamos exhaustos, derretidos, totalmente sosegados y nos quedamos abrazados, hasta que el sol se coló por la ventana y nos despertó.

# CAPÍTULO 29

## Cecilia

Ralph y Juan nos esperaban en el muelle. Nos abrazamos y era imposible disimular mi alegría. Nos fuimos directo al aeropuerto y esta vez, Ralph volaba con nosotros. Algo inesperado, pero que Alex sabía muy bien.

—Todo es una sorpresa. Alex no me dijo que ahora seríamos tres.

—No les haré mal tercio —aseguró Ralph.

—Me alegra que hayas venido. Me encantaría conocer un poquito más de este bombón que es todo un misterio, siempre tiene una sorpresita guardada. Y es agradable conocer a uno de sus amigos. Me tendrás que enseñar a mover las caderas a mí también.

—No creo que tengas problemas para eso.

—Lo que hiciste con Alex es impresionante. Solo de recordarlo me sofoco. Es un arma muy peligrosa.

—Alex tiene talento innato, fue divertido enseñarle.

—Pero es que no se puede ser bueno en tantas cosas, ya me estoy preocupando. ¿Dónde está su punto débil? Es el *nerd* de los posgrados, tiene un próspero consultorio, talento para tocar instrumentos y también se mueve

como *stripper*.

—Ja, ja, ja, ja —fue el único sonido que hizo Ralph e intercambiaron miradas.

—Solo espero que cuando mis defectos salgan a la luz sigas pensando que soy un bombón —agregó Alex.

—Te faltó algo, Cecilia. También es un romántico empedernido y por eso está en peligro de extinción. Ojalá cuando sus errores te queden muy claros, no seas muy dura con él —dijo su amigo.

—Lo dices como si conocieras lo más negro de su alma.

—A este lo conozco desde que teníamos como diez años, así que puedo darme el lujo de decirte que sí tiene defectos el cabrón y bastantes.

—¿Alguno que deba saber ya?

—Eso tendrás que descubrirlo o hablarlo con él —aclaró Ralph.

Se pusieron serios y Alex trató de desviar la conversación. Se ocupó de armonizar el viaje con el ritmo de la isla y de introducirme en los sonidos que íbamos a descubrir. Aterrizamos en el aeropuerto José Martí, solo teníamos tres días para recorrer la capital. Ralph y Alex tenían un itinerario preciso, no iban de turistas, ya tenían los puntos que iban a visitar. Alex quería compartir sus experiencias con percusionistas de la zona, Ralph iba sin fecha de regreso, tenía planeado agregar a su repertorio de movimientos la sandunga del cubano. En cambio, yo quería conocerlo todo, saborearlo, observarlo.

Cuando nos subimos en aquel *Chevrolet* convertible *coupé*, rojo tomate, de 1952, inició nuestro viaje en el tiempo. Un amigo de Ralph fue por nosotros a la terminal. Nos preguntó si teníamos prisa y como el vuelo había sido muy corto, menos de una hora, más los trámites aduanales, le dijimos que teníamos todo el tiempo del mundo. Así que nos llevó a dar un paseo por esa ciudad emblemática. Al llegar al Malecón, donde la franja de edificios desgastados por el salitre se une con el mar, pregunté, y todos en el auto, hasta

el conductor, no pudieron guardar la risita culposa.

—¿Y dónde nos hospedaremos?

—Ya sé que tenías reservación para el hotel Parque Central, pero no te preocupes, estaremos muy cerca —se le escapó a Ralph.

—Puedes quitarte tu sombrero extraterrestre, no creo que tus seguidores te encuentren aquí. Anda, quítate las gafas y déjame disfrutar de esa carita —añadió Alex.

—¿Alex, ahora cuál es la sorpresa? ¿Dónde nos vamos a quedar?

Ellos venían directo a su asunto, ya tenían todo planeado. Ralph que tenía amigos en varias partes del mundo, según había expresado con anterioridad, también conocía al conductor y éste se convirtió en nuestro guía, o no sé si en el aliado de nuestro ‘guía’, porque Ralph se movía con mucha soltura y sabía a lo que iba.

—¿Alex, ya habías venido a Cuba? —pregunté.

—No. ¿Y tú, hija del hombre del *jet*? —dijo y todos me miraron.

—Tampoco.

—¿A qué se dedica tu padre, Cecy, si se puede saber? —preguntó Ralph.

—Negocios en los que no me involucro. Es dueño de laboratorios farmacéuticos. Ahora están comercializando una pastilla que le hará competencia al viagra, así que imagínate. Yo soy la hija descarriada. Papá deseaba que trabajara con él.

—Entonces estás en el mismo equipo de Alex, es el hijo descarriado de su familia y yo el amigo de la mala influencia —dijo Ralph.

—Eso ya lo he notado. Lo que no entiendo es por qué tu padre te juzga después de todo lo que has estudiado. Al menos le queda tu hermano. Yo soy única hija.

Nuevamente el silencio que se quebró por mi grito cuando vi dónde nos habían metido. Ellos le llamaban ‘solar’. Una especie de multifamiliar con muchos vecinos. El ‘departamento’, sí así se le podía llamar, solo tenía una salita, una habitación, una cocina, un baño y un balcón.

—¿Esto es en serio? —dije quitándome los tacones que estaban a punto de aniquilar mis pies.

—Mantén la calma —aseguró Alex.

—Te dije que no iba a funcionar —murmuró Ralph, que ya se estaba instalando en la salita en un sofá cama.

—Estamos en el sitio de la fiesta —agregó Alex.

—¿De qué fiesta hablan?

—A la que nos ha invitado Ralph, será esta misma noche, así que tienes media hora para bañarte y estar lista.

—Me vas a matar —comencé mi drama.

—Mañana podemos ponernos nuestra ropa de deporte y correr por el Parque Central, de ahí al Malecón. ¿Qué dices? Pero hoy disfrutaremos de la hospitalidad de nuestros nuevos amigos.

—Estás loco.

—Podrás sacar tu camarita, es más, estarán encantados si los sacas en tu programa, podrás entrevistarlos en vivo en pleno show.

—No. Será como un viaje al pasado, ya no grabo sola a no ser que sea a mí misma. Para ese tipo de grabaciones necesito mínimo a Dave.

—Yo estaré contigo, puedo sostener la cámara mientras tú haces la magia. Créeme será súper novedoso para tu canal, traerás algo diferente.

—Exótico —se entrometió Ralph, quien metió la cabeza en ‘nuestra habitación’.

—Par de exóticos y locos los dos —le solté.

Llegamos a la fiesta. Desde fuera se escuchaba el repique de los tambores. El ambiente ya estaba prendido. La percusión se destacaba entre los demás instrumentos, Alex estaba alucinado. Grabé unos videos cortos que hasta llegar al estudio editaría y terminé grabando al bombón que se había robado mi corazón tocando la tumbadora, al calor de un trago de ron como un cubano más. Se veía tan sensual, que una chica que tenía cerca me dijo:

—Cierra la boca, mujer. Estás que te derrites por ese hombre.

—Dices bien.

—¿Qué apeteces tomar? Tu vaso ya está vacío.

—Estoy bien, gracias.

—¿Hace cuánto tiempo que están juntos?

—Como una semana, ni llevo la cuenta.

—¿Y te viniste con él a La Habana?

—Sí, terminó por convencerme.

—Imagino que lo conoces desde hace más tiempo.

—Máximo un par de meses, pero me gustó desde el primer momento que lo vi

—Disculpa que pregunte tanto, solo te estoy entreteniendo para que no te aburras. Ya que tus amigos se han robado la fiesta para ellos solos —y era cierto, Ralph estaba ensayando sus pasos recién aprendidos y Alex tocaba como poseído.

Esa parte la tendría que editar, o la atesoraría, yo estaba loca por él.

Cuando la fiesta finalizó y mis compañeros de viaje se cansaron de absorber la experiencia, me dijeron que preparara los pies, íbamos a bailar hasta el amanecer. Llegamos a un club moderno, lleno de gente, donde dimos rienda suelta a la locura. Se me había pasado decir, que Ralph conocía muy bien a la chica que me había dado conversación, porque se la trajo a la

parranda y terminó desapareciendo con ella. Me preocupé por él cuando el chofer nos llevó de regreso al sitio que estábamos rentando.

—¿Y Ralph?

—No te preocupes que él sabe cuidarse solo. Él y la chica tienen algo. No te dije nada por Mag.

—¡Oh, pobre, Maggie! ¡Qué tipazo tu amigo! Espero que notes mi sarcasmo.

—Lo de él y Mag no llegó a más. Él está como loco con esta chica, tanto así que se quedará un tiempo. Aprovecharé estos días para despedirnos, nos dejaremos de ver una temporada.

—Yo creo que se despidió hace bastante rato.

—Tendremos el departamento para nosotros solos.

—Te advierto que mañana te despertaré temprano. Me prometiste correr, no lo olvides.

—Y te lo cumpliré, pero antes quiero un masaje con final feliz.

—A mí también me encantan esos. ¿A quién le tocará?

—Primero yo a ti y luego tú a mí.

—Es un trato.

Era imposible frenarnos y terminamos casi a las cinco de la mañana; cuando los ojos se nos estaban cerrando, llegó Ralph. Le oí perfectamente abrir la cerradura.

# CAPÍTULO 30

## Alex

Ocho de la mañana y me estaba cayendo de sueño. Me levanté porque era masoquista y terco, le había prometido a Cecilia correr en el Parque Central y el Malecón y lo haría. Tal vez no tendría el encanto de correr mientras amanecía, pero valdría la pena. La cruda realidad me pegó de golpe, me di una rápida ducha de agua helada para despejarme mientras Cecilia y Ralph permanecían en estado de coma. Me acerqué a ella, con la piel aún húmeda y la toalla amarrada la cintura.

—Preciosa, hora del café matutino —le susurré.

—No inventes, no puedo abrir los ojos. Estoy que me muero de sueño.

—Te prometí correr.

—Lo sé, bombón, estás perdonado. Ahora solo quiero cerrar los ojos y seguir durmiendo. Ven, acuéstate a mi lado.

—No hagas ruido para no despertar a Ralph.

—¿Y por qué tanta consideración con él y tan poca conmigo?

—Solo estaremos tres días en esta ciudad y a lo mejor no regresamos nunca, levántate dormilona.



No la dejé seguir insistiendo porque el reloj no se iba a detener. La cargué y la metí debajo de la ducha fría, me empapé de nuevo y no me importó. Dio un grito cuando el agua resbaló como hielo por su cuerpo tibio. No creí que Ralph se despertara, él era una piedra cuando dormía. Nos alistamos y salimos.

—Caminemos, no tengo ni fuerza para correr —dijo.

—Tú querías hacer ejercicio en este viaje y solo hoy lo estamos intentando.

Salimos caminando hasta el Parque Central, era hermoso, con una enorme escultura en el centro del poeta José Martí y rodeado por colosales hoteles. La fui enamorando para que comenzáramos a trotar y así llegamos al Paseo del Prado, con sus enormes leones de metal y la vida emergiendo en cada uno de sus bancos. Seguimos por el Malecón rumbo a La Cabaña, hasta la que no llegamos, porque nos desviamos hacia la Catedral y por ahí buscamos un sitio donde desayunar. Compramos algo y lo fuimos comiendo mientras seguíamos avanzando.

—Mañana iremos a un ensayo de unos músicos afrocubanos amigos de Ralph. Espero que no sea aburrido para ti —le dije.

—Creo que ya olvidé mi forma de vacacionar. Eres un explorador. Te acompaño. Si lo que quieres es contagiarte de la percusión cubana, no necesitas ir a sitios específicos. Aquí das tres pasos y ya encontraste a alguien haciendo música. Si me equivoco haz el recuento de los que vimos hasta llegar aquí.

—Y ha sido espectacular.

—Tienes don para interactuar con la gente. Nada te cohíbe.

—Hay cosas que sí.

Seguimos degustando el delicioso sándwich mientras caminábamos por la calle Obispo. La llamada de Christopher irrumpió en mi móvil, tuve que

cubrir con urgencia la pantalla para que Cecilia no leyera el nombre de mi hermano. Contesté porque, aunque quería alejarme de ellos, tampoco deseaba dejarlos preocupados. Sus palabras fueron las que menos me podía esperar, tanto así que requerí detenerme para oírlo y no perder ni una frase.

—¿Qué significa el video que has subido a Internet?

—Yo no he subido nada. Explícate mejor —dije mientras imaginaba que se refería a algún video donde nos captaban a Cecilia y a mí huyendo a toda prisa de las cámaras.

—El vídeo donde tocas la batería en la casa de nuestros padres.

—No es posible. ¿Dónde lo viste?

—¿Te suena el canal de Sisi Shine? Sale el cantante de *Black Dragons*, observándolo en una *laptop* y comentando que le encantaría tenerte en la audición y luego dejan correr el video donde tú sales tocando.

—No puede ser. Lo siento, ahora tengo que colgar.

—Al menos dime dónde estás.

—Estoy en La Habana, vine para despejar, pero regreso en tres días.

—Sabes que a papá no le gustan estas cosas, terminará alterándose y le subirá la presión. No le des más dolores de cabeza, respeta su salud y su edad.

—No creo que papá vea videos de *YouTube*.

—Se ha vuelto viral.

Ella estaba expectante. Comprendió que me habían dado una noticia que no me gustaba nada. Reanudé la marcha, no dije nada de inmediato, no sabía si esperar o reclamarle de una vez. Pero me preguntó qué me sucedía y ya no pude mantener la calma.

—Me dice mi hermano que el video que me tomaste en la casa de mis padres, fue colgado ayer en tu canal.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¿A quién se lo diste, Cecilia?

—Se lo dejé a David, le pedí que se lo hiciera llegar a Hunter, solo para que te considerara para la audición si es que aún estabas interesado, pero jamás le dije que lo subiera.

—Han traspasado todos los límites. Me siento defraudado por quienes creía mis amigos.

—No entiendo qué sucedió. David no hace esas cosas. A veces es un poco irracional pero nunca se ha atrevido a tanto. Perdóname.

—¿Con qué permiso se lo ibas a mostrar a Hunter? Yo no te lo pedí.

—Lo siento tanto. Es que eres bueno en la batería y es una magnífica oportunidad.

—Una que no estoy seguro de querer tomar.

—¿Y qué harás con tu vida? Dejas la Psicología. ¿Qué sigue? ¿Seguirás de viajero errante por el mundo como Ralph? Tienes que hacer algo.

—Decidirlo solo me corresponde a mí.

Llegamos al departamento y Ralph ya se había levantado. Estaba listo para nuestra siguiente aventura. Le pedí que me diera tiempo para tomar un baño. Cecilia hizo lo mismo después de mí. Nos arreglamos y antes de irnos le dije:

—Tendré que salir solo con Ralph. Iremos a ver un ensayo, como te había anticipado. Será aburrido para ti, me pondré a tocar y eso puede llevarme horas. Tal vez mañana haga lo mismo, es nuestro último día.

—¿Y qué se supone que haga yo? ¿Para qué me invitaste a venir?

—¿No querías conocer La Habana? ¿No tenemos una forma muy distinta de hacer turismo? Ya te libraste de mí, así que aprovecha, pasea, conoce museos, lugares típicos y preparados para turistas. Aquí tienes la llave, puedes prepararte algo para almorzar o salir a cualquier restaurante. Si

no quieres estar sola, aquí te dejaré anotado el teléfono de la chica de Ralph, él dice que te puede hacer compañía.

—Carajo, me siento incómodo, dije que no haría mal tercio y terminé sonsacándote, hermano. De veras, Cecilia, ven con nosotros. No creo que se aburra, Alex. ¿Por qué no quieres que vaya? —dijo Ralph que no sabía dónde meterse.

—Ella hace turismo de otra manera, acabo de explicarlo, quiero que la pase bien, es todo. Así estaré más tranquilo, alguien con debilidad a grabarlo todo, no correrá el riesgo de tener acceso a situaciones ideales para un video privado que termine en la red —dije.

—No me hagan esto, no se peleen mientras estén conmigo, ni sé qué decir. ¿Qué ocurrió? Ayer parecían un chicle —se lamentó Ralph.

Me quedé como una roca. No dije nada al respecto. Continué preparándome para salir y antes de hacerlo, le solté una frasecita patética:

—No olvides ponerte tu disfraz de otro planeta, no creo que tengas problemas aquí, solo por si acaso.

Me fui. La ley de hielo me dolió más a mí, puedo asegurarlo. Cada segundo lejos de ella era una tortura. Solo quería espacio para pensar lo que ese video iba a representar en mi vida. Estar con ella era como vivir en una vitrina, me sentía totalmente expuesto y yo era un alma libre. No podría acostumbrarme al hermetismo en el que ella se encerraba cuando no estaba grabando un programa, para proteger su privacidad. Aunque intentaba no hacerlo, la responsabilizaba. David era su amigo, ella respondía por él y le había proporcionado el video. Y a pesar de mi mal humor, no pude condenarla a quedarse encerrada, quería que disfrutara al menos del turismo convencional. Así que le pedí a Ralph que hablara con su chica y le pidiera que acompañara a Cecilia, que la llevara a sitios inolvidables y que no la dejara sola ni un minuto.

# CAPÍTULO 31

## Cecilia

Ni siquiera pude decir ‘hogar dulce hogar’. Al arribar a nuestro suelo, lo primero que hizo Alex al pisar el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles fue reproducir el video, mucho antes de abandonar el aeropuerto. Llegué al nuevo edificio con Alex y sus escasas palabras. Me habían dejado una copia de la llave del estudio en la recepción. Estábamos en plena mudanza y todo era un desconcierto de cajas etiquetadas. Él me acompañó hasta el salón e intentó despedirse. Se me rompió el alma en mil pedazos. Temí que si se iba no lo vería jamás, después de dos días de monosílabos. Desesperada hice lo que fuera por retenerlo.

—¿Dónde pasarás esta noche?

—En la casa de mis padres. Estaré ahí hasta que rente un departamento.

—Te puedes quedar o al menos intentar resolver esto. Hay habitaciones de sobra. Puedes quedarte en alguna.

—Me pides que me quede y olvidas que en el estudio ahora vivirá David. ¿Crees que tengo ganas de verlo?

—Yo confío en Dave, si cometió un error dale la oportunidad de explicar por qué lo hizo.

En ese momento David y Ashley salieron a nuestro encuentro, se emocionaron de vernos y se lanzaron a abrazarnos. Nos abrumaron con preguntas acerca del viaje, demandaron sus *souvenirs* y estuvieron así hasta que notaron nuestro tormento.

—¿Qué sucede? —preguntó Ashley.

—¿Por qué subiste ese video a la red? —le pregunté a David.

—Fue mi culpa —se adelantó mi amiga—. Les pido perdón. Alex, jamás lo hubiésemos hecho sin tu consentimiento. Lo grabamos porque se me hizo una estupenda idea. Era una sorpresa para ti, te queríamos mostrar la reacción de Hunter al verlo. David lo guardó, lo editó y lo dejó en la computadora. Uno de los *nerds* se confundió y subió el video equivocado. Cuando nos dimos cuenta ya se había vuelto viral. Lo primero que hicimos fue decirle a Hunter lo ocurrido, nos asustamos porque no teníamos su autorización. Ustedes estaban en el Caribe. No queríamos arruinarles las vacaciones. Hunter exigió que se dejara. Alex, él cree que promocionarte favorecerá al grupo y te pide encarecidamente que audiciones. Le impactaste.

—Espero que no les moleste darme asilo un par de noches, necesitaré el nido *Top Secret*. Bajaré al auto por mis cosas más tarde, ahora quiero darme un baño y dormir un rato. ¿Dónde está la habitación de Cecilia?

—Hombre, dame la llave de tu auto, traeré tu mochila. Necesitarás ropa cuando salgas del baño sino estarás paseándote por ahí en toalla o como Dios te trajo al mundo. No queremos que te dé un resfrío. Y no se preocupen por la comida, deben estar muertos de hambre, yo cocino —intervino David.

—Gracias, Dave —dijo Alex y le lanzó las llaves del auto. Intentó ser amable pero aún estaba en llamas por lo sucedido, fuera confusión o no.

Y mientras él con el rostro de perro apaleado se fue a tomar un baño, yo me quedé con el corazón destrozado. No me gustaba la sensación de culpa, debido a los sucesos que desencadenaron un disgusto. Ashley notó mi pesar y me abrazó. Se sentó frente a mí y me dijo:

—No reaccionó tan mal, se le pasará. Evidencia de ello es que está en tu baño tomando una ducha.

—Es todo de golpe. Echo de menos a Rain Lilly y también a mi viejo estudio.

—Tú querías uno más espacioso.

—Sí, es fantástico, no me hagas caso. En el otro no cabíamos. Al final siempre nos sorprende la madrugada trabajando y les toca irse muy tarde, o amontonarnos para pasar la noche. ¿Y Peter?

—No se mudó al estudio. Tal vez porque Alex ahora está en tu vida. Nos ayudó con la mudanza y dice que continuará colaborando con la misma disposición de siempre.

—Pobre Peter, ojalá se le pase pronto.

—Yo lo veo muy bien.

Una llamada inesperada nos interrumpió. Las dos miramos la pantalla del móvil y nos sobresaltamos al leer el nombre.

—No contestes —me sugirió Ashley.

—Tengo que hacerlo. Necesito saber cómo está Rain.

Tomé la llamada de Eric.

—¿Quién es ese hombre? —me lanzó como un martillazo—. ¿Es tu novio? ¿A qué se dedica? ¿De dónde salió? Ni siquiera lo conozco. Primero te besas con Hunter, luego ese asunto con el doctor Huxley, el tipo con el que me avergüenzas en la farmacia y ahora este baterista sale de la nada.

—Eric, lo siento. Hunter fue solo trabajo. Este chico es el mismo de la

farmacia. No hables de mí como si fuera una cualquiera —obvié que el tipo de la farmacia y con el que salgo no era otro que el doctor Tentación.

—Explícame. Porque yo estaba esperando que arregláramos nuestras diferencias. Pensé que estábamos distanciados porque no podíamos llegar a un acuerdo, no porque sales con otro.

—¿Cómo está Rain Lilly?

—No estoy hablando de la maldita perra. Estoy hablando de nosotros. No cambies el tema.

—No lo hago. Solo quiero saber si está bien. No he sabido nada de ella y se me hace injusto y terriblemente infantil que intentes chantajearme con Rain. Tú me la regalaste.

—Hasta esa perra es más importante para ti que yo.

—Eric, aún te quiero como persona. No tengo nada que reprocharte, pero no íbamos a ser felices. Tú quieres cosas de la vida diferentes a las que deseo yo. Es infantil y ruin chantajearme con Rain Lilly.

—No hables de inmadurez cuando te escapas con un chico por el mundo de ‘vacaciones’, y tengo que enterarme por Internet que me estás poniendo el cuerno.

—Ya habíamos terminado.

—¿Habíamos terminado? Pensé que pasaría cuando recapacitases que la vida que llevas no la puedes tener para siempre. Ya es hora de que crezcas, tu canal y ese mundillo que te ha imbuido se acabarán de la misma manera que empezó y no tendrás carrera. ¿Dónde te ves en los próximos diez años? Regresarás a casa sin nada.

—Eric, lamento terminar así. No hablaré contigo sobre mis planes profesionales.

—Estás evadiendo tus responsabilidades. Tu padre levantó un imperio para ti y tú le das la espalda.



—Mi padre mantuvo lo que su suegro le dejó en herencia.

—¿Y tú qué harás cuando llegue el momento?

—Eric, no dejaré de cumplir mi sueño por vivir el de alguien más. Solo recibí la llamada porque quiero saber cómo está Rain Lilly. ¿Me podrías decir algo de ella, por favor?

—Si te interesa, ven a averiguarlo. Al menos tú sabes donde vivo.

La ira se apoderó del tono de mis mejillas; cuando me volteé, vi a Alex detrás de mí, envuelto en una toalla de la cintura hacia abajo. También lo estaban David que había vuelto con la mochila y Ashley que seguía a mi lado.

—Lamento haber escuchado —dijo Alex—. Siento que no puedas tener a Rain Lilly.

—No tienes nada que ver.

—Debe haber algo que pueda hacerse.

—Solo que irrumpiera en su departamento a la fuerza y la trajera conmigo, porque el maldito me amenazó, dijo que iba a cambiar la cerradura.

—¿Lo comprobaste? Él no conoce dónde está el nido *Top Secret*, si la traes no sabrá dónde buscar. No te acusará por traer a la perra. Sería ridículo.

—A esta hora debe estar en su negocio. Podría ir y comprobar si la llave aún sirve.

—Te acompaño.

—¿Estás seguro? Si te encuentra allí, será un desastre.

—Me importa un carajo.

—Yo los acompañaré —dijo David.

¡Rayos! No tuvieron que insistir demasiado. Yo me moría por abrazar a esa pequeña bola de pelos. Ashley nos deseó suerte y partimos rumbo al departamento de Eric. Antes de pasar a la recepción les dije:

—Tendremos que actuar rápido porque el portero de seguro le avisará

de mi visita.

—El hombre te conoce, a mí también, no lo creo. Hemos venido otras veces incluso con Peter cuando Eric no ha estado. Yo me ocupo de despistarlo si fuera necesario. Además, te llevas muy bien con él —apuntó David.

—De acuerdo. Sonrían y traten de parecer relajados. Ya estamos adentro.

Saludamos al portero, David se encargó de jugar un poco con él y nos colamos en el elevador, cuando llegamos al piso, respiré profundo antes de meter la llave en la cerradura. La moví y giró. Nos metimos al apartamento y después de cerciorarme que Eric no estaba, comencé a llamar a Rain Lilly. No vino, no había rastros de ella, ni de ningún objeto que evidenciara que un perro hubiese estado viviendo allí en los últimos días. Las alas de mi corazón se cayeron y fueron oscilando lentamente hasta tocar el suelo.

—¿Dónde estará mi pequeño sol?

Alex me abrazó, me besó en los labios e intentó confortarme.

—Parece que nunca la trajo, preciosa. Yo te ayudaré a encontrarla. Te lo prometo.

—Es un bastardo y jamás podré perdonarlo. Es vil ensañarse con un animalito que lo único que ha hecho es darnos amor.

—¿Crees que lo hace porque también la quiere?

—Por supuesto que no.

—Usemos la lógica. ¿Dónde podría llevar a la perra? ¿A quién de su gente cercana le podrías preguntar?

—Moriría de vergüenza si tuviera que interrogar a su madre.

—¿Quién más?

—Su secretaria. Sabe todo de él, lleva su agenda, hace sus compras, maneja sus facturas personales. Si Eric hizo alguna compra de comida para perros o algo así, de seguro ella lo sabe.

—¿Crees que ella conozca el paradero de Rain? —preguntó David.

—No lo sé, pero estoy segura que sabe más que nosotros. Ahora debe estar en la empresa. En la noche le haré la visita.

—¿Sabes dónde vive?

—No, pero sé a quién preguntarle.

—Regresemos al nido hasta que sea la hora.

—Mejor vamos por un café o algo hasta que den las seis. Necesito resolver este asunto de una vez.

—¿Y si mejor la invitas a ella a un café y entre una cosa y otra le preguntas? Ya sabes. Solidaridad entre mujeres —insinuó Alex.

—Esa mujer es incondicional de Eric. Tendré que presionarla para que suelte la sopa. Nunca fui santo de su devoción, no sé por qué, pero siempre me dio la impresión de que no me soportaba, era amable porque era su trabajo y nada más —señalé.

—Me sorprende tu valentía, no entiendo por qué no lo hiciste antes —me dijo Alex sin dejar de abrazarme.

—Pensé que Eric no sería un cabrón y cedería tarde o temprano. Ya me cansé de su juego. Así tenga que regresar a su departamento y amenazarlo con que ustedes dos le darán una paliza, rescataré a mi perra.

—¡Preciosa, no te aceleres! No es necesario llegar a la violencia. ¿O sí? —dijo Alex.

—No es de los que se dan por vencidos fácilmente. Ya es hora de que se entere que yo tampoco y que Rain Lilly no es un objeto para que lo use en mi contra. Pronto la tendré conmigo.

—No sin luchar, bebé. Me gusta verte así, fuerte y dispuesta a poner fin al sufrimiento de la mini *dog* —soltó David.

Llegamos esa misma noche a la casa de la secretaria. Ya tenía armado

el discursito con que pretendía que me dijera hasta el último detalle de lo que supiera sobre Rain Lilly. Llamé a la puerta y casi se desmaya cuando me ve. Ni siquiera nos invitó a pasar, pero David, Alex y yo nos invitamos solos. Traté de ser amable, aunque estaba segura que la información que tuviera, no iba ser fácil sacársela.

—Buenas noches. No daré rodeos, no suelo visitarte, estoy aquí para que me digas todo lo que sabes de mi perra.

—Por favor, váyanse. Yo no sé nada y no son bienvenidos. Fuiste la pareja de mi jefe y hasta ahí nuestra relación, no tenemos nada de qué hablar.

La corbata de Eric me llamó desde el perchero del recibidor. La secretaria ya no pudo retenerme, me introduje más y seguí avanzando con ella detrás. Su portafolio de diario sobre un mueble para este fin, su *laptop* sobre la mesa del comedor y mis ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿El maldito está aquí? —le pregunté a la mujer.

—Lo siento, yo... —intentó justificarse y no la dejé hablar.

—Eric, sal.

—No tengas el descaro de reclamarle cuando llegas a mi casa con tu amante —me dijo la fulana, armada de valor.

—¿Mi amante? ¿Qué sabes tú de mi vida? —dije y ya no pude dejar de gritar—. Me importa un demonio que se acueste contigo, solo me exaspera que tuviera el descaro de exigirme lo que él no era capaz de dar. ¿Esto no es reciente, verdad? ¿Las juntas en la noche, las llamadas a deshoras, los plantones que me dio, eran porque andaba revolcándose contigo?

—Yo lo amo.

—¿Eric? ¿Dónde está el maldito? Dímelo, tengo un asunto que resolver y no es éste, ya te dije que me da igual con quién se enrede.

Me metí en la habitación y tampoco lo encontré. Algo me dijo que probara con la puerta del baño herméticamente cerrada, la abrí de golpe y lo

encontré disfrutando de la tina, con la cabeza recostada muy plácidamente sobre toallas dobladas, con unos audífonos inalámbricos y entonando una cancioncilla. Dio un brinco cuando se percató de mi presencia, se paró de golpe, intentó cubrirse con una toalla mientras se deshacía en justificaciones.

—¿Dónde está Rain Lilly? —fue mi única e insistente pregunta, una y otra vez, mientras obviaba sus explicaciones, las que ni había pedido ni me importaban.

Un llanto que hasta ahora había pasado desapercibido, captó mi atención. Mis propios gritos me habían ensordecido a ellos. David y Alex también lo escucharon y fueron al cuarto de donde provenían. Eric corrió detrás de mí, pero cuando vio a Alex se quedó congelado, no sé si por la ira, el odio, o la peor mezcla de ambos. Alex trajo la jaulita donde la tenían, la abrió, sacó a Rain Lilly y me la entregó.

—¿El cretino te regaló a mi perra por casualidad? —interrogué a la secretaria.

—No. Solo me pidió que la cuidara un tiempo.

—¿Al menos la has tratado bien?

—¿Cómo crees que la trataría? Llévate a la perra si eso te hace feliz. Si ya no amas a Eric déjalo en paz.

—Eric ya no será mi asunto, puedes quedártelo. ¡Qué te aproveche!

—No puedes llevártela —Eric trató de salir del *impasse* y dar patadas de ahogado.

—Hoy mismo tendrás una transferencia por mucho más de lo que gastaste en Rain Lilly. Deja a la perra en paz, no seas patético —le exigí.

# CAPÍTULO 32

## Alex

Rain Lilly no dejaba de temblar en sus brazos, de moverse, de agitar su colita, de dar lengüetazos por donde la atrapara. Era una perra extremadamente pequeña, flaca, con escasez de carne, con cara de rata, pero a ella la hacía feliz y su alegría hacía que en mi pecho se expandiera una nueva forma de tranquilidad. La lengüita de la Rata y sus brincos dentro del auto, también llegaron a David, con el que tembló de emoción. Y aunque lo intenté, no me escapé, su diminuta, pegajosa y húmeda lengua se coló dentro de una de mis orejas. Fue una experiencia espeluznante. Todo lo que soportas por la mujer que ha puesto tu mundo de cabeza.

Llegamos súper cansados al nido, Ashley hizo todo un aspaviento al recibir a la perrita, como si fuera la princesa del hogar. Creo que yo no era consciente de los privilegios de los que gozaba la Rata, me desayuné de ellos cuando en la noche quise subirme encima del cuerpo de Cecilia y perderme en su fuego, y el pequeño engendro dio un salto cual tigre y se coló en medio de ambos. Traté de ignorarla, pero mientras más besaba a Cecilia, la perra me hacía la competencia y le exigía atención.

Impotente, tomé al escuálido roedor en mis manos, me dispuse a dejarlo fuera y a cerrarle la puerta delante de su hocico.

—¿Qué haces? —preguntó Cecilia exaltada.

—La sacaré un momento, ya es hora de que vaya a su camita.

—Su camita está dentro del dormitorio.

Me giré a una esquina y divisé el *penthouse* rosa de la Rata, ni siquiera podía dormir a nivel del piso como un perro normal.

—La sacaré un rato. Solo para que nos demos cariñito, quiero recuperar los dos días que tenemos de retraso. Te deseo y no aguanto más, las cosas se pondrán candentes. No querrás que la Rata esté presente, se podría traumar.

—No la vuelvas a llamar así. Déjala dormir con nosotros, solo por hoy. Acaba de pasar por una experiencia traumática, no seas tan insensible. Piensa con la cabeza de arriba.

—Amor, estoy ardiendo de deseos. ¿Me dejarás quemarme vivo?

—Será solo una noche, te compensaré en la mañana.

La perra se reacomodó oronda mientras yo ahuequé mi almohada y resoplé como un toro bravo. Intenté besar a Cecilia, seducirla, para que ella misma sacara a su ‘Perrija’, pero la Rata escuchaba el sonido de un beso y se despabilaba, ponía ojos de corderito y se apoderaba de la atención de Cecy.

A la siguiente mañana recibí la llamada de Hunter de los *Black Dragons* y me pidió reunirse conmigo. No sé quién le proporcionó mi número, pero me vestí decente y acudí a conversar con él. Llegué al estudio de grabación de la banda, ya los había conocido a todos en la entrevista que les hizo Cecilia, pero ahora Hunter me los presentó de manera más formal. Después de bromear un poco con los chicos, me dio un recorrido guiado por el estudio. Terminé reunido con Hunter y el manager de la banda en una oficina a

puertas cerradas.

—¿Cuándo quieres tu audición? —preguntó Hunter.

—Aún no estoy seguro —dije y sopesaba que había conducido hasta aquí por una razón.

—¿Crees en el amor a primera vista?

—No. Pero creo que me ha sucedido, así que estoy confundido al respecto.

—Yo creo en la intuición y en el amor a primera vista. Mucho. No te puedo sacar de mi cabeza. Te necesito en mi banda, pero primero quiero que audiciones, que toques en uno de nuestros ensayos con toda la banda. Quiero comprobar que tu magistral interpretación no fue casualidad. No quiero terminar llevándome una decepción. Cuando vi el video que te tomó Cecilia y cuando supe que escribiste la letra y la música del último tema, me dije, Cecilia no está tan loca. Este chico tiene potencial. Sin embargo, y a pesar de todos los años que has estudiado música, no has destacado en esta faceta y eso me intriga. ¿Por qué diablos no te dedicas a la música? No me digas que no te apasiona porque eso no es lo que demuestra el video. Tengo dos preguntas. ¿Quieres trabajar con nosotros? ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararte para la audición?

—Estoy listo. Si te conformas con tres temas, puedo sacarlos ahora mismo. Son los únicos que me sé.

—¡Oh! ¿Te gusta nuestra música al punto de que has ensayado tres de nuestros temas?

—Me agrada lo que hacen.

—¿Y por qué no te mostraste emocionado cuando te invité a la audición?

—Eso mismo me pregunto.

—La banda está lista, hagámoslo de una vez.



La piel se me puso de gallina, respiré hondo, tomé las baquetas, estudié la partitura y comenzamos. Di varios traspies al inicio, pero cuando logré controlar los nervios todo fluyó como si siempre hubiese tocado con ellos. Terminé empapado, ya no supe si por el esfuerzo o por los nervios, pero nos despedimos y Hunter tenía una sonrisa de satisfacción. Fue honesto conmigo.

—Tengo otras propuestas que no son nada despreciables, los probaré también. Espera nuestra llamada para darte el resultado —me dijo.

Salí directo a buscar departamentos en renta, no quería abusar de la hospitalidad de Cecilia y aunque me encantaba convivir con ellos, reconocía que nuestro tórrido comienzo requería de alguien que lo encaminara. No podía apresurar las cosas y que termináramos detestándonos. Me senté en una cafetería a buscar sitios para rentar por Internet. Hice llamadas, en algunos casos con preguntar fue suficiente para darme cuenta que no eran para mí. En otros, visité las ofertas y no me agradaron. Todo lo que me interesaba estaba por encima de mi presupuesto, y lo que podía pagar no era suficiente para los planes que tenía. Mis ahorros me permitirían a duras penas, llegar a fin de mes y dar un mes de renta. Ya era tiempo de conseguir un trabajo. Luego de estudiar opciones para rentar sin éxito, regresé al nido. Nada más llamé a la puerta y David me abrió, la Rata se contoneó de forma extraña, se abalanzó sobre mí, dio un brinco y me obligó a alzarla. Dejó un rastro de besos húmedos sobre mi cara. Era un fastidio, pero sabía hacerse querer. Terminé acurrucándola cerca de mi pecho. Cecilia estaba trabajando, revisando ediciones de videos que se habían grabado en su ausencia.

—¿Dónde estabas? Saliste sin avisar —me dijo.

—Fui a buscar un departamento.

—¡Oh! ¿No estás cómodo aquí?

—No es eso. Me gustaría tener mi espacio. Quiero tener mis instrumentos donde viva y aquí no creo que sea factible. No podré ensayar mientras graban, tendríamos que poner horarios y no me parece justo. El estudio es también su lugar de trabajo.

—Entiendo. Hazlo si te hace feliz. A mí no me molesta que ensayes, ni poner horarios. Podríamos acondicionar un salón, pero no te voy a presionar. Quiero que te sientas libre, así que es tu decisión. Solo piensa antes de mudarte en escoger un buen sitio, no creo que a tus vecinos les emocione oírte tocar durante horas. Aquí lo bueno es que tenemos un piso entero para nosotros.

—¿No te enoja?

—No, tal vez sea mejor así. Solo quiero decirte que, si te quieres quedar, con batería o no, las puertas están abiertas. Y si necesitas tu espacio puedes regresar siempre que quieras.

Dejé la perra en suelo y la abracé. ¿Qué hacía esta mujer conmigo? ¿Se quedaría a mi lado cuando supiera que yo era un fraude? Tantos años de relación con Eric y nunca vivieron juntos y a mí me abría las puertas de su hogar. Ardía en deseos de decirle mi nueva resolución, que me iba a dedicar a la música, con los *Black Dragons* o con otro grupo que estuviera buscando baterista. No me iba a quedar de brazos cruzados durante toda una semana, buscaría otras opciones, aunque no fueran de la misma magnitud que los dragones. Me había decidido a apostarle a esta carrera, para la que me había preparado casi toda mi vida. Algo había estallado dentro de mí y solo se podía ver desde el exterior por mi sonrisa.

—¿Qué te pasa? Tienes un raro brillo en los ojos. ¿Qué estás tramando?

—Te quiero, Cecy. Todo mejorará para nosotros. Ya lo verás.

—Para mí ya es perfecto —me dijo.

Haría algo con mi vida, algo que me hiciera feliz y cuando tuviera una entrada económica decente le pediría que fuéramos novios. Sabía que esa simple palabra no cambiaría en nada nuestra relación ni lo que sentíamos, pero la haría feliz. Así que me desperté cada mañana y salí a repartir mi currículum. También aproveché para buscar un sitio donde vivir. Mi ánimo decayó al final de la semana, no había encontrado trabajo y los departamentos que podía pagar estaban por debajo de mis expectativas. No iba a regresar a la casa de mis padres en lo que esperaba que las cosas mejoraran, sabía que me lo echarían en cara y lo utilizarían para ejercer presión. Además, no olvidaba que la casa estaba en venta. Justo ocho días después de haberme entrevistado con Hunter y no tener noticias suyas, decidí que mientras el empleo apareciera tendría que trabajar de lo que fuera. Comencé a mirar opciones, era bastante deprimente, terminaría teniendo que hacer algo que no me apasionaba. Seguiría postulándome para otros puestos como músico hasta que pudiera vivir de ello. Solo pedía que la espera no fuera muy larga.

En la tarde, estábamos todos en el estudio jugando con Rain Lilly, que adoraba ser el centro de atención. No me quitaba de la cabeza que a la mañana siguiente aceptaría cualquier trabajo de mierda, con tal de salir adelante. Miraba a Cecilia y no quería decepcionarla. Una llamada entró a mi celular, e hizo que la Rata diera un brinco, número desconocido. Cecilia y todos se quedaron expectantes, les hice una seña para darles a entender que no era nada. Pensé que sería del banco o alguien intentando vender algún producto, pero contesté porque había dejado mi currículum por todas partes y a lo mejor era una llamada que me daría la satisfacción de saber que ya tenía con qué pagar mis cuentas. Escuché la voz del manager de los *Black Dragons*, el aire se quedó atrapado dentro de mis pulmones. Todos voltearon hacia mí, yo hablaba con monosílabos y estaba más pálido que la leche.

—Le esperamos mañana para la firma del contrato. Venga preparado, empiezan los ensayos. Pronto habrá una presentación. Tendrán que entrenar con todo.

—Ahí estaré, gracias —dije y colgué.

Solté el aire con estruendo y comencé a reír. Reí tanto que todos me rodearon y me exigieron hablar.

—Soy el nuevo baterista de los *Black Dragons*. Mañana firmo contrato y comienzo los ensayos para mi primera presentación.

La explosión que esperé de gritos de júbilo no llegó de inmediato. Se me quedaron mirando extrañados.

—¿Y tú cuando hiciste la audición? —preguntó Ashley—. ¿Por qué no dijiste nada?

—Fui la mañana después de rescatar a Rain Lilly. Es una locura. No dije nada porque tenía miedo de ilusionarme y que no sucediera. Ha sido la semana más estresante que he tenido.

—Felicidades, loco. Esto hay que celebrarlo, el doc de la percusión —dijo Dave que fue el primero en levantarse y darme un abrazo—. Prepararé algo para brindar. ¿Qué se te antoja, macho?

—Tequila.

—Vale.

—Yo también quiero abrazarte, cada día me asombras más —me dijo Ashley.

Cecilia aún permanecía en su asiento. Me le acerqué le tomé una mano y le pedí ponerse de pie.

—Es fabuloso, Alex —dijo al fin—. Me he quedado sin saber qué decir. Definitivamente te gusta sorprender. ¿Estás contento? ¿Es lo que querías? ¿No lo hiciste por alguna presión de nuestra parte?

—Es lo que quiero.

Me arrodillé sin soltarle la mano, a la par que Dave llegaba con el tequila y los vasos. Todos se quedaron aún más estupefactos.

—Loco, no te aceleres, es muy pronto para pensar en casarse —soltó David.

—¡Cálmense que no le voy a proponer matrimonio! Es un paso muy importante para mí. Solo esperaba tener estabilidad para hacerlo.

—¡Suéltalo ya que nos tienes en ascuas! —pidió Ashley.

De refilón vi a Ashley grabándolo. Los ignoré y me concentré en la mujer que tenía en frente, con aquella cara de ángel.

—¿Preciosa, quieres andar conmigo?

—Ya estamos juntos, ¿o no? —dijo Cecy.

—Pero no es algo formal. Es la primera vez que hago esto. ¿Cecilia Marcel, quieres ser mi novia?

—Sí —me contestó con una timidez que desconocía en ella.

—Soy el hombre más afortunado del planeta.

—¿Te puedo pedir algo? —me dijo—. Quédate a vivir conmigo.

—¿No te arrepentirás a los tres días y terminarás tirando mis cosas por la ventana?

—La verdad no lo sé, esto es una locura. ¿Y si nos arriesgamos?

—Acepto, si me dejan contribuir con la renta.

—Hazlo si te hace feliz.

# CAPÍTULO 33

## Cecilia

Enamorados, como un chicle, derrochando miel y con una carrera despegando en los medios de comunicación. La de él. No importaba si nos pasábamos la mayor parte del día separados, la madrugaba era toda nuestra. Él hacía lo que le gustaba y aunque venía cansado siempre tenía fuerzas para recordarme lo mejor de vivir con él. Su sabor en mi boca, su olor haciéndome explotar por dentro, su calor dándome refugio construyéndome un hogar.

Nuestra vida era un sueño, de esos que tejes en la adolescencia y que no todos tienen la dicha de conseguir. Comenzamos a hacer planes. No es que jamás tuviéramos un choque o una pequeña discusión por algo intrascendente, pero ya habíamos tomado decisiones importantes. Yo insistía en que lo esperaría hasta que volviera de las giras, él me decía que mi trabajo lo podía hacer desde cualquier parte del mundo. Decidió que cuando llegara el momento lo acompañaría. Quedamos en que si yo tenía un compromiso con el canal lo atendería y viajaría después a reunirme con él.

—Para mí es importante que convivamos. Pienso que la distancia empobrece al amor. Si es necesario que nos separemos alguna temporada,

adelante, pero si tenemos la opción de viajar juntos, ¿por qué vamos a desaprovecharla? —me susurró.

—Pero si tengo alguna entrevista importante le daré prioridad a mi trabajo.

—No te pediría menos, no forzaremos las cosas, pero siempre que podamos estaremos unidos. Eres lo más importante de mi vida, la Rata y tú. Las quiero conmigo.

—Deja de llamarle así. La insultas. Ella te quiere.

—Y yo me muero por ese pequeño saco de pulgas —. Rain Lilly lo escuchó y corrió a subírsele encima. Lo adoraba.

—¿No piensas hacer las paces con tu familia?

—Lo he pensado, me encantaría. Hablaré con mi hermano. Si respeta mis decisiones, daré el primer paso. Te soy sincero, lo extraño demasiado a él, a su esposa y a mis sobrinas.

—Deberías visitarlos.

—¿Vendrías conmigo? Quiero que conozcan a mi novia.

—Me da un poco de temor, la vez que nos tropezamos no fue muy agradable que digamos.

De pronto se puso de pie, como si recordara o se recuperara de algo.

—Tienes razón, será poco a poco. ¿Y tus padres?

—¿Qué con ellos?

—¿Crees que les agradeceré? —me preguntó.

—Ja, ja, ja, ja —no pude decir más.

—Te ríes para no contestar.

—Mi padre había albergado muchas esperanzas en mi relación con Eric. Creo que ni tú ni yo cumplimos con sus expectativas. Él quiere un hombre de negocios que me ayude a administrar los bienes que me heredaré.

—No dejemos que nadie nos influya, créeme, viví con eso muchos

años y termina por aniquilarte el alma. Sé como siempre has sido, corre detrás de tus sueños.

No lo dejé preocuparse más, lo embosqué y le robé un beso. Sus labios carnosos se dejaron seducir y terminamos haciendo travesuras, así resolvíamos los conflictos más difíciles. Una mordidita, una caricia y nos perdíamos el uno en el otro.

Un par de meses de ensayo y todo sobre ruedas. Lo de nuestras familias lo pospusimos, él hablaba con su hermano muy esporádicamente y con sus padres casi no lo hacía porque siempre terminaban enfrascados en una pelea. Su padre reprobaba su carrera artística. Yo también me alejé de los míos porque cada vez que hablábamos era para reclamarme por el rompimiento con Eric. Ni siquiera tomaron en serio mi nueva relación, a veces creía que se olvidaban que estaba saliendo con otro. Creían que era una fase y que iba a regresar con Eric más adelante. Lo que no sabían mis padres del yerno prodigio, era que por quién sabe cuánto tiempo, Eric se había estado acostando con su secretaria y que me dejaba plantada por supuestas emergencias de negocios. Su secretaria había llegado a nuestras vidas hacía dos o tres años, y se había vuelto imprescindible para él.

La primera presentación de Alex con la banda en *STAPLES Center*, el gran reto, tocarían un par de temas con un cantante de moda, con quien tenían una colaboración. Mi equipo y yo estábamos en primera fila, queríamos sacar buen material para el canal, pero le dejé tener el control a Ashley. Yo estaba en el papel de novia. Pasé a desearle éxito al camerino.

—Llegó el momento —dijo.

—Lo harás bien. Contágate de la vibra de Hunter.



—Hunter está mal de la cabeza y tiene experiencia en esto.

—¿Estás emocionado?

—Mucho.

—¿Nervioso en tu primer concierto?

—¿Tú qué crees? Nunca me había parado en un escenario así, es inmenso. Si me besas se me olvidarán los nervios al instante. Me das fuerza para enfrentar lo que sea.

—Estaré en primera fila.

—Te amo.

Fue la primera vez que lo dijo, mi piel se erizó y no pude resistirme a besarlo. Ni siquiera me dejaron decirle que yo también lo amaba. Tuvieron que despegarnos y arrastrarlo al escenario y aquella frase se me quedó atorada en la garganta.

Era una locura, las fans enardecidas, casi veinte mil personas coreando, las luces centellando y Hunter apoderándose de la noche. Alex se creció en el escenario, fue tomar las baquetas y prenderle fuego a la batería. Al terminar la última canción corrí a buscarlo, pero estaba asediado por reporteros, todos querían conocer su historia y de dónde había salido. Me hizo señas para que lo esperara, pero decidí ir con los míos. A la hora de irnos le marqué al móvil, aún no habíamos podido volver a vernos.

—¿Irás a casa? —le dije.

—Los chicos quieren celebrar. Quería regresar contigo, pero Hunter cree que es bueno que socialice con ellos. No irán novias, así que...

—No te preocupes. Ve. ¿Te espero despierta?

—Mejor no lo hagas.

—No te preocupes.

Ashley y David se quedaron con las caras largas cuando escucharon que Alex no regresaría con nosotros. No hicieron ningún comentario al

respecto y se los agradecí. Justo cuando David ponía el motor en marcha, Alex apareció y nos detuvo, mi corazón dio un vuelco, me sacó del vehículo y me envolvió en sus brazos, me besó hasta robarme el aliento.

—¿Te ibas sin darme un beso? —añadió.

—Era imposible llegar a ti, con tanta gente a tu alrededor.

—¿Quieres que regrese contigo? Les puedo decir que no podré acompañarlos.

—No. Haz lo que tengas que hacer.

—¿Confías en mí?

—Claro. Yo también te amo —pude decirle al fin.

Volvimos a besarnos y a sacar chispas, hasta que sus nuevos amigos aparecieron. Le pidieron que agilizara su despedida, las bromas de Hunter no se hicieron esperar y ya me preguntaba si realmente lo hacía sin querer o a propósito lo quería alejar de mí.

—¿Tomaste agua? —le pregunté a Alex antes que me soltara la mano y se fuera de mi lado.

—Sí.

—Sigue haciéndolo, tienes los labios muy secos, no te vayas a deshidratar.

Tras la primera presentación, Alex dejó de ser el hombre que yo conocía. Ahora todo giraba en torno a él y a la banda. Lo había hecho excelente y se había ganado buenas críticas. Había cientos de videos en *YouTube* y muchas referencias en varias páginas *web* sobre su intervención. Las revistas nos sacaban como la pareja perfecta, pero tras la presentación, todo cambió.

# CAPÍTULO 34

## Alex

Ahora Cecilia era quien tenía un evento importante para *youtubers*. Se iba para Miami por una semana. Aprovecharía para entrevistar a unos artistas que vivían en La Florida. Quedamos en vernos en una semana. Me quedé solo en el nido. Ni siquiera dejaron a la Rata. Igual, no la habría podido atender, me la pasaba fuera. Los *Black Dragons* estábamos ensayando a tiempo completo para la próxima gira, mi primera.

Aunque Cecilia se esforzaba en ocultarlo, sabía que sus padres no aprobaban lo nuestro. Ni siquiera pensaba en eso porque algo similar sucedía con mi familia. Para unos y otros, nosotros no debíamos estar juntos. Por eso, cuando recibí la visita del padre de Cecilia no me sorprendió tanto, era el momento propicio, podíamos hablar a solas.

—Buenas noches, señor Marcel. Me da gusto conocerlo —intenté ser amable.

—Alexander Huxley. Sé todo sobre ti. Es muy fácil destruirte. Eric también lo sabe, yo mismo le di la información. Te aprovechaste de mi ingenua hija. ‘El gran doctor Huxley deja todo por una mujer’. Solo que el doctor es tu

hermano. Imagino que Cecilia no sabe nada. Tienes una semana para decírselo. Sé que no te perdonará. Mi hija tiene un gran defecto, es muy soberbia y no soporta que la traicionen.

—Fue un error terrible y lamentable, pero la amo. No he sabido cómo enfrentarlo por temor a herirla.

—Ya la estás lastimando. Cada día que alimentas su amor, te pasará factura. Cuando sepa la verdad y mire hacia atrás, el golpe será más doloroso. La has convertido en idiota. ¿Cómo te la has arreglado para solventar tu fraude?

—Trataré de enmendar las cosas.

—No nos interesa que arregles nada. Te queremos fuera de la vida de nuestra hija. Mi esposa y yo estamos de parte de Eric. Tú solo eres un accidente en el camino de Cecilia. Tienes una semana para desaparecer. Cuando ella regrese del viaje espero que no te encuentre aquí.

Los padres de Cecilia estaban en *shock* y desaprobaban lo nuestro, habían tomado partido por Eric. Por supuesto que no tenían idea de lo que Eric hacía con su secretaria. No le conté al señor Marcel. No me correspondía. Una cosa era segura, mientras más personas se oponían a lo nuestro más la quería.

Cuando no creía que me podía ir peor en esa semana sin ella, el manager de la banda contrató a una revista para que me entrevistara. El tema sería: ¿Quién es Alex Huxley? Y me dio un ataque. Traté de rehusarme, puse mil pretextos, pero no pude escaparme. Era una estrategia de promoción y tuve que quedarme cruzado de brazos. El día de la sesión de fotos y la entrevista, hablé por *FaceTime* con Cecilia.

—Te ves guapo, mi amor, pero un poco asustado. Tu primera entrevista y yo separada de ti. ¿Cómo te sientes?

—Raro. Te extraño demasiado. Tú eres buena en estas cosas, haré un

desastre.

—Tranquilo, todo estará bien.

—Nunca olvides que te amo.

—¿Por qué tan serio de pronto?

—Es importante para mí que lo sepas.

Las fotos se resolvieron sin contratiempos, las preguntas que parecían las más normales del mundo, para mí fueron capciosas. Claro, porque tenía un enorme secreto que salvaguardar. Cecilia tenía que enterarse por mí, no por su padre, Eric o una revista. De lo contrario, no me lo iba a perdonar.

—¿Nombre completo? —comenzó la reportera.

—Obvie ese dato. Mi nombre artístico es el único que quiero que aparezca. Alexander Huxley —contesté.

—Estamos empezando mal, tienes que soltarte, no es un interrogatorio del FBI.

—Háblanos de tu familia. ¿Quiénes son tus padres? ¿Cuántos hermanos tienes y cómo se llaman? ¿Cómo te introdujiste en la música?

—Lo siento, no responderé preguntas demasiado personales.

—No exageres. Acabas de saltar a la fama y ya te estás poniendo difícil.

—No me importa la fama. Estoy aquí porque me lo exige un contrato, no por ningún interés personal.

—¿Es cierto que estudiaste una carrera a la par de la música? —volvió al ataque con otra pregunta que me ponía los pelos de punta.

—Tampoco responderé a eso. Concéntrese en preguntarme acerca de la música. No deseo mezclar mis dos perfiles profesionales.

—De acuerdo. Aquí tienes el listado de preguntas. Dime cuáles no responderás y te diré si podemos hacer esto o tendremos que posponerlo. Así no se puede trabajar.

Tomé el papel y taché tres preguntas más de ese estilo. La reportera lo tomó, lo observó con una mueca y prosiguió. La entrevista se centró en preguntas como: ¿Cuándo decidiste hacer la audición para presentarte ante la banda? ¿Cuéntanos del video que se esparció en *YouTube*? ¿Qué relevancia tuvo para tu entrada en la banda? ¿Qué te inspira al componer un tema? Etcétera.

Terminé sofocado, pero con cierto alivio al saber que había podido tener el control de la información que iba a salir a la luz. El manager no estuvo contento y me habló para hacerme ciertas advertencias cuando la reportera se quejó de mi comportamiento. Tuve el apoyo de Hunter y aquello me tranquilizó. Solo quería que aquella semana terminara y que Cecilia estuviera de nuevo entre mis brazos.

Ella llegó a tiempo para disfrutar, más que yo, de la publicación. Juntos recibimos el ejemplar y la leímos.

—Eres todo un hombre de éxito —me dijo y me besó.

—Cecy, necesito hablar contigo —dije y la voz me tembló—. ¿Sabes que te quiero, verdad?

—¿Qué pasa?

—Hagamos un viaje, como el que hicimos. Quiero estar a solas contigo. Aunque sea tres días.

—Estás raro, Alex. Hace tiempo lo vengo notando. Es la presión. Tranquilízate. No puedes irte ahora. Recuerda los ensayos y el contrato que tienes.

—Lo sé. Es solo que me gustaría que estuviéramos solos un tiempo.

—¿Pasa algo con David y Ashley?

—No, ellos son fenomenales, incluso Peter también. Es solo que te extraño.

—Ya estoy aquí.

—Tomaré un baño e intentaré relajarme.

Nada me ayudó a calmarme. Menos, cuando dos días después otra revista me contactó por vía telefónica. Pensé que eran cosas del manager, pero cuando me dieron información que éste desconocía ya no supe si era obra del padre de Cecilia, de Eric o de los dos juntos. Hablaba de mis tres fracasos universitarios, de la relación complicada con mi padre. Aparecían los nombres de mis familiares, con Christopher como mi hermano. El escrito se titulaba: ‘Lo que no sabes de Alex Huxley’ y saldría en una semana. Me hablaban por si quería colaborar.

—¿Colaborar? ¿Con permiso de quién publicará acerca de mi vida? No sé cómo obtuvo mi número, pero no estoy interesado.

—Tenemos toda la historia de muy buena fuente. ¿Le gustaría posar para las fotografías o subimos las que le tomó nuestro fotógrafo *in fraganti*?

—No apruebo esa nota.

—No le estamos pidiendo permiso, existe la libertad de prensa. Le estamos informando que va a salir, prefiere colaborar o la sacamos con los datos que pudimos recabar.

Temblé.

Situado en el ojo del huracán, busqué el apoyo de mi hermano. Llegué a la clínica después de toda esa ausencia. Me abracé a Martha y le pedí perdón por no llamarla. Ella ni siquiera reparó en mis palabras. Solo se puso feliz por tenerme allí.

—¡Alex, qué alegría verte! Cuando me dijeron que estabas de músico se me puso la piel de gallina. Siempre te dije que ése era tu destino.

—Debí haberte escuchado más —le dije.

—Estás más flaco. ¿Cómo te alimentas?

—Es la falta de tus emparedados.

Mi hermano me estaba esperando. Fui a buscar su ayuda y me topé con que él estaba viviendo su propio infierno. Después de las peleas y los desencuentros, verlo me reconfortaba, quise abrazarlo, pero él estaba lidiando con los estragos que el doctor Wallace estaba causándole, y Chris seguía responsabilizándome. Así que me tragué las ganas de abrazarlo y de decirle cuánto lo extrañaba.

—Wallace no se quedó tranquilo y armó todo un espectáculo para desacreditarnos —me dijo.

—¿No entiendo qué quiere? Ya renuncié. Nunca tendré la dichosa cédula. ¿No es suficiente para redimirme?

—No es a ti a quien quiere. Busca desprestigiar la clínica para arruinarme. Como el doctor Johnson me apoyó tras tu renuncia, Wallace se quedó con más resentimiento. Ya esparció el rumor ante nuestros colegas de lo sucedido con Cecilia. Estoy intentando frenarlo todo lo que puedo, para que no llegue a oídos de nuestro padre. Lo destruiría —hizo una pausa—. Entiendo que has venido a pedirme un consejo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ya no sé si quiero abrumarte con mis problemas. Me has de culpar a mí por todo lo sucedido.

—Sé que no eres perfecto, Alex. Yo tampoco lo soy. El que tú hayas sido mi talón de Aquiles no me deja indiferente. Debiste ser más sagaz. Un desliz fue suficiente para que Wallace te atrapara y me arrastrara contigo.

—Tal vez deberíamos unirnos para luchar contra Wallace. Logró separarnos y así le será más fácil hacernos daño.

—Wallace se aprovechó de un error que no debías cometer. Resulta que hacerte pasar por mí me ha generado más problemas, incluso, que haberte



enamorado de esa mujer.

—Por eso estoy aquí. Ella aún no lo sabe. Estoy enamorado como el mayor de los idiotas y ella me ama, su padre me está amenazando con decirle la verdad. Vivo un calvario escurriéndome entre los medios de comunicación para que una nota fatal no acabe con mi vida.

—¿Estás bromeando? ¿Cómo Cecilia no se ha dado cuenta de tu engaño si convive contigo a diario? ¿Cómo le has hecho para mantener esta farsa?

—Ni siquiera lo sé, creo que el temor a enfrentarla me ha hecho encontrar el medio.

—Tienes que estar preparado. Ahora que eres figura pública, a lo mejor Wallace vende el dato a una revista, lo que también me perjudicará a mí. Tienes que decírselo antes de que se entere por otra fuente.

—Ya tengo una revista acechándome, y al padre de ella que es mucho peor. El círculo se cierra en torno a mí.

—Cuéntale la verdad.

—¿Y si no puede perdonarme?

—Serás responsable de tus actos. Y prepárate, nuestros padres están en camino. Papá viene convencido de que te hará entrar en razón.

Salí devastado. Con todas las amenazas sobre mí, solo dos cosas me importaban: proteger a mi hermano del escarnio público y no perderla. Había extendido tanto esta mentira en el tiempo que temía que nunca me perdonara.

Regresé al estudio con un solo camino. Tenía que decirle la verdad esa misma noche. La miré a los ojos y me quedé sin palabras. Ella notó que no estaba bien y su instinto le hizo querer protegerme, calmarme, así que me llenó de besos, me cobijó en sus brazos y yo me dejé vencer por sus caricias. Tenía que enfrentarla con la verdad pero no podía, por eso me aferré a su cuerpo, mi

refugio, solo quería perderme en su hoguera, que me derritiera una vez más para olvidarlo todo y abandonarme al sentirme dentro de su cuerpo, de su alma. Cuando llegó el momento de poseerla, no pude hacerla mía. Me atraía demasiado, estaba ardiendo de deseos, pero no pude mantener la erección. Era la mujer perfecta, la que amaba, la que me encendía con una mirada, la deseaba a morir, pero no pude.

—Dame un segundo, amor. Iré por un vaso de agua —me justifiqué cuando mis esfuerzos fueron en vano.

—¿Ahora?

—No aguanto la sed.

Tomé el celular con disimulo, me puse un short y salí caminando hacia la cocina. Llamé a mi hermano sin importar la hora.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Con Cecilia.

—Papá está preocupado. Llegarán mañana.

—Te estoy hablando para que me ayudes en un penoso asunto. Mi campeón no está funcionando como siempre.

—Ya te he dicho que lo llames por su nombre, es pene.

—Chris, es de cariño y para subirle la autoestima, más ahora. Ella me está esperando y yo quedé como un idiota. No entiendo nada, si es la mujer que más me atrae en el mundo, solo de verla me sofocan las ganas. La respiración, el yoga, el tantra, nada me ayuda.

—Ni te ayudará. Lo que tienes es culpa. Tienes que decirle quién eres. Háblale con la verdad.

—Lo he intentado, pero no puedo. No sabría vivir sin ella.

—No hay otra solución.

Regresé al dormitorio y ella aún me esperaba despierta, respiré, lo intenté otra vez y nada. La besé en la frente, le dije que estaba cansado y que necesitaba dormir.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—No te desates. Estoy agotado. Los ensayos no me dejan energía para nada.

—No entiendo qué te sucede y sí me pongo nerviosa, porque no llevamos tanto tiempo y no es posible que primero me enciendas y luego me digas que estás cansado.

Y comenzó a martillarme su reclamo en la conciencia. En qué momento me había convertido en Eric o peor. Yo era un fiasco mayor. Mi campeón pasó a ser un perdedor.

—¿Ya no te atraigo como mujer? —se asustó.

—Perdóname, mi amor, te juro que te amo y que no tiene nada que ver contigo. Te deseo, pero estoy pasando por una mala racha y no puedo concentrarme.

—Discúlpame, me he puesto histérica solo de pensar que dejes de quererme. ¿Qué te pasa? Habla conmigo. ¿Cómo te puedo ayudar?

—Prométeme que pase lo que pase nunca me vas a dejar.

# CAPÍTULO 35

## Cecilia

La noche anterior me había dejado preocupada. No podía negarlo. Quería confiar en él. Si cerraba los ojos y respiraba profundamente lo hacía, pero su cambio desde que era el baterista de los *Black Dragons*, me ponía en alerta. ¿Qué sucedía? ¿La fama lo alejaba de mí? ¿Se había enamorado de alguien más? ¿El fuego se extinguió? Recordé cuánto tiempo había pasado desde que Eric me pretendió hasta que acepté ser su novia. Me vino a la mente lo mucho que esperé para hacer el amor con él por vez primera, ni que se diga de vivir con él, nunca lo hicimos por completo. Mis sentimientos por Eric fueron confiables, por Alex habían sido impulsivos. Ahora tenía esto. Si me dejaba, me rompería el corazón. Y no le reprochaba su rechazo en la cama, si no me deseaba en ‘ese’ momento lo podía entender, su actitud de las últimas semanas era lo que me angustiaba. Se había distanciado emocionalmente.

La llamada de Eric me desconcertó, justo en medio de mis dudas y esa batalla campal con mis sentimientos. Aseguró que tenía algo urgente que decirme y como estaba susceptible, terminó por convencerme. Acudí a su departamento.

—Cecilia, te pido perdón. Lo mío con la secretaria no significó nada. Aún podemos salvar lo nuestro.

—¿Estás delirando? Te sorprendí con ella, infeliz.

—Es a ti a quien amo.

—Eso lo hubieses pensado antes.

—Ya no estábamos juntos y tú estabas también con otro.

—Te veías con ella desde que aún estábamos juntos. Yo cada día era más infeliz en nuestro noviazgo y tú en vez de unir fuerzas conmigo para intentar salvarlo, te acostabas con tu secretaria e inventabas situaciones de ‘emergencia’ a deshoras para verte con ella, porque no te era suficiente estar a su lado todo el día en la oficina. ¿Al menos usaste condón con ella?

—Sí, siempre. Perdóname. Dialoguemos. Lo nuestro aún puede salvarse y yo quiero casarme contigo, si aún me aceptas.

—Te soy honesta, me duele más que me hayas chantajeado con Rain Lilly que descubrir tu infidelidad sostenida.

—Lo de la perra fue en un arranque de desesperación. Lo de ella ni sé cómo pasó. Escúchame cuando te hablo, ni siquiera me estás mirando.

—No vale la pena, tú me fuiste infiel por quién sabe cuánto tiempo. No fue cosa de una noche.

—Inició desde que la conocí. Fui un idiota. Me deslumbré con la novedad, pero eso ya está acabado. Te amo a ti.

—Ya que nos estamos poniendo sinceros, yo también te seré honesta. Tenías razones para estar celoso. Tampoco te era fiel.

—Lo sabía. ¿Andabas con Hunter o con el tal Alex cuando aún eras mi novia?

—No. Esos fueron fantasmas. Cuando inicié con Alex, tú y yo habíamos terminado. Te engañé con Peter y tampoco fue una vez. Lo hicimos muchas veces y no porque yo lo amara, él era mi escape porque ya no

soportaba ser miserable a tu lado. ¿Continúas insistiendo en salvar nuestro compromiso? No éramos genuinos.

—¿Peter? ¿Cómo es que nunca sospeché nada? —se lamentó por un par de minutos y terminó por decir—: Te perdono, pero regresa conmigo. Aprendí mi lección, creía que era dueño de la situación y solo era un cornudo más.

—No podría casarme contigo, Alex, ya no te amo.

—Mi nombre es Eric.

—Eric, lo siento. Estaba pensando en Alex cuando hablaste.

—¿Problemas en el paraíso?

—Lo quiero a él.

—Pues dile que también sea honesto contigo porque te aseguro que tiene cola que le pisen. Dile a tu noviecito, bueno para nada, que, si en un día no te ha dicho la verdad, yo te la diré.

Me quedé sentada en un sillón que daba directamente a la puerta, mirándola fijamente y esperando a mi novio. Las palabras de Eric me hacían pensar que algo había descubierto y yo temía que era una amante. ¿Qué otra cosa podría ser? Cuando llegó de su ensayo y trató de evadirme lo enfrenté.

—Eric dijo que tienes algo importante que decirme. Te dio veinticuatro horas para quitarte la máscara. ¿De qué está hablando? ¿Me dijo que te preguntara quién es Christopher Huxley? Dice que, si no tienes los pantalones para decirme la verdad, él terminará con tu teatro.

—¿Eso te dijo? Fantástico. Me parece excelente porque ya no puedo más —dijo y su rostro se congestionó.

—No importa lo que haya dicho Eric, yo creo en ti, de seguro está tramando algo para separarnos.

—Christopher Huxley es mi hermano, el que conociste, el que casi me

muele a palos. Bueno él es el psicólogo, el de los mil títulos, el que debió atenderte en aquella cita.

—No, no, no me salgas con esto, por favor. ¿Y si él es Christopher Huxley, quién demonios eres tú? ¿Con quién carajo me he estado acostando todo este tiempo? ¿De quién demonios me enamoré?

—Yo solo fui una casualidad. Debí cambiar tu cita, pero lo olvidé y cuando te vi ahí fue más fácil atenderte que enfrentarme a los incontables reproches de Chris.

Lo golpeé en el pecho, lo empujé y él solo intentó calmarme, abrazarme. A lo mejor hubiese sido más fácil perdonarle una aventura con otra.

—Eres patético. ¿Al menos eres psicólogo?

—No. Suplanté a mi hermano. Estaba estudiando la carrera, era su practicante, me quedaba alrededor de un año para graduarme. Abandoné la escuela cuando Wallace me amenazó y descubrió mi embuste.

—¿Abandonaste tus estudios por lo de Wallace?

—Era mi profesor y empezó a presionarme. De todas formas, la iba a dejar.

—¿Cómo te llamas?

—Alexander Huxley, el patético hermano de la eminencia. Y para que quede evidencia de mis fracasos, no es la primera carrera que abandono, es la tercera. Por eso el odio justificado de mi padre, por eso se fue a vivir al otro lado del mar, porque no quería verme estrellarme, como lo estoy haciendo, por debajo de sus expectativas.

—¿Al menos lo que dijiste sentir por mí es cierto?

—Te quiero, Cecy.

—Tú y tus continuas lecciones morales y de cómo vivir la vida. ¡Eres un fraude, Alex! Me iré a dormir a otra habitación, necesito estar sola esta

noche. Quiero procesar la información. No sé si pueda perdonarte.

—Ahora que por fin desnudo mi alma, dudas de mí. No soy lo que esperabas. No tuve valor para decírtelo, temía perderte. No tienes que abandonar tu habitación. Saldré, regresaré en unos días. Hablaremos y ojalá me puedas perdonar.

—¡Me interesa un carajo los títulos que tengas o no! ¡Me mentiste sobre quién eres! ¡Y tuviste infinidad de oportunidades para aclarar el error y cerraste la maldita boca! —lo vi intentar desaparecer con los ojos cubiertos de lágrimas—. No huyas. Si no tienes los pantalones para afrontar esta crisis aquí conmigo, lárgate. Pero si quieres redimirte aguanta como un hombre hasta que tome una decisión. No compartirás mi cama hasta que decida qué hacer con lo nuestro. Puedes quedarte en el cuarto de huéspedes, pero si sales por esa puerta será para siempre.

—Cecy, llevamos muy poco tiempo saliendo y todo ha sido como una montaña rusa, pero de una cosa estoy seguro. Te amo.

—Si me amas, dame tiempo para analizar si en verdad podré perdonarte.



# CAPÍTULO 36

## Alex

El teléfono sonó en el peor instante, necesitaba decirle todo lo que me estaba quemando por dentro, gritarle mi amor, para que no dudara, porque lo que había visto en sus ojos me había causado pavor. Las palabras del señor Marcel asegurándome que ella jamás me perdonaría eran un calvario para mí. Pero tuve que frenar y dejar que se refugiara en su habitación, para contestar la llamada de Chris. Mis padres llegaban hoy y creí que sobre ese asunto se trataba. Era el número telefónico de Chris, pero quien me hablaba era Martha.

—Alex, mi niño, ven a la casa de tus padres.

—¿Ya llegaron?

Por un momento no me resultó raro porque Martha era su secretaria y parte de la familia. Cuando llegaban mis padres solían instalarse en su antigua residencia. Intenté decirle que tenía una situación, que les vería mañana temprano, pero Martha insistió:

—Alex, ven ahora. Aquí te esperamos, es importante.

Le aseguré que estaba saliendo para allá. Antes pasé a despedirme de Cecilia, como no quiso que me le acercara, ni que le dejara un beso en la

mejilla, le escribí en un papel:

*Ojalá me permitas corregir mis errores. Desde el primer encuentro, cuando nuestros ojos se tropezaron, supe que serías mi perdición. Y no me arrepiento, porque si te hubiese dicho la verdad, habrías salido por esa puerta y no te habrías enamorado de mí. La única que me puede alejar de tu lado eres tú misma. Nunca saldrás de mi corazón, ni aunque me niegues el perdón, ni aunque me ciegue la rabia de perderte, ni aunque algún día el despecho me haga mirarte a los ojos y decirte que ya no te amo. Si no me perdonas, tal vez el orgullo y el odio me hagan darte la espalda, pero jamás dejaré de amarte. Sería imposible, mi amor, no lo olvides.*

Lo deposité en la mesa de noche y le dije:

—Tengo que ir con urgencia a casa de mis padres, parece que han llegado. Te he dejado una nota sobre el buró, por favor, léela. Regresaré esta noche. Dormiré en el cuarto de huéspedes si te hace feliz, pero seguiremos bajo el mismo techo, mientras me des una esperanza.

Ni una palabra de vuelta. Ahora sabía cómo se sentía la Ley del Hielo. Lo había hecho con ella cuando me sentí traicionado por lo del video. Al final fue una confusión y me tocó arrepentirme por mi actitud. Entendía que necesitaba su espacio.

Vi los autos afuera de la residencia, el de Martha, el de Chris. Menudo recibimiento. Por la forma en que Martha me presionó para venir, imaginé que mi padre tenía un discurso preparado para mí. Respiré hondo y entré. Como decía Christopher, tenía que hacerme responsable de mis actos.

La escena en el interior fue aún más dramática de lo que esperé. Mis padres no estaban abajo, Christopher lloraba en un sillón, Mary lo consolaba y Martha acudió a recibirme. Mi corazón latió acelerado ante la trágica escena, no tuve que preguntar nada; Martha con enormes lagrimones que le bañaban el

rostro, me comunicó:

—Tu padre tuvo un infarto.

—¡No, no, no!

—Así es, mi niño, no sobrevivió. Lo siento mucho.

Nadie me explicó el motivo, pero sentí las miradas de Mary y Martha compadecerme y la de Christopher acusarme como el responsable de lo sucedido. Lloré y mi dolor tenía vida propia, el dolor con culpa es el más humillante de todos, porque te convierte en esclavo. Comenzó a llegar la familia más cercana, y cada palabra de pésame era una daga que se clavaba en mi corazón. Nadie lo decía abiertamente, salvo Chris que lo tenía tatuado en sus ojos, pero los gestos condescendientes de los demás me hacían cada vez más insignificante. Los ‘si hubiera’ comenzaron a taladrarme el cerebro. Martha me rescató, me alejó del resto y me suplicó que subiera a ver a mi madre.

—¿Ella está aquí?

—Sí, está muy asustada. Tu padre tuvo el infarto durante el aterrizaje, fue fulminante.

—¿Por qué no me avisaron antes? Pude ir por ella al aeropuerto.

—Chris se encargó. Tu padre está arriba, con tu mamá, ve a despedirte de él, antes que lo preparen para el funeral.

—No lo puedo hacer, no tengo valor para estar frente a él. Es mi culpa.

—Calla. Uno elige sus propias batallas y tu padre eligió ésta. Eres quien eres, corazón, y si no hubieras dado el paso, habrías sido infeliz toda tu vida. Ya se lo he dicho a Christopher hasta el cansancio, el doctor Wallace es el responsable de poner nuestro mundo de cabeza. Tú te equivocaste, es verdad, pero el doctor Wallace no tenía derecho a creerse inquisidor y pedir la cabeza de tu hermano y la tuya. Despídete de tu padre, Alexander Huxley, porque si no lo haces ahora, cuando quieras hacerlo ya no podrás.

Subí los peldaños con el corazón en un puño, con el alma tambaleante y un dolor profundo en el pecho, que me hacía experimentar a nivel físico la intensidad de la tristeza. Mi madre tenía el mismo brillo en los ojos que Christopher, eso me devastó. Hubiese querido que tan solo una vez en la vida me mirara como lo hacía Martha, o como lo hacía Mary, pero siempre me hacía sentir desmerecedor de su amor.

—Madre, lo siento.

Ella se acercó a mí sin decir nada y me abrazó, pero no pudo disimular la frialdad de su abrazo. Era la dualidad, su corazón de madre dividido en dos, de un lado, compasiva como un deber que no terminaba de asumir y del otro, castrante.

Me arrodillé ante el lecho de mi padre y le pedí perdón a viva voz, mi madre no pudo aguantarlo y tuvo que salir. La muerte de mi padre terminó arrebatándome la nobleza de mi alma, porque ahora era un condenado, por mi familia, por la mujer con la que no había sido sincero. Ya no me quedaba nada.

Me quedé como un *zombi* durante el funeral, nadie me creyó digno ni para decir unas palabras. Mi hermano, en cambio, con la magia y la preponderancia que siempre lo habían envuelto, se encargó de la familia. Yo me quedé de pie al lado de mi madre, como un ser que espera una oportunidad para redimirse, una que aún no le han otorgado, pero ella solo quería refugiarse en Chris.

Cuando reparé en mi reloj y las casi veinticuatro horas que habían pasado desde que había dejado el estudio, recordé a Cecilia y la promesa que le había hecho de no abandonar nuestro nido. Le marqué al celular y me ignoró por completo. Llamé unas diez veces y se negó a contestar. Pedí el apoyo de Martha.

—Martha, necesito un favor tuyo.

—Dime, corazón, pareces un alma en pena. No has comido nada, haz el esfuerzo.

—No. Me ayudarás más si le hablas a Cecilia, aquí está su número. Explícale lo sucedido. Coméntale que mañana es el entierro y que me gustaría que me acompañe.

—Alex, no creo que sea la mejor idea.

—¿Por qué?

—Hijo, espera que las cosas se asienten.

Seguí marcándole sin resultados toda la noche. A la mañana siguiente, nos preparábamos para partir hacia el cementerio. Aunque Martha era sensata y consideraba que la presencia de Cecilia solo empeoraría mi relación con Christopher y con mi madre, ignoré su recomendación y le hablé a David. Recibió mi llamada y me preguntó:

—¿Alex, qué está ocurriendo?

—Cecilia y yo estamos en medio de una crisis.

—Ya lo sé, macho. Te la rifaste. ¿Sabes cómo te dicen ahora las chicas? Doctor Desastre.

—Creo que no merezco otro nombre.

—¿No piensas volver? Cecilia está muy enojada. Porque si ésta es tu idea de recuperarla estás perdido.

—David, mi padre falleció. Por eso no he podido regresar.

—¿Qué dices? Lo siento, hermano. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ha sido una locura y me sorprendió esta terrible noticia en medio de la pelea con Cecy. Dile lo que está sucediendo.

—¿Por qué no le hablas tú?

—Le estuve marcando y se niega a contestar. Para ella en este momento no soy santo de su devoción.

—Danos una dirección y vamos para allá ahora mismo.

—Convéncela. Dile a Cecy que necesito a mi mujer a mi lado, que no falte y que, si después quiere, que me odie, pero que no deje de acompañarme en uno de los momentos más dolorosos de mi vida. Me hace falta.

—Hermano, esa mujer te ama. Ella estará ahí.

# CAPÍTULO 37

## Cecilia

David a veces solía ponerse solemne, más cuando tenía que dar noticias relevantes, ya fueran buenas o malas. Me pidió tomar asiento y se colocó frente a mí. Ashley tenía una mirada condescendiente, así que imaginé que sabía lo que su novio iba a decirme.

—Cecilia, al padre de Alex le dio un infarto y falleció. Por eso no ha regresado. Ha intentado comunicarse contigo. Está devastado —me quedé estupefacta con la noticia. No conocía al señor, pero sí la tirantez que había en la relación de Alex con él. Imaginé el tormento de Alex—. Él te quiere a su lado, el entierro es ya. Tienes un par de minutos para arreglarte, te acompañaremos.

—¡Dios mío! ¡Pobre Alex! ¿Quiere que yo vaya al entierro?

—Me dijo que sí, que lo odies después pero que ahora te necesita tomándole la mano.

—¿Qué pasa, amiga? Reacciona, vamos de una vez —me presionó Ashley.

—Esa familia no me quiere. Ni siquiera me los ha presentado

formalmente por lo mismo. El señor Huxley venía con la intención de hacer entrar en razón a Alex, de sacarlo de la banda, de convencerlo para retomar sus estudios.

—Vístete, tú vas para estar con Alex. Si no lo haces, después te lo reprocharás.

Me apresuré a ponerme una ropa formal. Dejamos a Peter y uno de los *nerds* encargados del nido y partimos. No recordaba haber estado en un entierro, de mis familiares, los que ya habían perecido, lo habían hecho en mi niñez. Ni siquiera iba a conocer al padre de Alex, y me habría encantado, si las circunstancias me lo hubiesen permitido. Me puse un vestido gris, una pamea negra y mis gafas oscuras.

Cuando arribamos, nos sorprendió la inmensa cantidad de personas que había, el señor había sido al parecer, muy querido. Estaban presentes unas cien o doscientas personas. Nos costó hacernos espacio entre la gente y avanzar hasta Alex. Al final los vi. De un lado estaba Christopher Huxley, con una mujer joven de un lado y del otro, la que debía ser su madre. En otro extremo, estaba Alex con Martha. La escena dejaba muy claro hacia quien se inclinaban las lealtades. Respiré y avancé temerosa. Mis amigos, uno a cada lado, no me dejaron sola.

Lo observé y se me encogió el corazón. Vestía un elegante traje negro que lo hacía lucir aún más alto. Se veía poderoso como un guerrero, a pesar de estar llorando con muchísimo dolor. Cuando levantó la vista y sus ojos llenos de lágrimas se tropezaron con los míos lo supe, lo perdonaría, porque no tenía otro remedio, porque ya le había entregado mi alma. Él besó la mano de Martha y avanzó hacia mí, cuando nos interceptamos se abrazó a mi cuerpo y lloró. David y Ashley también lo consolaron, y al rato llegó Ralph, quien no pudo dejarlo pasar solo por esta tragedia. Se fundieron también en un fuerte



abrazo. Diez minutos después, apareció Hunter y también se nos unió. Vi el alma regresar al cuerpo de Alex, cuando vio a las personas a quienes nos importaba sostenerlo mientras le daba el último adiós a su padre.

Antes de irnos a los autos, me rodeó con los brazos y me susurró en la oreja:

—Gracias.

—Lo siento mucho.

—Te amo, dame una oportunidad para demostrarte que no soy un desastre y que podemos lograr muchas cosas juntos —dijo, e imaginé que David había soltado la lengua.

—También te amo. No pienses en eso ahora. No es el momento.

Tomamos los autos y nos fuimos a la casa de la madre de Alex, donde habría un desayuno para los familiares y amigos. Hasta ese momento no me había acercado ni al hermano, ni a la madre de Alex, él tampoco insistió en presentarnos y preferí respetar el dolor de los presentes. Las cosas serían cuando tendrían que ser. La joven que parecía ser la esposa de Christopher se me acercó y trató de ser hospitalaria.

—Hola, ¿eres Cecilia?

—Sí. Mucho gusto. ¿Eres Mary?

—Así es, me alegra que Alex te haya hablado de mí.

—Lo hace todo el tiempo, también de sus sobrinas.

—Más le vale. Las niñas lo extrañan mucho.

—¿Y ellas como están?

—Muy tristes. Las dejé en la casa de mi madre. Son pequeñas y prefiero que estén tranquilas. Iré a atender a los demás, solo quería darte la bienvenida y las gracias por venir —dijo, justo cuando otras personas llegaron y captaron la atención de Mary—. ¡Oh, no! Ya tuvimos que soportar su

presencia en el funeral y en el entierro. ¿Cómo se atreve a venir a aquí?

Pidió disculpas y salió con prisa de mi lado, no quise ser indiscreta ni preguntar de quién se trataba, pero no pasó mucho rato y me di cuenta. Christopher, cuál hipopótamo en plena batalla —no por lo gordo, los hipopótamos si se lo proponen son brutales—, llamó a uno de los recién llegados por el nombre de Wallace y comprendí que era el doctor Macabro.

—Sal de mi casa, infeliz. Te soporté en el funeral y en el entierro por decencia, pero en mi casa me niego a recibirte.

Alex corrió a intentar evitar una pelea que se había tardado mucho, se notaba que el doctor Macabro también ansiaba el más mínimo contacto físico, para entrarle a golpes al hermano de Alex. Se enredaron en una fiera pelea de puñetazos que dejó a ambos magullados. Alex y otros de los colegas de los contendientes terminaron por separarlos, ante el sobresalto de la señora Huxley que no podía más de la vergüenza. Ella dijo:

—Mañana tal vez le sonría y lo trate con diplomacia, doctor Wallace, pero hoy me reservo el derecho. Me niego a tratarlo con hipocresía, fuera de mi casa, usted y todos los que se han encargado de esparcir los rumores, o los que de una u otra forma son responsables de la angustia que llevó a mi esposo a la muerte.

Mary, que no sabía si calmar a su esposo o a su suegra, al ver que el primero era atendido por Martha y por Alex, corrió con la señora y pidió que le trajeran un vaso de agua. Intentó tranquilizarla. La gente miraba atónita y deseosa de no perderse el chisme, disimulaban estar en sus asuntos, pero nadie perdió detalle. Luego de que el doctor Macabro se fue, la señora Huxley caminó hasta el rincón donde yo me encontraba, rodeada por David y Ashley. Me sostuvo la mirada y me dijo:

—¿Qué esperas para irte tú también?

Lo dijo en voz baja y sin formar aspavientos. Alex estaba atendiendo a

su hermano y no se percató de su madre amenazándome.

—Señora, disculpe, no quiero ofender su casa. Estoy aquí porque Alex me lo pidió. Solo quiero apoyarlo en este momento difícil.

—Es mejor que te vayas, como dijo Christopher, ya les soportamos en el entierro, en nuestra casa no estamos obligados.

La señora se alejó, dejando a Mary y a Ashley conmigo, pero desde lejos me fusilaba con la mirada, esperando que cumpliera sus órdenes y desapareciera. Bajé la cabeza, busqué mi bolsa dispuesta a esfumarme antes de que la señora se alterara más y terminara haciéndome un escándalo parecido al que le hizo al doctor Wallace.

—¿A dónde vas, Cecilia? —me dijo Ashley—. Alex te pidió que vengas y solo él te puede decir cuando irte.

—No los enfrentes, Cecilia. Si Alex sospecha siquiera que su madre se atrevió a ser descortés contigo, no lo tolerará. Se volverá contra ella y no podrá perdonarla. Ellos no tienen buena relación, no empeores las cosas. No permitas que se siga alejando de su familia —me suplicó Mary.

—Me iré. Por favor, Mary, explícale que lo veo después.

Cuando volví a levantar la vista, Alex estaba junto a nosotras. De algún modo notó mi incomodidad.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—A casa. Nos vemos después.

—Te necesito conmigo. No me hagas pasar por esto solo.

—Tienes a Ralph, a Hunter, Dave puede quedarse también.

—Te necesito a ti. ¿Mi madre te ha ofendido de alguna forma?

—¿Por qué lo dices?

—La conozco.

Me tomó la mano con fuerza y me condujo hasta donde estaba su madre, hizo la presentación más humillante que había tenido en mi vida. Los

chismosos no cesaban de mirar aunque se hicieran los desentendidos. Sin soltarme la mano, dijo:

—Madre, ella es Cecilia, mi novia. Ya es hora de que se conozcan formalmente.

—Alexander Huxley, no me presiones en público. Lo discutiremos después.

—No hay nada que discutir. Pueden decirse lo usual en estos casos: ‘mucho gusto’ y con eso estaré tranquilo.

Me solté de su mano. Le pedí a David que lo acompañara hasta el final, tomé a Ashley del brazo y le rogué que me sacara de allí. Alex corrió tras de mí, me alcanzó en el estacionamiento y me gritó:

—No te vayas. Te pido lo que tú me exigiste primero, pasemos la crisis juntos. Aunque el techo se esté cayendo sobre nuestras cabezas, quédate conmigo y sujeta mi mano. Demuéstrales que nada ni nadie podrá separarnos.

# CAPÍTULO 38

## Alex

Le pedí que se quedara y no lo hizo, pero, aunque quise ser firme no pude evitar correr hacia mi auto para seguirla. Los colegas de Christopher me cerraron el paso y me quitaron las llaves de la mano.

—¿Qué estás haciendo, Alex? —dijo uno—. ¿Corres tras una mujercita el día que acabas de enterrar a tu padre? Ninguna vale la pena. Tu madre está deshecha de dolor, tu deber es estar a su lado.

—¿Dejarás que este estirado con cara de idiota se refiera a Cecilia como una cualquiera? —arremetió Dave.

Casi se van a los golpes, de no ser por Ralph y Hunter que intentaron frenarlos.

—Me largo. Si Cecilia no es bienvenida en esta casa no tengo nada que hacer aquí —terminó por decir David.

—Yo también me voy —dijo Hunter—. Sabes que te apoyo, Alex, pero el ambiente está pesado y creo que en familia lo resolverán mejor. Cuando necesites mi ayuda solo tienes que pedirla. Te esperamos en el estudio cuando te recuperes y estés listo para ensayar.

—Vamos, Alex —presionó el colega de Chris—. No dejarás a tu familia tirada por ir detrás de una falda.

—Mi madre no fue amable con Cecilia y ella no es una falda, es mi novia.

—Hasta hace poco te enredabas en los pasillos de la clínica con tu amiguita, la practicante. ¿De qué va esto?

—No te metas. Devuélvanme la llave.

—Aquí la tienes, pero lo que tengas que arreglar con ella puede esperar, tu familia de luto no.

Cuando solo quedaba Ralph a mi lado, los colegas de Christopher se pusieron pesados. No solo querían impedir que corriera tras Cecilia, me presionaron para que le pusiera un alto a la ‘relación’.

—Chris está destrozado y no te perdonará mientras estés con esa mujer. Ya lo dijo. Si quieres recuperar a tu hermano y a tu madre, tendrás que deshacerte de ella.

—Hermano, eso no es así. No los escuches. Ellos no saben lo que tú sientes, no la conocen —me hizo ver Ralph.

—Alex, si esa mujer no hubiese aparecido en tu vida, no habrías tirado tu carrera por la ventana —insistió otro colega de mi hermano.

—Es lo mejor que he hecho en mi vida. Ahora estoy donde siempre quise estar.

—¿Estás seguro? Porque a Christopher no le está yendo tan bien como antes y tu padre está muerto por la desilusión.

Nadie dijo nada, ni siquiera Ralph. Esas palabras me desgarraron por dentro. Regresé a la casa, la mayoría de los asistentes se comenzaban a retirar. Busqué a las dos personas de sangre más cercanas que me quedaban en la faz de la tierra, estaban uno al lado del otro. Christopher tuvo la dicha de ser igual

a ellos, de compartir ideas, sueños, de nunca tener que desafiarlos en nada. A mí me tocó ser distinto. Caminé hasta ellos con todos mis temores de la niñez haciéndose latentes y el dolor de la pérdida de papá martillándome por dentro. Mi padre nunca me dijo que estaba orgulloso de mí, no lo recordaba y eso me rompía en pedazos. Mis lágrimas volvieron a asomarse y resbalaron por mis mejillas.

Pienso que debí oponerme con más fuerza al control que ejercía sobre mí. Si pudiera volver el tiempo atrás, justo en el momento en que mi padre bloqueó mi primera elección profesional, o la primera chica que llevé a la casa, tal vez las cosas no se hubieran descontrolado y esta lucha entre ambos no se hubiese extendido en el tiempo.

Fantaseé con tener la oportunidad de volver a hablar con él. Si ese maldito infarto no lo hubiese matado y hubiésemos podido hablar una última vez: ¿me habría entendido? ¿Me habría perdonado? ¿Me habría aceptado? Nunca lo sabré. Aunque lo más probable es que no me hubiese dejado abrir siquiera la boca.

Sin embargo, este dolor inmenso que me atormentaba no quería volver a sentirlo jamás, cuando llegara el día de perder a mi madre, que esperaba que fuera en miles de años, quería sentir la paz de haber sido un buen hijo para ella, así me le acerqué, me arrodillé, cubierto de lágrimas, le tomé ambas manos y le dije teniendo toda su atención:

—Perdóname por no ser el hijo que querías, pero no puedo ser de otra forma. Dime que me amas, con todo y mis defectos, porque la culpa de no haber obtenido el perdón de mi padre, es insoportable. Si me pasa lo mismo contigo no sabré cómo vivir. Dime que me aceptas, aunque no sea como me deseaste, porque este tormento terminará por llevarse mi cordura.

Las lágrimas de mi madre cayeron desde la primera palabra, pero no dijo nada, no me abrazó, solo vi sus mejillas pasar del pálido al rosa ardiente,

para terminar desvanecida entre mis brazos. El temor de perderla me paralizó, Christopher corrió a auxiliarla y a poner en orden la situación. Me dio una palmada en el hombro para que reaccionara, la alzó y la llevó a su habitación, él seguía con un fuerte dolor en una costilla tras la pelea con Wallace. Christopher llamó al doctor.

Aguardé con el alma en vilo el veredicto del médico. Fue tajante al decir que mi madre necesitaba descansar, estar en un ambiente ameno, le había subido la presión drásticamente y que la muerte de mi padre le había afectado demasiado. Cuando el médico se fue, Christopher intentó darme un coscorrón y di un paso hacia atrás para esquivarlo. Ya estaba harto de ser su saco de boxeo.

—Alex, ¿cómo se te ocurrió decirle esas cosas a mamá? Menos en un día como hoy. ¿Quieres perderla a ella también? ¿No es suficiente?

—Dímelo de una vez mirándome a la cara. ¿Me culpas por la muerte de nuestro padre?

—Yo no seré quien lo diga.

—No es necesario. Lo puedo leer en tus ojos.

—Madura de una vez. Mamá te necesita, yo te necesito.

—¿Quieres seguir en la banda? Hazlo.

—No les he pedido permiso.

—No seas insolente, respétame.

—Pido el mismo respeto.

—Gánatelo. No le impongas a mamá la presencia de Cecilia. Para ella es el motivo por el cual tiraste todo por la ventana.

—Tal vez me moría de deseos de hacerlo, pero no encontraba el valor.

—La vida te está dando la oportunidad de hacer las cosas bien con mamá ahora, no la cagues como lo hiciste con papá.

Las palabras de Christopher, la inquisición de mis allegados, el dedo



de cada uno señalándome. *¡Dios mío! Háblame porque ya no sé cuál es el camino. ¿En verdad todo lo estoy haciendo mal? Me siento destrozado, ya no estoy seguro si podré servirle a alguien. Menos a ella que es pura risa, que está llena de vida. Solo llenaré su mundo de oscuridad, como el mío.*

# CAPÍTULO 39

## Cecilia

—Tres días y no contesta mis llamadas. ¿Debería hablarle de nuevo?  
—le dije a Ashley.

—No lo dudes, hazlo. En estas cosas el tiempo solo sirve para enfriar el amor.

—Él no entendió mis motivos para dejarle con los suyos. Debe ser eso. Sigue enojado.

—Era simple, Cecy, debiste quedarte. Tus padres no lo quieren, su madre no te quiere, el difunto no te quería. Alex fue claro, te pidió que permanecieras a su lado y que lucharan juntos contra todos los que quieren separarlos. Son adultos, nadie tiene derecho a entrometerse. Tu lugar era, como él te lo suplicó, tomándole la mano. ¿Qué demostraste al irte? Que te acojonaste, que te temblaron las piernas. El hombre que quieres estaba pasando por uno de los dolores más intensos y encima repudiado por todos los que quiere. Le fallaste.

—No. Solo quise evitarle un problema mayor. Su madre me asustó. Me dio pavor que me hiciera un escándalo, la viste, casi me fulmina con la

mirada.

—Debiste resistir. Él lo hizo cuando tu padre lo presionó.

—¿A qué te refieres?

—Tu padre vino la semana que viajamos a Miami. Se enfrentó a él y Alex no desistió.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Hace tres días que ustedes no hablan, pero Alex ha llamado a David. Ha preguntado por ti, quiere saber cómo te sientes, pero le ha prohibido que te lo comente.

—¿Por qué no quiere que sepa?

—No sé. Háblale. Los dos están jugando con fuego. Si siguen distanciados terminarán matando el amor.

—Si no quiere hablarme no seré yo quien lo obligue.

—Le ha contado cosas a David. Su madre está enferma, ha tenido la presión arterial muy descontrolada. La bruja también hará un coraje que se la llevará de este mundo o está fingiendo para retener a Alex. Y tu cuñadito es otra joyita. ¡Pero qué familia le ha tocado a Alex!

No le dije más, sacaría las fuerzas de donde no las tenía, pero no lo iba a llamar. Alex no quería saber de mí, iba a esperar a que se tranquilizara. Pero para calmarme y no sucumbir de extrañarlo tanto, necesitaba saber de él. David no me decía nada. Si le preguntaba por él, me decía que le diera tiempo, que Alex estaba muy atormentado con la situación de su casa. Ashley le sacaba información y me pasaba algunas noticias. Una semana después, las llamadas a David también se extinguieron y había llegado la fecha del concierto de la banda. Le hablé a Hunter para preguntarle si Alex había ido a los ensayos. Me tejí la historia, de que tal vez la salud de la madre había empeorado y por eso se había alejado de todo. Las palabras de Hunter me

alertaron de mi caída en picada hacia el abismo.

—¿Por qué me preguntas por Alex? Es tu novio, ¿acaso tienen problemas?

—Solo quiero saber si está bien.

—Bien no creo que esté, desde lo de su padre, es un fantasma. Sin embargo, no tengo quejas de su trabajo. Cumple con los ensayos y en las presentaciones que hemos tenido lo ha hecho igual o mejor que en otras ocasiones.

—¡Oh! ¿Está trabajando normalmente? ¿Entonces está listo para el concierto?

—Te digo que anda como *zombi* y que terminando se regresa a casa, siempre tiene prisa.

—Me alegro por él.

—Muñeca, lo siento. ¿Quieres que hable con él? ¿Cómo puedo ayudarte?

—No, no es necesario. También estoy...

Colgué antes que no pudiera ocultar mis sollozos a Hunter. Lloré, el dolor me atravesó y volví a leer el papel donde había escrito que nunca dejaría de amarme. Un papel podía aguantar todo, incluso la inmortalidad de un amor condenado al fracaso. Y me sentí atrapada, se había metido en mi alma con una mirada, no medí las consecuencias y di rienda suelta a mi corazón, lo dejé enamorarse y galopar frenéticamente en dirección al abismo. De veras había pensado que lo nuestro sería para siempre, lloré hasta que las lágrimas se me acabaron, hasta que terminé deshidratada por todo el líquido que se escapó a través de mis ojos.

Peter trataba de animarme y era tan dulce que pensara que podría hacerme despertar de esta agonía, que le seguía el juego para no contagiarlo

de mi tristeza. David también hacía lo mismo, me animaba, me exigía pararme del sillón y ponerme linda para grabar un nuevo show, pero hasta mis seguidores lo notaban. No importaba si Ashley o George me ponían kilos de maquillaje, ni que nuestra marca preferida nos enviara los mejores atuendos. Lo ponían en los comentarios, decían que yo había perdido el brillo. Peter se esforzaba en ocultarlos, pero los había visto en más de una ocasión.

Tras ponerme el *outfit* y arruinar el delineador con una lágrima que no pude contener, tomé una toallita desmaquillante e intenté arreglar el desastre. Cuando no podía estar peor, escuché el clic de la llave en la cerradura. Mi corazón dio un salto. Los únicos que tenían llave estaban ahí. Solo podía ser él. Me quedé congelada e intenté retirar mi mirada de la puerta. Cuando ésta se abrió y Alex saludó, todos dejaron lo que estaban haciendo y se desaparecieron. El estudio era suficientemente amplio como para que cada uno pudiera esconderse y darle privacidad al resto.

Lo miré expectante sin decir nada.

—Cecilia, vine por mis cosas.

—Sin explicaciones. ¿Eso significa que se acabó? ¿Por qué lo haces? ¿Crees que no me quedé ese día porque no te quería lo suficiente?

—No. Jamás te culparía de nada. Eres perfecta, no te reproches, no te sientas culpable. Necesito tiempo.

—¿Y para eso necesitas llevarte todo? Prefiero que me hables con la verdad y si tenemos que dejarnos que sea de una vez, no me dosifiques el final, que no será menos doloroso por eso.

—Estoy roto por dentro. No soy bueno para ti ni para nadie, ni siquiera para mí mismo.

—¿Quieres que te olvide? ¿Dime que no sientes nada? Dilo —exigí.

—Solo quiero que no tengas que luchar a mi lado con los demonios que cargo, que no salgas lastimada por la actitud de mi hermano o de mi

madre, que no sufras del rechazo de tus padres porque piensan que no soy lo suficientemente bueno para ti. Creo que tienen razón, necesitas a alguien mejor; con más instinto de vida, yo estoy hecho pedazos. Por eso he tomado una decisión, digamos adiós. Esto no funcionará —mencionó Alex y me esquivó la mirada.

—¿Por qué?

—Soy un maldito mentiroso, un bueno para nada. Lo único que hago bien es lastimar a los que más me quieren. Si me dejas ahora, no sufrirás por mi culpa.

—Ya estoy marcada por ti para siempre.

—No te pediré que me perdones. He aprendido a convivir con mi remordimiento.

—Te perdono, aunque no me lo pidas. Aún podemos intentar ser felices.

—Tú sí, cariño. Por eso te dejo libre de nuevo, no me necesitas.

—Te equivocas, necesito tu amor.

—Toma la llave del estudio. Ahora te duele, pero se te pasará. Si seguimos, la angustia será mayor y ya no podrás sacártela de adentro.

—Me dejaste peor, fui a tu consultorio buscando ayuda y no solo me mentiste, me utilizaste como trampolín para salvarte. Te di el valor para luchar por la vida que querías y ahora tu familia me culpa por haberte conducido al fracaso.

—Ellos pueden pensar lo que quieran, no te culpo de nada. Te alejo porque deseo que seas feliz.

Sentí dolor, desesperación e impotencia. No pude quedarme para ver cómo sacaba sus pertenencias, tomé a Rain Lilly, la llave del auto y lo dejé para que acabara de romper con nuestro vínculo.

Corrí al estacionamiento, me encerré en mi auto y lloré tan desgarradoramente que logré poner nerviosa a Rain. Unos golpecitos en la ventana de cristal me hicieron sobresaltar y pedí que no fuera él, no quería que fuera testigo de mi debilidad. Era Ashley, le abrí y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—A ninguna parte, solo quería alejarme para no verlo escaparse.

—Era más fácil que te encerraras en una de las habitaciones.

—No podía seguir ante su presencia. Soy una estúpida. Pensé que había encontrado la llave mágica que abre todas las puertas. Me tragué su cuento, me envolvió en su juego. Me elevó a la cima y cuando más alto me sentía, me soltó, me desplomé. ¿Pero por qué? ¿Qué iba a ganar?

—Lo obvio, lo que quieren todos los hombres.

—A lo mejor se desencantó en el camino. Yo y mi maldito problema con el sexo. A lo mejor se dio cuenta que yo no era buena en esto.

—No digas tonterías, Cecy. Alex te ama, está confundido. Solo tú puedes creer que dejó de amarte. El problema de Alex no es contigo, es con él mismo. Tendrás que soportar a Alex un poco más. Lo trajiste a nuestro mundo, así que respira profundo y escucha. Llevo un día sin saber cómo decírtelo. El manager de los *Black Dragons* nos habló para cubrir el concierto de la banda.

—Hablé con Hunter y no me lo mencionó.

—Habrá muchísimos medios de comunicación y nosotros no podemos perder esa nota.

—Cúbranlo ustedes, yo me tomaré el resto del día libre.

—¿Estás segura? Te quieren a ti.

—Por favor, amiga, resuélvelo. ¿No ves que no puedo verlo? Menos ahora que acaba de decirme con todas sus letras que lo nuestro se acabó. ¿Es tan importante para él terminar de arrasarse con lo nuestro que ni siquiera esperó

a que terminara el concierto?

—No lo sé.

—¿Y ustedes podrán? ¿Están preparados?

—Durante toda la semana lo hemos hecho, solo faltaba saber si contábamos contigo. No podemos perder esta oportunidad, cada vez que sacamos a la banda, nuestras reproducciones se disparan.

—Háganlo, pero no cuenten conmigo.

Cuando regresé al estudio, él ya no estaba, traté de no fijar la vista en el espacio vacío que antes habían ocupado sus pertenencias. Les pedí que se concentraran en el concierto y dejáramos lo demás para otro día. Me costaba creer que habíamos terminado así, fue una pequeña chispa de un fuego que terminó por devorarnos, no vi venir el final. Vi a mis amigos alistarse y ponerse radiantes para el concierto, sacaron los equipos y me insistieron. Sobre todo, Dave.

—Si te ve allí a lo mejor se reconcilian.

—No lo creo, David.

—Si te animas, aquí dejaré tu pase especial.

Di media vuelta y me metí en la cama. Ni siquiera los vi partir. Un rato después ya estaba levantada, dándome una ducha, vistiéndome, maquillándome en tiempo récord, corriendo al auto, metiendo las llaves y respirando para tomar valor. Ni siquiera les dije a mis amigos que había arribado, aproveché mi pase especial para escurrirme y quedarme en un rincón, donde tenía el mejor ángulo para observarlo. El ambiente estaba pesado, el concierto estaba en su punto más álgido y quedaban cuando mucho un par de temas para terminar. Hunter tenía razón, estaba diferente, era como si los años y la vida le hubieran caído de golpe. Había perdido el encanto de niño que solía brillar en su rostro, se veía duro, como si su corazón estuviera infectado con un mal que



no le permitiera amar nunca más. Mis ojos se perdieron en el movimiento violento de sus brazos, en las mechas de su cabello batiéndose al compás de la furia de su cuerpo, en la oscuridad que lo envolvía. Mis lágrimas cayeron. No podía creer que hacía menos de un mes lo tenía en mi lecho, todo para mí. Me costaba aceptar que hacía menos de quince días me había dicho que me amaba y que no podría respirar si no me tenía. Tomé una resolución, lo iba a recuperar, costara lo que costara, lo quería de vuelta.

Tras la última canción, cuando salieron del escenario me encaminé a los camerinos, decidí esperarlo allí, tal como había hecho en otras ocasiones. Organicé en mi mente las frases que le iba a decir, intenté sonreír, determiné que lo iba a reconquistar desde cero, con sutileza, de la misma manera que nos habíamos enamorado, hasta que él ardiera de amor y me pidiera volver a intentarlo. Yo tenía la madurez suficiente como para darme cuenta que Alex estaba en una crisis tras la muerte de su padre y sus problemas familiares. Terminaría de ceder con el tiempo, cuando refrescara su mente y pudiera pensar con claridad. Estaba segura, yo le haría bien.

Todas mis conclusiones acerca de su estado de ánimo y la forma en que yo lo levantaría de nuevo, se estrellaron de golpe cuando lo vi entrar en cámara lenta con una chica despampanante a cada lado, con la cara del amo de los infiernos. Me vio y no se inmutó, no le dijo a esas zorras que fueran a cavar su madriguera a otro lado. Todo lo contrario, se giró en torno a una y le dio un beso en la boca de una manera tan descarada e intensa, que me dieron ganas de patearlo en los testículos. Por supuesto que ellas me reconocieron, pero les importó un carajo. Hunter y los demás integrantes de *Black Dragons* entraron después y se sorprendieron más que Alex.

—¡Muñeca! ¿Qué haces aquí? —dijo Hunter y se acercó a saludarme—. ¿No me digas que vienes a una entrevista porque estoy liquidado? Nos habían informado que no gozaríamos de tu presencia esta noche.

—Bombón —le dije acariciándole el mentón a Hunter—. No todo es trabajo. Venía invitarte a tomar ese trago que nos quedó pendiente. Podemos ir a dónde tú quieras.

—¡Oh! Háblémoslo a solas. ¿Quieres?

Me tomó del brazo y me apartó del resto.

—¿Qué haces, muñeca? Es un juego peligroso. No me pongas en ese compromiso. Mi carne es demasiado débil y Alex en verdad me agrada.

—Es un idiota. No vale la pena que desperdicie mis neuronas pensando en él.

—Ahora anda con esas dos, no quise decirte nada para no agobiarte. No sé de dónde las ha sacado, creo que tiene pavor de quedarse a solas con sus pensamientos. Y no sé qué les da, pero se ha esparcido el rumor de que es bueno en la cama, sexo tántrico y no sé qué mierda. Es la novedad en la banda, ¿qué te puedo decir? Hasta yo estoy celoso de la atención que le dan.

—¡Calla! No me des detalles, por favor.

—Alex es un idiota, en efecto, pero está enamorado de ti.

—Ya eso no es importante, él traspasó el límite.

Me dio un fuerte abrazo y me dijo:

—Lo siento.

Salí caminando llena de rabia, podría derretir con la vista al que se atreviera a tropezarse en mi camino o al que me mirara raro. Busqué a mis amigos y al verlos, me abracé a Ashley temblando de ira.

—¿Qué tienes, Cecilia? ¿Qué haces aquí?

—Por favor, Ashley. Regresa conmigo en mi auto, necesito que conduzcas.

—¿Viste a Alex con esas tipas? —preguntó David.

—¿Lo sabías? —dije a punto de explotar.

—Es un imbécil, ya se lo dije, cree que así podrá olvidarte.

—¿Y ahora eres más amigo de ese lujurioso que de Cecy? ¿Dos mujeres, una no es suficiente? ¿Por qué no le contaste, cabrón? Le habrías ahorrado a Cecilia la humillación de presentarse aquí —lo regañó Ashley.

—Yo te llevaré, Cecilia —intervino Peter—. Déjame cuidarte.

—Necesito a Ashley, solo con ella podré desahogarme y maldecir a ese maldito todo lo que se merece —mencioné.

—Pero cuídense, hoy me quedaré en el nido —insistió Peter.

—No hace falta, cariño —le dije—. Ve a tu casa y descansa.

Los chicos se fueron en el auto de David, nosotras nos fuimos en el mío.

—No quiero odiarlo, pero estoy a punto de hacerlo. ¿Qué hace con ésas? Espero que al menos use protección, pero que asco. No quiero verlo más —dije y me solté a llorar—. Ha sido un error. Si acudí con él para revalorar mi compromiso con Eric, ahora estoy convencida de que debí casarme con mi prometido. Eric es seguro, no cambiará de opinión, hemos tenido una relación bastante sólida. Eric no me haría sentir tan miserable.

—¿Pero qué conclusiones más estúpidas estás sacando? Tú no quieres a Eric. Él te fue infiel, tú lo engañaste. ¿Si el descarado de Alex te engaña con dos a la vez, eso lo hace más canalla, por cantidad, que Eric que te engañó con su secretaria? A lo mejor supiste lo de la secretaria porque lo agarraste con las manos en la masa y aún oculta otras aventuras.

—Por lo menos no tuvo el descaro de comérsela a besos delante de mi cara como Alex, parecía que le iba a sacar toda la sangre y dejarla sin vida. Eric al menos me dio mi lugar.

—Eric inventaba excusas para largarse con su amante.

—Excusas que me hacían vivir en una burbuja. Lo prefiero al cinismo

de ‘dejarme para que sea feliz’. Ahora tiene a esa horda de mujeres reclamándolo y se deja consentir.

—Pero con Eric no tienes la magia que tuviste con Alex. ¿Quieres una vida insípida?

—No se puede tener todo en la vida, la pasión y la seguridad no van de la mano.

—Claro que se puede.

—Si lo dices por ti y por Dave, ustedes son la excepción. Nunca sufrí tanto con Eric, con él tuve estabilidad y si fuimos infieles fue porque la misma rutina terminó por aplastarnos, pero podríamos solucionarlo si lo hablásemos, si llegásemos a un acuerdo.

—¿Qué es esto, Cecilia? ¿Te crees esa idiotez de que un clavo saca a otro?

—No puedo hacerlo sola, Ashley. Si nunca has estado en una situación como la mía no me juzgues. Necesito distraerme con algo, no somos iguales.

—Tú no amas a Eric. Si quieres el apoyo de un hombre, refúgiate en Peter. Es mejor ser humano y está que se derrite por ti. Ya sabemos que no amas ni a Eric ni a Peter, pero al menos nuestro amigo es bueno en la cama.

—No podría lastimar a Peter. Con Eric hay cosas que podría retomar.

—No lo quieres.

—Podría hacerlo, cuando me libre por completo de Alex.

# CAPÍTULO 40

## Alex

En cuanto Cecilia salió por la puerta con Hunter, solté a las chicas y les dije que me dejaran quieto. De todos modos, no se fueron, esperaron a que como otras veces me fuera y me las llevara conmigo a pasar la noche en cualquier hotel. Pero no saldría de allí hasta hablar con Hunter.

—¿Qué te traes con mi chica? —lo asalté nada más apareció por la puerta.

—¡Cálmate, hombre! Hasta donde sé es tu ex —me contestó.

—Aleja tus garras de ella.

—¿Y eso por qué? Después del numerito no creo que le interese volver acercarse a ti. Sabes que me gustaba antes de conocerte, pero entraste a la banda, nos hicimos amigos y la respeté. Para mí la mujer de un compañero es sagrada, sale del mercado. Si ya no la quieres no la reclames como tu propiedad. Deja el camino abierto para otro.

—Tú no, Hunter. La estoy dejando libre para que sea feliz y eso tú no podrás hacerlo.

—No me retes.

—Aléjate de ella.

—Ya no es tuya, amigo. Es la regla de la banda, si andas con ella nadie la toca, pero si ya no te interesa vuelve al mercado.

—Eres un maldito.

—Y tú un idiota. No me interesa Cecilia, al menos no mientras siga enamorada de ti, con el empeño que le estás poniendo eso puede acabar pronto, y entonces no respondo.

Salí de allí antes de asestarle un puñetazo en el rostro que comprometiera nuestra relación profesional. Las chicas intentaron seguirme y les puse un alto.

—¡Déjenme en paz! Hoy no quiero ver a nadie.

Era un final queapestaba. Nunca más podría mirarla a los ojos. En mi afán de alejarla la había desgarrado por dentro. Me sentía avergonzado y sucio, como un ente infeccioso que había terminado por corromper nuestro amor, del que yo seguía estando preso. Por más que me empeñara en olvidar, por más que probara otros cuerpos, todo terminaba siendo un circo orquestado por la parte más funesta de mi cerebro, la que me estaba encaminando a tomar malas decisiones, una detrás de otra. Mi madre estaba contenta, no estaba con Cecilia y ella creía que eso le haría bien a mi vida. Por supuesto que no tenía idea de cómo pasaba las noches que dormía fuera, cuando le decía que era por trabajo. Me había convertido en un cínico, lo peor es que me estaba acostumbrando y cada vez me importaba menos.

Una semana después, no podía creer lo que me estaba diciendo Peter, y precisamente él, que si me daba esa información era porque en verdad estaba preocupado por ella. Ni siquiera David había tenido el valor para decírmelo.

—Alex, si aún la quieres recapacita. Cecilia se está refugiando en Eric. Eric la protege y la procura constantemente.

—Él la puede hacer más feliz que yo —dije con la intención de cortar la llamada porque prefería no saber.

—No sé si tú la puedes hacer feliz de nuevo, pero Eric solo se está aprovechando. Le está vendiendo unas historias que ni te cuento. Escúchame, no sé qué está pasando entre ellos, pero desde hace unos días Cecilia luce el anillo de compromiso en su dedo. Es Eric, tú y yo sabemos cómo era la vida de Cecilia con él.

—Cecilia es mayor de edad, te agradezco que intentes ayudarnos. Te admiro, eres un hombre de honor, pero ese barco ya zarpó para mí. Lo siento.

Colgué y no pude ni siquiera mentirme a mí mismo. Cecilia con Eric, tal vez él había recapacitado y estaba poniendo de su parte. O tan solo ella había decidido dejar de revelarse a la presión de su padre. ¿Y yo? Seguía viviendo bajo el techo de mi madre, la culpa me había domado. Mi madre estaba más cariñosa, mientras más me introdujera en el redil. Claro que yo vivía una doble vida, pero mientras ella fuera ciega a la verdad, mi desenfreno no le afectaba. Me cuidaba para que las revistas no sacaran una nota que le diera evidencias de lo más nefasto de su hijo pródigo. Si se me ocurría mencionar a Cecilia, mi madre protestaba, se volvía fría como el hielo y regresaban sus malestares. Lo que más me atormentaba era que no mentía, su impotencia le había hecho enfermarse con tal de retenerme, con tal de encadenarme a la última voluntad de mi padre. Habíamos llegado a acuerdos que incluían la aceptación de la banda, pero desde lejos, no estaban orgullosos de ello, pero lo toleraban. En cuanto a Cecilia, mi madre no quería escuchar del tema. Si tan solo se oía que le iba a mencionar su nombre, se alteraba. Me sentía amarrado por el lazo más poderoso. Ya había perdido a mi padre.

Un día después, me habló David. No me contó sobre el anillo, se desahogó porque verdaderamente estaba angustiado.

—¿Si ves que un amigo que es como un hermano para ti, va a hacer la mayor tontería de su vida, no harías hasta lo imposible para salvarlo?

—Sé que soy ese amigo y sé que voy de camino al despenadero.

—Estás cavando tu propia tumba. Te aprecio y te considero mi amigo, pero no me refiero a ti. Estoy hablando de Cecilia. Como ha visto que tú has tenido un brote de adolescencia tardía, se ha contagiado de tu inmadurez. Sus padres se han aliado con Eric, y ella ha dejado sus sueños encerrados una maleta. Hará realidad el deseo de sus padres y el de Eric. Se ha puesto la soga al cuello. Dejará el canal, piensa que así no nos seguirá perjudicando, la gente dice que ha perdido su toque. Eso nunca había pasado, ella siempre fue el alma del programa. El caso es que está a una semana de casarse con Eric, pero sigue enamorada de ti.

—Dave...

—No digas nada. Es que no puedo oírte, hombre, me sale urticaria. Cecilia es como mi hermana, y no soporto que lo haga por despecho. ¿Por qué carajo tenías que besarte con esa mujer delante de ella? ¿Para que deje de amarte? Eso solo la ha vuelto más loca, más irascible, dice que jamás podrá perdonarse y que necesita que otro hombre la ame y le arranque tu recuerdo del corazón. Despierta, sal de esa anestesia que te tiene absorto de la realidad. La vas a perder para siempre. Te lo digo por si aún la quieres.

Colgué. Grité con todas las fuerzas de mis pulmones, David tenía razón en cada una de sus palabras. Mi mejor amigo, Ralph, me repetía lo mismo en las llamadas que intercambiábamos a diario. Se había ido muy preocupado por mí. Y estaba Martha a quien no podía engañar, la que se había vuelto como una parte de mi conciencia y me hacía ver cada una de mis faltas.



Tomé mi iPad y busqué el canal, reproduje el último show y la vi reír a carcajadas, había perdido la melodía y el brillo de su sonrisa. Coloqué la pausa, retrocedí y volví a ver su sonrisa como cinco veces hasta que dejé su rostro fijo en la pantalla. Quería abrazarla hasta hacerle crujir todos los huesos, hasta que curara todas las heridas de mi corazón. Mi instinto me pedía correr y gritarle todo lo que la amaba, que deseaba estar con ella para siempre y llenarla de besos hasta que la obligara a perdonarme, por haber sido el peor amante y el mayor tonto en la historia del amor. Y corrí antes de volverme loco de dolor, pero no para refugiarme en sus brazos, busqué a mis amigas y las dejé poseerme hasta que ya no me quedó energía ni para pensar.

A la mañana siguiente, me di cuenta que el dolor no había desaparecido, ni en una más y así sucesivamente. El día de la boda de Cecilia llegó como el más desgarrador de todos mis amaneceres. Di vueltas como desalmado por toda la ciudad hasta el mediodía, cuando tomé una decisión y me fui a la clínica, donde todo comenzó para nosotros.

Cuando Martha llegó de su almuerzo, me sorprendió girando en su silla como cuando era niño y ella tenía que llamarme la atención.

—Alexander Huxley, ¿qué estrella se va a caer?

—Cecilia se casa hoy.

—Y tú estás muriéndote por dentro.

—Me alejé porque no quiero que mi madre le dé un patatús como le ocurrió a mi padre. ¿Mamá no se da cuenta que ahora soy mucho peor?

—Ella no se da cuenta de nada, porque nunca aprendió a conocerte. Ven, deja que te abrace, corazón. Respira. Todo pasará.

—Mañana será la esposa de otro.

—No, esta tarde o esta noche lo será y si no te das prisa, tal vez cuando quieras recuperarla ya no será posible.

—¿Y mi madre?

—Christopher es el único que puede convencerla.

—¿Cómo lo convenceré a él?

—Háblale con el corazón, ahora está solo.

Respiré hondo y llamé a su puerta. Se me quedó mirando. Cuando le expliqué mi sentir se negó y ya no quise insistirle, la intransigencia de mi padre había reencarnado en Christopher, y el amor tan grande que sentía por mi hermano se estaba congelando en mi pecho. Una llamada nos interrumpió. Era Ashley, sus palabras se atropellaron unas a otras, pero pude entender que deseaba verme ahora, así que le dije donde podía encontrarme y la esperé en la calle, fuera de la clínica.

Ashley llegó y dio un frenazo chillón en el asfalto.

—¿No piensas ir a la boda? —le dije al verla en su ropa de diario.

—Me rehusé a ser su dama de honor. Ha sido una boda apresurada para pocos invitados, a Eric lo que le interesa es amarrarla antes que Cecilia recobre la cordura y se dé cuenta de la estupidez que está a punto de cometer.

Mi hermano llegó para husmear quién demandaba verme con tanta prisa.

—¿Cecilia va a casarse? —dijo Christopher y ya no pude seguir disimulando el golpe que representó para mí.

—Si eso ha decidido, pues que sea feliz —solté con los pocos trozos de orgullo que aún me quedaban, y ni sé por qué lo hice, si ya estaba muerto por dentro—. No entiendo para qué vienes a decírmelo, Ashley.

—Porque ella te ama a ti, tonto. Y si la quieres estás a tiempo de impedir esa boda —me dijo su mejor amiga.

Me quedé pensativo por unos minutos, mi cuerpo estaba tieso, Christopher me retuvo por el brazo, alegó sobre la salud de mi madre, sobre

mi padre, pero mi sangre comenzó a hervir y me empujaba hacia adelante, intenté contenerla, entonces mi alma también ejerció presión, hasta que poseído por una fuerza que desconocía, me liberé de Chris y corrí al auto de Ashley. Ella se cambió al asiento del copiloto y me pidió que condujera.

—¿Qué haces, Alex? —me gritó Christopher.

—La amo y no quiero ser infeliz toda la vida. Quiero la misma magia que tú tienes con Mary.

—Pero mamá...

—Si me quisieras, intercederías por mí. Mamá no me escucha, pero es diferente contigo. Ella entenderá si tú le dices que estoy haciendo lo correcto. Con Cecilia era un hombre bueno, desde que no estamos juntos mi vida ha dejado de valer la pena y he hecho cosas de las que me arrepiento. Mamá ahora sí tendría motivos para preocuparse, no quiero seguir por este camino o terminaré arruinándome. Aún puedo ser feliz.

—Alexander Huxley, detente.

—Cierra los ojos, Chris, intenta dejar de amar a Mary, dime que tenemos el poder para decirle al corazón a quien amar. Es que todos los títulos que has acumulado no te han servido para darte cuenta que los quiero a ti, a mamá, a papá, pero que soy diferente. Ella me dio la fuerza para aceptarme como soy, algo que ninguno de ustedes me han hecho sentir jamás. Los quiero, Chris, pero ella me ama por quien soy en realidad.

—Te exijo que te quedes —pero por toda respuesta encendí el motor y desaparecí de su vista.

Llegamos a la boda corriendo y me quedé congelado. La ceremonia aún no había comenzado, la novia aún no había llegado y todos la aguardaban. No es como en las películas, la situación impone. Cuando Cecilia arribó, hermosa como una reina, me quedé observándola desfilando a punto de

retractarme y marcharme. Entré de último a la iglesia, y me quedé al final mientras el acto religioso seguía su curso.

Algo en el aire la hizo volverse y nuestros ojos se tropezaron. Sentí una corriente eléctrica recorrerme el cuerpo. Ashley me susurró que actuara de una vez.

—¿Qué esperas? ¿Viniste hasta aquí para ser testigo de cómo Eric se queda con ella?

—Aguarda. Tú no viste su mirada cuando me vio besar a esa chica. ¿Y si no me perdona? ¿Y si hago el ridículo de mi vida?

—¿Acaso eso importa? La conozco, sé que para sus adentros suplica porque le digas una palabra.

Alguien se percató de nuestro murmullo y nos mandó a callar. En ese momento el padre de ella me descubrió y mandó a uno de sus hombres para advertirme. El tipo amenazó con sacarme por la fuerza. Forcejeamos mientras Cecilia, seria y pálida a la vez tenía una lágrima escurriéndole por la mejilla. Cuando el que oficiaba la boda hizo la pregunta, de si había alguien que se oponía a la unión que hablase de una vez, Ashley terminó por empujarme y di un paso al frente.

—Yo —me salió de la boca con firmeza. Otro de los hombres del señor Marcel intentó ayudar a su colega a sacarme, mientras me trataba de esquivar a los dos y avanzar hasta ella. Grité—: Pido tres minutos a solas con la novia, tenemos un asunto que aclarar. ¿Me concedes ese tiempo, Cecilia?

Ella miró a Eric y avanzó en mi dirección. Él solo se lamentó y decepcionado comenzó a abandonar el lugar.

—Cecilia, no nos decepciones —dijo su padre—. Por favor, echen a este hombre a patadas.

—Padre, entiende que es el hombre que amo y quiero escuchar lo que tiene que decirme.

Me dejé caer de rodillas ante ella y le dije mirándole a los ojos:

—Desde que te conozco logré en pocos meses lo que no pude hacer en años. Ha habido cambios buenos en mi vida y la razón eres tú. Muchas cosas no me enorgullecen, pero me han hecho aprender. No quise engañarte a propósito, no quise lastimarte jamás, solo quería olvidarte, pero eso es imposible, nunca podré dejarte de amar. Te pido perdón. ¿Me aceptas de nuevo?

Me puse de pie e intenté abrazarla, ella me aceptó dándome una lección de amor. Sus lágrimas cayeron a la par que me decía:

—Creo que ya he dicho delante de toda esta gente que te amo. Regresa al nido, Rain Lilly y yo no podemos extrañarte más, pero vuelve como el Alex que conocí, no como el amo de los infiernos —me tomó la mano y añadió—: Te pido lo que tú me exigiste primero, pasemos la crisis juntos. Aunque el techo se esté cayendo sobre nuestras cabezas, quédate conmigo y sujeta mi mano. Demuéstrales a todos que nada ni nadie podrá separarnos.

# Agradecimientos

A Marlene, Alberto y Alian Fernández, quienes repasan conmigo cada idea y están firme siempre apoyándome.

A Cecilia Pérez, una de las primeras personas en saber de esta historia, por emocionarse conmigo, por decirme que lo había soñado y por hacerme creer que es mitad bruja, mitad maga, por apoyarme a darle claridad a mis ideas, por ser un motor y ayudar a impulsar esta obra.

A China Yanley, quien tiene la paciencia para darle imagen y color a este proyecto y por hacerlo con un arte impresionante. A Maricela Gutierrez por dejar su pincelada al ayudarme a buscarle título a esta historia. A Rotze Mardini por bautizar al Doctor Tentación. Al trío dinámico de Mr. Doctor, por su inagotable fuente de consejos, creatividad, humor y por empujarme a ponerme las pilas.

A los motores que impulsan a través de las redes, Claudia Calu Amor, Gaby Rodríguez Crucitta, Freddy Piedrahita, Roxy González, Yesse Ollarve, Yennely Pérez, y tantas otras blogueras, administradoras de grupos, que me disculpo por no mencionar, pero que nos ayudan a dar a conocer nuestra obra de una forma impresionante.

A Kenneth E. Berst por ser el enlace con muchas de mis lectoras. A Fátima Ramírez por unirse a mi equipo de trabajo y por ayudarme a

expandirme.

A mi colega Samuel Herrera por la breve pero amena charla que sostuvimos sobre Sexualidad Humana.

A la hermosa red de escritoras y escritores que ayudan a compartir y que inspiran.

A Rosa Fernández, Lizbeth Pool, Leticia Cabrera, Dianly Gómez, Yuly Sardinias, Brenda López, Janette Bajuelo, Madelin Díaz, Mistty Pereyra, Carolina Carrillo, Ariel Bajuelo, Mary Venta, Afy Moreno, Angela Reyes, Maite Fernández, Manuel Pérez, Deymer Díaz, Lore Fajer, Mercy Cano, Nidia Arriola, Yaima Cuervo, Amalia Viccino, Asunción Ac. Y a tantas otras que no menciono pero que les doy las Gracias.